Miguel de Cervantes Saavedra

Persiles y Sigismunda

Índice

Introducción
[Preliminares]
Tassa
Fee de erratas
El rey
Aprouacion
De don Francisco de Vrbina
A el sepvlcro de Migvel de Cervantes Saavedra,
A don Pedro Fernandez de Castro
Prologo
Tomo I
Libro Primero de la historia de los trabaios de Persiles y Sigismunda
Capitvlo primero
Capitvlo segvndo del libro primero
Capitvlo tercero del primer libro
Capitvlo qvarto del libro primero
Capitvlo qvinto
De la cuenta que dio de si el barbaro español a sus

nueuos huespedes
Capitvlo sexto
Donde el barbaro español prosigue su historia
Capitvlo septimo del primer libro
Capitvlo octavo
Donde Rutilio da cuenta de su vida
Capitvlo nono
Donde Rutilio prosigue la historia de su vida
Capitvlo diez
De lo que conto el enamorado portugues
Capitvlo onzeno del primer libro
Capitvlo doze del primer libro
Donde se cuenta de que parte y quien eran los que venian en el nauio
Capitvlo treze
Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dio principio
Capitvlo catorze del primer libro
Donde se declara quien eran los que tan aherrojados venian
Capitvlo qvinze del primer libro desta grande historia
Capitvlo diez y seys del primer libro de Persiles y Sigismunda
Capitvlo diez y siete del primer libro
Da cuenta Arnaldo del sucesso de Taurisa
Capitvlo diez y ocho del primer libro
Donde Mauricio sabe por la astrologia vn mal sucesso que les auino en el mar
Capitvlo diez y nveue del primero libro
Donde se da cuenta de lo que dos soldados hizieron, y la diuision de Periandro y Auristela
Capitvlo veynte
De vn notable caso que sucedio en la isla neuada
Capitvlo veynte y vno del primer libro de los trabajos de Persiles y Sigismunda
Capitvlo veynte y dos
Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraua a hazer en su reyno el rey Policarpo
Capitvlo veynte y tres
De lo que sucedio a la zelosa Auristela quando supo que su hermano Periandro era el que auia ganado los premios del certamen
Libro segvndo de los trabajos de Persiles y Sigismunda
Capitvlo primero
Donde se cuenta cómo el nauio se volco, con todos los que dentro del yuan
Capitvlo segvndo del segundo libro
Donde se cuenta vn estraño sucesso
Capitvlo tercero del segundo libro

Capitvlo qvarto del segundo libro
Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa
Capitvlo qvinto del segundo libro
De lo que passò entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa
Capitvlo sexto del segundo libro
Capitvlo septimo del segundo libro, diuidido en dos partes
[Primera parte]
Capitvlo septimo del segundo libro
[Segunda parte]
Capitvlo octavo del segundo libro
Da Clodio el papel a Auristela; Antonio, el barbaro, le mata por yerro
Capitvlo nveve del segundo libro
Capitvlo decimo del segundo libro
Cuenta Periandro el sucesso de su viage
Capitvlo onze del segundo libro
Capitvlo doze del segundo libro
Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela
Capitvlo treze del segundo libro
Da cuenta Periandro de vn notable caso que le sucedio en el mar
Capitvlo catorze del segundo libro
Capitvlo qvinze del segundo libro
Capitvlo diez y seys del segundo libro
Prosigue Periandro su historia
Capitvlo diez y siete del segundo libro
Capitvlo diez y ocho del segundo libro
Capitvlo diez y nueue del segundo libro
Cuenta Renato la ocasion que tuuo para yrse a la isla de las Ermitas
Capitvlo veynte del segundo libro
Quenta lo que le sucedio con el cauallo tan estimado de Cratilo como famoso
Capitvlo ventivno del segundo libro
Enmiendas
Tomo II
Libro tercero de los trabajos de Persiles y Sigismunda. Historia setentrional
Capitvlo primero del libro tercero
Capitvlo segvndo del tercer libro
Peregrinos; su viage por España; sucedenles nueuos y estraños casos
Capitvlo tercero del tercer libro
La donzella encerrada en el arbol, [da razon] de quien era
Capitvlo qvarto del tercero libro
Capitvlo qvinto del tercero libro

Capitvlo sexto del tercero libro
Capitvlo setimo del tercero libro
Capitvlo octavo del tercero libro
Capitvlo nono del tercer libro
Capitvlo decimo del tercero libro
Capitvlo onze del tercer libro
Capitvlo doze del tercero libro
Capitvlo treze del tercero libro
Capitvlo catorze del tercero libro
Capitvlo qvinze del tercero libro
Capitvlo diez y seys del tercero libro
Capitvlo diez y siete del tercer libro
Capitvlo diez y ocho del tercer libro
Capitvlo diez y nveve del tercero libro
Capitvlo veinte del tercero libro
Capitvlo ventivno del tercero libro
Libro qvarto de los trabajos de Persiles y Sigismunda.
Historia setentrional
Capitvlo primero del quarto libro
Capitvlo segvndo del quarto libro
Capitvlo tercero del quarto libro
Capitvlo qvarto del quarto libro
Capitvlo qvinto del quarto libro
Capitvlo sexto del quarto libro
Capitvlo septimo del quarto libro
Capitvlo octavo del quarto libro
Capitvlo nono del quarto libro
Capitvlo diez del quarto libro
Capitvlo onze del quarto libro
Capitvlo doze del quarto libro
Donde se dize quien eran Periandro y Auristela
Capitvlo treze del quarto libro
Capitvlo catorze del quarto libro

-V-

Introducción

En el «Prólogo al letor» de las Novelas exemplares, escrito durante el verano de 1613, menciona Cervantes por vez primera los Trabajos de Persiles, libro «que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza». Tales palabras permiten suponer que la obra estaba bastante adelantada en aquella fecha; y esto mismo se infiere de un terceto del Viage del Parnaso (cap. IV), poema que se cita ya como terminado en el susodicho Prólogo de las Novelas:

«Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique

para dar a la estampa al gran Persiles,
con que mi nombre y obras multiplique.»

Nuevamente promete Cervantes «el gran Persiles» en la dedicatoria de las Ocho comedias (verano de 1615) al conde de Lemos; y, por último, en la dedicatoria al mismo conde, fechada en 31 de octubre de 1615, de la Segunda -VI- parte de Don Quixote, escribe: «Con esto me despido, ofreciendo a V. Ex. los Trabajos de Persilis (sic) y Sigismunda, libro a quien dare fin dentro de quatro meses, Deo volente; el qual ha de ser, o el más malo, o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero dezir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de auer dicho el más malo, porque, segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al estremo de bondad possible. Venga V. Excelencia con la salud que es desseado, que ya estará Persiles para besarle las manos.» Poco más de los cuatro meses señalados tardó Cervantes en terminar la obra, cuya patética dedicatoria escribió en Madrid a 19 de abril de 1616, cuatro días antes de morir.
Aunque no sea fácil determinar con exactitud cuánto quedaba por redactar a últimos de octubre de 1615, fecha de la dedicatoria de la Segunda parte del Quixote, es lo probable que faltase casi todo el libro IV. En éste decae notoriamente el estilo: hay enojosas repeticiones, y todo acaba con desusada precipitación, como si Cervantes, después de haber hecho terminar en Roma la larga peregrinación de sus principales personajes, no supiera ya qué hacer con ellos. Obsérvese además que el libro IV es de mucha menor extensión que los anteriores, dejando harto que desear la trama y los caracteres.

-VII-

Nada concreto podemos afirmar respecto de la época en que Cervantes imaginó o comenzó a escribir su extraña novela de aventuras. En cierto pasaje del Quixote (I, 47) ofrécenos un curioso esbozo de novela que bien pudiera referirse al Persiles, aunque nada cabe asegurar con certeza respecto de esta posible relación: «Dixo -escribe- que, con todo quanto mal auia dicho de tales libros (de cauallerias), hallaua en ellos vna cosa buena, que era el sujeto que ofrecian para que vn buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, porque dauan largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas; pintando vn capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren... Pintando, ora vn lamentable y tragico sucesso, aora vn alegre y no pensado acontecimiento: alli vna hermosissima dama, honesta, discreta y recatada, aqui vn cauallero christiano, valiente y comedido; aculla vn desaforado barbaro fanfarron, aca vn principe cortés, valeroso y bien mirado; ...ya puede mostrarse astrologo, ya cosmografo excelente...» De todo esto hay ejemplo en el Persiles.
Por otra parte, los datos cronológicos que en la novela figuran son demasiado vagos. El prurito de la «verisimilitud» hizo que el autor trajese -VIII- a cuento caracteres y episodios históricos y

semihistóricos que sólo sirven para confundir a los lectores. Al principio nos encontramos en los primeros años del reinado de Felipe II, pues el bárbaro Antonio (I, 32) dice haber peleado durante su juventud en Alemania a las órdenes de Carlos V. Pero poco después (I, 83 y 94) tropezamos con el irlandés Mauricio, que parece ser contemporáneo de Rosamunda Clifford, dama de Enrique II de Inglaterra (1133-1189), con cuya hija Leonora casó Alfonso VIII de Castilla. Sin embargo, el mismo Mauricio declara (I, 310) haber visto «a vn Carlos V cerrado en vn monasterio»; y luego Sinibaldo cuenta «la gloriosa muerte» del Emperador (1558) y alude a las «guerras del de Transiluania» (I, 320). En otro lugar (I, 138) habla Cervantes de unos «cossarios, y no irlandesses, ... sino de vna isla rebelada contra Inglaterra»; pero como escribe después de haber ocurrido varias conocidísimas rebeliones irlandesas de fines del siglo XVI, ¿a qué otra isla puede referirse, sino a Irlanda? Más adelante (II, 69) alude al regreso a Madrid de la Corte de Felipe III, suceso del año 1606; pero luego (II, 78) leemos que acababan de salir a luz las Obras de Garcilasso de la Vega, lo cual aconteció en 1543. Hay también alusión (II, 117) al destierro de los moriscos, acordado por el decreto de setiembre del año 1609; y, finalmente, -IX- el autor alaba la Jerusalén libertada, del Tasso (II, 243), publicada en 1581, y la Invencion de la Cruz, de López de Zárate, que aun estaba por publicar. No puede imaginarse, pues, cronología más enrevesada.

Pero aunque de todo esto no se infiera claramente cuándo empezó a redactarse el Persiles, algún medio poseemos para determinarlo de un modo aproximado. Rasgos hay en los dos primeros libros, como luego veremos, para los cuales tuvo en cuenta Cervantes verisímilmente las costumbres de los indígenas de América. El historiador a quien más recuerda es el inca Garcilasso de la Vega, que publicó, en vida de Cervantes, la Primera Parte de los Commentarios Reales que tratan de el origen de los Incas, Reyes que fueron del Peru, de su idolatria, leyes y gouierno en paz y en guerra, etc. (Lisboa, 1609; el colofón trae 1608)2. Desde el primer libro del Persiles (I, 85), Cervantes, al relatar las odiosas costumbres de la isla de Mauricio, reproduce fielmente la descripción del Inca3. Esta y otras semejanzas que en su lugar indicamos, nos hacen pensar que Cervantes leyó con detenimiento los Commentarios de Garcilasso, y que debió de comenzar el Persiles después de 1608-1609, o -X- que, por lo menos, lo escribió casi todo con posterioridad a esta fecha.

Comoquiera que sea, en 9 de setiembre de 1616 aprobó Los trabaios de Persiles y Sigismvnda, historia setentrional, el maestro Josef de Valdivieso, juzgando que, de cuantos libros nos dejó escritos Cervantes, «ninguno es más ingenioso, más culto ni más entretenido». En El Escorial, a 24 de los mismos mes y año, el rey firmó la licencia para poder imprimir la novela, a favor de la viuda de Cervantes, D.ª Catalina de Salazar y Vozmediano. La impresión del texto había terminado en 15 de diciembre, fecha de la Fee de Erratas, a costa del librero Juan de Villarroel, el mismo a quien Cervantes había vendido el privilegio de impresión de las Comedias. En 2 de abril de 1617 el impresor Juan de la Cuesta entregó a la Hermandad de Impresores de Madrid dos ejemplares del Persiles4.

***

Persiles, y no Pérsiles (como todavía dicen algunos)5, es la acentuación

regular. Ya en la Crónica de los Cervantistas6, Hartzenbusch -XI- indicó que Persíles es la única pronunciación autorizada: «la única vez -escribe- que el nombre Persíles resulta acentuado por el autor (y de una manera indudable, que es la rima), aparece consonante de sotíles y fregoníles». En la comedia Persiles y Sigismunda, del toledano D. Francisco de Rojas Zorrilla, consuenan (entre otros ejemplos que pudieran citarse) Persíles y civíles7.

Muy común es la idea de que Cervantes, en esta historia septentrional, revela extensos, si no exactos, conocimientos respecto del Norte de Europa8. Nada más lejos de la verdad. Los hechos se reducen a lo siguiente: el héroe y la heroína, naturales, respectivamente, de Thule y de Frislanda, se nos presentan, después de una larga serie de peregrinaciones (trabajos era entonces el vocablo corriente), en los helados mares del Norte. Desembarcan luego en Lisboa, -XII- continuando a pie su viaje por tierras de Portugal, España, Francia e Italia, hasta llegar a Roma. En vista de que algo más de la mitad de la obra está dedicada a las regiones septentrionales, era de suponer que Cervantes mencionase muchos puertos y ciudades de los que se tenía conocimiento en España por aquella época. Pero precisamente los dos primeros libros aparecen envueltos en la bruma del misterio. La idea predominante del autor es que aquellos lejanos mares están sembrados de islas innominadas: «estan todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas o las mas despobladas; y las que tienen gente, es rustica y medio barbara, de poca vrbanidad y de coraçones duros e insolentes» (I, 77). Jamás se hace mención de la brújula: los barcos en que viajan los personajes no llevan nunca rumbo fijo, confiándose a «al albedrio de la fortuna», de conformidad con la tradición novelesca. Todo esto parecerá más lógico cuando se vea que Cervantes buscó su inspiración en narraciones románticas y de fantasía, no en historias ni en mapas auténticos. Y ¿qué decir de su cosmografía septentrional? En ella figuran: Dinamarca, una isla de lobos, otra nevada y despoblada, Noruega, muchas islas sin habitantes, Golandia (cuyos moradores cabían todos en un mesón), Ibernia, Irlanda, una isla de siete que circundan a Ibernia, Inglaterra, -XIII- la isla de Policarpo, Scinta (no lejos de Ibernia), Danea, la isla del Fuego, Bithuania, el mar glacial, la isla de las Ermitas, Thule, Frislanda, Islanda y Groenlanda. En resumen: dejando aparte las alusiones vagas, quedan doce nombres de lugares septentrionales, número harto escaso, y aun estamos persuadidos de que Cervantes ignoraba dónde se hallaban exactamente esos lugares, algunos de los cuales no hemos logrado identificar. Dinamarca figura rara vez en los mapas de aquel tiempo; pero está mencionada en el texto de ciertos cosmógrafos9. En cambio, Danea (Dania), que para Cervantes es país distinto de Dinamarca (I, 319), consta en casi todos los mapas del siglo XVII. Golandia, según todas las ediciones de Tolomeo10 que hemos examinado, y según también todos los cartógrafos del siglo XVI que hemos podido consultar, no es otra que la isla -XIV- Gotlandia, a pesar de su situación al Este de Suecia. Las especies de que había en ella una gran montaña, de que sus habitantes eran católicos, y de que todos cabían en un mesón (I, 78), pudieron nacer de que en ciertos mapas septentrionales se vieran dibujadas en esa isla, como en otras muchas, una sola montaña, una iglesia con su cruz, y a veces sólo

una casa, lo cual solía significar que en el lugar había un monasterio y que se hallaba poblado de cristianos. El nombre de Ibernia se encuentra en los mapas tantas veces como el de Irlanda, y la creencia cervantina de que se trataba de regiones distintas, pudo proceder de alguno de los viejos cosmógrafos. Así, Martín Fernández de Enciso11 contaba este absurdo: «A esta isla (Ibernia) llaman los mareantes Irlanda, y es yerro, porque Irlanda está al Norte y Setentrion desta en setenta grados: saluo si, por semejanza de la otra que se dize Islanda, llaman a esta Irlanda; porque Islanda sinifica estar en mar elado; y Irlanda, do no está elado.» Huelga decir que no se encuentra ninguna Scinta (I, 143) ni nada parecido en los mapas, como no se trate de Schia, isla que figura al Oeste de Escocia en algunos Tolomeos de mediados del siglo XVI. La isla del Fuego (I, 261) puede ser reminiscencia -XV- de las islas de Fuego que se encuentran rarísimas veces, pero que ya constan en el famoso mapamundi de Cantino (1502), donde, al Sur de Frislanda y al Nordeste de Escocia, se ven las Ilhas de Fogo. Bituania (I, 267) debe de ser Lituania, que está en casi todos los mapas, aunque muchas veces ocupa lugares fantásticos. En cierta ocasión (I, 281), el piloto, al tomar la altura, observa que se halla bajo el Norte, en el paraje de Noruega, «en el mar Glacial»; éste figura, con el nombre de Mare congelatum, al Noroeste de Noruega (Norvegia), o junto a Groenlanda o Islanda, en bastantes mapas. De Thule y de Frislanda tratamos en las Notas.

Al entrar en España, Cervantes se encuentra en casa, y así no es maravilla que en el itinerario de sus peregrinos figuren unos veinte lugares conocidos, desde Lisboa hasta la frontera francesa. Pero, al pisar nuevamente tierra extranjera, torna la falta de precisión de la ruta. De Francia sólo se citan: Perpignan, Lenguadoc, Provenza, una villa, un castillo, un mesón y el Delfinado. Después de entrar en Italia, los peregrinos pasan por el Piamonte, el Estado de Milán, Luca y Acquapendente, antes de llegar a Roma. Menciónase a Florencia, pero no pertenece al itinerario. En el de Maximino (II, 282) se citan: el estrecho Hercúleo, Tinacria, Parténope, Nápoles y Terrachina. De la propia Roma, -XVI- tantas veces aludida por Cervantes, hay poquisimos detalles, como si el autor, después de cuarenta años de ausencia, conservara únicamente los remotos recuerdos juveniles.

En vista de todo esto, parece vano empeño indagar fuentes precisas de la geografía cervantina. Según el credo artístico del autor, tan esencial para formar juicio sólido del Persiles, todo ha de perdonarse con tal de que la historia tenga verisimilitud: «Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diuersos acontecimientos; y como la diuersidad se compone de cosas diferentes, es forçoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniendonos en duda dónde será bien anudarle; porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian passar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones ay que, por grandes, deuen de callarse, y otras que, por baxas, no deuen dezirse, puesto que es excelencia de la historia que, qualquiera cosa que en ella se escriuia, puede passar al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fabula, a quien conuiene guissar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verissimilitud, que, ha despecho y pesar de la mentira, que haze

dissonancia en el entendimiento, forme vna verdadera armonia.» (II, 100.)
Todo esto -XVII- sería de perlas si lo entendiésemos; pero, desgraciadamente, no tenemos ahora el mismo concepto que Cervantes de lo que es «verissimil» y «puede passar al sabor de la verdad»12. Al dejar suelta la rienda a su imaginación, el autor del Quixote erró el camino por única vez en el Persiles. Según frase feliz de Alejandro Humboldt (al hablar del fingido viaje de Niccolò Zeno), puede decirse que en la obra de Cervantes se encuentran «de la candeur et des descriptions détaillées dâ??objets dont rien en Europe ne pouvait lui avoir donné lâ??idée».
***
Imposible sería, en un estudio preliminar, ofrecer un resumen satisfactorio de todos los libros que trae a la memoria la lectura del Persiles. El análisis de la novela descubre distintos modelos literarios para la forma exterior y para el particular espíritu de aventuras que la anima. Por otra parte, la debida inteligencia del asunto y de la enorme variedad de episodios y descripciones -XVIII- que la obra contiene, exigiría que se trajese a cuento casi toda la literatura contemporánea. En cuanto a la forma, Cervantes mismo confiesa el tipo en que se inspiró: la maquinaria novelesca, los cambios escénicos, el modo de presentar los personajes, la total ausencia de análisis psicológico de los caracteres, todo ello pertenece a la novela bizantina, conocida por Cervantes, y especialmente a Heliodoro, con quien «se atreve a competir»13.
No se ha investigado aún cuánto debe el Persiles, si bien indirectamente, a otra novela bizantina: Los amores de Clitofonte y Leucipe, de Aquiles Tacio, a través de la versión castellana de Núñez de Reinoso: Historia de los amores de Clareo y Florisea (1552)14. Como novelas -XIX- de aventuras, en las que «la fortuna» rige los sucesos, parécense en numerosas circunstancias: el lenguaje es el mismo; los personajes, que sufren «mudanzas» y «trabajos» se hallan sometidos a su «triste estrella». Algunos de los nombres son también casi idénticos: el de «Periandra» pudo sugerir «Periandro», y parece algo más que una mera coincidencia el que hallemos en Reinoso una «Aurismunda», y, en Cervantes, Auristela y Sigismunda sean la misma persona. Igualmente hallamos en Reinoso «grandes mágicos» y «cosas de encantamiento»; el héroe y la heroína viajan como supuestos hermanos; si Arnaldo pide a Periandro la mano de Auristela, Menelao ruega a Clareo que le dé a Florisea por esposa, respondiendo Clareo casi en los mismos términos que Periandro; trátase también, por último, de sueños, de cartas amatorias, de borrascas, de islas, etc., etc.
Pero si la novela bizantina constituyó el modelo formal de Persiles, ¿cómo es que Cervantes escogió los mares del Norte para escenario de sus dos primeros libros? Indirectamente nos dice también (II, 285) la narración en que se inspiró: el supuesto viaje de los hermanos Zeni por los mares septentrionales, realizado hacia el año de 1380. Cuando Cervantes moraba en Italia, debió de hablarse aún de cierto librillo publicado en Venecia el año 1558 por Niccolò -XX- Zeno (el menor), dando cuenta de la región septentrional ignorada, según documentos familiares que el editor decía poseer15. No cabe asegurar que Cervantes tuviese a la vista la primera edición; pero es más que probable que conociera la obra, en vista de las analogías entre su narración y la de Zeno. En la de éste, el héroe se dirige al Norte, «doue, assaltato in quel mare da una gran fortuna,

molti di ando trasportato dalle onde e daâ?? venti, senza sapere doue si fosse, quando finalmente scoprendo terra, ne potendo piu reggersi contra quella fierissima burasca, ruppe nellâ?? isola Frislanda, saluandosi gli huomini e gran parte delle robbe che erano sù la naue, etc.» Al llegar a la orilla, Nieccolò Zeno y sus compañeros son atacados por los indígenas; pero el príncipe del país, Zichmni, los protege: «in ogni modo sarebbeno stati mal menati, se a buona uentura non faceua che casualmente si fosse trouato iui uicino un Prencipe con gente armata, il quale, inteso che sâ??era rotta pur allâ?? hora una gran naue nellâ?? isola, corse al romore ed alle grida che si faceuano contra i nostri poueri marinai, e cacciati uia quelli del paese, parlò ín latino16, e dimandò che genti erano, e di doue ueniuano, e saputo -XXI- che ueniuano dâ??Italia, e che erano huomini del medesimo paese, fu presso di grandissima allegrezza. Onde, promettendo à ciascuno che non riceuerebbeno alcun dispiacere, e che erano venuti in luogo nel quale sarebbeno benissimo trattati e meglio ueduti, li tolse tutti sopra la sua fede.» Esto recuerda el viaje de Periandro y de los suyos al mar glacial, donde arriban al país del rey Cratilo, que los recibe con su séquito y los protege (I, 296 y siguientes). También se habla en el libro de Zeno de islas despobladas: «si leuarono con una burasca si terribile, che cacciati in certe seccagine ruppero gran parte delle lor naui, saluandosi il rimanente in Grislanda, isola grande, ma dishabitata.» Cervantes alude a siete islas próximas a la de Ibernia (I, 84); Zeno, refiriéndose a lo que en los mapas sería Shetland, al Norte de Escocia, dice que el príncipe «assaltò negli stessi canali lâ??altre Isole, dette Estlanda, que sono sette». En la descripción del monasterio de Santo Tomás, escribe Zeno: «ci concorreno in questo monistero frati di Noruegia, di Suetia e di altri paesi, ma la maggior parte sono delle Islande.» Cervantes afirma que hay en él religiosos de cuatro naciones: «españoles, franceses, toscanos y latinos» (II, 285), con lo cual agrava el absurdo de Zeno. El haber «molti nauigli che non possono partire per essere il mare aggiacciato», tenía su representación -XXII- en muchas láminas de los libros de aquel tiempo, y pudo dar a Cervantes la idea del mar glacial (I, 281).

Además de la influencia del viaje de los Zeni, no es inverisímil que Cervantes, en su historia septentrional, tuviese también en cuenta el Viaggio del magnifico Messer Piero Quirino, Gentilhuomo vinitiano, nel quale... incorre in uno horribile &. spauentoso naufragio, del quale alla fine con diuersi accidenti campato, arriua nella Noruegia &. Suetia, Regni Settentrionali. Fue impreso este viaje en la colección de Ramusio, donde, a partir de la edición de 1574, y en el mismo tomo, pudo también leer Cervantes el novelesco relato de los Zeni.

No pocas noticias de las contenidas en la narración de Niccolò Zeno el menor proceden de dos libros de Olao Magno. Titúlase el primero: Opera breve, la quale demostra e dechiara ouero da il modo facile de intendere la charta ouer delle terre frigidissime dì Settentrione, etc. (Venetia, 1539), obra extraordinariamente rara, de la cual se conoce un ejemplar completo, custodiado en la Biblioteca de Munich. Contiene un curioso mapa de las tierras del Norte, con texto explicativo. El segundo libro es la Historia de gentibus septentrionalibus (Romae, 1555), obra que, como más adelante expondremos, influyó también de alguna manera en el Persiles.

-XXIII- Y no ha de olvidarse tampoco que existe otro escritor español del siglo XVI que copió bastante de Olao Magno: nos referimos a Antonio de Torquemada, en su Jardin de flores curiosas, en que se tratan algunas materias de Humanidad, Philosophia, Theologia y Geographia, con otras cosas curiosas y apazibles17, no siendo difícil comprobar que Cervantes utilizó también esta obra18, por donde resulta que algunos pormenores, idénticos en Olao Magno y en Torquemada, aparecen igualmente en el Persiles, sin que sea difícil determinar cuál de los dos era el recordado por Cervantes en cada caso19.

Especial estudio merece lo relativo a la influencia de Olao Magno. Probable es que Cervantes conociese la hermosa edición veneciana de la Historia delle genti e della natura delle cose settentrionali da Olao Magno Gotho, arcivescovo di Vpsala, etc., impresa el año 1565, en folio, con magníficas láminas, que no dejaron -XXIV- de transcender a ciertas explicaciones que se leen en el Persiles. Vense, por ejemplo, en esas láminas hombres con skis, patinando, caballos que saltan sobre el hielo, terribles naufragios dibujados con notable realismo20, navíos encajados entre helados bloques del mar glacial, combates entre buques de guerra, etc., etcétera, episodios que se repiten todos en el Persíles. Olao Magno trata extensamente en el texto de las costumbres septentrionales y de los animales y monstruos de aquellas regiones; describe los matrimonios, el modo de elegir reyes (en vista de sus virtudes personales), etc., etcétera; recuerda varias mujeres guerreras, una de las cuales (Alvida, que se hizo corsario, y recorría los mares en traje masculino) inspiró, sin duda, a Cervantes el tipo de Sulpicia, hija de Cratilo (I, 266); menciona juegos y espectáculos públicos, y afirma que habla en el Norte hombres y mujeres que se dedicaban a la magia, que la adivinación estaba muy en boga, y que hechiceros y encantadores hacían maravillas, volando por los aires. Mas ha de notarse que Olao Magno no es un historiador verídico, y que toma sin escrúpulo muchas noticias de los clásicos (Estrabón, Plinio y otros), sin olvidar a los historiadores de Indias.

-XXV-

El libro de Torquemada,

> «que en su Jardin de flores, tan honesto,
> dizen tener muy poco miramiento,
> pues quebrantó el octauo mandamiento»,

como escribía Villalba y Estaña, es una miscelánea, donde se encuentra un poco de todo. Habla largamente también de brujos y hechiceros y de sus expediciones aéreas (en cierto cuento del tractado tercero menciona un manto mágico); explica los modos de caminar de la gente del Norte; trata de sus juegos y fiestas; alude a los ánades que se engendran de tablas o maderos sumergidos en las orillas del mar, a hombres convertidos en lobos, a bestias y pescados monstruosos (como el fisiter), y a costumbres varias de aquellas tierras.

De otras misceláneas, muy de moda en el siglo XVI, parece haber también reminiscencias en el Persiles; pero sólo citaremos aquí El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo, de Francisco Thamara (Anvers, 1556)21; el De las cosas maravillosas del mundo, de Julio Solino, traducido por Cristóbal de las Casas (Sevilla, 1573); y la Silva de varia lecion, de Pero Mexia, de la cual obra hay bastantes recuerdos -XXVI- en los escritos cervantinos22, como lo hay también de los Diálogos del mismo autor. Ambos libros tratan con cierta extensión de casi todos los ramos de la ciencia entonces conocida.

Además de estas obras, que mantienen estrecha conexión con elementos fantásticos y seudo geográficos del Persiles, debemos mencionar un importante grupo de autores que, de la propia suerte que suministraron bastante materia a algunos de los ya citados, pudieron sugerir, directa o indirectamente, algunos pasajes del Persiles. Trátase de los historiadores de Indias, a que antes aludimos. Entre las imitaciones de las costumbres descritas por estos historiadores, figuran las siguientes: los bárbaros del Persiles se sirven de tiendas cubiertas de pieles de animales (I, 21); cubren también el suelo con esas pieles (I, 22), y las utilizan, sin coserlas, para vestirse (I, 63); algunos emplean como moneda pedazos de oro, y perlas (I, 10); sus vasos son de cortezas de árboles (I, 31); en cuanto a su alimentación, no es muy exquisita la que Cervantes les atribuye, pues, según él, por la mayor parte beben agua y comen frutas secas (I, 22, 31), y, a veces, pan (I, 43), pero no de trigo, o nueces, -XXVII- avellanas y peras silvestres (I, 44). Usan, además, balsas de maderos, atados con bejucos y mimbres (I, 3); sus armas son arcos, saetas y flechas con punta de pedernal (I, 3), cuchillos y puñales de piedra (cap. IV). Entre sus más bárbaras costumbres figuran: los sacrificios humanos, en los cuales se le saca el corazón a la víctima (caps. II y IV); y el torpe trato de las mujeres en las ceremonias matrimoniales (I, 86)23. Finalmente, como la generalidad de los historiadores de Indias habla de los antípodas, Cervantes se cree en el caso de mencionarlos también. Claro es que en todo esto hay muy poco rastro de las verdaderas costumbres septentrionales del siglo XVII.

Ya hemos advertido que, entre los historiadores de Indias, Garcilasso de la Vega el Inca parece haber sido la fuente más accesible a Cervantes y más cercana al Persiles, pues la primera parte de su historia salió a luz en 160924. Entre los sucesos contenidos en este libro y que pudieron impresionar a Cervantes, influyendo en el Persiles, mencionaremos la peregrina aventura de aquel Pedro Serrano que se perdió en un naufragio, llegó nadando a cierta isla despoblada, -XXVIII- sin agua ni leña, y pasó allí tres años (cap. VIII)25. Trátase también en la obra de Garcilasso de las maneras de sacrificios que hacían los antiguos indios, los cuales «viuos les abrían por los pechos, y sacauan el corazon con los pulmones» (cap. XI)26; de los vestidos de pieles de animales (cap. XIII); de los casamientos de los indios (cap. XIV); de cómo usaban éstos de venenos y hechizos, pues «tambien huuo hombres y mugeres que dauan ponçoña, assi para matar con ella de presto o de espacio, como para sacar de juicio y atontar los que querían, y para los afear en sus rostros y cuerpos, etc.» «Huuo tambien -añade- hechizeros y hechizeras; y este oficio mas ordinario lo usauan las indias que los indios; muchos lo

exercitauan..., dando y tomando respuestas de las cosas por venir, etc.» (Cap. XIV.) Esto recuerda el episodio en el cual la hechicera Zenotia encanta al joven Antonio para acabar lentamente con su vida (I, 238 y siguientes), y asimismo aquel otro de la judía que envenena a Auristela (II, 261). Cuenta además Garcilasso que, entre los «diuersos ingenios que tuuieron los -XXIX- indios para passar los rios» (III, cap. XVI), «hacian [de una madera delgada y liuiana] balsas grandes y chicas de cinco o de siete palos largos, atados vnos con otros, etc.», lo cual trae a la memoria las balsas de los bárbaros del Persiles (I, 3). Recuérdese, por último, la manera de obtener el fuego nuevo, «con dos palillos rollizos delgados..., barrenando uno con otro... Los indios se sirven dellos en lugar de eslabon y pedernal.» (VI, cap. XXII.) Del mismo modo, los peregrinos hacen fuego ludiendo dos secos palos (I, 68). También habla Garcilasso de los cuchillos y navajas de pedernal (I, capítulo XIV). Siendo el Persiles una novela de aventuras, natural era que Cervantes tuviese en cuenta los modelos que tantas veces recordó en el Quixote, o sean los libros de caballerías, y especialmente el Amadís de Gaula, «vnico en su arte». Y así, no sólo el espíritu del Amadís, sino ciertos lances de la vida y «trabajos» de Amadís y de Oriana, hallaron eco en el Persiles. Entre los muchos ejemplos que de ello pudieran aducirse, citaremos algunos. Oriana, hija de Lisuarte y de Brisena, fue llevada a la corte de Languines (I, 4), donde la reina la cuidó y educó. Auristela, hija de Eusebia, fue enviada a Tile, «en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se -XXX- criasse, (II, 279). El robo de doncellas es episodio harto frecuente en Amadís. Así leemos en él (I, 35): «Amadis... oyó dar voces a su señora, e tornando presto, vio a Arcalaus que ya cabalgara, e que, tomando a Oriana por el brazo, la pusiera ante si, e se iba con ella cuanto más podía. Amadis fué en pos dél sin detenencia ninguna, e alcanzólo por aquel gran campo, e alzando la espada por lo herir, sufrióse de le dar gran golpe, que la espada era tal, que cuidó que mataría a él e a su señora... Entonces dejó Arcalaus caer en tierra a Oriana, por se ir más ahina, que se temía de muerte, etc.» Y en el Persiles hay un episodio semejante: el del robo de Feliz Flora (II, 143): «Apenas la compassion les auia hecho apear..., quando fueron assaltados de seys o ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron... Vno de los armados, con descortes mouimiento, assio a Feliz Flora del braço y la puso en el arçon delantero de su silla... Antonio... puso vna flecha en el arco, ... y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparò tan derechamente la flecha, que, sìn tocar a Feliz Flora sino en vna parte del velo con que se cubria la cabeça, passò al salteador el pecho de parte a parte... Los salteadores... voluieron las espaldas y dexaron el campo solo.» Abundan los ermitaños en los libros caballerescos, y así Amadís adopta ese género -XXXI- de vida, «pagándose de la soledad y esquiveza de aquel lugar, y en pensar de alli morir, recebía algún descanso» (II, 5). De la misma suerte, Rutilio alaba «la vida solitaria» (I, 309), y se queda en la isla de las Ermitas. Nótense además, como detalles del propio género: el abandono de recién nacidos (Persiles, II, 22), el acto de despeñar a alguien de lo alto de un castillo (II, 141), y la frecuente mención de Dinamarca (Brisena, en Amadís, es hija del rey de Denamarca; y allí mismo se habla muchas veces

de la «doncella de Denamarca», confidenta, con Mabilia, de los amores del héroe). En el segundo libro (I, 304) del Persiles, la extraña historia de Renato constituye un episodio genuinamente caballeresco.
De apreciar es igualmente un género literario que siempre disfrutó en alto grado de la simpatía de Cervantes: la novela pastoril. Leyendo el Persiles, se nos antoja evidente que su autor tornó a hojear más de una vez su primera producción: la Galatea. El espíritu de ciertas narraciones, la manera de intercalar determinados episodios y personajes, hasta las frases, son a veces idénticos. Un cuento interrumpido se reanuda de este modo en la Galatea (I, 77-12)27: «Tornando a repetir Theolinda -XXXII- algunas palabras de lo que antes hauia dicho, prosiguio diziendo...»; y en el Persiles (II, 243-2): «voluio Periandro a repetir algunas palabras antes dichas...» Pero lo que más sorprende es la enfadosa y reiterada discusión acerca de los celos. Ya en la Galatea (v. gr.: I, 223-17 y siguientes) insistió Cervantes con demasiado empeño en «la incurable pestilencia de los celos» y en la «maldita dolencia de los rabiosos celos» (I, 227), que le inspiró, según confiesa, el romance que más estimaba; mas en el Persiles vuelve a la carga con singular tenacidad, escribiendo frases como éstas: «la dura lança de los zelos» (I, 14-32); «¡O poderosa fuerça de los zelos! ¡O enfermedad, que te pegas al alma de tal manera, que sólo te despegas con la vida!... no te precipites a dar lugar en tu imaginacion a esta rabiosa dolencia!» (I, 148-5); «la fuerça de los zelos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte» (I, 162-17); «los zelos se engendran, entre los que bien se quieren, del ayre que passa, del sol que toca, y aun de la tierra que pisa» (I, 191-21); «a este mal no se yguala el de la ausencia, ni el de los zelos» (I, 305-7); «esta enfermedad que los amantes llaman zelos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran a la parte con ella la inuidia y el menosprecio, y quando vna vez se apodera del alma enamorada, -XXXIII- no ay consideracion que la sossiegue ni remedio que la valga» (II, 226-10). Pues, en general, toda la argumentación sobre los celos no es sino imitación, a veces muy fiel, de una novela pastoril a la cual debe mucho Cervantes, y cuya influencia en el autor del Quixote merece especial estudio: la Diana de Gil Polo. En el segundo libro28 de esta obra se lee: «[el tormento de los celos] suele dar a veces mayor pena que la ausencia de la cosa amada»; y añade: «porque son pestilencia de las almas, frenesía de los pensamientos, rabia que los cuerpos debilita, etc.»; «estos rabiosos celos esparcen tal veneno en los corazones, que corrompe y gasta cuantos deleites se le llegan»; «esta pestilencia de los celos no deja en el alma parte sana donde pueda recogerse una alegría»; «semejante dolencia no pretendi yo defenderla», etc. En otros casos se echa de ver asimismo cuánto impresionó a Cervantes la mejor de las novelas pastoriles, la que él creyó que debía guardarse «como si fuera del mesmo Apolo»: «Mas ella... hizo de su extremadissima hermosura tan improvisa y alegre muestra...»29, escribe Gil Polo; y Cervantes, en el Persiles: «echandose sus hermosos cabellos a -XXXIV- las espaldas..., hizo de si casi diuina e improuisa muestra» (I, 227-14). En el mismo Persiles, el nombre de Taurisa recuerda el Tauriso de la Diana; y, finalmente, también se observan en aquella obra reminiscencias de algún episodio (como el cuento de Marcelio30, de singular estilo), para el cual Gil Polo se había inspirado probablemente

en la novela bizantina.
Hubo en la época del Renacimiento una serie de versiones de autores clásicos que, por su carácter y lenguaje, y por el influjo que ejercieron, pertenecen más bien a la literatura contemporánea que a la antigüedad griega o romana. Figuran entre esos autores traducidos al castellano, el ya citado Heliodoro, y, además, Virgilio, Plinio el Mayor, Plutarco y Apuleyo. También se aprovechó de ellos Cervantes, adornando así con recuerdos clásicos ciertos episodios cuya idea pudo tomar de misceláneas o ficciones de su tiempo. Habiendo leído, por ejemplo, en Olao Magno o en Torquemada que las gentes septentrionales tenían sus espectáculos y juegos públicos, utilizó la noticia, exornándola con imitaciones de Heliodoro y, sobre todo, de Virgilio. Las relaciones entre el Persiles y la Eneida han sido ya estudiadas31, y en los oportunos -XXXV- lugares de las Notas trataremos de otras referencias a los clásicos.
Aunque Cervantes, en el Persiles, inserta, con notables mejoras, una novela italiana de Giovanni Giraldi, y quizá imita otra32, no intenta reproducir el espíritu del original. Es indudable que la obra cervantina debe algo a la novela italiana; pero el genio original de Cervantes le impulsaba a novelar a su modo, siempre más noble, más profundo y también menos grosero que el de los novellieri. Los cuentos o novelas cortas que Cervantes intercala en el Persiles tienen el carácter de novelas ejemplares, y aun a veces dan indicios de que su autor los había escrito mucho antes, interpolándolos luego en la narración, aunque no siempre viniesen al caso, como acontece (I, 69) con el suceso del enamorado portugués33.
En cuanto a los nombres de los personajes, también son, en su mayor parte, imitaciones de -XXXVI- la literatura contemporánea. El de Persiles, de cuya acentuación hemos hablado, pertenece a un grupo de vocablos de análoga forma que tiene su abolengo en la novela caballeresca. Así, en Amadís se encuentran Sarquiles, Granfiles, Gastiles, y todos estos nombres parecen haberse formado a imitación del de Aquiles (llamado igualmente Arquiles). El de Guiomar se lee en el Quixote (II, 60) y en el entremés de El juez de los divorcios. Cloelia, ama de Auristela, recuerda el romance «Cloelia, virgen romana», del Coro Febeo de Juan de la Cueva. Mauricio, oriundo de una isla circunvecina a la de Ibernia, trae a la memoria los nombres irlandeses; y el propio Cervantes debió de oír hablar de Jaime Fitzmauricio, que fomentó una rebelión en Irlanda, y vino luego a España en 1577 para ofrecer a D. Juan de Austria la corona de aquel reino, ofrecimiento que no prosperó por causa de Felipe II34. El nombre de Arnaldo figura en los Diálogos de Mejía. Otros, como el de Constanza (homónima de la hija de Andrea de Cervantes), pudieron pertenecer al círculo de amigos o parientes de Cervantes. El de Auristela se encuentra después en una obra dramática de Calderón: Auristela y Lisidante.
***
-XXXVII-
El interés más señalado que para nosotros ofrece el Persiles, consiste en los numerosos detalles autobiográficos que el curso del relato encierra. Nunca escribió Cervantes con más entusiasmo, con amor más fervoroso a su creación, que en esta obra; y es natural, por lo tanto, que en ella se descubra algo de lo más recóndito de su larga vida, algún rincón de su

alma, un trasunto, en suma, de lo mucho que había visto y experimentado. Por otra parte, es notorio que él tenía por costumbre reproducir en todos sus libros recuerdos más o menos velados de su existencia y trabajos. Así se ha observado atinadamente una alusión autobiográfica en ciertos versos de la comedia El gallardo español (III, 1), que parecen contener alguna referencia a la partida de Cervantes a Italia en 156935. Doña Margarita, contando su historia, habla de un duelo entre su hermano y D. Fernando de Saavedra, duelo del cual salió herido el primero, huyendo Saavedra a Italia:

«Quedé, si mal no me acuerdo,
en una mala respuesta
que dió mi bizarro hermano
a un caballero de prendas,
-XXXVIII-
el cual, por satisfacerse,
muy mal herido le deja.
Ausentóse, y fuése a Italia,
según después tuve nuevas.»

Luego venimos en conocimiento de que en el tal Saavedra «su discreción igualaba con sus fuerzas», y que era «de insignes costumbres y claro nombre».
Un episodio análogo a este del Gallardo español hay en el Persiles, donde Antonio el padre, a quien se califica de «español gallardo», (I, 44-20), refiere un lance semejante al declarar la historia de su vida y las causas de su forzosa partida de la patria. Trátase nuevamente de un duelo consiguiente a cierta «mala respuesta» dada por Antonio (I, 33-5) a un poderoso caballero, que sale malherido de la contienda. Pero ambos episodios difieren, porque en el Persiles se declara el agravio, que consistió en la arrogancia del caballero, el cual trató de vos a Antonio, que protesta ser hijo de sus obras y «de padres hidalgos». Tentación grande se experimenta de relacionar los dos lances con un conocido argumento, descubierto y publicado por Jerónimo Morán en su Vida de Cervantes (1863), según el cual, en Madrid, a 15 de setiembre de 1569, se dio Real provisión para prender a un Miguel de Cervantes: «Sepades que por los alcaldes de nuestra casa y corte se -XXXIX- ha procedido y procedió en rebeldía contra un Miguel de Zervantes, ausente, sobre razón de haber dado ciertas heridas en esta corte a Antonio de Sigura, andante en esta corte, sobre lo cual el dicho Miguel de Zervantes por los dichos nuestros alcaldes fué condenado a que con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha, y en destierro de nuestros reinos por tiempo de diez años, y en otras penas contenidas en la dicha sentencia.»
Cronológicamente, nada obsta a que este delincuente fuese nuestro Cervantes. Sábese que por octubre de 1568 debió de escribir en Madrid, con ocasión del fallecimiento de la reina, los versos que su maestro López de

Hoyos publicó al siguiente año; pero no es conocida la residencia del futuro autor del Quixote desde 1568 hasta últimos de 1569. Cierto documento de suma importancia nos da a entender que en esta fecha se hallaba Cervantes en la corte romana36. En 22 de diciembre de 1569 se practicó en Madrid una información sobre la limpieza de sangre de Miguel de Cervantes, siendo de notar dos interesantes circunstancias: en primer término, nada se dice acerca de que Cervantes se halle al servicio de Acquaviva, hecho que, de ser cierto, se habría mencionado en la petición, lo cual hace suponer -XL- que Cervantes no salió de España con el futuro Cardenal; en segundo lugar, resulta evidente que a Cervantes le convenía probar la limpieza de su linaje, y a este efecto afirman los testigos, entre otras cosas, que los padres del primero «son habidos por buenos hidalgos», como Antonio declara en el Persiles37. Ahora bien: ¿no aparece posible que en el auténtico duelo, si tal hubo, el contrario de Cervantes, Antonio de Sigura, le afeara su linaje, tratándole de vos, por lo cual quiso aquél vengar la afrenta? ¿No es posible también que Cervantes, no habiendo podido justificarse antes de su precipitada fuga, desease hacerlo desde Roma, por lo cual solicitó la información susodicha? ¿Citaría Cervantes en el Persiles el nombre de Antonio, en recuerdo de semejante lance? Quizá, no atreviéndose a describir en términos más explícitos aquella imprudencia de su mocedad, limitose a dar al gallardo español el nombre de su enemigo Antonio de Sigura. De todos modos, Cervantes regresó -XLI- a España cuando habían transcurrido doce años desde la sentencia, y, dada la frecuencia de semejantes duelos, no es de suponer que nadie se acordara ya del lance. Enlácense o no tales episodios, nosotros nos limitamos a enunciar la posibilidad de tal relación con la partida de Cervantes para Italia38.

Otros incidentes de la vida de Antonio en el Persiles nos llevan a pensar que en la pintura de su carácter quiso Cervantes (como dice en El gallardo español) «mezclar verdades con fabulosos intentos», recordando algunas de sus propias aventuras. Recién llegado Antonio a la casa paterna, donde, además de sus padres, viven sus hermanas, óyese alboroto de gente, y llevan allí a cierto conde mortalmente herido en una pendencia (II, 89 y siguientes). Acomodan al conde en un lecho, y Constanza y Auristela, haciendo de enfermeras, «no se quitaban de la cabecera del conde». Éste hace donación de una espléndida dote a Constanza, y se casa con ella -XLII- antes de morir. Pues bien: harto conocido es el desgraciado suceso de la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta en Valladolid: D. Gaspar, herido y moribundo, fue llevado a casa de Cervantes, y las mujeres de la familia de éste hicieron de enfermeras, sobre todo Magdalena de Cervantes, «que estuvo a su cabecera regalándole hasta el punto que murió»39. En recompensa, D. Gaspar le regaló «un vestido de seda de la que ella quisiere, por el amor que la tiene».

No disponemos de suficiente espacio para puntualizar todos y cada uno de los pormenores del Persiles que pueden relacionarse con la biografía de Cervantes. Tales son: la historia de los cautivos fingidos, con su descripción de la ciudad de Argel, «gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo» (II, 101 y siguientes)40; y el viaje de los peregrinos por España, Francia e Italia, que bien puede encerrar recuerdos de las andanzas del autor. Todo lo relativo al lugar de moriscos (II, 114

y siguientes), es análogo a otros dramáticos sucesos harto frecuentes por entonces en la costa de Valencia.
***
Fácil era sospechar que la influencia del Persiles -XLIII- como novela no había de ser nunca de gran importancia. Sin embargo, en el teatro nacional fue imitada por Rojas Zorrilla en Persiles y Sigismunda, y, en el extranjero, John Fletcher, en su grosera farsa The Custom of the Country, utilizó dos o tres episodios del Persiles, como la historia de Transila y la del polaco Ortel Banedre, añadiendo de su propia cosecha lo que de ningún modo merece recuerdo en la historia literaria. En la esfera novelística, parece deber algo al Persiles la obra de Suárez de Mendoza Eustorgio y Clorilene (1629), novela donde la inspiración falta en absoluto, y que pertenece, como la Historia de Hipólito y Aminta (1627), de Francisco de Quintana, a la serie de libros cuyos autores siguieron la norma de la novela bizantina, pero sin arte ni originalidad. A los contemporáneos de Cervantes debió de agradarles el Persiles, a juzgar por las diez ediciones que siguieron a la primera en el siglo XVII, por las dos versiones francesas de 1618, por la traducción inglesa de 1619, por la italiana de 1626, y por algunos juicios de los escritores de aquel tiempo. Así, Pérez de Montalbán, en su Para todos (séptimo día de la semana), coloca a Persiles y Sigismunda entre los amantes cuyos amores fueron «mas celebrados», junto a Orfeo y Eurídice, a Angélica y Medoro, y a los Amantes de Teruel. Después las opiniones se -XLIV- han dividido: unos, como Mayans en su Rhetorica41, entienden que «la historia fingida, si es larga, admite más episodios; pero no deven ser tantos, que por ellos desaparezca el assunto principal, como sucedió a Miguel de Cervantes Saavedra en su Persiles i Segismunda»; otros, como Luis Fernández-Guerra42, juzgan que en ninguna otra obra se contiene «tesoro igual de aventuras y situaciones dramáticas, de experiencia y de filosofía, de máximas formuladas soberanamente, acabadas locuciones, giros y frases gallardos, ... descripciones llenas de verdad seductora y clarísima».
En rigor, el Persiles, obra de la ancianidad de Cervantes, es un encantador mosaico de recuerdos de sus lecturas y de su vida; pero su abigarrado carácter no era lo más a propósito para asegurarle duradero éxito. Disponiendo Cervantes de ancho campo para introducir los más fantásticos episodios, dejose embriagar por la invención (como en la Galatea por la discreción y por la poesía), y quiso maravillar a toda costa, acumulando los más peregrinos lances. Según hemos observado, los mismos principios estéticos -XLV- de Cervantes impedían que se aplaudiese el arte del Persiles. Pondera él como indispensable la «verissimilitud» de la historia; pero nunca pecó más contra ella, dejándose llevar por el ambiente romántico y hasta cierto punto místico de su relato. Tanto los personajes, como la tierra que pisan y las regiones que recorren, no pertenecen a este mundo. De vez en cuando, sin embargo, tropezamos con el verdadero Cervantes43, y entonces hemos de admirar su claro lenguaje, sus nobles sentimientos, su levantado ánimo, en todo lo cual se transparenta una vida llena de «trabajos» sobrellevados pacientemente, y henchida de ilusiones que jamás llegaron a marchitarse. «No sería esperança -nos dice- aquella a que pudiessen contrastar y

derribar infortunios, pues assi como la luz resplandece mas en las tinieblas, assi la esperança ha de estar mas firme en los trabajos: que el desesperarse en ellos es acción de pechos cobardes, y no ay mayor pusilanimidad ni baxeza que entregarse el trabajado, por mas que lo sea, a la desesperacion.» (I, 67.)
***
Fundamos el texto de nuestra edición en la -XLVI- madrileña de 1617, primera y única de importancia, reproduciendo la ortografía, modernizando la puntuación y anotando las erratas interesantes, según el sistema que hemos seguido en La Galatea44. Conservamos, como en esta última hicimos, los acentos, casi siempre graves, del original, omitiéndolos únicamente en los casos que contravienen a nuestra regla de no admitirlos sino en vocablos homónimos de más de una sílaba, para facilitar la lectura. El cotejo con las ediciones que salieron a luz inmediatamente después de la madrileña, como las de Pamplona, 1617; Lisboa, 1617; y Bruselas, 1618, revela escasas variantes, y no dignas de mención. Las observaciones que consideramos de interés, constan en las Notas. Desde luego rechazamos cierta edición fechada en 1617, contrahecha, al parecer, en el siglo XVIII, e impresa a dos columnas en mal papel. El ejemplar de la auténtica que hemos tomado por base, se conserva en la Biblioteca Nacional.
Berkeley-Madrid, setiembre-octubre de 1914.

-XLVII- -XLVIII- -XLIX- -[Guarda]- -[Guarda]- -[fol. Ir]- -[fol. Iv]- -[fol. IIr]-

[Preliminares]

Tassa

Yo, Geronimo Nuñez de Leon, escriuano de Camara del rey nuestro señor, de los que en su Consejo resíden, doy fee que, auiendose visto por los señores del vn libro intitulado Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra, que con licencia de los dichos señores fue impresso, tassaron cada pliego de los del dicho libro a quatro marauedis, y parece tener cincuenta y ocho pliegos, que al dicho respeto son dozientos y treynta y dos marauedis, y a este precio mandaron se vendiesse, y no a mas, y que esta tassa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren. E para que de ello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y de pedimiento de la parte del dicho Miguel de Ceruantes, doy esta fee. En Madrid, a veynte y tres de Deziembre, de mil y seyscientos y diez y seys años.
Geronimo Nuñez de Leon.
Tiene cincuenta y ocho pliegos, que, a quatro marauedis, monta seys reales y veynte y ocho marauedis.

Fee de erratas

Este libro, intitulado Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda, corresponde con su original. Dada en Madrid, a quinze dias del mes de Diziembre, de mil y seyscientos y diez y seys años.
El licenc[i]ado Murcia de la Llan(i)a.

-L- -[fol. IIv]-

El rey

Por quanto por parte de vos, doña Catalina de Salazar, biuda de Miguel de Ceruantes Saauedra, nos fue fecha relacion que el dicho Miguel de Ceruantes auia dexado compuesto vn libro intitulado Los trabajos de Persiles, en que auia puesto mucho estudio y trabajo, y nos suplicastes os mandassemos dar licencia para le poder imprimir, y priuilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuesse, lo qual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hizieron las diligencias que la prematica por nos vltimamente fecha sobre la impression de los libros dispone, fue acordado que deuiamos mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por lo qual os damos licencia y facultad para que, por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el dia de la fecha della, vos, o la persona que vuestro poder huuiere, y no otro alguno, podais imprimir y vender el dicho libro, que de suso se haze mencion, por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Geronimo Nuñez de Leon, nuestro escriuano de Camara de los que en el residen, con que, antes que se venda, lo traygais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impression està conforme a el, y traygais fee en publica forma en cómo por corretor por nos nombrado se vio y corrigio la dicha impression por su original. Y mandamos al impressor que imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de vn solo libro con el original al autor o persona a cuya costa se imprimiere, y no otro alguno, para efeto de la dicha correcion y tassa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tassado por los del nuestro Consejo; y -[fol. IIIr]- estando assi, y no de otra manera, -LI- pueda imprimir el dicho libro, principio y primer pliego, en el qual seguidamente se ponga esta licencia y priuilegio, y la aprouacion, tassa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la prematica y leyes de nuestros reynos que sobre ello disponen. Y mandamos que, durante el tiempo de los dichos diez años, persona alguna, sin vuestra licencia, no le pueda imprimir ni vender, so pena que, el que lo imprimiere, aya perdido y pierda todos45 y qualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho46 libro tuuiere, y mas, incurra en pena de cincuenta mil marauedis, la qual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra camara, y la otra tercia parte para el juez que lo

sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaziles de la nuestra casa y corte, y chancillerias, y a todos los corregidores, assistentes, gouernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y otros juezes y iusticias qualesquier, de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reynos y señorios, que vos guarden y cumplan esta nuestra cedula, y contra su tenor y forma no vayan ni passen en manera alguna. Fecha en san Lorenço, a veynte y quatro dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y diez y seys años.
YO EL REY
Por mandado del rey nuestro señor,
Pedro de Contreras.

-[fol. IIIv]-

Aprouacion

Por mandado de vuessa alteza he visto el libro de los trabajos de Persiles, de Miguel de Ceruantes Saauedra, illustre hijo de nuestra nacion, y padre illustre de tantos buenos hijos con que dichosamente la enoblezio, y no hallo en el cosa contra nuestra santa fe catolica y
-LII- buenas costumbres; antes, muchas de honesta y apazible recreacion, y por el se podria dezir lo que San Geronimo de Origenes por el comentario sobre los Cantares: Cùm in omnibus omnes, in hoc seipsum superauit Origenes, pues de quantos nos dexò escritos, ninguno es mas ingenioso, mas culto ni mas entretenido; en fin, cisne de su buena vegez, casi entre los aprietos de la muerte, cantò este parto de su venerando ingenio. Este es mi parecer. Saluo, &c. En Madrid a nueue de Setiembre de mil y seyscientos y diez y seys años.
El Maestro Iosef de Valdiuiesso47.

-LIII- -[fol. IVr]-

De don Francisco de Vrbina48

a Miguel de Ceruantes, insigne y christiano ingenio de nuestros tiempos, a quien lleuaron los Terceros de san Francisco a enterrar con la cara descubierta, como a Tercero que era.

Epitafio

Caminante, el peregrino
Ceruantes aqui se encierra:
su cuerpo cubre la tierra,
no su nombre, que es diuino.
En fin hizo su camino; 5
pero su fama no es muerta,
ni sus obras, prenda cierta
de que pudo a la partida,
desde esta a la eterna vida,
yr la cara descubierta. 10

-[fol. IVv]-

A el sepvlcro de Migvel de Cervantes Saavedra,

ingenio christiano, por Luys Francisco Calderón.

Soneto

En este, ¡o caminante!, marmol breue,
vrna funesta, si no excelsa pira,
cenizas de vn ingenio santas mira,
que oluido y tiempo a despreciar se atreue.

-LIV-

No tantas en su orilla arenas mueue 5
glorioso el Tajo, quantas oy admira
lenguas la suya, por quien grata aspira
a el lauro España que a su nombre deue.

Luzientes de sus libros gracias fueron,
con dulce suspension, su estilo graue, 10
religiosa inuencion, moral decoro.

A cuyo ingenio los de España dieron
la solida opinion que el mundo sabe,
y a el cuerpo, ofrenda de perpetuo lloro.

-LV- -[fol. Vr]-

A don Pedro Fernandez de Castro

Conde de Lemos49, de Andrade, de Villalva; Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Presidente del Consejo supremo de Italia, Comendador de la Encomienda de la Zarça, de la Orden de Alcantara.
Aqvellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comiençan:

«Puesto ya el pie en el estriuo»50,

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epistola, porque casi con las mismas palabras las puedo començar, diziendo:

«Puesto ya el pie en el estriuo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escriuo.»

Ayer me dieron la estremavncion, y oy escriuo esta; el tiempo es breue, las ansias crecen, las esperanças menguan, y, con todo esto, lleuo la -LVI- vida sobre el desseo que tengo de viuir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuessa excelencia: que podria ser fuesse tanto el contento de ver a vuessa excelencia bueno en España, que me voluiesse a dar la vida. Pero si està decretado que la aya de perder, cumplase la voluntad de los cielos, y, por lo menos, sepa vuessa excelencia este mi desseo, y sepa que tuuo en mi vn tan aficionado criado de seruirle, que quiso passar aun mas alla de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecia, me alegro de la llegada de vuessa excelencia, regozijome de verle señalar con el dedo, y realegrome de que salieron verdaderas mis esperanças, -[fol. Vv]- dilatadas en la fama de las bondades de vuessa excelencia. Todauia me quedan en el alma ciertas reliquias y assomos de las Semanas del jardin51 y del famoso Bernardo. Si a dicha, por buena ventura mia, que ya no sería ventura, sino milagro, me diesse el cielo vida, las verà, y con ellas fin de La Galatea, de quien se està aficionado vuessa excelencia; y con estas obras, continuando mi desseo, guarde Dios a vuessa excelencia como puede. De Madrid, a diez y nueue de abril de mil y seyscientos y diez y seys años.
Criado de vuessa excelencia,

Miguel de Ceruantes.

-LVII- -[fol. VIr]-

Prologo

Svcedio, pues, lector amantissimo, que, viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquiuias52, por mil causas famoso, vna por sus illustres linages, y otra por sus illustríssimos vinos, senti que a mis espaldas venia picando con gran priessa vno que, al parecer, traia desseo de alcançarnos, y aun lo mostro dandonos vozes que no picassemos tanto. Esperamosle, y llegò sobre vna borrica vn estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenças yguales; verdad es no traia mas de dos, porque se le venia a vn lado la valona por momentos, y el traia sumo trabajo y cuenta de endereçarla. Llegando a nosotros, dixo:

-¿Vuessas mercedes van a alcançar algun oficio o prebenda a la corte, pues alla està Su Illustrissima de Toledo y Su Magestad, ni mas ni menos, segun la priessa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de vna vez?

-LVIII-

A lo qual respondio vno de mis compañeros:

-El rozin del señor Miguel de Ceruantes tiene la culpa desto, porque es algo que53 pasilargo.

Apenas huuo oido el estudiante el nombre de Ceruantes, quando, apeandose de su caualgadura, cayendosele aqui el coxin y alli el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaua, arremetio a mi, y, acudiendo assirme de la mano yzquierda, dixo:

-¡Si, si; este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regozijo de las Musas!

Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanças, pareciome ser descortesia no corresponder a ellas; y assi, abrazandole por el cuello, donde le echè a perder de todo punto la valona, le dixe:

-Esse es vn error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Ceruantes, pero no el regozijo de las Musas, ni ninguna54 de las demas baratijas que ha dicho. Vuessa merced vuelua a cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conuersacion lo poco que nos falta del camino.

Hizolo assi el comedido estudiante, -[fol. VIv]- tuuimos algun tanto mas las riendas, y con paso assentado seguimos nuestro camino, en el qual se tratò de mi enfermedad, y el buen estudiante me deshauciò al momento, diziendo:

-Esta enfermedad es de ydropesia, que no la sanarà toda el agua del mar Oceano que -LIX- dulcemente se beuiesse. Vuessa merced, señor Ceruantes, ponga tassa al beuer, no oluidandose de comer, que con esto sanarà, sin otra medicina alguna.

-Esso me han dicho muchos -respondi yo-; pero assi puedo dexar de beuer a todo mi beneplacito, como si para sólo esso huuiera nacido. Mi vida se va

acabando, y, al paso de las efemeridas de mis pulsos, que, a mas tardar, acabaràn su carrera este domingo, acabarè yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuessa merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuessa merced me ha mostrado.
En esto, llegamos a la puente de Toledo, y yo entrè por ella, y el se apartò a entrar por la de Segouia. Lo que se dira de mi sucesso, tendra la fama cuydado, mis amigos gana de dezilla, y yo mayor gana de escuchalla. Tornèle a abraçar, voluioseme [a]55 ofrecer, picò a su burra, y dexòme tan mal dispuesto como el yua cauallero en su burra, a quien auia dado gran ocasion a mi pluma para escriuir donayres; pero no son todos los tiempos vnos. Tiempo vendra, quiça, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aqui me falta y lo que sè conuenia. ¡A Dios, gracias; a Dios, donayres; a Dios, regozijados amigos; que yo me voy muriendo, y desseando veros presto contentos en la otra vida!56.

-1- -fol. 1r-

Tomo I

Libro Primero de la historia de los trabaios de Persiles y Sigismunda

Capitvlo primero

Vozes daua el barbaro Corsicurbo a la estrecha boca de vna profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos viuos que en ella estauan sepultados; y, au[n]que su terrible y espantoso estruendo cerca y lexos se escuchaua, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaua, sino de la miserable Cloelia, a quien sus desuenturas en aquella profundidad tenian encerrada57.
-Haz, ¡o Cloelia! -dezia el barbaro-, -fol. 1v- que, assi como està, ligadas las manos atras, salga aca arriba, atado a essa cuerda que descuelgo, -2- aquel mancebo que aura dos dias que te entregamos; y mira bien si, entre las mugeres de la passada presa, ay alguna que merezca nuestra compañia, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre y del ayre saludable que nos rodea.
Descolgo en esto vna gruessa cuerda de cañamo, y, de allí a poco espacio, el y otros quatro barbaros tiraron hazia arriba, en la qual cuerda, ligado por debaxo de los braços, sacaron assido fuertemente a vn mancebo, al parecer de hasta diez y nueue o veynte años, vestido de lienço basto, como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hizieron los58 barbaros, fue requerir las esposas y cordeles con que a las espaldas trahìa ligadas las manos; luego le sacudieron los cabellos, que, como infinitos anillos de puro oro, la cabeça le cubrian; limpiaronle el rostro, que cubierto de poluo tenia, y descubrio vna tan marauillosa hermosura, que suspendio y enternecio los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le lleuauan. No mostraua el gallardo moço en su semblante

genero de aflicion alguna; antes, con ojos, al parecer, alegres, alçò el rostro y mirò al cielo por todas partes, y, con voz clara y no turbada lengua, dixo:
-Gracias os hago, ¡o inmensos y piadosos cielos!, de que me aueys trahido a morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos escuros calabozos, de donde agora salgo, de sombras caliginosas la cubran; bien querría yo no morir desesperado, a lo menos, porque soy -3- christiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman y casi fuerçan a dessearlo.
Ninguna destas razones fue entendida de los barbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo; y assi, cerrando primero la boca de la mazmorra con vna gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los quatro llegaron -fol. 2r- con el a la marina, donde tenían vna balsa de maderos, y atados vnos con otros con fuertes bexucos y flexibles mimbres. Este artificio les seruia, como luego parecio, de baxel, en que passauan a otra isla que no dos millas o tres de allí se parecia. Saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio dellos, sentado, al prisionero, y luego vno de los barbaros assio de vn grandissimo arco que en la balsa estaua, y, poniendo en el vna desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechò, y, encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le queria passar el pecho. Los barbaros que quedauan, assieron de tres palos gruessos, cortados a manera de remos, y el vno se puso a ser timonero, y los dos a encaminar la balsa a la otra isla. El hermoso moço, que por instantes esperaua y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los ombros, apretaua los labios, enarcaua las cejas, y, con silencio profundo, dentro en su coraçon pedia al cielo, no que le librasse de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diesse ánimo para sufrillo; viendo lo qual el barbaro flechero, y sabiendo -4- que no auia de ser aquel el genero de muerte con que le auian de quitar la vida, hallando la belleza del moço piedad en la dureza de su coraçon, no quiso darle dilatada muerte, teniendole siempre encarada la flecha al pecho; y assi, arrojò de si el arco, y, llegandose a el, por señas, como mejor pudo, le dio a entender que no queria matarle.
En esto estauan, quando los maderos llegaron a la mitad del estrecho que las dos islas formauan, en el qual de improuiso se leuantò vna borrasca que, sin poder remediallo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y diuidieron en partes, quedando en la vna, que sería de hasta seys maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado tan poco auia que estaua temeroso. Leuantaron remolinos las aguas; pelearon -fol. 2v- entre si los contrapuestos vientos; anegaronse los barbaros; salieron los leños del atado prisionero al mar abierto; passauanle las olas por cima, no solamente impidiendole ver el cielo, pero negandole el poder pedirle tuuiesse compassion de su desuentura. Y si tuuo, pues las continuas y furiosas ondas, que a cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños y se le lleuaron consigo a su abismo: que, como lleuaua atadas las manos a las espaldas, ni podia assirse, ni vsar de otro remedio alguno. Desta manera que se ha dicho salio a lo raso del mar, que se mostro59 algun tanto sossegado y tranquilo al boluer vna punta de la isla, adonde los leños -5- milagrosamente se encaminaron y del furioso

mar se defendieron. Sentose el fatigado jouen, y, tendiendo la vista a todas partes, casi junto a el descubrio vn nauio que en aquel reposo60 del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaua; descubrieron assimismo los del nauio los maderos y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse que podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron a verlo, y hallando alli al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le passaron a su nauio, dando con el nueuo hallazgo admiracion a quantos en el estauan. Subio el moço en braços agenos, y, no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco, porque auia tres dias que no auia comido, y de puro molido y maltratado de las olas, dio consigo vn gran golpe sobre la cubierta del nauio, el capitan del qual, con ánimo generoso y compassion natural, mandò que le socorriessen. Acudieron luego vnos a quitarle las ataduras, otros a traer conseruas y odoriferos vinos, con cuyos remedios boluio en si, como de muerte a vida, el desmayado moço, el qual, poniendo los ojos en el capitan, cuya gentileza y rico trage le lleuó tras si la vista, y aun la lengua, (y) le dixo:
-Los piadosos cielos te paguen, -fol. 3r- piadoso señor, el bien que me has hecho, que mal se pueden llenar las tristezas del ánimo, si no se esfuerçan los descaecimientos del cuerpo. Mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hazer ninguna recompensa deste beneficio, si no -6- es con el agradecimiento; y, si se sufre que vn pobre afligido pueda dezir de si mismo alguna alabança, yo se que en ser agradecido ninguno en el mundo me podra lleuar alguna ventaja.
Y en esto prouo61 a leuantarse, para yr a besarle los pies; mas la flaqueza no se lo permitio, porque tres vezes lo prouo62, y otras tantas boluio a dar consigo en el suelo; viendo lo qual, el capitan mandó que le lleuassen debaxo de cubierta y le echassen en dos traspontines, y que, quitandole los mojados vestidos, le vistiessen otros enjutos y limpios, y le hiziessen descansar y dormir. Hizose lo que el capitan mandò; obedecio, callando, el moço, y en el capitan crecio la admiracion de nueuo, viendolo leuantar en pie, con la gallarda disposicion que tenia, y luego le començo a fatigar el desseo de saber del, lo mas presto que pudiesse, quien era, cómo se llamaua, y de que causas auia nacido el efeto que en tanta estrecheza le auia puesto; pero, excediendo su cortesia a su desseo, quiso que primero se acudiesse a su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

-7-

Capitvlo segvndo del libro primero
Reposando dexaron los ministros de la naue al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les auia mandado; pero como le acossauan varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar possession de sus -fol. 3v- sentidos, ni menos lo consintieron vnos congojosos suspiros y vnas angustiadas lamentaciones que a sus oydos llegaron, a su parecer, salidos de entre vnas tablas de otro apartamiento que junto al suyo estaua; y poniendose con grande atencion a escucharlas, oyo que dezian:
-En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó a la luz del mundo; y bien digo arrojò, porque nacimiento como el mio, antes se puede dezir arrojar que nacer. Libre

pense yo que gozara de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo a pique de ser vendida por esclaua: desuentura a quien ninguna puede compararse.
-¡O tu, quienquiera que seas -dixo a esta sazon el mancebo-. Si es, como dezirse suele, que las desgracias y trabajos, quando se comunican, suelen aliuiarse, llegate aqui, y, por entre -8- los espacios descubiertos destas tablas, cuentame los tuyos: que si en mi no hallares aliuio, hallarás quien dellos se compadezca.
-Escucha, pues -le fue respondido-, que, en las mas breues razones, te contarè las sinrazones que la fortuna me ha hecho. Pero querria saber primero a quien las cuento. Dime si eres, por ventura, vn mancebo que poco ha hallaron medio muerto en vnos maderos que dizen siruen de varcos a vnos barbaros que estan en esta isla donde auemos dado fondo, reparandonos de la borrasca que se ha leuantado.
-El mismo soy -respondio el mancebo.
-Pues, ¿quien eres? -preguntò la persona que hablaua.
-Dixeratelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que, por las palabras que poco ha que te oi dezir, imagino que no deue de ser tan buena como quisieras.
A lo que le respondieron:
-Escucha, que en cifra te dire mis males. El capitan y señor deste nauio se llama Arnaldo; es hijo heredero del rey de Dinamarca, a cuyo poder vino -fol. 4r- por diferentes y estraños acontecimientos vna principal donzella, a quien yo tuue por señora, a mi parecer, de tanta hermosura, que, entre las que oy viuen en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede lleuar la ventaja; su discrecion yguala a su belleza, y sus desdichas a su discrecion y a su hermosura: su nombre es Auristela; sus padres, de linage de -9- reyes y de riquissimo estado. Esta, pues, a quien todas estas alabanças vienen cortas, se vio vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amò y la ama, que mil vezes de esclaua la quiso hazer su señora, admitiendola por su legitima esposa, y esto con voluntad del rey, padre de Arnaldo, que juzgò que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser reyna merecian; pero ella se defendia, diziendo no ser possible romper vn voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaua quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitassen promessas o la amenazassen muertes. Pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanças con dudosas imaginaciones, arrimandolas a la variacion de los tiempos y a la mudable condicion de las mugeres, hasta que sucedio que, andando mi señora Auristela por la ribera del mar solazandose, no como esclaua, sino como reyna, llegaron vnos baxeles de cossarios, y la robaron y lleuaron no se sabe adonde. El principe Arnaldo, imaginando que estos cossarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, -los quales cossarios andan por todos estos mares, insulas y riberas robando o comprando las mas hermosas donzellas que hallan, para traellas por grangeria a vender a esta insula donde dizen que estamos, la qual es habitada de vnos barbaros, gente indomita y cruel, los quales tienen entre si por cosa inuiolable y cierta, persuadidos, o ya del demonio, o -10- ya de vn antiguo hechizero a quien -fol. 4v- ellos tienen por sapientissimo varon, que de entre ellos ha de salir vn

rey que conquiste y gane gran parte del mundo; este rey que esperan no saben quien ha de ser, y, para saberlo, aquel hechizero les dio esta orden: Que sacrificassen todos los hombres que a su insula llegassen, de cuyos coraçones, digo, de cada vno de por si, hiziessen poluos, y los diessen a beuer a los barbaros mas principales de la insula, con expressa orden que, el que los passasse sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabía mal, le alçassen por su rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino vn hijo suyo. Tambien les mandò que tuuiessen en la isla todas las donzellas que pudiessen o comprar o robar, y que la mas hermosa dellas se la entregassen luego al barbaro cuya sucession valerosa prometia la beuida de los poluos. Estas donzellas compradas o robadas son bien tratadas de ellos, que sólo en esto muestran no ser barbaros, y las que compran son a subidissimos precios, que los pagan en pedaços de oro sin cuño y en preciosíssimas perlas, de que los mares de las riberas destas islas abundan; y a esta causa, lleuados deste interes y ganancia, muchos se han hecho cossarios y mercaderes. -Arnaldo, pues, que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podría ser que estuuiesse Auristela, mitad de su alma, sin la qual no puede viuir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme a mi a los barbaros, porque, quedando yo entre ellos, sirua -11- de espia de saber lo que dessea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hazer escala y concluyr su venta. Mira, pues, si con razon me quexo, pues la ventura que me aguarda es venir a viuir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir a ser reyna, especialmente si la corta suerte huuiesse traído a esta tierra a mí señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron -fol. 5r- los suspiros que me has oydo, y destos temores las quexas que me atormentan.

Calló en diziendo esto, y al mancebo se le atrauessò vn ñudo en la garganta, pegò la boca con las tablas, que humedecio con copiosas lagrimas, y, al cabo de vn pequeño espacio, le preguntò si, por ventura, tenia algunos barruntos de que Arnaldo huuiesse gozado de Auristela, o ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñasse a Arnaldo y no admitiesse tan gran dadiua como la de vn reyno, porque a el le parecia que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerça que las de la religion. Respondiole que, aunque ella imaginaua que el tiempo auia podido dar a Auristela ocasion de querer bien a vn tal Periandro, que la auia sacado de su patria, cauallero generoso, dotado de todas las partes que le podian hazer amable de todos aquellos que le conociessen, nunca se le auia oydo nombrar en las continuas quexas que de sus desgracias daua al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntole si conocía ella a aquel Periandro que dezia. Dixole que no, sino que -12- por relacion sabía ser el que lleuò a su señora, a cuyo seruicio ella auia venido despues que Periandro, por vn estraño acontecimiento, la auia dexado. En esto estauan, quando de arriba llamaron a Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias auia contado, la qual, oyendose llamar, dixo:

-Sin duda alguna, el mar està manso y la borrasca quieta, pues me llaman para hazer de mi la desdichada entrega. A Dios te queda, quienquiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los poluos de tu abrasado coraçon testifiquen esta vanidad e impertinente profecia: que tambien estos insolentes moradores desta insula buscan coraçones que

abrasar, como donzellas que guardar para lo que procuran.
Apartaronse; subio Taurisa a la cubierta; quedò -fol. 5v- el mancebo pensatiuo, y pidio que le diessen de vestir, que queria leuantarse. Truxeronle vn vestido de damasco verde, cortado al modo del que el auia trahido de lienço; subio arriba, recibiole Arnaldo con agradable semblante, sentole junto a si, vistieron a Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas o las amadriades de los montes. En tanto que esto se hazía, con admiracion del moço, Arnaldo le conto63 todos sus amores y sus intentos, y aun le pidio consejo de lo que haria, y le preguntò si los medios que ponia para saber de Auristela yuan bien encaminados. El moço, que, del razonamiento que auia tenido con Taurisa, -13- y de lo que Arnaldo le contaua, tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocissimo curso del entendimiento lo que podia suceder si acaso Auristela entre aquellos barbaros se hallasse, le respondio:
-Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad, que me mueue a seruirte, que la vida que me has dado, con el recibimiento y mercedes que me has hecho, me obligan a emplearla en tu seruicio. Mi nombre es Periandro, de nobilissimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desuentura y mis desgracias, las quales, por ser tantas, no conceden aora lugar para contartelas. Essa Auristela que buscas, es vna hermana mia que tambien yo ando buscando, que, por varios acontecimientos, ha vn año que nos perdimos. Por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco, sin duda, que es mi perdida hermana, que daria por hallarla, no sólo la vida que posseo, sino el contento que espero recebir de auerla hallado, que es lo mas que puedo encarecer; y assi, como tan interessado en este hallazgo, voy escogiendo, [entre] otros muchos medios que en la imaginacion fabrico, este, que, aunque venga a ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas -fol. 6r- breue: tu, señor Arnaldo, ¿estàs determinado de vender esta donzella a estos barbaros, para que, estando en su poder, vea si està en el suyo Auristela, de que te podras informar boluiendo otra vez a vender otra donzella a los mismos barbaros, y a Taurisa no -14- le faltará modo, o dara señales si està o no Auristela con las demas que para el efeto que se sabe los barbaros guardan y con tanta solicitud compran?
-Assi es la verdad -dixo Arnaldo-; y he escogido antes a Taurisa que a otra, de quatro que van en el nauio para el mismo efeto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su donzella.
-Todo esso està muy bien pensado -dixo Periandro-; pero yo soy de parecer que ninguna persona hara essa diligencia tambien como yo, pues mi edad, mi rostro, el interes que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me està incitando a aconsejarme que tome sobre mis ombros esta empresa. Mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que, en los casos arduos y dificultosos, en vn mismo punto han de andar el consejo y la obra.
Quadraronle a Arnaldo las razones de Periandro, y, sin reparar en algunos inconuenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y, de muchos y ricos vestidos de que venia proueydo, por si hallaua a Auristela, vistio a Periandro, que quedò, al parecer, la mas gallarda y hermosa muger que hasta entonces los ojos humanos auian visto; pues, si no era la hermosura

de Auristela, ninguna otra podia ygualarsele. Los del nauio quedaron admirados; Taurisa, atonita; el principe, confuso; el qual, a no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varon, le traspassara el alma con la dura lança -15- de los zelos, cuya punta se atreue a entrar por las del mas agudo diamante: quiero dezir que los zelos rompen toda seguridad y recato, aunque del se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamorfosis de Periandro, se hizieron vn poco a la mar, para que -fol. 6v- de todo en todo de los barbaros fuessen descubiertos.

La priessa con que Arnaldo quiso saber de Auristela, no consintio en que preguntasse primero a Periandro quien eran el y su hermana, y por que trances auian venido al miserable en que le auia hallado: que todo esto, segun buen discurso, auia de preceder a la confiança que del hazía; pero como es propia condicion de los amantes ocupar los pensamientos, antes en buscar los medios de alcançar el fin de su desseo, que en otras curiosidades, no le dio lugar a que preguntasse lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues, quando no le estuuo bien el saberlo.

Alongados, pues, vn tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la naue con flamulas y gallardetes, que ellos açotando el ayre, y ellas besando las aguas, hermosissima vista hazian; el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimias y de otros instrumentos, tan belicos como alegres, suspendian los animos; y los barbaros, que de no muy lexos lo mirauan, quedaron mas suspensos, y en vn momento coronaron la ribera, armados de arcos y saetas de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de vna milla llegaua la naue a la isla, quando, disparando toda la artilleria, que traia mucha y -16- gruessa, arrojò el esquife al agua, y entrando en el Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en vna lança vn lienço blanco, señal de que venian de paz, como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra; y lo que en esta les sucedio, se cuenta en el capitulo que se sigue.

-17-

Capitvlo tercero del primer libro

Como se yua acercando el barco a la ribera, se yuan apiñando los barbaros, cada vno desseoso de saber, primero -fol. 7r- que viesse, lo que en el venia64; y, en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienços y los campearon por el ayre, tiraron infinitas flechas al viento, y, con increible ligereza, saltauan algunos de vnas partes en otras. No pudo llegar el barco a bordas con la tierra, por ser la mar baxa, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los barbaros, hasta cantidad de veynte, se entraron a pie por la mojada arena, y llegaron a el casi a tocarse con las manos. Traian sobre los ombros a vna muger barbara, pero de mucha hermosura, la qual, antes que otro alguno hablasse, dixo en lengua polaca:

-A vosotros, quienquiera que seais, pide nuestro principe, o, por mejor dezir, nuestro gouernador, que le digais quien sois, a que venis y que es lo que buscais. Si, por ventura, traheis alguna donzella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancias, las vuestras no las

hemos menester, porque en -18- esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necessario para la vida humana, sin tener necessidad de salir a otra parte a buscarlo.
Entendiola muy bien Arnaldo, y preguntóle si era barbara de nacion, o si acaso era de las compradas en aquella isla, a lo que le respondio:
-Respondeme tu a lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate sino en aquellas que hazen al caso para su negocio.
Oyendo lo qual, Arnaldo respondio:
-Nosotros somos naturales del reyno de Dinamarca, vsamos el oficio de mercaderes y de cossarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos; y, entre otras presas que a nuestras manos han venido, ha sido la de esta donzella -y señalò a Periandro-, la qual, por ser vna de las mas hermosas, o, por mejor dezir, la mas hermosa del mundo, os la trahemos a vender, que ya sabemos el efeto para que -fol. 7v- las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien podeis esperar, desta sin ygual belleza y disposicion gallarda, que os dara hijos hermosos y valientes.
Oyendo esto algunos de los barbaros, preguntaron a la barbara les dixesse lo que dezia; dixolo ella, y al momento se partieron quatro dellos, y fueron, a lo que parecio, a dar auiso a su gouernador. En este espacio que boluian, -19- preguntò Arnaldo a la barbara si tenian algunas mugeres compradas en la isla, y si auia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiesse ygualar a la que ellos trahian para vender.
-No -dixo la barbara-; porque, aunque ay muchas, ninguna dellas se me yguala, porque, en efeto, yo soy vna de las desdichadas para ser reyna destos barbaros, que sería la mayor desuentura que me pudiesse venir.
Boluieron los que auian ydo a la tierra, y con ellos otros muchos y su principe, que lo mostro ser en el rico adorno que traia. Auiase echado sobre el rostro vn delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improuiso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos barbaros, que con grandissima atencion le estauan mirando. Hablò el gouernador con la barbara, de que resultó65 que ella dixo a Arnaldo que su principe dezia que mandasse alçar el velo a su donzella. Hizose assi: leuantose en pie Periandro, descubrio el rostro, alçò los ojos al cielo, mostro dolerse de su ventura, estendio los rayos de sus dos soles a vna y otra parte, que, encontrandose con los del barbaro capitan, dieron con el en tierra; a lo menos, assi lo dio a entender el hincarse de rodillas, como se hincò, adorando a su modo en la hermosa imagen, que pensaua ser muger; y, hablando con la barbara, en pocas razones concerto la venta, y dio por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna.
Partieron todos los barbaros a la isla; en vn instante boluieron con -fol. 8r- infinitos pedaços -20- de oro y con luengas sartas de finissimas perlas, que sin cuenta y a monton confuso se las entregaron a Arnaldo, el qual, luego, tomando de la mano a Periandro, le entregò al barbaro, y dixo a la intérprete dixesse a su dueño que dentro de pocos dias bolueria a venderle otra donzella, si no tan hermosa, a lo menos, tal que pudiesse merecer ser comprada. Abraçò Periandro a todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lagrimas, que no le nacian de

coraçon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por el auian passado; hizo señal Arnaldo a la naue que disparasse la artilleria, y el barbaro a los suyos que tocassen sus instrumentos, y en vn instante atrono el cielo la artilleria y la musica de los barbaros, [y] llenaron los ayres de confusos y diferentes sones. Con este aplauso, lleuado en ombros de los barbaros, puso los pies en tierra Periandro, llegò a su naue Arnaldo y los que con el venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo que, si el viento no le forçasse, procuraria no desuiarse de la isla sino lo que bastasse para no ser de ella descubierto, y boluer a ella a vender, si fuesse necessario, a Taurisa, que, con la seña que Periandro le hiziesse, se sabria el si o el no del hallazgo de Auristela; y, en caso que no estuuiesse en la isla, no faltaria traça para libertar a Periandro, aunque fuesse mouiendo guerra a los barbaros con todo su poder y el de sus amigos.

-21-

Capitvlo qvarto del libro primero

Entre los que vinieron a concertar la compra de la donzella, vino con el capitan vn barbaro llamado Bradamiro, -fol. 8v- de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atreuido tanto como el mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este, pues, desde el punto que vio a Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo dissinio en su pensamiento de escogerla para si, sin esperar a que las leyes del vaticinio se prouassen o cumpliessen. Assi como puso los pies en la insula Periandro, muchos barbaros, a porfia, le tomaron en ombros, y, con muestras de infinita alegria, le lleuaron a vna gran tienda que, entre otras muchas pequeñas, en vn apazible y deleytoso prado estauan puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domesticos, quales seluaticos. La barbara que auia seruido de intérprete de la compra y venta, no se le quitaua del lado, y con palabras y en lenguage que el no entendia, le consolaua.

Ordenò luego el gouernador que passassen a la insula de la prision y traxessen de ella algun -22- varon, si le huuiesse, para hazer la prueua de su engañosa esperança. Fue obedecido al punto, y, al mismo instante, tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lissas, de animales, para que de manteles siruiessen, sobre las quales arrojaron y tendieron, sin concierto ni policia alguna, diuersos generos de frutas secas, y, sentandose el y algunos de los principales barbaros que alli estauan, començo a comer y a combidar por señas a Periandro que lo mismo hiziesse. Sólo se quedó en pie Bradamiro, arrimado a su arco, clauados los ojos en la que pensaua ser muger; rogole el gouernador se sentasse, pero no quiso obedecerle: antes, dando vn gran sospiro, boluio las espaldas y se salio de la tienda. En esto llegò vn barbaro que dixo al capitan que, al tiempo que auian llegado el y otros quatro para passar a la prision, llegò a la marina vna balsa, la qual traia vn varon -fol. 9r- y a la muger guardiana de la mazmorra, cuyas nueuas pusieron fin a la comida, y leuantandose el capitan, con todos los que alli estauan,

acudio a ver la balsa. Quiso acompañarle Periandro, de lo que el fue muy contento.
Quando llegaron, ya estauan en tierra el prisionero y la custodia. Mirò atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado a quien su corta suerte auia puesto en el mismo estremo en que el se auia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, a causa que tenia inclinada la cabeça, y, como de industria, parecia que no dexaua verse de nadie; pero no -23- dexò de conocer a la muger que dezian ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendio el alma y le alborotò los sentidos, porque claramente, y sin poner duda en ello, conocio ser Cloelia, ama de su querida Auristela. Quisierala hablar, pero no se atreuio, por no entender si acertaria o no en ello; y assi, reprimiendo su desseo como sus labios, estuuo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento. El gouernador, con desseo de apressurar sus prueuas y dar felice compañia a Periandro, mandó que al momento se sacrificasse aquel mancebo, de cuyo coraçon se hiziessen los poluos de la ridicula y engañosa prueua. Assieron al momento del mancebo muchos barbaros, sin mas ceremonias66 que atarle vn lienço por los ojos; le hizieron hincar de rodillas, atandole por atras las manos, el qual, sin hablar palabra, como vn manso cordero, esperaua el golpe que le auia de quitar la vida; visto lo qual por la antigua Cloelia, alçò la voz, y, con mas aliento que de sus muchos años se esperaua, començo a dezir:
-Mira, ¡o gran gouernador!, lo que hazes, porque esse varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprouechar ni seruir en cosa alguna a tu intencion, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosissima Auristela, -fol. 9v- y no permitas, lleuada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tassa a la prouidencia de los cielos, que te la pueden guardar y conseruar para que felicemente la gozes.
-24-
A estas razones, los crueles barbaros detuuieron el golpe, que ya ya la sombra del cuchillo se señalaua en la garganta del arrodillado. Mandò el capitan desatarle, y dar libertad a las manos y luz a los ojos, y, mirandole con atencion, le parecio ver el mas hermoso rostro de muger que huuiesse visto, y juzgò, aunque barbaro, que, si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria ygualarsele. ¡Que lengua podra dezir, o que pluma escriuir, lo que sintio Periandro quando conocio ser Auristela la condenada y la libre! Quitósele la vista de los ojos, cubriosele el coraçon, y, con pasos torzidos y floxos, fue a abraçarse con Auristela, a quien dixo, teniendola estrechamente entre sus braços:
-¡O querida mitad de mi alma, o firme coluna de mis esperanças, o prenda, que no se si diga por mi bien o por mi mal hallada, aunque no será67 sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aqui a tu hermano Periandro.
Y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oyda, y prosiguio diziendo:
-Viue, señora y hermana mia, que en esta isla no ay muerte para las mugeres, y no quieras tu para contigo ser mas cruel que sus moradores; confia en los cielos, que, pues te han librado hasta [a]qui de los infinitos peligros en que te deues de auer visto, te librarán de los que

se pueden temer de aqui adelante.
-¡Ay, hermano -respondio Auristela, que era la misma que por varon pensaua ser sacrificada-; -25- ay, hermano -replicò otra vez-, y cómo creo que este en que nos hallamos ha de ser el vltimo trance que de nuestras desuenturas puede temerse! Suerte dichosa ha sido el hallarte; pero desdichada ser en tal lugar y en semejante trage.
Llorauan entrambos, cuyas lagrimas vio el barbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel que penso ser su conocido, pariente o -fol. 10r- amigo, determinò de libertarle, aunque se pusiesse a romper por todo inconueniente; y assi, llegandose a los dos, assio de la vna mano a Auristela, y de la otra a Periandro, y, con semblante amenazador y ademan soberuio, en alta voz dixo:
-Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar a estos dos, aun en vn solo cabello; esta donzella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere.
Apenas huuo dicho esto, quando el barbaro gouernador, indignado e impaciente sobremanera, puso vna grande y aguda flecha en el arco, y, desuiandole de si quanto pudo estenderse el braço yzquierdo, puso la enpulguera con el derecho junto al diestro oido, y disparò la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en vn instante llegò a la boca de Bradamiro, y se la cerro, quitandole el mouimiento de la lengua y sacandole el alma, con que dexò admirados, atonitos y suspensos a quantos alli estauan. Pero no hizo tan a su saluo el tiro, tan -26- atreuido como certero, que no recibiesse por el mismo estilo la paga de su atreuimiento, porque vn hijo de Corsicurbo el barbaro, que se ahogò en el passage de Periandro, pareciendole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitan, y, alçando el braço, le enuainò en el pecho vn puñal que, aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de azero forjado fuera. Cerro el capitan en sempiterna noche los ojos, y dio con su muerte vengança a la de Bradamiro, alborotò los pechos y los coraçones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y, en vn instante, incitados de la vengança y colera, començaron a embiar muertes en las flechas de vnas partes a otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los vnos a los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano: antes, como si de muchos tiempos atras fueran enemigos mortales por muchas injurias recebidas, con las vñas se despedaçauan, -fol. 10v- y con los puñales se herian, sin auer quien los pusiesse en paz.
Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes, estauan juntos la antigua Cloelia, la donzella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados, y todos llenos de confusion y de miedo. En mitad desta furia, lleuados en buelo algunos barbaros de los que deuian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desuiaron de la contienda y fueron a -27- poner fuego a vna selua que estaua alli cerca, como a hazienda del gouernador; començaron a arder los arboles, y a fauorecer la ira el viento, que, aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados. Llegauase la noche, que, aunque fuera clara, se escureciera, quanto mas siendo escura y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las vozes de los que amenazauan, los estallidos del fuego, no en

los coraçones de los barbaros ponian miedo alguno, porque estauan ocupados con la ira y la vengança: ponianle, si, en los de los miserables apiñados, que no sabian que hazerse, adónde yrse o cómo valerse, y, en esta sazon tan confusa, no se oluidò el cielo de socorrerles, por tan estraña nouedad, que la tuuieron por milagro. Ya casi cerraua la noche, y, como se ha dicho, escura y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selua dauan luz bastante para diuisar las cosas, quando vn barbaro mancebo se llegò a Periandro, y, en lengua castellana, que del fue bien entendida, le dixo:
-Sigueme, hermosa donzella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo estan, que yo os pondre en saluo, si los cielos me ayudan.
No le respondio palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animassen y, le siguiessen; y assi, pisando muertos y hollando armas, siguieron al jouen barbaro que les guiaua. Lleuauan las llamas de la ardiente selua a las espaldas, que -fol. 11r- les seruian de viento que el paso les aligerasse. Los muchos años de -28- Cloelia y los pocos de Auristela, no permitian que al paso de su guia tendiessen el suyo, viendo lo qual el barbaro, robusto y de fuerças, assio de Cloelia y se la echò al ombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela; la intérprete, menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia. Desta manera, cayendo y leuantando, como dezirse suele, llegaron a la marina, y auiendo andado como vna milla por ella, hazia la vanda del norte, se entrò el barbaro por vna espaciosa cueua, en quien la saca del mar entraua y salia. Pocos pasos anduuieron por ella, torziendose a vna y otra parte, estrechandose en vna y alargandose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salíeron, a su parecer, a vn campo raso, pues les parecio que podian libremente endereçarse, que assi se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la escuridad de la noche y porque las luzes de los encendidos montes, que entonces con mas rigor ardian, alli llegar no podian.
-¡Bendito sea Dios -dixo el barbaro en la misma lengua castellana-, que nos ha traido a este lugar, que, aunque en el se puede temer algun peligro, no será de muerte!
En esto vieron que hazia ellos venia corriendo vna gran luz, bien assi como cometa, o, por mejor dezir, exalacion que por el ayre camina. Esperaranla con temor, si el barbaro no dixera:
-Este es mi padre, que viene a recebirme.
-29-
Periandro, que, aunque no muy despiertamente, sabía hablar la lengua castellana, le díxo:
-El cielo te pague, ¡o angel humano, o quienquiera que seas!, el bien que nos has hecho, que, aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio.
Llegò en esto la luz, que la traía vno, al parecer barbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cinquenta años le señalaua. Llegando, puso la luz en tierra, que era vn gruesso palo -fol. 11v- de tea, y a braços abiertos se fue a su hijo, a quien preguntò en castellano que que le auia sucedido que con tal compañia boluia.
-Padre -respondio el moço-, vamos a nuestro rancho, que ay muchas cosas que dezir y muchas mas que pensar: la isla se abrasa; casi todos los moradores della quedan hechos ceniza o medio abrasados; estas pocas

reliquias que aqui veis, por impulso del cielo las he hurtado a las llamas y al filo de los barbaros puñales. Vamos, señor, como tengo dicho, a nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y exercite en acariciar a estos mis cansados y temerosos huespedes.
Guiò el padre; siguieronle todos; animóse Cloelia, pues caminò a pie; no quiso dexar Periandro la hermosa carga que lleuaua, por no ser possible que le diesse pesadumbre, siendo Auristela vnico bien suyo en la tierra.
Poco anduuieron, quando llegaron a vna altissima peña, al pie de la qual descubrieron vn anchissimo espacio o cueua, a quien seruian de techo y de
-30- paredes las mismas peñas. Salieron, con teas encendidas en las manos, dos mugeres vestidas al trage barbaro: la vna muchacha de hasta quinze años, y la otra hasta treinta; esta hermosa, pero la muchacha hermosissima. La vna dixo:
-¡Ay, padre y hermano mio!
Y la otra no dixo mas sino:
-¡Seais bien venido, regalado hijo de mi alma!
La intérprete estaua admirada de oir hablar en aquella parte, y a mugeres que parecian barbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraua; y quando les yua a preguntar que misterio tenia saber ellas aquel lenguage, lo estoruò mandar el padre a su esposa y a su hija que aderezassen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueua. Ellas le obedecieron, arrimando a las paredes las teas; en vn instante, solicitas y diligentes, sacaron de otra cueua que mas adentro se hazía pieles de cabras y ouejas y de otros animales, con que quedò el suelo adornado y se reparò el frio, que començaua a fatigarles.

-31- -fol. 12r-

Capitvlo qvinto
De la cuenta que dio de si el barbaro español a sus nueuos huespedes

Presta y breue fue la cena; pero, por cenarla sin sobresalto, la hizo sabrosa. Renouaron las teas, y, aunque quedó ahumado el aposento, quedò caliente. Las baxillas que en la cena siruieron, ni fueron de plata ni de Pisa68: las manos de la barbara y barbaro pequeños fueron los platos, y vnas cortezas de arboles, vn poco mas agradables que de corcho, fueron los vasos. Quedóse Candia lexos, y siruio en su lugar agua pura, limpia y frigidissima. Quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño que de otra qualquiera conuersacion, por gustosa que sea; acomodóla69 la barbara grande en el segundo apartamiento, haziendole de pieles assi colchones como frazadas; boluio a sentarse con los demas, a quien el español dixo en lengua castellana desta manera:
-Puesto que estaua en razon que yo supiera primero, señores mios, algo de vuestra hazienda y sucessos antes que os dixera los mios, quiero, por obligaros, que los sepais, porque los vuestros no se me encubran despues que los míos huuieredes oido. Yo, segun la buena suerte quiso, naci en

España, en vna de las mejores prouincias -32- de ella; echaronme al mundo padres medianamente nobles; criaronme como ricos; llegué a las puertas de la Gramatica, que son aquellas por donde se entra a las demas ciencias; inclinóme mi estrella, si bien en parte a las letras, mucho mas a las armas; no tuue amistad en mis verdes años ni con Ceres ni con Baco, y assí, en mi siempre estuuo Venus fria70. Lleuado, pues, de mi inclinacion natural, dexé mi patria, y fuyme a la guerra que entonces la magestad del Cesar Carlo Quinto hazía en -fol. 12v- Alemanía contra algunos potentados de ella. Fueme Marte fauorable, alcancè nombre de buen soldado, honróme el emperador, tuue amigos, y, sobre todo, aprendi a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte christiano. Volui a mi patria, honrado y rico, con proposito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres, que aun viuian, y de los amigos que me esperauan; pero esta que llaman fortuna, que yo no se lo que se sea, embidiosa de mi sossiego, voluiendo la rueda que dizen que tiene, me derribò de su cumbre, adonde yo pense que estaua puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hazerlo a vn cauallero, hijo segundo de vn titulado que junto a mi lugar el de su Estado tenia.

»Este, pues, vino a mi pueblo a ver vnas fiestas; estando en la plaça en vna rueda o corro de hidalgos y caualleros, donde yo tambien hazía número, voluiendose a mi, con ademan -33- arrogante y risueño me dixo: «Brauo estais, señor Antonio; mucho le ha aprouechado la plática de Flandes y de Italia, porque en verdad que està bizarro; y sepa el buen Antonio que yo le quiero mucho.» Yo le respondi -porque yo soy aquel Antonio-: «Beso71 a vuessa señoria las manos mil vezes por la merced que me haze; en fin, vuessa señoria haze como quien es en honrar a sus compatriotos y seruidores; pero, con todo esso, quiero que vuessa señoria entienda que las galas yo me las lleué de mi tierra a Flandes, y con la buena criança naci del vientre de mi madre; ansi que, por esto, ni merezco ser alabado, ni vituperado; y, con todo, bueno o malo que yo sea, soy muy seruidor de vuessa señoria, a quien suplico me honre como merecen mis buenos desseos.» Vn hidalgo que estaua a mi lado, grande amigo mio, me dixo, y no tan baxo, que no lo pudo oyr el cauallero: «Mirad, amigo -fol. 13r- Antonio, cómo hablais, que al señor don fulano no le llamamos aca señoria.» A lo que respondio el cauallero antes que yo respondiesse: «El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde, en72 lugar de merced, dizen señoria.» «Bien se -dixe yo- los vsos y las ceremonias de qualquiera buena criança; y el llamar a vuessa señoria Señoria, no es al modo de Italia, sino porque entiendo que el que me ha de llamar vos73 ha de ser señoria a modo de España; y yo, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de qualquier señoria; y quien otra cosa -34- dixere -y esto echando mano a mi espada- està muy lexos de ser bien criado.» Y, diziendo y haziendo, le di dos cuchilladas en la cabeça muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que le auia acontecido, ni hizo cosa en su desagrauio que fuesse de prouecho, y yo sustentè la ofensa, estandome quedo con mi espada desnuda en la mano; pero, passandosele la turbacion, puso mano a su espada, y, con gentil brio, procurò vengar su injuria; mas yo no le dexé poner en efeto su honrada determinacion, ni a el la sangre que le corria de la cabeça, de

vna de las dos heridas. Alborotaronse los circunstantes, pusieron mano contra mi, retiréme a casa de mis padres, conteles el caso, y, aduertidos del peligro en que estaua, me proueyeron de dineros y de vn buen cauallo, aconsejandome a que me pusiesse en cobro, porque me auia grangeado muchos, fuertes y poderosos enemigos. Hizelo ansi, y en dos dias pisè la raya de Aragon, donde respirè algun tanto de mi no vista priessa. En resolucion, con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde bolui a seruir al emperador; alli me auisaron que mi enemigo me buscaua, con otros muchos, para matarme del modo que pudiesse; temi este peligro, como era razon que lo temiesse; voluime a España, porque -fol. 13v- no ay mejor asylo que el que promete la casa del mismo enemigo; vi a mis padres de noche; tornaronme a proueer de dineros y joyas, con que vine a Lisboa, y me enuarqué en vna naue que estaua con las -35- velas en alto para partirse en Inglaterra, en la qual yuan algunos caualleros inglesses que auian venido, lleuados de su curiosidad, a ver a España, y auiendola visto toda, o, por lo menos, las mejores ciudades della, se voluian a su patria.
»Sucedio, pues, que yo me rebolui sobre vna cosa de poca importancia con vn marinero ingles, a quien fue forçoso darle vn bofeton; llamò este golpe la colera de los demas marineros y de toda la chusma de la naue, que començaron a tirarme todos los instrumentos arrojadizos que les vinieron a las manos; retirème al castillo de popa, y tomé por defensa a vno de los caualleros inglesses, poniendome a sus espaldas, cuya defensa me valio de modo, que no perdi luego la vida. Los demas caualleros sossegaron la turba, pero fue con condicion que me arrojassen a la mar o que me diessen el esquife o varquilla de la naue, en que me voluiesse a España o adonde el cielo me lleuasse. Hizose assí: dieronme la varca, proueyda con dos varriles de agua, vno de manteca y alguna cantidad de vizcocho; agradeci a mis valedores la merced que me hazian; entré en la varca con solos dos remos; alargóse la naue; vino la noche escura; halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas ni contra el viento; alcé los ojos al cielo; encomendeme a Dios con la mayor deuocion que pude; miré al norte, por donde distingui el camino -36- que hazia, pero no supe el parage en que estaua.
»Seys dias y seys noches anduue desta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos que en la fuerça de mis braços, los quales, ya cansados y sin vigor alguna del contino -fol. 14r- trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la varca, para seruirme dellos quando el mar lo consintiesse a las fuerças me ayudassen. Tendime de largo a largo de espaldas en la varca, cerre los ojos, y en lo secreto de mi coraçon no quedò santo en el cielo a quien no llamasse en mi ayuda; y en mitad deste aprieto, y en medio desta necessidad -cosa dura de creer-, me sobreuino vn sueño tan pesado, que, borrandome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido -tales son las fuerças de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza-; pero alla en el sueño me representaua la imaginacion mil generos de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecia que me comian lobos y despedaçauan fieras; de modo que, dormido y despierto, era vna muerte dilatada mi vida. Deste no apazible sueño me desperto con sobresalto vna furiosa ola del mar, que, passando por cima de la varca, la llenò de agua.

Reconoci el peligro; volui como mejor pude el mar al mar; torné a valerme de los remos, que ninguna cosa me aprouecharon; vi que el mar se ensoberuezia, açotado y herido de vn viento abrego que en aquellas partes parece que mas que en otros -37- mares muestra su poderio; vi que era simpleza oponer mi debil varca a su furia, y, con mis flacas y desmayadas fuerças, a su rigor; y, assi, torné a recoger los remos y a dexar correr la varca por donde las olas y el viento quisiessen lleuarla. Reyteré plegarias, añadi promessas, aumenté las aguas del mar con las que derramaua de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraua, sino por el de la pena que mis malas obras merecian. Finalmente, no se a cabo de quantos dias y noches que anduue vagamundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine a hallar junto a vna isla despoblada de gente humana, -fol. 14v- aunque llena de lobos que por ella a manadas discurrian. Lleguéme al abrigo de vna peña que en la ribera estaua, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que auia visto; comi del vizcocho, ya remojado, que la necessidad y la hambre no reparan en nada; llegò la noche, menos escura que auia sido la passada; parecio que el mar se sossegaua, y prometia mas quietud el venidero dia; mirè al cielo; vi las estrellas con aspecto de prometer bonança en las aguas y sossiego en el ayre.

»Estando en esto, me parecio, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me seruia de puerto se coronaua de los mismos lobos que en la marina auia visto, y que vno dellos -como es la verdad- me dixo en voz clara y distinta y en mi propia lengua: «Español, hazte a lo largo, y busca en otra parte tu ventura, -38- si no quieres en esta morir hecho pedaços por nuestras vñas y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dize, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras.» Si quedé espantado o no, a vuestra consideracion lo dexo; pero no fue bastante la turbacion mia para dexar de poner en obra el consejo que se me auia dado: aprete los escalamos, atè los remos, esforze los braços, y sali al mar descubierto; mas, como suele acontecer que las desdichas y afliciones turban la memoria de quien las padece, no os podre dezir quantos fueron los dias que anduue por aquellos mares, tragando, no vna, sino mil muertes a cada paso, hasta que, arrebatada mi varca en los braços de vna terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde di al traues con ella en la misma parte y lugar adonde esà la boca de la cueua por donde aqui entrastes. Llegò la varca a dar casi en seco por la cueua adentro, pero boluiala a sacar la ressaca; viendo yo lo qual, me arrojè della, y, clauando las vñas en la arena, no di lugar a que la ressaca al mar me voluiesse; -fol. 15r- y, aunque con la varca me lleuaua el mar la vida, pues me quitaua la esperança de cobrarla, holgue de mudar genero de muerte y quedarme en tierra: que, como se dilate la vida, no se desmaya la esperança.

A este punto llegaua el barbaro español, que este titulo le daua su trage, quando, en la estancia mas adentro, donde auian dexado a Cloelia, se oyeron tiernos gemidos y sollozos. Acudieron al instante con luzes Auristela, Periandro -39- y todos los demas, a ver que sería, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas a la peña, sentada en las pieles, tenia los ojos clauados en el cielo y casi quebrados. Llegóse a ella Auristela, y, a vozes compasiuas y dolorosas, le dixo:

-¿Que es esto, ama mia? Cómo, ¿y es possible que me quereis dexar en esta soledad, y a tiempo que mas he menester valerme de vuestros consejos?

Voluio en si algun tanto Cloelia, y, tomando la mano de Auristela, le dixo:

-Ves ai, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sossiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor que es en mi mano le ofrezco mi vida. Lo que te ruego es, señora mia, que, quando la buena suerte quisiere, que si querra, que te veas en tu Estado, y mis padres aun fueren viuos, o alguno de mis parientes, les digas cómo yo muero christiana en la fe de Iesu Christo y en la que tiene, que es la misma, la santa iglesia catolica romana; y no te digo mas, porque no puedo.

Esto dicho, y muchas vezes pronunciando el nombre de Iesus, cerro los ojos en tenebrosa noche, a cuyo espetaculo tambien cerro los suyos Auristela con vn profundo desmayo, hizieronse fuentes los de Periandro, y rios los de todos los circunstantes. Acudio Periandro a socorrer a Auristela, la qual, buelta en si, acrecento -40- las lagrimas, y començo sospiros nueuos, y dixo razones -fol. 15v- que mouieran a lástima a las piedras. Ordenóse que otro dia la sepultassen, y, quedando en guarda del cuerpo muerto la donzella barbara y su hermano, los demas se fueron a reposar lo poco que de la noche les faltaua.

-41-

Capitvlo sexto
Donde el barbaro español prosigue su historia

Tardò aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer, mas de lo acostumbrado, a causa que el humo y pauesas del incendio de la isla, que aun duraua, impedia que los rayos del sol por aquella parte no passassen a la tierra. Mandò el barbaro español a su hijo que saliesse de aquel sitio, como otras vezes solia, y se informasse de lo que en la isla passaua. Con alborotado sueño passaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia, no consintio que Auristela dormiesse, y el no dormir de Auristela tuuo en continua vigilia a Periandro, el qual, con Auristela, salio al raso de aquel sitio, y vio que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le huuieran compuesto. Era redondo, cercado de altissimas y peladas peñas, y, a su parecer, tanteò que boxaua poco mas de vna legua, todo lleno de arboles siluestres, que ofrecian frutos, si bien asperos, comestibles a lo menos; estaua crecida la yerua, porque las muchas aguas que de las peñas salian, las tenian en perpetua verdura; todo lo qual le admiraua y suspendia. Y llegò en esto el barbaro español, y dixo:

-42-

-Venid, señores, y daremos sepultura a la difunta, y fin a mi començada

historia.
Hizieronlo assi, y enterraron a Cloelia en lo hueco de vna peña, cubriendola con tierra y con -fol. 15r [16r]- otras peñas menores. Auristela le rogo que le pusiesse vna cruz encima, para señal de que aquel cuerpo auia sido christiano. El español respondio que el traería vna gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura. Dieronle todos el vltimo vale; renouo el llanto Auristela, cuyas lagrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto, pues, que el moço barbaro voluia, se voluieron todos a encerrar en el concauo de la peña donde auian dormido, por defenderse del frio, que con rigor amenazaua, y, auiendose sentado en las blandas pieles, pidio el barbaro silencio, y prosiguio su cuento en esta forma:
-Quando me dexó la varca en que venia en la arena, y la mar tornò a cobrarla -ya dixe que con ella se me fue la esperança de la libertad, pues aun aora no la tengo de cobrarla-, entrè aqui dentro, vi este sitio, y pareciome que la naturaleza le auia hecho y formado para ser teatro donde se representasse la tragedia de mis desgracias. Admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras montesses y animales pequeños de diuersos generos; rodeé todo el sitio, hallé esta cutua cauada en estas peñas, y señaléla para mi morada; finalmente, auiendolo rodeado todo, voluí a la entrada que aqui me auia conduzido, por ver si oia voz humana o -43- descubria quien me dixesse en que parte estaua, y la buena suerte y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian oluidado, me depararon vna muchacha barbara, de hasta edad de quinze años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaua buscando. Pasmose viendome, pegaronsele los pies en la arena, solto las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco; y cogiendola entre mis braços, sin dezirla palabra, ni ella a mi tampoco, me entré por la cueua adelante, y la truxe -fol. 15v [16v]- a este mismo lugar donde agora estamos. Pusela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hize todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, passado aquel primer espanto, con atentissimos ojos me estuuo mirando, y con las manos me tocaua todo el cuerpo, y de quando en quando, ya perdido el miedo, se reia y me abraçaua, y sacando del seno vna manera de pan hecho a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y, a lo que despues aca he sabido, en lo que dezia me rogaua que comiesse. Yo lo hize ansi, porque lo auia bien menester; ella me assìo por la mano y me lleuò a aquel arroyo que alli està, donde ansimismo, por señas, me rogo que beuiesse. Yo no me hartaua de mirarla, pareciendome antes angel del cielo, que barbara de la tierra. Bolui a la entrada de la cueua, y alli, con señas y con palabras que ella no entendia, le supliqué, -44- como si ella las entendiera, que voluiesse a verme; con esto la abracé de nueuo, y ella, simple y piadosa, me besò en la frente, y me hizo claras y ciertas señas de que volueria a verme. Hecho esto, torné a pisar este sitio y a requerir y prouar la fruta de que algunos arboles estauan cargados, y hallé nueces y auellanas, y algunas peras siluestres; di gracias a Dios del hallazgo, y alente las desmayadas esperanças de mi remedio. Passè aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en el esperè tambien la buelta de mi barbara hermosa, de quien comence a temer y a rezelar que me auia de

descubrir y entregarme a los barbaros, de quien imaginè estar llena esta isla; pero sacóme deste temor el verla voluer algo entrado el dia, bella como el sol, mansa como vna cordera, no acompañada de barbaros que me prendiessen, sino cargada de bastimentos que me sustentassen.
Aqui llegaua de su historia el -fol. 17r- español gallardo, quando llegò el que auia ydo a saber lo que en la isla passaua, el qual dixo que casi toda estaua abrasada, y todos o los mas de los barbaros muertos, vnos a hierro, y otros a fuego; y que si algunos auia viuos, eran los que en algunas balsas de maderos se auian entrado del mar, por huyr en el agua el fuego de la tierra; que bien podian salir de alfi y passear la isla por la parte que el fuego les diesse licencia, y que cada vno pensasse que remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita, que por alli cerca auia otras islas de gente menos barbara -45- habitadas: que quiça, mudando de lugar, mudarian de ventura.
-Sossiegate, hijo, vn poco, que estoy dando cuenta a estos señores de mis sucessos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas.
-No te canses, señor mio -dixo la barbara grande-, en referirlos tan por estenso, que podra ser que te canses, o que canses; dexame a mi que cuente lo que queda, a lo menos hasta este punto en que estamos.
-Soy contento -respondio el español-, porque me le dara muy grande el ver cómo las relatas.
-Es, pues, el caso -replicò la barbara- que mis muchas entradas y salidas en este lugar, le dieron bastante para que de mi y de mi esposo naciessen esta muchacha y este niño. Llamo esposo a este señor, porque, antes que me conociesse del todo, me dio palabra de serlo, al modo que el dize que se vsa entre verdaderos christianos; hame enseñado su lengua, y yo a el la mia, y en ella ansimismo me enseñò la ley catolica christiana; diome agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que el me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaróme su te como el la sabe, la qual yo assente en mi alma y en mi coraçon, donde le he dado el credito que he podido darle; creo en la santissima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espiritu santo, tres personas distintas, y que todas tres son vn solo -46- -fol. 17v- Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espiritu santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino vn solo Dios verdadero; finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa iglesia catolica romana, regida por el Espiritu santo y gouernada por el sumo Pontifice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucessor legítimo de san Pedro, su primer pastor despues de Iesu Christo, primero y vniuersal pastor de su esposa la Iglesia. Dixome grandezas de la siempre Virgen Maria, reyna de los cielos y señora de los angeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo y amor del Espiritu santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy catolica christiana. Yo, simple y compasiua, le entregué vn alma rustica, y el, merced a los cielos, me la ha buelta discreta y christiana; entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia74 a nadie, y deste entrego resultò auerle dado dos hijos, como los que aqui veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en vezes le truxe alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia, que

ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prision y nos lleue adonde con libertad y certeza, y sin escrupulo, seamos vnos de los del rebaño de Christo, en quien adoro en aquella cruz que alli veis. Esto que he dicho, me parecio a mi era lo que le faltaua por -47- dezir a mi señor Antonio -que assi se llamaua el español barbaro, el qual dixo:
-Dizes verdad, Ricla mia -que este era el propio nombre de la barbara; con cuya variable historia admiraron a los presentes, y despertaron mil alabanças que les dieron y mil buenas esperanças que les anunciaron, especialmente Auristela, -fol. 18r- que quedò aficionadissima a las dos barbaras, madre y hija.
El moço barbaro, que tambien, como su padre, se llamaua Antonio, dixo a esta sazon no ser bien estarse alli ociosos, sin dar traça y orden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que a mas andar ardia, sobrepujasse las altas sierras, o, traidas del viento, cayessen en aquel sitio, todos se abrasarian.
-Dizes verdad, hijo -respondio el padre.
-Soy de parecer -dixo Ricla- que aguardemos dos dias, porque de vna isla que está tan cerca desta, que algunas vezes, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcançò la vista a verla, della vienen a esta sus moradores a vender y a trocar lo que tienen con lo que tenemos, y a trueco por trueco. Yo saldre de aqui, y pues ya no ay nadie que me escuche o que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan vna varca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en vna cueua tengo, de la riguridad del fuego. Pero quiero que sepais que estas varcas son fabricadas -48- de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes a defender que no entre agua por los costados; pero, a lo que he visto y notado, nunca ellos nauegan sino con mar sossegado, y no traen aquellos lienços que he visto que traen otras varcas que suelen llegar a nuestras riberas a vender donzellas o varones para la vana supersticion que aureys oydo dezir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra, por donde vengo a entender que estas tales varcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dizen que suceden a cada paso.
A lo que añadio Periandro:
-¿No ha vsado el señor Antonio deste remedio, en tantos años como ha que està aqui encerrado?
-No -respondio -fol. 18v- Ricla-, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran para poder concertarme con los dueños de las varcas, y por no poder hallar escusa que dar para la compra.
-Assi es -dixo Antonio-, y no por no fiarme de la debilidad de los vaxeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estara atenta a ver quando vengan los mercaderes de la otra isla, y, sin reparar en precio, comprarà vna varca con todo el necessario matalotage, diziendo que la quiere para lo que tiene dicho.
En resolucion, todos vinieron en este parecer, y, saliendo de aquel lugar, quedaron admirados -49- de ver el estrago que el fuego auia hecho y las armas. Vieron mil diferentes generos de muertes, de quien la colera, sinrazon y enojo suelen ser inuentores; vieron assimismo que los barbaros que auian quedado viuos, recogiendose a sus balsas, desde lexos estauan mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se auian passado a la

isla que seruia de prision a los cautiuos. Quisiera Auristela que passaran a la isla, a ver si en la escura mazmorra quedauan algunos; pero no fue menester, porque vieron venir vna balsa, y en ella hasta veynte personas, cuyo trage dio a entender ser los miserables que en la mazmorra estauan. Llegaron a la marina, besaron la tierra, y casi dieron muestras de adorar el fuego, por auerles dicho el barbaro que los sacò del calabozo escuro, que la isla se abrasaua y que ya no tenian que temer a los barbaros. Fueron recebidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue possible; algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras para dezirlas. Ricla se admirò de que huuiesse auido barbaro tan piadoso que los sacasse, y de que no huuiessen passado a la isla de la prision parte de aquellos que a las balsas se auian -fol. 19r- recogido. Vno de los prisioneros dixo que, el barbaro que los auia libertado, en lengua italiana les auia dicho todo el sucesso miserable de la abrasada isla, aconsejandoles que passassen a ella a satisfazerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que -50- el vendria, en otra balsa que alla quedaua, a tenerles compañia y a dar traça en su libertad. Los sucessos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños y tan desdichados, que vnos les sacauan las lagrimas a los ojos, y otros la risa del pecho.

En esto vieron venir hazia la isla hasta seys varcas de aquellas de quien Ricla auia dado noticia; hizieron escala, pero no sacaron mercaderia alguna, por no parecer barbaro que la comprasse. Concerto Ricla todas las varcas con las mercancias, sin tener intencion de lleuarlas. No quisieron venderle sino las quatro, porque les quedassen dos para voluerse. Hizose el precio con liberalidad notable, sin que en el huuiesse tanto mas quanto. Fue Ricla a su cueua, y, en pedaços de oro no acuñado, como se ha dicho, pagò todo lo que quisieron. Dieron dos varcas a los que auian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron, en la vna todos los bastimentos que pudieron recoger, con quatro personas de las rezien libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla y la discreta Transila, y la gallarda Constança, hija de Ricla y de Antonio. Quiso Auristela yr a despedirse de los huessos de su querida Cloelia; acompañaronla todos; llorò sobre la sepultura, y, entre lagrimas de tristeza y entre muestras de alegria, boluieron a embarcarse, auiendo primero en la marina hincadose de rodillas y suplicado al cielo, con tierna y deuota oracion, les -51- diesse felice viage y los enseñasse el camino que tomarian. Siruio la varca de Periandro de capitana, a quien siguieron los demas, y, al -fol. 19v- tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegò a la orilla del mar vn barbaro gallardo, que a grandes vozes, en lengua toscana, dixo:

-Si por ventura soys christianos los que vays en essas varcas, recoged a este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica.

Vno de las otras varcas dixo:

-Este barbaro, señores, es el que nos sacò de la mazmorra. Si quereis corresponder a la bondad que parece que teneis -y esto encaminando su plática a los de la varca primera-, bien será que le pagueis el bien que nos hizo con el que le hazeis recogiendole en nuestra compañia.

Oyendo lo qual Periandro, le mandò llegasse su varca a tierra, y le

recogiesse en la que lleuaua los bastimentos. Hecho esto, alçaron las vozes con alegres acentos, y, tomando los remos en las manos, dieron alegre principio a su viage.

-52-

Capitvlo septimo del primer libro

Qvatro millas, poco mas o menos, aurian nauegado las quatro varcas, quando descubrieron vna poderosa naue que, con todas las velas tendidas y viento en popa, parecia que venia a embestirles. Periandro dixo, auiendola visto:

-Sin duda, este nauio deue de ser el de Arnaldo, que buelue a saber de mi sucesso, y tuuieralo yo por muy bueno agora no verle.

Auia ya contado Periandro a Auristela todo lo que con Arnaldo le auia passado, y lo que entre los dos dexaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera voluer al poder de Arnaldo, de quien auia dicho, aunque breue y sucintamente, lo que en vn año que estuuo en su poder le auia acontecido. No quisiera ver juntos a -fol. 20r- los dos amantes, que, puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todauia el temor de que podia ser descubierto el parentesco la fatigaua, y mas que ¿quien le quitaria a Periandro no estar zeloso, viendo a los ojos tan poderoso contrario? Que no ay discrecion que valga ni amorosa fee que assegure al enamorado pecho, quando, por su desuentura, entran en el zelosas sospechas. Pero de todas estas le asseguró el viento, que voluio -53- en vn instante el soplo que daua de lleno y en popa a las velas en contrario, de modo que a vista suya, y en vn momento breue, dexò la naue derribar las velas de alto a baxo, y en otro instante casi inuisible las hizaron y leuantaron hasta las gauias, y la naue començo a correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongandose de las varcas con toda priessa. Respiró Auristela, cobrò nueuo aliento Periandro; pero los demas que en las varcas yuan quisieran mudarlas, entrandose en la naue, que, por su grandeza, mas seguridad de las vidas y mas felice viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrio la naue, a quien quisieran seguir, si pudieran; mas no les fue possible, ni pudieron hazer otra cosa que encaminarse a vna isla cuyas altas montañas, cubiertas de nieue, hazian parecer que estauan cerca, distando de alli mas de seys leguas. Cerraua la noche, algo escura; picaua el viento largo y en popa, que fue aliuio a los braços, que, voluiendo a tomar los remos, se dieron priessa a tomar la isla.

La media noche sería, segun el tanteo que el barbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, quando llegaron a ella, y, por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la ressaca de poca consideracion, dieron con las varcas en tierra, y, a fuerça de braços, -fol. 20v- las vararon.

Era la noche fria, de tal modo, que les obligò a buscar reparos para el yelo; pero no hallaron ninguno. Ordenò Periandro que todas las mugeres se entrassen en la varca capitana, y, apiñandose en ella, con la -54- compañia y estrecheza, templassen el frio; hizose assi, y los hombres hizieron cuerpo de guarda a la varca, passeandose como centinelas de vna parte a otra, esperando el dia para descubrir en que parte estauan, porque no pudieron saber por entonces si era o no despoblada la isla; y como es

cosa natural que los cuydados destierran el sueño, ninguno de aquella cuydadosa compañia pudo cerrar los ojos, lo qual visto por el barbaro Antonio, dixo al barbaro italiano que, para entretener el tiempo y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuesse seruido de entretenerles contandoles los sucessos de su vida, porque no podian dexar de ser peregrinos y raros, pues en tal trage y en tal lugar le auian puesto.

-Hare yo esso de muy buena gana -respondio el barbaro italiano-, aunque temo que, por ser mis desgracias tantas, tan nueuas y tan extraordinarias, no me aueis de dar credito alguno.

A lo que dixo Periandro:

-En las que a nosotros nos han sucedido, nos hemos ensayado y dispuesto a creer quantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo impossible que de lo verdadero.

-Lleguemonos aqui -respondio el barbaro-, al borde desta varca donde estan estas señoras; quiça alguna, al son de la voz de mi cuento, se quedarà dormida, y quiça alguna, desterrando el sueño, se mostrarà compasiua: que es aliuio al que cuenta sus desuenturas, ver o oyr que ay quien se duela dellas.

-55-

-A lo menos, por mí -respondio Ricla de dentro de la varca-, y, a pesar del sueño, tengo lagrimas que ofrecer a la compassion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas.

Casi lo mismo dixo Auristela, y assi, todos rodearon -fol. 21r- la varca, y con atento oido estuuieron escuchando lo que el que parecia barbaro dezia, el qual començo su historia desta manera:

-56-

Capitvlo octavo
Donde Rutilio da cuenta de su vida

-Mi nombre es Rutilio; mi patria, Sena, vna(s) de las mas famosas ciudades de Italia; mi oficio, maestro de dançar, vnico en el, y venturoso, si yo quisiera. Auia en Sena vn cauallero rico, a quien el cielo dio vna hija mas hermosa que discreta, a la qual tratò de casar su padre con vn cauallero florentin, y, por entregarsela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltauan, quiso que yo la enseñasse a dançar: que la gentileza, gallardia y disposicion del cuerpo, en los bayles honestos mas que en otros pasos se señalan, y a las damas principales les està muy bien saberlos, para las ocasiones forçosas que les pueden suceder. Entrè a enseñarla los mouimientos del cuerpo; pero mouila los del alma, pues, como no discreta, como he dicho, rindio la suya a la mia, y la suerte, que de corriente larga traia encaminadas mis desgracias, hizo que, para que los dos nos gozassemos, yo la sacasse de en casa de su padre y la lleuasse a Roma. Pero como el amor no da baratos sus

gustos, y los delitos lleuan a las espaldas el castigo, pues siempre se teme, en el camino nos prendieron a los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confession -57- y la mia, que fue dezir que yo lleuaua a mi esposa, y ella se yua con su marido, no fue bastante para no agrauar mi culpa, tanto, que obligò al juez, mouio y conuencio a sentenciarme a muerte. -fol. 21v- Apartaronme en la prision con los ya condenados a ella por otros delitos no tan honrados como el mio.
»Visitòme en el calaboço vna muger que dezian estaua presa por fatucherie, que en castellano se llaman hechizeras, que la alcaydesa de la carcel auia hecho soltar de las prisiones y lleuadola a su aposento, a título de que con yeruas y palabras auia de curar a vna hija suya de vna enfermedad que los medicos no acertauan a curarla. Finalmente, por abreuiar mi historia, pues no ay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca, viendome yo atado y con el cordel a la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden ni esperança de remedio, di el si a lo que la hechizera me pidio de ser su marido si me sacaua de aquel trabajo. Dixome que no tuuiesse pena, que aquella misma noche del dia que sucedio esta plática, ella romperia las cadenas y los cepos, y, a pesar de otro qualquier impedimento, me pondria en libertad, y en parte donde no me pudiessen ofender mis enemigos, aunque fuessen muchos y poderosos. Tuuela, no por hechizera, sino por angel que embiaua el cielo para mi remedio; esperé la noche, y, en la mitad de su silencio, llegò a mi y me dixo que assiesse de la punta de vna caña que me puso -58- en la mano, diziendome la siguiesse. Turbéme algun tanto; pero como el interes era tan grande, moui los pies para seguirla, y hallelos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundissimo sueño sepultados. En saliendo a la calle, tendio en el suelo mi guiadora vn manto, y mandandome que pusiesse los pies en el, me dixo que tuuiesse buen ánimo, que por entonces dexasse mis deuociones75; luego vi mala señal, luego conoci que queria lleuarme por los ayres, y aunque, como christiano bien enseñado, tenia por burla todas estas -fol. 22r- hechizerias, como es razon que se tengan, todavia el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dexò atropellar por todo, y, en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas ni menos, murmurando vnas razones que yo no pude entender, y el manto començo a leuantarse en el ayre, y yo comence a temer poderosamente, y en mi coraçon no tuuo santo la letania a quien no llamasse en mi ayuda. Ella deuio de conocer mi miedo y presentir mis rogatiuas, y voluiome a mandar que las dexasse. «¡Desdichado de mi! -dixe-. ¿Que bien puedo esperar si se me niega el pedirle a Dios, de quien todos los bienes vienen?» En resolucion, cerre los ojos y dexéme lleuar de los diablos, que no son otras las postas de las hechizeras, y, al parecer, quatro horas o poco mas auia volado, quando me hallè al crepusculo del dia en vna tierra no conocida. Tocò el manto el suelo, y mi -59- guiadora me dixo. «En parte estàs, amigo Rutilio, que todo el genero humano no podra ofenderte.» Y diziendo esto, començo a abraçarme no muy honestamente; apartèla de mi con los braços, y, como mejor pude, diuisè que la que me abraçaua era vna figura de lobo, cuya vision me elo el alma, me turbò los sentidos y dio con mi mucho ánimo al traues; pero como suele acontecer que, en los grandes peligros, la poca esperança de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerças, las pocas mias

me pusieron en la mano vn cuchillo que a caso en el seno traia, y con furia y rabia se le hinqué por el pecho a la que pense ser loba, la qual, cayendo en el suelo, perdio aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre a la desuenturada encantadora.

»Considerad, señores, qual quedaria yo, en tierra no conocida y sin persona que me guiasse. Estuue esperando el dia muchas horas; pero nunca acabaua de llegar, ni por -fol. 22v- los orizontes se descubria señal de que el sol viniesse. Apartéme de aquel cadauer, porque me causaua horror y espanto el tenerle cerca de mi. Voluia muy a menudo los ojos al cielo, contemplaua el mouimiento de las estrellas, y pareciame, segun el curso que auian hecho, que ya auia de ser de dia. Estando en esta confusion, oi que venia hablando, por junto de donde estaua, alguna gente, y assi fue verdad; y, saliendoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana que me dixessen que tierra era aquella, y vno de -60- ellos, assimismo en italiano, me respondio: «Esta tierra es Noruega; pero ¿quien eres tu que lo preguntas, y en lengua que en estas partes ay muy pocos que la entiendan?76» «Yo soy -respondi- vn miserable que, por huyr de la muerte, he venido a caer en sus manos.» Y en breues razones le di cuenta de mi viage, y aun de la muerte de la hechizera. Mostro condolerse el que me hablaua, y dixome: «Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por auerte librado del poder destas maleficas hechizeras, de las quales ay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuentase dellas que se conuierten en lobos, assi machos como hembras, porque de entrambos generos hay maleficos y encantadores77. Cómo esto pueda ser, yo lo ignoro, y como christiano que soy catolico, no lo creo; pero la esperiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcançar, es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permission de Dios y castigo de los abominables pecados deste maldito genero de gente.» Preguntéle que hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaua y el dia nunca venia. Respondiome que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos: tres meses auia de noche escura, sin que el sol pareci[e]sse en la tierra en manera alguna; y tres meses auia de crepusculo -fol. 23r- del dia, sin que bien fuesse noche ni bien fuesse dia; otros tres meses auia de dia claro continuado, sin que el sol se escondiesse; y otros tres de crepusculo de la noche; -61- y que la sazon en que estauan era la del crepusculo del dia: assi que, esperar la claridad del sol, por entonces era esperança vana, y que tambien lo sería esperar yo voluer a mi tierra tan presto, si no fuesse quando llegasse la sazon del dia grande, en la qual parten nauios de estas partes a Inglaterra, Francia y España con algunas mercancias. Preguntòme si tenia algun oficio en que ganar de comer, mientras llegaua tiempo de voluerme a mi tierra. Dixele que era baylarin, y grande hombre de hazer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilissimamente. Riòse de gana el hombre, y me dixo que aquellos exercicios o oficios, o como llamarlos quisiesse, no corrian en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntòme si sabria oficio de orifice. Dixele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñasse. «Pues venios, hermano, conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura a esta miserable.»

»Hizímoslo assi, y lleuòme a vna ciudad donde toda la gente andaua por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les

importaua. Preguntéle en el camino que cómo o quando auia venido a aquella tierra, y que si era verdaderamente italiano. Respondio que vno de sus passados abuelos se auia casado en ella, viniendo de Italia a negocios que le importauan, y a los hijos que tuuo les enseñò su lengua, y de vno en otro se estendio por todo su linage, hasta llegar a el, que era vno de sus quartos nietos: «y assí, como vezino y morador tan -62- antiguo, lleuado de la aficion de mis hijos y muger, me he quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia ni de los parientes que alla dixeron mis padres que tenían.»

»Contar yo aora la -fol. 23v- casa donde entrè, la muger e hijos que hallé, y criados -que tenia muchos-, el gran caudal, el recibimiento y agassajo que me hizieron, seria proceder en infinito; basta dezir, en suma, que yo aprendi su oficio, y en pocos meses ganaua de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegò el de llegar el dia grande, y mi amo y maestro -que assi le puedo llamar- ordenó de lleuar gran cantidad de su mercancia a otras islas por alli cercanas y a otras bien apartadas. Fuime con el, assi por curiosidad, como por vender algo que ya tenia de caudal, en el qual viage vi cosas dignas de admiracion y espanto, y otras de risa y contento: noté costumbres, aduerti en ceremonias no vistas y de ninguna otra gente vsadas; en fin, a cabo de dos meses, corrimos vna borrasca que nos durò cerca de quarenta dias, al cabo de los quales dimos en esta isla de donde oy salimos, entre vnas peñas, donde nuestro vaxel se hizo pedaços, y ninguno de los que en el venian quedó viuo sino yo.

-63-

Capitvlo nono
Donde Rutilio prosigue la historia de su vida

»Lo primero que se me ofrecio a la vista, antes que viesse otra cosa alguna, fue vn barbaro pendiente y ahorcado de vn arbol, por donde conoci que estaua en tierra de barbaros saluages, y luego el miedo me puso delante mil generos de muertes, y, no sabiendo que hazerme, alguna o todas juntas las tenia78 y las esperaua. En fin, como la necessidad, segun se dize, es maestra de sutilizar el ingenio, di en vn pensamiento harto extraordinario, y fue que descolgue al barbaro del arbol, y, auiendome desnudado de todos mis vestidos, que enterre en la arena, me vesti de los -fol. 24r- suyos, que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura que ser de pieles de animales, no cossidos ni cortados a medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo aueis visto. Para dissimular la lengua, y que por ella no fuesse conocido por estrangero, me fingi mudo y sordo, y con esta industria me entrè por la isla adentro, saltando y haziendo cabriolas en el ayre.

»A poco trecho descubri vna gran cantidad de barbaros, los quales me rodearon, y en su lengua vnos y otros, con gran priessa, me preguntaron -a lo que despues aca he entendido- -64- quien era, cómo me llamaua,

adónde venia y adónde yua. Respondiles con callar y hazer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reyteraua los saltos y menudeaua las cabriolas. Salime de entre ellos; siguieronme los muchachos, que no me dexauan adondequiera que yua. Con esta industria passè por barbaro y por mudo, y los muchachos, por verme saltar y hazer gestos, me dauan de comer de lo que tenian. Desta manera he passado tres años entre ellos, y aun passara todos los de mi vida sin ser conocido. Con la atencion y curiosidad, notè su lengua y aprendi mucha parte de ella; supe la profecia que de la duracion de su reyno tenia profetizada vn antiguo y sabio barbaro a quien ellos dauan gran credito; he visto sacrificar algunos varones para hazer la esperiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas donzellas para el mismo efeto, hasta que sucedio el incendio de la isla que vosotros, señores, aueis visto. Guardème de las llamas; fuy a dar auiso a los prisioneros de la mazmorra donde vosotros, sin duda, aureis estado; vi estas varcas, acudi a la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogistesme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que, pues nos sacò de tanta miseria a todos, nos -fol. 24v- ha de dar en este que pretendemos felicissimo viage.

Aqui dio fin Rutilio a su plática, con que dexò admirados y contentos a los oyentes. Llegóse -65- el dia, aspero, turbio, y con señales de nieue muy ciertas. Diole Auristela a Periandro lo que Cloelia le auia dado la noche que murio, que fueron dos pelotas de cera, que la vna, como se vio, cubría vna cruz de diamantes, tan rica, que no acertaron a estimarla, por no agrauiar su valor, y la otra, dos perlas redondas, assimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraua esta verdad su gentil disposicion y agradable trato. El barbaro Antonio, viniendo el día, se entrò vn poco por la isla; pero no descubrio otra cosa que montañas y sierras de nieue, y, voluiendo a las varcas, dixo que la isla era despoblada, y que conuenia partirse de alli luego a buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaua y proueerse de los mantenimientos que presto le harian falta. Echaron con presteza las varcas al agua, embarcaronse todos, y pusieron las proas en otra isla que no lexos de alli se descubria. En esto, yendo nauegando con el espacio que podian prometer dos remos, que no lleuaua mas cada varca, oyeron que de la vna de las otras dos salia vna voz blanda, suaue, de manera que les hizo estar atentos a escuchalla. Notaron, especialmente el barbaro Antonio el padre que notò, que lo que se cantaua era en lengua portuguessa, que el sabía muy bien. Callò la voz, y de alli a poco boluio a cantar en castellano, y no a otro tono de instrumentos, que al de remos que sesgamente por el tranquilo -66- mar las varcas impelian, y notò que lo que cantaron fue esto:

-fol. 25r-

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino, aunque no vsado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
lleuan la naue vuestra, vnica y rara.

En Scylas ni en Caribdis no repara, 5
ni en peligro que el mar tenga encubierto,
siguiendo su derrota al descubierto,
que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperança
del llegar a este puerto, no por esso 10
gireis las velas, que será79 simpleza.

Que es enemigo amor de la mudança80,
y nunca tuuo próspero sucesso
el que no se quilata en la firmeza.

La barbara Ricla dixo, en callando la voz:
-Despacio deue de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz a los vientos.
Pero no lo juzgaron assi Periandro y Auristela, porque le tuuieron por mas enamorado que ocioso al que cantado auia: que los enamorados facilmente reconcilian los animos, y trauan amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad. Y assi, con licencia de los demas que en su varca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se passasse a su varca, assí por gozar de cerca de su voz, -67- como saber de sus sucessos; porque persona que en tales tiempos cantaua, o sentia mucho, o no tenía sentimiento alguno. Iuntaronse las varcas, passò el musico a la de Periandro, y todos los della le hizieron agradable recogida. En entrando el musico, en medio portugues y en medio castellano, dixo:
-Al cielo, y a vosotros, -fol. 25v- señores, y a mi voz, agradezco esta mudança y esta mejora de nauio, aunque creo que con mucha breuedad le dexaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma, me van dando señales de que tengo la vida en sus vltimos terminos.
-Mejor lo hara el cielo -respondío Periandro-, que, pues yo soy viuo, no aura trabajos que puedan matar a alguno.
-No seria esperança aquella -dixo a esta sazon Auristela- a que pudiessen contrastar y derribar infortunios, pues assi como la luz resplandece mas en las tinieblas, assi la esperança ha de estar mas firme en los trabajos: que, el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no ay mayor pusilanimidad ni baxeza que entregarse el trabajado, por mas que lo sea, a la desesperacion.
-El alma ha de estar -dixo Periandro- el vn pie en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porque seria agrauiar a Dios, que no puede ser agrauiado, poniendo tassa y coto a sus infinitas misericordias.

-68-
-Todo es assi -respondio el musico-, y yo lo creo, a despecho y pesar de las esperiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.
No por estas pláticas dexauan de vogar, de modo que, antes de anochecer, con dos horas, llegaron a vna isla tambien despoblada, aunque no de arboles, porque tenia muchos, y llenos de fruto que, aunque passado de sazon y seco, se dexaua comer. Saltaron todos en tierra, en la qual vararon las varcas, y con gran priessa se dieron a desgajar arboles y hazer vna gran varraca para defenderse aquella noche del frio; hizieron assimismo fuego, ludiendo dos secos palos el vno con el otro, artificio tan sabido como vsado, y, como todos trabajauan, en vn punto se vio leuantada la pobre maquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciendoles aquella choça dilatado alcaçar. -fol. 26r- Satisfazieron la hambre, y acomodaranse a dormir luego, si el desseo que Periandro tenia de saber el sucesso del musico, no lo estoruara, porque le rogo, si era possible, les hiziesse sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le auian traido. Era cortès el cantor, y assi, sin hazerse de rogar, dixo:

-69-

Capitvlo diez
De lo que conto el enamorado portugues

-Con mas breues razones de las que sean possibles dare fin a mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar credito a cierto sueño que la passada noche me turbò el alma. Yo, señores, soy portugues de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza; mi nombre es Manuel de Sosa Coitiño81; mi patria, Lisboa; y mi exercicio, el de soldado. Junto a las casas de mis padres, casi pared en medio, estaua la de otro cauallero del antiguo linage de los Pereiras, el qual tenia sola vna hija, vnica heredera de sus bienes, que eran muchos, baculo y esperança de la prosperidad de sus padres; la qual, por el linage, por la riqueza, y por la hermosura, era desseada de todos los mejores del reyno de Portugal; y yo, que, como mas vezino de su casa, tenia mas comodidad de verla, la mirè, la conoci y la adorè con vna esperança, mas dudosa que cierta, de que podria ser viniesse a ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo, y por entender que con ella auian de valer poco requiebros, promesas ni dadiuas, determinè de que vn pariente mio se la pidiesse a sus padres para esposa mia, pues ni en el linage, ni en la -70- hazienda, ni aun en la edad, diferenciauamos en nada. La respuesta que truxo fue que su hija Leonora aun no estaua en edad de casarse; que dexasse passar dos años, que -fol. 26v- le daua la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hazerme sabidor dello. Lleuè este primer golpe en los ombros de mi paciencia y en el

escudo de la esperança; pero no dexè por esto de seruirla publicamente a sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella, retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres, admitia mis seruicios, y daua a entender que, si no los agradecia con otros, por lo menos, no los desestimaua.

»Sucedio que, en este tiempo, mi rey me embiò por capitan general a vna de las fuerças que tiene en Berberia, oficio de calidad y de confiança. Llegóse el dia de mi partida, y pues en el no llegò el de mi muerte, no ay ausencia que mate ni dolor que consuma. Hablé a su padre, hizele que me voluiesse a dar la palabra de la espera de los dos años; tuuome lástima, porque era discreto, y consintio que me despidiesse de su muger y de su hija Leonor, la qual, en compañia de su madre, salio a verme a vna sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardia y el silencio. Pasméme quando vi tan cerca de mi tanta hermosura; quise hablar, y anudóseme la voz a la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y, ni supe, ni pude hazer otra cosa que callar, -71- y dar con mi silencio indicio de mi turbacion, la qual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abraçó conmigo y dixo: «Nunca, señor Manuel de Sosa, los días de partida dan licencia a la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su fauor de vuessa merced mas que alguna otra retorica. Vuessa merced vaya a exercer su cargo, y vuelua en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare a seruirle. Leonora, mi hija, es obediente, y mi muger dessea darme gusto, y yo tengo el desseo que he dicho: que, con estas tres cosas, me parece que puede -fol. 27r- esperar vuessa merced buen sucesso en lo que desseo.» Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impressas de tal manera, que no se me han oluidado82, ni se me oluidaràn en tanto que la vida me durare. Ni la hermosa Leonora ni su madre me dixeron palabra, ni yo pude, como he dicho, dezir alguna. Partime a Berberia; exercité mi cargo, con satisfacion de mi rey, dos años; volui a Lisboa; hallè que la fama y hermosura de Leonora auia salido ya de los límites de la ciudad y del reyno, y estendidose por Castilla y otras partes, de las quales venian embaxadas de principes y señores que la pretendian por esposa; pero como ella tenia la voluntad tan sugeta a la de sus padres, no miraua si era o no solicitada.

»En fin, viendo yo passado el término de los dos años, volui a suplicar a su padre me la diesse por esposa. ¡Ay de mi, que no es possible que -72- me detenga en estas circunstancias, porque a las puertas de mi vida està llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desuenturas: que, si assi fuesse, no las tendria yo por tales! Finalmente, vn dia me auisaron que, para vn domingo venidero, me entregarian a mi desseada Leonora, cuya nueua faltò poco para no quitarme la vida de contento. Combidé a mis parientes, llamè a mis amigos, hize galas, embié presentes, con todos los requisitos que pudiessen mostrar ser yo el que me casaua, y Leonora la que auia de ser mi esposa. Llegóse este dia, y yo fuy acompañado de todo lo mejor de la ciudad a vn monasterio de monjas que se llama de la Madre de Dios, adonde me dixeron que mi esposa, desde el dia de antes, me esperaua: que auia sido su gusto que en aquel monasterio se celebrasse su desposorio, con licencia del arçobispo de la ciudad.

Detuuose algun tanto el lastimado cauallero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego -fol. 27v- dixo:
-Lleguè al monasterio, que real y pomposamente estaua adornado; salieron83 a recebirme casi toda la gente principal del reyno, que alli aguardandome estaua, con infinitas señoras de la ciudad de las mas principales; hundiase el templo de musica, assi de vozes como de instrumentos, y en esto salio por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con saya entera a lo castellano, -73- tomadas las cuchilladas con ricas y gruessas perlas. Venia forrada la saya en tela de oro verde; traia los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios, que deslumbrauan los del sol, y tan luengos, que casi besauan la tierra; la cintura, collar y anillos que traía, opiniones huuo que valian vn reyno; torno a dezir que salio tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causò inuidia en las mugeres y admiracion en los hombres. De mi se dezir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agrauiaua, aunque yo fuera el emperador del mundo.
»Estaua hecho vn modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachasse, se auia de celebrar nuestro desposorio. Subio en el primero la hermosa donzella, donde al descubierto mostro su gallardia y gentileza; parecio a todos los ojos que la mirauan lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del dia, o lo que dizen las antìguas fabulas que parecia la casta Diana en los bosques; y algunos creo que huuo tan discretos, que no la acertaron a comparar sino a si misma. Subi yo al teatro, pensando que subia a mi cielo, y, puesto de rodillas ante ella, casi di demostracion de adorarla. Alçóse vna voz en el templo, procedida de otras muchas, que dezia: «Viuid felices y luengos años en el mundo, ¡o dichosos y bellissimos amantes!; coronen presto hermosissímos -fol. 28r- hijos vuestra mesa, y a largo andar se dilate vuestro amor en vuestros -74- nietos; no sepan los rabiosos zelos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; rindase la inuidia a vuestros pies, y la buena fortuna no acierte a salir de vuestra casa.»
Todas estas razones y deprecaciones santas me colmauan el alma de contento, viendo con que gusto general lleuaua el pueblo mi ventura. En esto, la hermosa Leonora me tomò por la mano, y assi, en pie como estauamos, alçando vn poco la voz, me dixo: «Bien sabeis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dio palabra que no dispondria de mi persona en dos años, que se auian de contar desde el dia que me pedistes fuesse yo vuestra esposa; y tambien, si mal no me acuerdo, os dixe yo, viendome acossada de vuestra solicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me aueis hecho, mas por vuestra cortesia que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino a vos. Esta palabra mi padre os la ha cumplido, como aueis visto, y yo os quiero cumplir la mia, como vereis; y assi, porque se que los engaños, aunque sean honrosos y prouechosos, tienen vn no se que de traicion quando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecera que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera, siendo mi esposo viuo, puedo casarme con otro; yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por vno del cielo, que es Iesu Christo, Dios y hombre verdadero: el es mi esposo, a el le di la palabra primero que a vos; a el

sin engaño y de toda -75- mi voluntad, y a vos con dissimulacion y sin firmeza alguna. Yo confiesso que, para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera ygualar; pero, auiendole de escoger en el cielo, ¿quien como Dios? Si esto os parece traicion o descomedido trato, dadme la pena que quisieredes y el nombre que se os antojare, que no -fol. 28v- aura muerte, promesa o amenaza que me aparte del crucificado esposo mio.»
Callò, y al mismo punto la priora y las otras monjas començaron a desnudarla y a cortarle la preciosa madexa de sus cabellos. Yo enmudeci, y, por no dar muestra de flaqueza, tuue cuenta con reprimir las lagrimas que me venian a los ojos; y hincandome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerça le besè la mano; y ella, christianamente compasiua, me hechò los braços al cuello; alcème en pie, y, alçando la voz de modo que todos me oyessen, dixe: «Maria optimam partem elegit»84. Y diziendo esto, me baxé del teatro, y, acompañado de mis amigos, me volui a mi casa, adonde, yendo y viniendo con la imaginacion en este estraño sucesso, vine casi a perder el juyzio; y aora, por la misma causa, vengo a perder la vida.
Y, dando vn gran suspiro, se le salio el alma, y dio consigo en el suelo.

-76-

Capitvlo onzeno del primer libro
Acudio con presteza Periandro a verle, y halló que auia espirado de todo punto, dexando a todos confusos y admirados del triste y no imaginado sucesso.
-Con este sueño -dixo a esta sazon Auristela- se ha escusado este cauallero de contarnos que le sucedio en la passada noche, los trances por donde vino a tan desastrado término y a la prision de los barbaros, que, sin duda, deuian de ser casos tan desesperados como peregrinos.
A lo que añadio el barbaro Antonio:
-¿Por marauilla ay desdichado solo que lo sea en sus desuenturas? Compañeros tienen las desgracias, y por aqui o por alli siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser, quando acaban con la vida del que las padece.
Dieron luego orden de -fol. 29r- enterralle como mejor pudieron: siruiole de mortaja su mismo vestido; de tierra, la nieue; y de cruz, la que le hallaron en el pecho en vn escapulario, que era la de Christus, por ser cauallero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las auian dado bien claras su graue presencia y razonar discreto. -77- No faltaron lagrimas que le acompañassen, porque la compassion hizo su oficio, y las sacò de todos los ojos de los circunstantes. Amanecio en esto; voluieron las varcas al agua, pareciendoles que el mar les esperaua sossegado y blando, y, entre tristes y alegres, entre temor y esperança, siguieron su camino, sin lleuar parte cierta adonde encaminalle. Estan todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas o las mas despobladas, y las que tienen gente, es rustica y medio barbara, de poca vrbanidad y de coraçones duros e insolentes; y, con todo esto, desseauan topar alguna que los acogiesse, porque imaginauan que no podian ser tan crueles sus moradores, que no lo fuessen mas las

montañas de nieue y los duros y asperos riscos de las que atras dexauan. Diez dias mas nauegaron, sin tomar puerto, playa o abrigo alguno, dexando a entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometian estar pobladas de gente, puesta la mira en vna gran montaña que a la vista se les ofrecia, y pugnauan con todas sus fuerças llegar a ella con la mayor breuedad que pudiessen, porque ya sus varcas hazian agua, y los bastimentos, a mas andar, yuan faltando.

En fin, mas con la ayuda del cielo, como se deue creer, que con las de sus braços, llegaron a la desseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, a quien con grandes vozes preguntò Transila que tierra era aquella, quien la gouernaua, y si era de christianos catolicos. Respondieronle, -78- en lengua que el [la] entendio, que aquella isla se llamaua Golandia85, y que -fol. 29v- era de catholicos, puesto que estaua despoblada, por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaua mas de vna casa que seruia de meson a la gente que llegaua a vn puerto (que) detras de vn peñon que señalò con la mano: «Y si vosotros, quienquiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguídnos con la vista, que nosotros os pondremos en el puerto.» Dieron gracias a Dios los de las varcas, y siguieron por la mar a los que los guiauan por la tierra, y, al voluer del peñon que les auian señalado, vieron vn abrigo que podia llamarse puerto, y en el hasta diez o doze vaxeles, dellos chicos, dellos medianos y dellos grandes, y fue grande la alegria que de verlos recibieron, pues les daua esperança de mudar de nauios, y seguridad de camìnar con certeza a otras partes. Llegaron a tierra; salieron assi gente de los nauios como del meson a recebirles; saltò en tierra, en ombros de Periandro y de los dos barbaros, padre e hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fue Periandro vendido a los barbaros por Arnaldo; salio con ella la gallarda Transila, y la bella barbara Constança, con Ricla, su madre, y todos los demas de las varcas acompañaron este esquadron gallardo. De tal manera causò admiracion, espanto y assombro la bellissima esquadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo y dieron muestras de adorar a Auristela; mirauanla callando, -79- y con tanto respeto, que no acertauan a mouer las lenguas, por no ocuparse en otra cosa que en mirar.

La hermosa Transila, como ya auia hecho esperiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompio el silencio, diziendoles:

-A vuestro hospedage nos ha traido la nuestra, hasta oy, contraria fortuna. En nuestro trage y en nuestra mansedumbre echareis de ver que antes buscamos paz que guerra, porque no hazen -fol. 30r- batalla las mugeres ni los varones afligidos. Acogednos, señores, en vuestro hospedage y en vuestros nauios, que las varcas que aqui nos han conduzido, aqui dexan el atreuimiento y la voluntad de tornar otra vez a entregarse a la instabilidad del mar. Si aqui se cambia por oro o por plata lo necessario que se busca, con facilidad y abundancia sereis recompensados de lo que nos dieredes: que, por subidos precios que lo vendais, lo recibiremos como si fuesse dado.

Vno ¡milagro estraño! que parecia ser de la gente de los nauios, en lengua española respondio:

-De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad que dizes: que, puesto que la mentira se dissimula, y el daño se disfraça con

la mascara de la verdad y del bien, no es possible que aya tenido lugar de acogerse a tan gran belleza como la vuestra. El patron deste hospedage es cortesissimo, y todos los destas naues, ni mas ni menos. Mirad si os da mas gusto volueros a ellas, o entrar en el hospedage, -80- que en ellas y en el sereis recebidos y tratados como vuestra presencia merece.
Entonces, viendo el barbaro Antonio, o oyendo, por mejor dezir, hablar su lengua, dixo:
-Pues el cielo nos ha traido a parte que suene en mis oidos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias. Vamos, señores, al hospedage, y, en reposando algun tanto, daremos orden en voluer a nuestro camino, con mas seguridad que la que hasta aqui hemos traido.
En esto, vn grumete, que estaua en lo alto de vna gauia, dixo a vozes, en lengua inglessa:
-Vn nauio se descubre que, con tendidas velas, y mar y viento en popa, viene la buelta deste abrigo.
Alborotaronse todos, y, en el mismo lugar donde estauan, sin mouerse vn paso, se pusieron a esperar el vaxel que tan cerca se descubria, y quando estuuo junto, vieron que las hinchadas velas las atrauessauan vnas cruzes roxas, y conocieron que, en vna vandera -fol. 30v- que traia en el peñolo de la mayor gauia, venian pintadas las armas de Inglaterra.
Disparò, en llegando, dos pieças de gruessa artilleria, y luego hasta obra de veynte arcabuzes; de la tierra les fue hecha señal de paz y de alegres vozes, porque no tenian artilleria con que responderle.

-81-

Capitvlo doze del primer libro
Donde se cuenta de que parte y quien eran los que venian en el nauio

Hecha, como se ha dicho, la salua de entrambas partes, assi del nauio como de la tierra, al momento echaron ancoras los de la naue, y arrojaron el esquife al agua, en el qual el primero que saltò, despues de quatro marineros que le adornaron con tapetes y assieron de los remos, fue vn anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de vna ropa de terciopelo negro que le llegaua a los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con vna de las que llaman colonias de seda86; en la cabeça traia vn sombrero alto y puntíagudo, assímismo, al parecer, de felpa. Tras el baxò al esquife vn gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veynte y quatro años, vestido, a lo marinero, de terciopelo negro, vna espada dorada en las manos y vna daga en la cinta. Luego, como si los arrojaran, echaron de la naue al esquife vn hombre lleno de cadenas y vna muger con el enredada y presa con las cadenas mismas: el de hasta quarenta años de edad, y ella de mas de cinquenta; el brioso y despechado, y ella malencolica -82- y triste. Impelieron el esquife los marineros; en vn instante -fol. 31r- llegaron a tierra, adonde, en sus ombros y en los

de otros soldados arcabuzeros que en el barco venian, sacaron a tierra al viejo, y al moço, y a los dos prisioneros. Transila, que, como los demas, auia estado atentissima mirando los que en el esquife venian, voluiendose a Auristela, le dixo:
-Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con esse velo que traes atado al braço, porque, o yo tengo poco conocimiento, o son algunos de los que vienen en este varco personas que yo conozco y me conocen.
Hizolo assi Auristela, y en esto llegaron los de la varca a juntarse con ellos, y todos se hizieron bien criados recibimientos. Fuese derecho el anciano de la felpa a Transila, diziendo:
-Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfauorece, próspera aura sido la mia con este hallazgo.
Y diziendo y haziendo, alçó el velo del rostro de Transila, y se quedò desmayado en sus braços, que ella se los ofrecio y se los puso, porque no diesse en tierra. Sin duda se puede creer que este caso de tanta nouedad y tan no esperado puso en admiracion a los circunstantes, y mas quando le oyeron dezir a Transila:
-¡O padre de mi alma! ¿Que venida es esta? ¿Quien trae a vuestras venerables canas y a vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra?
-¿Quien le ha de traer -dixo a esta sazon el -83- brioso mancebo-, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaua? El y yo, dulcissima señora y esposa mia, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas a los cielos, le auemos hallado, haz, señora, que buelua en si tu padre Mauricio, y consiente que de su alegria reciba yo parte, recibiendole a el como a padre, y a mi como a tu legitimo esposo.
Voluio en si Mauricio, y sucediole en su desmayo Transila. Acudio Auristela a su remedio; pero no osó llegar a ella Ladislao, que -fol. 31v- este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que a Transila se le deuia; pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos, o quitan la vida en vn instante, o no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuuo Transila desmayada. El dueño de aquel meson o hospedage dixo:
-Venid, señores, todos, adonde, con mas comodidad y menos frio del que aqui haze, os deis cuenta de vuestros sucessos.
Tomaron su consejo y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar vna flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudandoles a lleuar sus hierros los arcabuzeros que, como en guarda, con ellos venian; acudieron a sus naues algunos, y, con tanta priessa como buena voluntad, truxeron dellas los regalos que tenian. Hizose lumbre, pusieronse las mesas, y, sin tratar entonces de otra cosa, satisfizieron todos la hambre mas con muchos generos de pescados -84- que con carnes, porque no siruio otra que la de muchos pajaros que se crian en aquellas partes, de tan estraña manera, que, por ser rara y peregrina, me obliga a que aqui la cuente. Hincanse vnos palos en la orilla de la mar y entre los escollos donde las aguas llegan, los quales palos, de alli a poco tiempo, todo aquello que cubre el agua se conuierte en dura piedra, y, lo que queda fuera del agua, se pudre y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra vn pequeño pajarillo que, volando a la tierra, se haze grande, y tan sabroso

de comer, que es vno de los mejores manjares que se vsan; y, donde ay mas abundancia dellos, es en las prouincias de Ybernia y de Irlanda, el qual pajaro se llama Barnaclas87. El desseo que tenian todos de saber los sucessos de los rezien llegados, les hazía parecer larga la comida, la qual acabada, el anciano Mauricio dio vna gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atencion -fol. 32r- le escuchassen. Enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrio los oidos, viendo lo qual, Mauricio solto la voz en tales razones:

-En vna isla, de siete que estan circunuezinas a la de Ybernia, naci yo, y tuuo principio mi linage, tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que, en dezir este apellido, le encarezco todo lo que puedo; soy christiano catholico, y no de aquellos que andan mendigando la lee verdadera entre opiniones; mis padres me criaron en los estudios, assi de las armas -85- como de las letras -si se puede dezir que las armas se estudian-; he sido aficionado a la ciencia de la astrologia judiciaria, en la qual he alcançado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con vna hermosa y principal muger de mi ciudad, de la qual tuue esta hija que està aqui presente; segui las costumbres de mi patria, a lo menos en quanto a las que parecian ser niueladas con la razon, y, en las que no, con apariencias fingidas, mostraua seguirlas, que tal vez la dissimulacion es prouechosa; crecio esta muchacha a mi sombra, porque le faltò la de su madre a dos años despues de nacida, y a mi me faltò el arrimo de mi vejez y me sobrò el cuydado de criar la hija, y por salir del, que es carga dificil de lleuar de cansados y ancianos ombros, en llegando a casi edad de darle esposo en que le diesse arrimo y compañia, lo puse en efeto, y el que le escogi fue este gallardo mancebo que tengo a mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y aun conueniente que los padres casen a sus hijas con su beneplacito y gusto, pues no les dan compañia por vn dia, sino por todos aquellos que les durare la vida; y, de no hazer esto ansi, se han seguido, siguen y seguiran millares de inconuenientes, que los mas suelen parar en desastrados -fol. 32v- sucessos. Es, pues, de saber que en mi patria ay vna costumbre, entre muchas malas la peor de todas, y es que, concertado el matrimonio, y llegado el dia de la boda, en vna -86- casa principal, para esto diputada, se juntan los nouios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad, los vnos para testigos y los otros para verdugos, que assi los puedo y deuo llamar. Està la desposada en vn rico apartamiento esperando lo que no se cómo pueda dezirlo sin que la verguença no me turbe la lengua; està esperando, digo, a que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de vno en vno, a coger las flores de su jardin y a manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre barbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro, porque ¿que dote puede lleuar mas rico vna donzella, que serlo, ni que limpieça puede ni deue agradar mas al esposo, que la que la muger lleua a su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la verguença, y la verguença con la honestidad; y si la vna o la otra comiençan a desmoronarse y a perderse, todo el edificio de la

hermosura dara en tierra, y será tenido en precio baxo y asqueroso88. Muchas vezes auia yo intentado de persuadir a mi pueblo dexasse esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaua, quando se me daua en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine a verificar aquel antiguo adagio que vulgarmente se dize: que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, -87- mi hija se encerro en el retraimiento dicho, y estuuo esperando su perdicion; y quando queria ya entrar vn hermano de su esposo a dar principio al torpe trato, veis aqui donde veo salir, con vna -fol. 33r- lança terciada en las manos, a la gran sala donde toda la gente estaua, a Transila, hermosa como el sol, braua como vna leona, y ayra a como vna tigre.
Aqui llegaua de su historia el anciano Mauricio, escuchandole todos con la atencion possible, quando, reuistiendosele a Transila el mismo espiritu que tuuo al tiempo que se vio en el mismo acto y ocasion que su padre contaua, leuantandose en pie, con lengua a quien suele turbar la colera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efeto, con ademan que la pudiera hazer menos hermosa, si es que los acidentes tienen fuerças de menoscabar las grandes hermosuras, quitandole a su padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente capitulo.

-88-

Capitvlo treze
Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dio principio

-Sali -dixo Transila-, como mi padre ha dicho, a la gran sala, y, mirando a todas partes, en alta y colerica voz dixe: «Hazeos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y barbaras costumbres van contra las que guarda qualquier bien ordenada republica. Vosotros, digo, mas lasciuos que religiosos, que, con apariencia y sombra de ceremonias vanas, quereis cultiuar los agenos campos sin licencia de sus legitimos dueños. Veisme aqui, gente mal perdida y peor aconsejada; venid, venid, que la razon, puesta en la punta desta lança, defendera mi partido y quitará las fuerças a vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad y de la -fol. 33v- limpieça.» Y, en diziendo esto, salté en mitad de la turba, y, rompiendo por ella, sali a la calle, acompañada de mi mismo enojo, y lleguè a la marina, donde, cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hize, en vno, me arrojé en vn pequeño barco que, sin duda, me deparò el cielo. Assiendo de dos pequeños remos, me alarguè de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se dauan priessa a seguirme en otros muchos varcos, mas bien parados y de mayores fuerças -89- impelidos, y que no era possible escaparme, solte los remos y volui a tomar mi lança, con intencion de esperarles y dexar lleuarme a su poder, si no perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiesse mi agrauio. Vueluo a dezir otra vez que el cielo, conmouido de mi desgracia, auiuò el viento y lleuò el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegò a vna

corriente o raudal que le arrebatò como en peso y le lleuò mas adentro, quitando la esperança a los que tras mi venian de alcançarme, que no se auenturaron a entrarse en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar lleuaua.
-Assi es verdad -dixo a esta sazon su esposo Ladislao-, porque, como me lleuauas el alma, no pude dexar de seguirte. Sobreuino la noche, y perdimoste de vista, y aun perdimos la esperança de hallarte viua, si no fuesse en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomò a su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.
-Es, pues, el caso -prosiguiò Transila- que, aquella noche, vn viento que de la mar soplaua, me truxo a la tierra, y en la marina hallé vnos pescadores que benignamente me recogieron y aluergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo yua huyendo. Pero la codicia humana, que reyna y tiene su señorio aun entre las peñas y riscos del mar, y en los coraçones duros y -fol. 34r- campestres, se entró aquella noche en los pechos de -90- aquellos rusticos pescadores, y acordaron entre si que, pues de todos era la presa que en mi tenian, y que no podia ser diuidida en partes para poder repartirme, que me vendiessen a vnos cossarios que aquella tarde auian descubierto no lexos de sus pesquerias. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedír a los cossarios; pero no quise tomar ocasion de recebir bien alguno de ninguno de mi barbara patria, y assi, al amanecer, auiendo llegado alli los piratas, me vendieron no se por quanto, auiendome primero despojado de las joyas que lleuaua de desposada. Lo que se dezir es que me trataron los cossarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dixeron que no fuesse malencolica, porque no me lleuauan para ser esclaua, sino para esperar ser reyna y aun señora de todo el vniuerso, si ya no mentian ciertas profecias de los barbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaua por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los barbaros me hizieron, de cómo aprendi su lengua en este tiempo que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos y ceremonias y costumbres, del vano assumpto de sus profecías, y del hallazgo destos señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, dire otra vez, que, por agora, basta lo dicho, y quiero dar lugar a que mi padre me diga que ventura le ha traido a darmela tan buena quando menos la esperaua.
Aqui dio fin Transila a su plática, teniendo a -91- todos colgados de la suauidad de su lengua y admirados del estremo de su hermosura, que, despues de la de Auristela, ninguna se le ygualaua. Mauricio, su padre, entonces dixo:
-Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo mis estudios y exercicios, entre otros muchos gustosos y loables, -fol. 34v- me lleuaron tras si los de la astrologia judiciaria, como aquellos que, quando aciertan, cumplen el natural desseo que todos los hombres tienen, no [sólo de saber] todo lo passado y presente, sino lo por venir. Viendote, pues, perdida, notè el punto, obseruè los astros, miré el aspecto de los planetas, señalè los sitios y casas necessarias para que respondiesse mi trabajo a mi desseo, porque ninguna ciencia, en quanto a ciencia, engaña: el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrologia, por la velocidad de los cielos, que se lleua tras si todas las estrellas, las

quales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este; y assi, el astrologo judiciario, si acierta alguna vez en sus juyzios, es por arrimarse a lo mas prouable y a lo mas esperimentado, y el mejor astrologo del mundo, puesto que muchas vezes se engaña, es el demonio, porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que sabe, sino tambien por las premissas y conjeturas; y como ha tanto tiempo que tiene esperiencia de los casos passados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja a juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendizes desta ciencia, pues hemos -92- de juzgar siempre a tiento y con poca seguridad. Con todo esso, alcancé que tu perdicion aula de durar dos años, y que te auia de cobrar este dia, y en esta parte, para remoçar mis canas y para dar gracias a los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espiritu con tu presencia, puesto que se que ha de ser a costa de algunos sobresaltos: que, por la mayor parte, las buenas andanças no vienen sin el contrapeso de desdichas, las quales tienen jurisdicion y vn modo de licencia de entrarse por los buenos sucessos, para darnos a entender que, ni el bien es eterno, ni el mal durable.
-Los cielos seran seruidos -dixo a esta sazon Auristela, que auia gran tiempo que callaua- de darnos próspero viage, pues nos le promete tan buen hallazgo.
-fol. 35r-
La muger prisionera, que auia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie, a pesar de sus cadenas y al de la fuerça que le hazía para que no se leuantasse el que con ella venía preso, y, con voz leuantada, dixo:

-93-

Capitvlo catorze del primer libro
Donde se declara quien eran los que tan aherrojados venian

-Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concedaseme a mi por esta vez, donde la breuedad de mis razones templará el fastidio que tuuieredes de escuchallas. Haste quexado -dixo, voluiendose a Transila-, señora donzella, de la barbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliuiar el trabajo a los menesterosos y quitar la carga a los flacos; si que no es error, por bueno que sea vn cauallo, passearle la carrera primero que se ponga en el, ni va contra la honestidad el vso y costumbre si en el no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece; si que mejor gouernará el timon de vna naue el que huuiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la esperiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes, y assi, mejor te fuera entrar esperimentada en la compañia de tu esposo, que rustica e inculta.
Apenas oyo esta razon vltima el hombre que consigo venia atado, quando

dixo, poniendole -94- el puño cerrado junto al rostro, amenazandola:
-¡O Rosamunda, o, por mejor dezir, Rosa inmunda!, porque munda, ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo serás en tu -fol. 35v- vida, si viuiesses mas años que los mismos tiempos, y assi, no me marauillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato, a que estan obligadas las honradas donzellas. Sabed, señores -mirando a todos los circunstantes, prosiguio-, que esta muger que aqui veis, atada como loca, y libre como atreuida, es aquella famosa Rosamunda89, dama que ha sido concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impudicas costumbres ay largas historias y longissimas memorias entre todas las gentes del mundo. Esta mandò al rey, y, por añadidura, a todo el reyno; puso leyes, quitò leyes; leuantò caydos viciosos y derribó leuantados virtuosos; cumplio sus gustos, tan torpe como publicamente, en menoscabo de la autoridad del rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras, y tan torpes y tantos sus atreuimientos, que, rompiendo los lazos de diamantes y las redes de bronze con que tenia ligado el coraçon del rey, le mouieron a apartarla de si y a menospreciarla en el mismo grado que la auia tenido en precio. Quando esta estaua en la cumbre de su rueda y tenia assida por la guedexa a la fortuna, viuia yo despechado y con desseos de mostrar al mundo quan mal estauan empleados los de mi rey y señor natural; tengo vn cierto espiritu -95- satirico y maldiziente, vna pluma veloz y vna lengua libre; deleytanme las maliciosas agudezas, y, por dezir vna, perdere yo, no sólo vn amigo, pero cien mil vidas; no me atauan la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizauan amenazas, ni enmendauan castigos; finalmente, a entrambos a dos llegò el dia de nuestra vltima paga: a esta mandò el rey que nadie, en toda la ciudad ni en todos sus reynos y señorios, le diesse, ni dado ni por dineros, otro algun sustento que pan y agua, y que a mi, -fol. 36r- junto con ella, nos traxessen a vna de las muchas islas que por aqui ay que fuesse despoblada, y aqui nos dexassen: pena que para mi ha sido mas mala que quitarme la vida, porque, la que con ella passo, es peor que la muerte.
-Mira, Clodio -dixo a esta sazon Rosamunda-, quan mal me hallo yo en tu compañia, que mil vezes me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y, si lo he dexado de hazer, es por no lleuarte conmigo: que si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliuiaran las penas. Yo confiesso que mis torpezas han sido muchas, pero han caydo sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles ombros y sobre discrecion esperimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que vna delectacion mas ligera que la menuda paja que en volubles remolinos rebuelue el viento; tu has lastimado mil agenas honras, has aniquilado illustres creditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linages -96- claros; haste atreuido a tu rey, a tus ciudadanos, a tus amigos y a tus mismos parientes, y, en son de dezir gracias, te has desgraciado con todo el mundo. Bien quisiera yo que quisiera el rey que, en pena de mis delitos, acabara con otro genero de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que a cada paso me da tu lengua, de la qual tal vez no estan seguros los cielos ni los santos.
-Con todo esso -dixo Clodio-, jamas me ha acusado la conciencia de auer dicho alguna mentira.

-A tener tu conciencia -dixo Rosamunda- de las verdades que has dicho, tenias harto de que acusarte: que no todas las verdades han de salir en público ni a los ojos de todos.
-Si -dixo a esta sazon Mauricio-, si que tiene razon Rosamunda: que las verdades de las culpas cometidas en -fol. 36v- secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y principes que nos gouiernan; si que no toca a vn hombre particular reprehender a su rey y señor, ni sembrar en los oydos de sus vassallos las faltas de su principe, porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen; y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por que no ha de gozar deste priuilegio el principe? ¿Por que le han de dezir publicamente y en el rostro sus defetos? Que tal vez la reprehension pública y mal considerada, suele endurecer la condicion del que la recibe, y voluerle antes pertinaz que -97- blando; y como es forçoso que la reprehension caiga sobre culpas verdaderas o imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en público, y assi, dignamente, los satiricos, los maldizientes, los mal intencionados, son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabança que llamarse agudos sobre vellacos, y vellacos sobre agudos, y es como lo que suele dezirse: la traicion contenta; pero el traidor enfada. Y ay mas: que las honras que se quitan por escrito, como buelan y passan de gente en gente, no se pueden reduzir a restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados.
-Todo lo se -respondio Clodio-; pero, si quieren que no hable o escriua, cortenme la lengua y las manos, y aun entonces pondre la boca en las entrañas de la tierra, y dare vozes como pudiere, y tendre esperança que de alli salgan las cañas del rey Midas.
-Aora bien -dixo a esta sazon Ladislao-; haganse estas pazes; casemos a Rosamunda con Clodio: quiça con la bendicion del sacramento del matrimonio, y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudaràn de vída.
-Aun bien-dixo Rosamunda-, que tengo aqui vn cuchillo con que podre hazer vna o dos puertas en mi -fol. 37r- pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes en sólo auer oydo este tan desastrado y desatinado casamiento.
-Yo no me mataré -dixo Clodio-, porque, aunque soy murmurador y maldiziente, el gusto -98- que recibo de dezir mal, quando lo digo bien, es tal, que quiero viuir, porque quiero dezir mal; verdad es que pienso guardar la cara a los principes, porque ellos tienen largos braços y alcançan adonde quieren y a quien quieren, y ya la esperiencia me ha mostrado que no es bien ofender a los poderosos, y la caridad christiana enseña que por el principe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo, que le mejore y enmiende.
-Quien todo esso sabe -dixo el barbaro Antonio-, cerca està de enmendarse; no ay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que, con el arrepentimiento, no se borre o quite del todo. La lengua maldiziente es como espada de dos filos, que corta hasta los huessos, o como rayo del cielo, que, sin romper la vayna, rompe y desmenuza el azero que cubre90; y aunque las conuersaciones y entretenimientos se hazen sabrosos con la sal de la murmuracion, todauia suelen tener los dexos las mas vezes amargos y

desabridos. Es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñezes de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden reuocar ni voluer a la parte donde salieron hasta que han hecho su efeto, pocas vezes el arrepentirse de auerlas dicho menoscaba la culpa del que las dixo, aunque ya tengo dicho que vn buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

-99- -fol. 37v-

Capitvlo qvinze del primer libro desta grande historia

En esto estauan, quando entrò vn marinero en el hospedage, diziendo a vozes:

-Vn vaxel grande viene con las velas tendidas encaminado a este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me de a entender de que parte sea.

A penas dixo esto, quando llegó a sus oydos el son horrible de muchas pieças de artilleria que el vaxel disparò al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz, y no de guerra; de la misma manera le respondio el vaxel de Mauricio y toda la arcabuzeria de los soldados que en el venian. Al momento todos los que estauan en el hospedage salieron a la marina, y en viendo Periandro el vaxel rezien llegado, conocio ser el de Arnaldo, principe de Dinamarca, de que no recibio contento alguno: antes se le reboluieron las entrañas, y el coraçon le començo a dar saltos en el pecho. Los mismos acidentes y sobresaltos recibio en el suyo Auristela, como aquella que por larga esperiencia sabía la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su coraçon a pensar cómo podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se auiniessen bien, sin que la rigurosa -100- y desesperada flecha de los zelos no les atrauessasse las almas. Ya estaua Arnaldo en el esquife de la naue, y ya llegaua a la orilla, quando se adelantò Periandro a recebille; pero Auristela no se mouio del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera que alli se le hincaran en el suelo y se voluieran en torzidas rayzes, como se voluieron los de la hija de Peneo quando -fol. 38r- el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo, que vio a Periandro, le conocio, y, sin esperar que los suyos le sacassen en ombros a tierra, de vn salto que dio desde la popa del esquife, se puso en ella, y en los braços de Periandro, que con ellos abiertos le recibio, y Arnaldo le dixo:

-Si yo fuesse tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallasse a tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar.

-Conmigo està, valeroso señor -respondio Periandro-: que los cielos, atentos a fauorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos desseos merece.

Ya en esto se auia comunicado por la nueua gente y por la que en la tierra estaua quien era el principe que en la naue venia, y todauia estaua Auristela como estatua, sin voz, inmouible, y junto a ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer barbaras, Ricla y Constança. Llegó Arnaldo, y, puesto de hinojos ante Auristela, le dixo:

-¡Seas bien hallada, norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y

estrella fixa -101- que me lleua al puerto donde han de tener reposo mis buenos desseos!
A todo esto no respondio palabra Auristela: antes le vinieron las lagrimas a los ojos, que començaron a bañar sus rosadas mexillas. Confuso Arnaldo de tal acidente, no supo determinarse si de pesar o de alegria podia proceder semejante acontecimiento; mas Periandro, que todo lo notaua, y en qualquier mouimiento de Auristela tenia puesto[s] los ojos, sacò a Arnaldo de duda, diziendole:
-Señor, el silencio y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion y de gusto: la admiracion, del verte en parte tan no esperada; y las lagrimas, del gusto de auerte visto; ella es agradecida, como lo deuen ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de seruirte, con las mercedes y limpio tratamiento que -fol. 38v- siempre le has hecho.
Fueronse con esto al hospedage; voluieron a colmarse las mesas de manjares; llenaronse de regozijo los pechos, porque se llenaron las taças de generosos vinos: que, quando se trasiegan por la mar de vn cabo a otro, se mejoran de manera, que no ay nectar que se les yguale91. Esta segunda comida se hizo por respeto del principe Arnaldo. Conto Periandro al principe lo que le sucedio en la isla barbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucessos y puntos que hasta aqui se han contado, con que se suspendio Arnaldo, y de nueuo se alegraron y admiraron todos los presentes.

-102-

Capitvlo diez y seys del primer libro de Persiles y Sigismunda
En esto, el patron del hospedage dixo:
-No se si diga que me pesa de la bonança que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni lexos no se descubre zelage alguno, las olas hieren la tierra blanda y suauemente, y las aues salen al mar a espaciarse: que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar a que me dexen solo tan honrados huespedes como la fortuna a mi hospedage ha traido.
-Assi será -dixo Mauxicio-: que, puesto que vuestra noble compañia se ha de tener por agradable y cara, el desseo de voluer a nuestras patrias no consiente que mucho tiempo la gozemos. De mi se dezir que esta noche, a la primera guarda, me pienso hazer a la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el de estos señores soldados que en el nauio vienen.
A lo que añadio Arnaldo:
-Siempre la pérdida del tiempo no se -fol. 39r- puede cobrar, y la que se pierde en la nauegacion es irremediable.
En efeto; entre todos los que en el puerto estauan, quedò de acuerdo que en aquella noche fuessen de partida la buelta de Inglaterra, a -103- quien todos yuan encaminados. Leuantóse Arnaldo de la mesa, y, assiendo de la mano a Periandro, le sacò fuera del hospedage, donde a solas, y sin ser oydo de nadie, le dixo:
-No es possible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te aura dicho la voluntad que, en dos años que estuuo en poder del rey mi padre, le mostre, tan ajustada con sus honestos desseos, que jamas me salieron

palabras a la boca que pudiessen turbar sus castos intentos; nunca quise saber mas de su hazienda de aquello que ella quiso dezirme, pintandola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de baxo estado, sino como a reyna de todo el mundo, porque su honestidad, su grauedad, su discrecion, tan en estremo estremada, no me daua lugar a que otra cosa pensasse. Mil vezes me le ofreci por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento. Respondiome siempre que, hasta verse en la ciudad de Roma, adonde yua a cumplir vn voto, no podia disponer de su persona; jamas me quiso dezir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dixesse, pues ella sola, por si misma, sin que trayga depen[den]cia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquia de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que, como varon de discurso y entendimiento, consideres que no es muy baxa la ventura que està llamando a las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, a -104- quien desde aqui me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento quando ella quisiere y adonde quisiere: aqui, debaxo destos pobres techos, o en los dorados de la famosa -fol. 39v- Roma; y assimismo te ofrezco de contenerme en los limites de la honestidad y buen decoro, si bien viesse consumirme en los ahincos y desseos que trae consigo la concupicencia desenfrenada y la esperança propinqua, que suele fatigar mas que la apartada.

Aqui dio fin su plática Arnaldo, y estuuo atentissimo a lo que Periandro auia de responderle, que fue:

-Bien conozco, valeroso principe Arnaldo, la obligacion en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aqui nos has hecho y por la que agora de nueuo nos hazes: a mi, por ofrecerte por mi hermano, y a ella, por esposo; pero, aunque parezca locura que dos miserables peregrinos, desterrados de su patria, no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te se dezir no ser possible el recebirle, como es possible el agradecerle. Mi hermana y yo vamos, lleuados del destino y de la elecion, a la santa ciudad de Roma, y, hasta vernos en ella, parece que no tenemos ser alguno ni libertad para vsar de nuestro aluedrio. Si el cielo nos lleuare a pisar la santissima tierra y adorar sus reliquias santas, quedaremos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entonces será92 la mía toda empleada en seruirte. Sete dezir tambien que, si llegares al -105- cumplimiento de tu buen desseo, llegaràs a tener vna esposa de illustrissimo linage nacida, y vn hermano que lo sea mejor que cuñado, y, entre las muchas mercedes que entrambos a dos hemos recebido, te suplico me hagas a mi vna, y es que no me preguntes mas de nuestra hazienda y de nuestra vida, porque no me obligues a que sea mentiroso, inuentando quimeras que dezirte mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia.

-Dispon de mi -respondio Arnaldo-, hermano mio, a toda tu voluntad y gusto, haziendo cuenta -fol. 40r- que yo soy cera, y tu el sello que has de imprimir en mi lo que quisieres; y, si te parece, sea nuestra partida esta noche a Inglaterra, que de alli facilmente passaremos a Francia y a Roma, en cuyo viage, y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si dello gustaredes.

Aunque le pesò a Periandro deste vltimo ofrecimiento, le admitio,

esperando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucessos; y abraçandose los dos cuñados en esperança, se voluieron al hospedage a dar traça en su partida. Auia visto Auristela cómo Arnaldo y Periandro auian salido juntos, y estaua temerosa del fin que podía tener el de su plática; y puesto que conocia la modestia en el príncipe Arnaldo, y la mucha discrecion de Periandro, mil generos de temores la sobresalteauan, pareciendole que, como el amor de Arnaldo ygualaua a su poder, podia remitir a la fuerça sus ruegos: que tal vez en los pechos de los desdeñados -106- amantes se conuierte la paciencia en rabia, y la cortesia en descomedimiento; pero, quando los vio venir tan sossegados y pacificos, cobrò casi los perdidos espiritus. Clodio el maldiziente, que ya auia sabido quien era Arnaldo, se le echò a los pies, y le suplicò le mandasse quitar la cadena y apartar de la compañia de Rosamunda. Mauricio le conto luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda. Mouido a compassion dellos, hizo, por vn capitan que los traia a su cargo, que los desherrassen y se los entregassen, que el tomaua a su cargo alcançarles perdon de su rey, por ser su grande amigo; viendo lo qual, el maldiziente Clodio dixo:

-Si todos los señores se ocupassen en hazer buenas obras, no auria quien se ocupass(s)e en dezir mal dellos; pero ¿por que ha de esperar el que obra mal que digan bien del? Y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, -fol. 40v- ¿por que no lo seran las malas? ¿Por que ha de esperar el que siembra zizaña y maldad, de buen fruto su cosecha? Lleuame contigo, ¡o principe!, y veras cómo pongo sobre el cerco de la luna tus alabanças.

-No, no -respondio Arnaldo-; no quiero que me alabes por las obras que en mi son naturales; y mas, que la alabança tanto es buena, quanto es bueno el que la dize, y tanto es mala, quanto es vicioso y malo el que alaba: que si la alabança es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabança; y si vicioso, vituperio.

-107-

Capitvlo diez y siete del primer libro
Da cuenta Arnaldo del sucesso de Taurisa

Con gran desseo estaua Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro passaron en la plática que tuuieron fuera del hospedage, y aguardaua comodidad para preguntarselo a Periandro, y para saber de Arnaldo que se auia hecho su donzella Taurisa; y, como si Arnaldo le adeuinara los pensamientos, le dixo:

-Las desgracias que has passado, hermosa Auristela, te auran lleuado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte dellas, entre las quales querria que huuiessen borrado de ella a mi mismo, que, con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado en ella, viuiria contento, pues no puede auer oluido de aquello de quien no se ha tenido

acuerdo: el oluido presente cae sobre la memoria del acuerdo passado; pero, como quiera que sea, acuerdesete de mi o no te acuerdes, de todo lo que hizieres estoy contento: que los cielos, que me -fol. 41r- han destinado para ser tuyo, no me dexan hazer otra cosa; mi aluedrio lo es para obedecerte. Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robaron -108- de mi reyno te han sucedido: vnas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado. Veo assimismo que tienen fuerça las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forçosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa, tu donzella; a el dexé yo bueno, y con desseo de que te buscasse y te hallasse; a ella la traxe conmigo, con intencion de venderla a los barbaros, para que siruiesse de espia y viesse si la fortuna te auia lleuado a su poder. De cómo vino al mio tu hermano Periandro, ya el te lo aura contado, y el concierto que entre los dos hizimos; y aunque muchas vezes he prouado voluer a la isla barbara, los vientos contrarios no me han dexado, y aora voluia con la misma intencion y con el mismo desseo, el qual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas como son de tenerte en mi presencia, aliuio vniuersal de mis cuydados. Taurisa, tu donzella, aura dos dias que la entregué a dos caualleros amigos mios que encontre en medio desse mar, que en vn poderoso nauio yuan a Irlanda, a causa que Taurisa yua muy mala y con poca seguridad de la vida; y como este nauio en que yo ando mas se puede llamar de cossario que de hijo de rey, viendo que en el no auia regalos ni medicinas, que piden los enfermos, se la entregué para que la lleuassen a Irlanda y la entregassen a su principe, que la regalasse, curasse y guardasse hasta que yo mismo fuesse por ella. Oy he dexado apuntado con tu hermano -109- Periandro que nos partamos mañana, o ya para Inglaterra, o ya para España o Francia: que, a do quiera que arribemos, tendremos segura comodidad para poner en efeto los honestos -fol. 41v- pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes; y yo en este entretanto lleuaré sobre los ombros de mi paciencia mis esperanças, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto, te ruego, señora, y te suplico, que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que, si algun tanto dissuena, no le pondremos en execucion.

-Yo no tengo otra voluntad -respondio Auristela- sino la de mi hermano Periandro, ni el, pues es discreto, querra salir vn punto de la tuya.

-Pues si assi es -replicò Arnaldo-, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan que, por la calidad de mi persona, me quiero alçar con el mando a mayores.

Esto fue lo que passò a Arnaldo con Auristela, la qual se lo conto todo a Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes, y el nauio ingles, con todos los que salieron de la isla barbara, entraron en consejo y ordenaron su partida en la forma siguiente:

-110-

Capitvlo diez y ocho del primer libro

Donde Mauricio sabe por la astrologia vn mal sucesso que les auino en el

mar

En la naue donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que traxeron a Rosamunda y a Clodio, se enuarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla barbara, y en el nauio de Arnaldo se acomodaron93 Ricla y Constança, y los dos Antonios, padre y hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedassen en tierra Clodio y Rosamunda; Rutilio se acomodò con Arnaldo. Hizieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del -fol. 42r- huesped todos los bastimentos que pudieron, y, auiendo mirado los puntos mas conuenientes para su partida, dixo Mauricio que, si la buena suerte les escapaua de vna mala que les amenazaua muy propinqua, tendria buen sucesso su viage; y que el tal peligro, puesto que era de agua, no auia de suceder, si sucediesse, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por vna traicion, mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lasciuos desseos. Periandro, que siempre andaua sobresaltado con la compañia de Arnaldo, -111- vino a temer si aquella traicion auia de ser fabricada por el principe para alçarse con la hermosa Auristela, pues la auia de lleuar en su nauio; pero opusose a todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que, en los pechos de los valerosos principes, no deuen hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dexò de pedir y rogar a Mauricio mirasse muy bien de que parte les podía venir el daño que les amenazaua. Mauricio respondio que no lo sabía, puesto que le tenia por cierto, aunque templaua su rigor con que ninguno de los que en el se hallassen auia de perder la vida, sino el sossiego y la quietud, y auian de ver rompidos la mitad de sus dissinios, sus mas bien encaminadas esperanças. A lo que Periandro le replicò que detuuiessen algunos dias la partida: quiça, con la tardança del tiempo, se mudarian o se templarian los influxos rigurosos de las estrellas.

-No -replicò Mauricio-; mejor es arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega a quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleue a perderla.

-Ea, pues -dixo Periandro-; echada está la suerte; partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar.

Satisfizo Arnaldo al buesped magnificamente, con muchos dones, el buen hospedage, y vnos en vnos -fol. 42v- nauios, y otros en otros, cada qual segun y como vio que mas le conuenia, dexó el -112- puerto desembaraçado y se hizo a la vela. Salio el nauio de Arnaldo adornado de ligeras flamulas y vanderetas, y de pintados y vistosos gallardetes. Al çarpar los hierros y tirar las ancoras, disparò assi la gruessa como la menuda artilleria; rompieron los ayres los sones de las chirimias y los de otros instrumentos musicos y alegres; oyeronse las vozes de los que dezian, reiterandolo a menudo: «¡Buen viage, buen viage!» A todo esto, no alçaua la cabeça de sobre el pecho la hermosa Auristela, que, casi como presaga del mal que le auia de venir, yua pensatiua; mirauala Periandro, y

remirauala Arnaldo, teniendola cada vno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrias. Acabóse el dia; entróse la noche, clara, serena, despejando vn ayre blando los zelages, que parece que se yuan a juntar si los dexaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nueuo tornò a mirar en su imaginacion las señales de la figura que auia leuantado, y de nueuo confirmò el peligro que les amenazaua; pero nunca supo atinar de que parte les vendria. Con esta confusion y sobresalto se quedò dormido encima de la cubierta de la naue, y, de alli a poco, desperto despauorido, diziendo a grandes vozes:

-¡Traicion, traicion, traicion! ¡Despierta, principe Arnaldo, que los tuyos nos matan!

A cuyas vozes se leuantò Arnaldo, que no dormia, puesto que estaua echado junto a Periandro en la misma cubierta, y dixo:

-¿Que has, amigo Mauricio? ¿Quien nos -113- ofende o quien nos mata? Todos los que en este nauio vamos ¿no somos amigos? ¿No son todos los mas vassallos y criados mios? ¿El cielo no està claro y sereno, el mar tranquilo y blando, y el vaxel, sin tocar en escollo ni en vaxio, no nauega? ¿Ay alguna remora que -fol. 43r- nos detenga? Pues si no ay nada desto, ¿de que temes, que ansi con tus sobresaltos nos atemorizas?

-No se -replicò Mauricio-; haz, señor, que baxen los buzanos a la sentina, que, si no es sueño, a mi me parece que nos vamos anegando.

No huuo bien acabado esta razon, quando quatro o seys marineros se dexaron calar al fondo del nauio, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no alla(na)ron costura alguna por donde entrasse agua al nauio, y bueltos a la cubierta, dixeron que el nauio yua sano y entero, y que el agua de la sentina estaua turbia y hedionda, señal clara de que no entraua agua nueua en la naue.

-Assi deue de ser -dixo Mauricio-; sino que yo, como viejo, en quien el temor tiene su assiento de ordinario, hasta los sueños me espantan; y plega a Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaría de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario.

Arnaldo le dixo:

-Sossegaos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan a estas señoras.

-Yo lo hare assi, si puedo -respondio Mauricio.

-114-

Y tornandose a echar sobre la cubierta, quedò el nauio lleno de muy sossegado silencio, en el qual Rutilio, que yua sentado al pie del arbol mayor, combidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, o de la voz, que la tenia estremada, al son del viento, que dulcemente heria en las velas, en su propia lengua toscana, començo a cantar esto, que, buelto en lengua española, assi dezia:

Huye el rigor de la inuencible mano,
aduertido, y encierrase en el arca
de todo el mundo el general monarca
con las reliquias del linage humano.

El dilatado asylo, el soberano 5
lugar rompe los fueros de la Parca,
-fol. 43v-
que entonces, fiera y licenciosa, abarca
quanto alienta y respira el ayre vano.

Vense en la excelsa maquina encerrarse
el leon y el cordero, y, en segura 10
paz, la paloma al fiero alcon vnida;

sin ser milagro, lo discorde amarse:
que, en el comun peligro y desuentura,
la natural inclinacion se oluida.

El que mejor entendiò lo que cantò Rutilio, fue el barbaro Antonio, el qual le dixo assimismo:
-Bien canta Rutilio, y si, por ventura, es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poeta; aunque ¿cómo lo puede ser bueno vn oficial? Pero no digo bien: que yo me acuerdo auer -115- visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios.
Esto dixo en voz que la oyo Mauricio, el principe y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo:
-Possible cosa es que vn oficial sea poeta, porque la poesia no està en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de vn maesse de campo; porque las almas todas son yguales, y de vna misma massa en sus principios criadas y formadas por su hazedor, y, segun la caxa y temperamento del cuerpo donde las encierra, assi parecen ellas mas o menos discretas, y atienden y se aficionan a saber las ciencias, artes o habilidades a que las estrellas mas las inclinan; pero mas principalmente y propia se dize que el poeta nascitur. Assi que no ay que admirar de que Rutilio sea poeta, aunque aya sido maestro de dançar.
-Y tan grande -replicó Antonio-, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes.
-Assi es -respondio Rutilio, que todo esto estaua escuchando-: -fol. 44r- que yo las hize casi junto al cielo quando me traxo, cauallero en el manto, aquella hechizera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la matè, que se auia conuertido en figura de loba, como ya otras vezes he contado.
-Esso de conuertirse en lobas y lobos algunas gentes destas setentrionales, es vn error -116- grandissimo -dixo Mauricio-, aunque admitido de muchos.
-¿Pues cómo es esto -dixo Arnaldo-, que comunmente se dize, y se tiene por

cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han conuertido en ellos?
-Esso -respondio Mauricio- no puede ser en Inglaterra, porque, en aquella isla templada y fertilissima, no sólo no se crian lobos, pero ninguno otro animal nociuo, como si dixessemos serpientes, viuoras, sapos, arañas y escorpiones: antes es cosa llana y manifiesta que, si algun animal ponçoñoso traen de otras partes a Inglaterra, en llegando a ella, muere; y si de la tierra desta isla lleuan a otra parte a alguna tierra, y cercan con ella a alguna viuora, no osa ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta94. Lo que se ha de entender desto de conuertirse en lobos, es que ay vna enfermedad, a quien llaman los medicos mania lupina95, que es de calidad que, al que la padece, le parece que se ha conuertido en lobo, y ahulla como lobo, y se juntan con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes, ladrando ya como perros, o ya ahullando como lobos; despedaçan los arboles, matan a quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos, y oy dia se yo que ay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar mediterraneo, gentes deste genero, a quien los sicilianos llaman lobos menar96, los quales, -117- antes que les de tan pestifera enfermedad, lo sienten, y dizen a los que estan -fol. 44v- junto a ellos que se aparten y huyan dellos, o que los aten o encierren, porque, si no se guardan, los hazen pedaços a bocados, y los desmenuzan, si pueden, con las vñas, dando terribles y espantosos ladridos. Y es esto tanta verdad, que, entre los que se han de casar, se haze informacion bastante de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad; y si despues, andando el tiempo, la esperiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escriue en el lib. 8, cap. 2297, que entre los arcades ay vn genero de gente, la qual, passando vn lago, cuelga los vestidos que lleua de vna encina, y se entra desnudo la tierra dentro, y se junta con la gente que alli halla de su linage en figura de lobos, y está con ellos nueue años, al cabo de los quales buelue a passar el lago, y cobra su perdida figura. Pero todo esto se ha de tener por mentira, y, si algo ay, passa en la imaginacion, y no realmente.
-No se -dixo Rutilio-; lo que se, es que maté la loba, y hallé muerta a mis pies la hechizera.
-Todo esso puede ser-replicò Mauricio-, porque la fuerça de los hechizos de los maleficos y encantadores, que los ay, nos haze ver vna cosa por otra; y quede desde aqui assentado que no ay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza.
-Gusto me ha dado grande -dixo Arnaldo- -118- el saber esta verdad, porque tambien yo era vno de los credulos deste error; y lo mismo deue de ser lo que las fabulas cuentan de la conuersion en cueruo del rey Artus, de Inglaterra, tan creyda de aquella discreta nacion, que se abstienen de matar cueruos en toda la isla98.
-No se -respondio Mauricio- de donde tomò principio essa fabula, tan creyda como mal imaginada.
En esto fueron razonando casi toda la noche, y, al despuntar del dia, dixo Clodio, que hasta alli auia estado oyendo y callando:
-Yo soy vn hombre a quien no se le da por aueriguar estas cosas vn dinero; -fol. 45r- ¿que se me da a mi que aya lobos hombres o no, o que los

reyes anden en figura de cueruos o de aguilas?; aunque, si se huuiessen de conuertir en aues, antes querria que fuessen en palomas, que en milanos.
-Passo, Clodio; no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algun filo a la lengua para cortarles el credito.
-No -respondio Clodio-; que el castigo me ha puesto vna mordaça en la boca, o, por mejor dezir, en la lengua, que no consiente que la mueua, y assi, antes pienso de aqui adelante rebentar callando, que alegrarme hablando. Los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si a vnos alegran, a otros entristezen. Contra el callar, no ay castigo ni respuesta. Viuir quiero en paz los dias que me quedan de la vida, a la sombra de tu generoso amparo, puesto que por -119- momentos me fatigan ciertos impetus maliciosos que me hazen baylar la lengua en la boca, y malograrseme entre los dientes mas de quatro verdades, que andan por salir a la plaça del mundo. ¡Siruase Dios con todo!
A lo que dixo Auristela:
-De estimar es, ¡o Clodio!, el sacrificio que hazes al cielo de tu silencio.
Rosamunda, que era vna de las llegadas a la conuersacion, voluiendose a Auristela, dixo:
-El dia que Clodio fuere callado, sere yo buena, porque en mi la torpeza y en el la murmuracion son naturales, puesto que mas esperança puedo yo tener de enmendarme, que no el, porque la hermosura se enuejeze con los años, y, faltando la belleza, menguan los torpes desseos; pero sobre la lengua del maldiziente no tiene jurisdicion el tiempo; y assi, los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos, los han cifrado y recogido a la lengua.
-Todo es malo -dixo Transila-. Cada qual por su camino va a parar a su perdicion.
-El que nosotros aora hazemos -dixo Ladislao- próspero y felice -fol. 45v- ha de ser, segun el viento se muestra fauorable, y el mar tranquilo.
-Assi se mostraua esta passada noche -dixo la barbara Constança-; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alboroto tanto, que ya yo pense que nos auia sorbido el mar a todos.
-120-
En verdad, señora -respondio Mauricio-, que, si yo no estuuiera enseñado en la verdad catolica, y me acordara de lo que dize Dios en el Leuitico: «No seais agoreros, ni deis credito a los sueños, porque no a todos es dado el entenderlos»99, que me atreuiera a juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el qual, segun a mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños, que, quando no son reuelaciones diuinas o ilusiones del demonio, proceden, o de los muchos manjares, que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, o ya de aquello que el hombre trata mas de dia100. Ni el sueño que a mi me turbò cae debaxo de la obseruacion de la astrologia, porque, sin guardar puntos ni obseruar astros, señalar rumbos ni mirar imagenes, me parecio ver visiblemente que, en vn gran palacio de madera, donde estauamos todos los que aqui vamos, llouian rayos del cielo que le abrian todo, y, por las bocas que hazian, descargauan las nubes, no sólo vn mar, sino mil mares de

agua; de tal manera, que, creyendo que me yua anegando, comence a dar vozes y a hazer los mismos ademanes que suele hazer el que se anega; y aun no estoy tan libre deste temor, que no me queden algunas reliquias en el alma. Y como se que no ay mas cierta astrologia que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que, yendo nauegando en vn nauio de madera, tema rayos del cielo, nubes del ayre y aguas de la mar? -121-
Pero lo que mas me confunde y suspende, es que, si algun daño nos -fol. 46r- amenaza, no ha de ser de ningun elemento que destinada y precisamente se disponga a ello, sino de vna traicion, forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lasciuos pechos.
-No me puedo persuadir -dixo a esta sazon Arnaldo- que, entre los que van por el mar nauegando, puedan entremeterse las blanduras de Venus ni los apetitos de su torpe hijo; al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardandose para mejor vida.
Esto dixo Arnaldo, por dar a entender a Auristela y a Periandro, y a todos aquellos que sus desseos conocian, quan ajustados yuan sus mouimientos con los de la razon; y prosiguio diziendo:
-El principe, justa razon es que viua seguro entre sus vassallos, que, el temor de las traiciones, nace de la injusta vida del principe.
-Assi es -respondio Mauricio-, y aun es bien que assi sea; pero dexemos passar este dia, que, si el da lugar a que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pedire y las dare albricias del buen sucesso.
Yua el sol a esta sazon a ponerse en los braços de Tetis, y el mar se estaua con el mismo sossiego que hasta alli auia tenido; soplaua fauorable el viento; por parte ninguna se descubrian zelajes que turbassen los marineros; el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada -122- vno de por si, prometian felicissimo viage, quando el prudente Mauricio dixo en voz turbada y alta:
-¡Sin duda nos anegamos! ¡Anegamonos, sin duda!

-123- -fol. 46v-

Capitvlo diez y nveue del primero libro
Donde se da cuenta de lo que dos soldados hizieron, y la diuision de Periandro y Auristela

A cuyas vozes respondio Arnaldo:
-¿Cómo es esto, ¡o gran Mauricio! ¿Que aguas nos sorben o que mares nos tragan? ¿Que olas nos embisten?
La respuesta que le dieron a Arnaldo, fue ver salir debaxo de la cubierta a vn marinero despauorido, echando agua por la boca y por los ojos, diziendo con palabras turbadas y mal compuestas:
-Todo este nauio se ha abierto por muchas partes; el mar se ha entrado en el tan a rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada vno atienda a su salud y a la conseruacion de la vida. Acogete, ¡o principe Arnaldo!, al esquife o a la varca, y lleua contigo las prendas que mas

estimas, antes que tomen entera possession dellas estas amargas aguas. Estancò en esto el nauio, sin poderse mouer, por el peso de las aguas, de quien ya estaua lleno; amaynò el piloto todas las velas de golpe, y todos, sobresaltados y temerosos, acudieron a buscar su remedio: el principe y Periandro -124- fueron al esquife, y, arrojandole al mar, pusieron en el a Auristela, Transila, Ricla y a la barbara Constança, entre las quales, viendo que no se acordauan della, se arrojò Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrasse Mauricio. En este tiempo andauan dos soldados descolgando la varca que al costado del nauio venia assída, y el vno dellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrasse dentro, sacando vn puñal de la cinta, se le enuaynò en el pecho, diziendo a vozes:
-Pues nuestra culpa ha sido -fol. 47r- fabricada tan sin prouecho, esta pena te sirua a ti de castigo, y a mi de escarmiento; a lo menos, el poco tiempo que me queda de vida.
Y diziendo esto, sin querer aprouecharse del acogimiento que la varca les ofrecia, desesperadamente se arrojò al mar, diziendo a vozes, y con mal articuladas palabras:
-Oye, ¡o Arnaldo!, la verdad que te dize este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel a quien me viste passar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este nauio, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiendolas en el esquife; pero, auiendo visto yo auer salido mi dissinio contrario de mi pensamiento, a mi compañero quité la vída, y a mi me doy la muerte.
Y, con esta vltima palabra, se dexò yr al fondo de las aguas, que le estoruaron la respiracion del ayre y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andauan confusos y ocupados, -125- buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexò de oyr las razones Arnaldo del desesperado, y el y Periandro acudieron a la varca, y auíendo, antes que entrassen en ella, ordenado que entrasse en el esquife Antonio el moço, sin acordarse de recoger algun bastimento, el, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio, se entraron en la varca, y fueron a abordar con el esquife, que algun tanto se auia apartado del nauio, sobre el qual ya passauan las aguas, y no se parecia del sino el arbol mayor, como en señal que alli estaua sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la varca pudiesse alcançar al esquife, desde el qual daua vozes Auristela llamando a su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas vezes su para el dulcissimo nombre. Transila y Ladislao hazian lo mismo, y encontrauanse en los ayres las vozes de «¡Dulcissimo esposo mio!» y «¡Amada esposa mia!», donde se rompían sus dissinios y se deshazian sus esperanças con la impossibilidad -fol. 47v- de no poder juntarse, a causa que la noche se cubria de escuridad, y los vientos començaron a soplar de partes diferentes.
En resolucion, la varca se apartò del esquife, y, como mas ligera y menos cargada, volo por donde el mar y el viento quisieron lleuarla; el esquife, mas con la pesadumbre que con la carga de los que en el yuan, se quedó como si a posta quisieran que no nauegara. Pero quando la noche cerro con mas escuridad que al principio, -126- començaron a sentir de nueuo la desgracia sucedida; vieronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra; el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre sólo detenida

de la pesadumbre que sintieron. Mauricio, que auia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con que, ni sabia cómo guialle: antes, segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en el yuan, podia temer que ellos mismos le anegarian; miraua las estrellas, y, aunque no parecian de todo en todo, algunas, que por entre la escuridad se mostrauan, le dauan indicio de venidera serenidad, pero no le mostrauan en que parte se hallaua. No consintio el sentimiento que el sueño aliuiasse su angustia, porque se les passò la noche velando, y se vino el dia, no a mas andar, como dizen, sino para mas penar, porque con el descubrieron por todas partes el mar cerca y lexos, por ver si topauan los ojos con la varca que les lleuaua(n) las almas, o alguno otro vaxel que les prometiesse ayuda y socorro en su necessidad; pero no descubrieron otra cosa que vna isla a su mano yzquierda, que juntamente los alegrò y los entristezio: nacio la alegria de ver cerca la tierra, y la tristeza, de la impossibilidad de poder llegar a ella, si ya el viento no los lleuasse. Mauricio era el que mas confiaua de la salud de todos, por auer hallado, -fol. 48r- como se ha dicho, en la figura que, como judiciario, auia leuantado, que aquel sucesso no -127- amenazaua muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el fauor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco a poco lleuaron el esquife a la isla, y les dio lugar de tomarle en la tierra en vna espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieue, que toda la cubria. Miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan. La nieue de la desierta playa les parecio blanda arena, y la soledad, compañia. Vnos en braços de otros desenuarcaron; el moço Antonio fue el Atlante de Auristela y de Transila, en cuyos ombros tambien desenuarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de vn peñon que no lexos de la playa se mostraua, auiendo antes, como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en el, despues de en Dios, su esperança. Antonio, considerando que la hambre auia de hazer su oficio, y que ella auia de ser bastante a quitarles las vidas, aprestò su arco, que siempre de las espaldas le colgaua, y dixo que el queria yr a descubrir la tierra, por ver si hallaua gente en ella, o alguna caça que socorriesse su necessidad. Vinieron todos con su parecer, y assi se entrò con ligero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieue, tan dura, por estar elada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguiole, sin que el lo echasse de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los -128- demas, que creyeron que alguna natural necessidad la forçaua a dexallos. Boluio la cabeça Antonio a tiempo, y en lugar donde nadie los podia ver, y viendo junto a si a Rosamunda, le dixo:
-La cosa de que menos necessidad tengo, en esta que agora padecemos, es la de tu compañia. ¿Que quieres, -fol. 48v- Rosamunda? Vueluete, que ni tu tienes armas con que matar genero de caça alguna, ni yo podre acomodar el paso a esperarte. ¿Que me sigues?
-¡O inesperto moço -respondio la muger torpe-, y quan lexos estàs de conocer la intencion con que te sigo y la deuda que me deues!
Y en esto se llegò junto a el, y prosiguio diziendo:
-Ves aqui, ¡o nueuo caçador, mas hermoso que Apolo!, otra nueua Dafne, que no te huye, sino que te sigue. No mires que ya a mi belleza la marchita el rigor de edad, ligera siempre, sino considera en mi a la que fue

Rosamunda, domadora de las ceruices de los reyes y de la libertad de los mas essentos hombres. Yo te adoro, generoso jouen, y aqui, entre estos yelos y nieues, el amoroso fuego me està haziendo ceniza el coraçon. Gozemonos, y tenme por tuya, que yo te lleuarè a parte donde llenes las manos de tesoros, para ti, sin duda alguna, de mi recogidos y guardados, si llegamos a Inglaterra, donde mil vandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te lleuaré adonde te -129- entregues en mas oro que tuuo Midas, y en mas riquezas que acumulò Crasso.
Aqui dio fin a su plática, pero no al mouimiento de sus manos, que arremetieron a detener las de Antonio, que de si las apartaua, y, entre esta tan honesta como torpe contienda, dezia Antonio:
-¡Detente, o harpia! ¡No turbes ni afees las limpias mesas de Fineo! ¡No fuerces, o barbara egipcia101, ni incites la castidad y limpieça deste que no es tu esclauo! ¡Taraçate la lengua, sierpe maldita; no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos desseos! ¡Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte, que nos està amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que, puesto que fuera cierta, con otra102 intencion la acompañara que con la que me has descubierto! ¡Desuiate de mi y no me sigas, que castigaré -fol. 49r- tu atreuimiento y publicaré tu locura! Si te vuelues, mudaré proposito y pondre en silencio tu desuerguença; si no me dexas, te quitaré la vida.
Oyendo lo qual la lasciua Rosamunda, se le cubrio el coraçon, de manera que no dio lugar a suspiros, a ruegos ni a lagrimas. Dexóla Antonio, sagaz y aduertido; voluiose Rosamunda, y el siguio su camino; pero no hallò en el cosa que le assegurasse, porque las nieues eran muchas, y los caminos asperos, y la gente ninguna; y aduirtiendo que, si adelante passaua, podia perder el camino de buelta, se boluio a juntar -130- con la compañia. Alçaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desuentura. A Mauricio dixeron que boluieran al mar el esquile, pues no era possible remediarse en la impossibilidad y soledad de la isla.

-131-

Capitvlo veynte
De vn notable caso que sucedio en la isla neuada

A poco tiempo que passò el dia, desde lexos vieron venir vna naue gruessa, que les leuantò las esperanças de tener remedio. Amaynò las velas, y parecio que se dexaua detener las ancoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife a la mar, y se vinieron a la playa, donde ya los tristes se arrojauan al esquife. Auristela dixo que sería bien que aguardassen los que venian, por saber quien eran. Llegò el esquife de la naue y encallò en la fria nieue, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos y fuertes mancebos, de estremada disposicion y brio, los quales

sacaron encima de sus ombros a vna hermosissima donzella, tan sin fuerças y tan desmayada, -fol. 49v- que parecia que no le daua lugar para llegar a tocar la tierra. Llamaron a vozes los que estauan ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcassen, a ser testigos de vn sucesso que era menester que los tuuiesse. Respondio Mauricio que no auia remos para encaminar el esquife, si no les prestauan los del suyo.
Los marineros, con los suyos, guiaron los del otro esquife y voluieron a pisar la nieue; luego los valientes jouenes assieron -132- de dos tablachinas, con que cubrieron los pechos, y, con dos cortadoras espadas en los braços, saltaron de nueuo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nueuo mal, acudio a ver la desmayada y hermosa donzella, y lo mismo hizieron todos los demas. Los caualleros dixeron:
-Esperad, señores, y estad atentos a lo que queremos deziros.
-Este cauallero y yo -dixo el vno- tenemos concertado de pelear por la possession de essa enferma donzella que ai veys; la muerte ha de dar la sentencia en fauor del otro, sin que aya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella, de su voluntad, ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hara enuaynar nuestras espadas y sossegar nuestros espiritus. Lo que pedimos es que no estorueis en manera alguna nuestra porfia, la qual lleuaramos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estoruara, si no os huuieramos menester para que mírarades. Si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de essa donzella, que es tan poderosa para acabar las nuestras, la priessa que nos obliga a dar conclusion a nuestro negocio, no nos da lugar para preguntaros por agora quien soys, ni cómo estais en este lugar tan solo, y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, -fol. 50r- para desuiaros desta isla tan sola, que aun de animales no es habitada.
-133-
Mauricio les respondio que no saldrian vn punto de lo que querian; y luego echaron los dos mano a las espadas, sin querer que la enferma donzella declarasse primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia a las armas que a los desseos de la dama. Arremetieron el vno contra el otro, y, sin mirar reglas, mouimientos, entradas, salidas y compasses, a los primeros golpes el vno quedò passado el coraçon de parte a parte, y el otro abierta la cabeça por medio; este, le concedio el cielo tanto espacio de vida, que le tuuo de llegar a la donzella y juntar su rostro con el suyo, diziendole:
-¡Venci, señora! ¡Mia eres! Y, aunque ha de durar poco el bien de posseerte, el pensar que vn solo instante te podre tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo. Recibe, señora, esta alma, que embuelta en estos vltimos alientos te embio; dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia a tu honestidad, pues el nombre de esposo a todo esto da licencia.
La sangre de la herida bañò el rostro de la dama, la qual estaua tan sin sentido, que no respondio palabra. Los dos marineros que auian guiado el esquife de la naue, saltaron en tierra y fueron con presteza a requerir assi al muerto de la estocada como al herido en la cabeça, el qual, puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, embiò su alma a los

ayres, y dexò caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones auia estado mirando, antes -134- de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegò de proposito a mirarla, y, limpiandole la sangre que auia llouido del muerto enamorado, conocio ser su donzella Taurisa, la que lo auia sido al tiempo que ella estuuo en poder del principe Arnaldo, -fol. 50v- que le auia dicho la dexaua en poder de dos caualleros que la lleuassen a Irlanda, como queda dicho. Auristela quedò suspensa, quedò atonita, quedò mas triste que la tristeza misma, y mas quando vino a conocer que la hermosa Taurisa estaua sin vída. -¡Ay -dixo a esta sazon-, con que prodigiosas señales me va mostrando el cielo mí desuentura, que, si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa, que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hazen dichosa la vida! ¿Que red varredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Que impossibles son estos que descubro a cada paso de mí remedio? Mas, pues aqui son escusados los llantos y son de ningun prouecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por aora a la piedad, y enterremos los muertos, y no congoxe yo por mi parte los viuos.
Y luego pidio a Mauricio pidiesse a los marineros del esquife voluiessen al nauio por instrumentos para hazer las sepulturas. Hizolo assi Mauricio, y fue a la naue con intencion de concertarse con el piloto o capitan que huuiesse para que los sacasse de aquella isla y los lleuasse -135- adondequiera que fuessen. En este entretanto tuuieron lugar Auristela y Transila de acomodar a Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad christiana no consintio que la desnudassen. Voluio Mauricio con los instrumentos, auiendo negociado todo aquello que quiso. Hizose la sepultura de Taurisa; pero los marineros no quisieron, como catolicos, que se hiziesse ninguna a los muertos en el desafío. Rosamunda, que, despues que voluio de auer declarado su mal pensamiento al barbaro Antonio, nunca auia alçado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que yuan a sepultar a Taurisa, leuantando el rostro, dixo:
-Si os preciays, señores, de caritatiuos, y si anda en -fol. 51r- vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, vsad destas dos virtudes conmigo. Yo, desde el punto que tuue vso de razon, no la tuue, porque siempre fuy mala. Con los años verdes, y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante, se fueron apoderando de mi los vicios de tal manera, que han sido y son en mi como acidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las ceruices de los reyes, y he traido a la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de la humana belleza de las mugeres, se entrò por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada. Mas como los vicios tienen assiento en el alma, que no enuejeze, no quieren dexarme; -136- y, como yo no les hago resistencia, sino que me dexo yr con la corriente de mis gustos, heme ydo aora con el que me da el ver siquiera a este barbaro muchacho, el qual, aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde a la mia, que es de fuego, con la suya, que es de elada nieue; veome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho desseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y estiende la mano para

alcançarme de la vida; por lo que veis que deue la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con yelo, y me enterreys en essa sepultura; que, puesto que mezcleys mis lasciuos huessos con los de essa casta donzella, no los contaminaràn: que las reliquias buenas siempre lo son dondequiera que esten.
Y, voluiendose al moço Antonio, prosiguio:
-Y tu, arrogante moço, que agora tocas o estás para tocar los margenes y rayas del deleyte, pide al cielo que te encamine de modo que, ni te solicite edad larga, ni marchita -fol. 51v- belleza; y si yo he ofendido tus rezientes oydos, que assi los puedo llamar, con mis inaduertidas y no castas palabras, perdoname, que, los que piden perdon en este trance, por cortesia siquiera, merecen ser, si no perdonados, a lo menos escuchados.
Esto diziendo, dio vn suspiro, embuelto en vn mortal desmayo.

-137-

Capitvlo veynte y vno del primer libro de los trabajos de Persiles y Sigismunda
-Yo no se -dixo Mauricio a esta sazon- que quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieues y yelos, dexandose alla los Pafos, Gnydos103, las Cipres, los Eliseos Campos, de quien huye la hambre y no llega incomodidad alguna. En el coraçon sossegado, en el ánimo quieto, tiene el amor deleytable su morada, que no en las lagrimas ni en los sobresaltos.
Auristela, Transila, Constança y Ricla quedaron atonitas del sucesso, y con callar le admiraron, y, finalmente, con no pocas lagrimas enterraron a Taurisa; y despues de auer vuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron y enuarcaron en el esquife de la naue, donde fueron bien recebidos y regalados de los que en ella estauan, satisfaziendo luego todos la hambre que les aquexaua; sólo Rosamunda, que estaua tal, que por momentos llamaua a las puertas de la muerte. Alçaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos, y instituyeron luego vno que lo fuesse de todos, y siguieron -fol. 52r- su viage, sin lleuar parte conocida donde le encaminassen, -138- porque era de cossarios, y no irlandesses, como a Arnaldo le auia[n] dicho, sino de vna isla rebelada contra Inglaterra. Mauricio, mal contento de aquella compañia, siempre yua temiendo algun reues de su acelerada costumbre y mal modo de viuir; y, como viejo y esperimentado en las cosas del mundo, no le cabia el coraçon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardia y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nueuo trage de Constança, no despertassen en aquellos cossarios algun mal pensamiento. Seruiales de Argos el moço Antonio, de lo que siruio el pastor de Anfriso; eran los ojos de los dos centinelas no dormidos, pues por sus quartos la hazian a las mansas y hermosas ouejuelas que debaxo de su solicitud y vigilancia se amparauan. Rosamunda, con los continuos desdenes, vino a enflaquezer, de manera que vna noche la hallaron en vna camara del nauio sepultada en perpetuo silencio. Harto auian llorado; mas no dexaron de sentir su muerte compasiua y christianamente. Siruiola el ancho mar de

sepultura, donde no tuuo harta agua para apagar el fuego que causò en su pecho el gallardo Antonio, el qual y todos rogaron muchas vezes a los cossarios que los lleuassen de vna vez a Irlanda o a Ybernia, si ya no quisiessen a Inglaterra o Escocia; pero ellos respondian que, hasta auer hecho vna buena y rica pressa, no auian de tocar en tierra alguna, si ya no fuesse a hazer agua o a tomar bastimentos necessarios. La -139- barbara Ricla bien comprara a pedaços de oro que los lleuaran a Inglaterra; pero no osaua descubrirlos, porque no se los robassen antes que se los pidiessen. Dioles el capitan estancia aparte, y acomodóles de manera que les -fol. 52v- assegurò de la insolencia que podian temer de los soldados.
Desta manera anduuieron casi tres meses por el mar de vnas partes a otras: ya tocauan en vna isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierto, propia costumbre de cossarios que buscan su ganancia, las vezes que auia calma y el mar sossegado no les dexaua nauegar. El nueuo capitan del nauio se yua a entretener a la estancia de sus passageros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hazía lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constança, mas se ocupauan en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al capitan ni a Mauricio; con todo esto, estuuieron vn dia atentas a la historia que en este siguiente capitulo se cuenta, que el capitan les dixo.

-140-

Capitvlo veynte y dos

Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraua a hazer en su reyno el rey Policarpo

-Vna de las islas que estan junto a la de Ybernia me dio el cielo por patria: es tan grande, que toma nombre de reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucession de padre a hijo; sus moradores le eligen a su beneplacito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en el se hallara; y, sin interuenir de por medio ruegos o negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dadiuas, de comun consentimiento de todos sale el rey, y toma el cetro absoluto del mando, el qual le dura mientras le dura la vida o mientras -fol. 53r- no se empeora en ella.
Y con esto, los que no son reyes, procuran ser virtuosos para serlo; y los que lo son, pugnan serlo mas, para no dexar de ser reyes; con esto se cortan las alas a la ambicion, se atierra la codicia, y, aunque la hipocresia suele andar lista, a largo andar se le cae la mascara, y queda sin el alcançado premio; con esto los pueblos viuen quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia, despachanse con breuedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo son mejor despachados; -141- no agobian la vara de la justicia las dadiuas ni la carne y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus

puntos y andan en sus quicios; finalmente, reyno es donde se viue sin temor de los insolentes, y donde cada vno goza lo que es suyo.
»Esta costumbre, a mi parecer justa y santa, puso el cetro del reyno en las manos de Policarpo, varon insigne y famoso assi en las armas como en las letras, el qual tenia, quando vino a ser rey, dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor, Simforosa; no tenian madre, que no les hizo falta, quando murio, sino en la compañia: que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de si mismas, dando marauilloso exemplo a todo el reyno. Con estas buenas partes, assi ellas como el padre se hazian amables, se estimauan de todos. Los reyes, por parecerles que la malencolia en los vassallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas publicas, y a vezes con ordinarias comedias; principalmente, solenizauan el dia que fueron assumptos al reyno, con hazer que se renouassen los juegos que los gentiles llamauan Olimpicos, en el mejor modo que podian. Señalauan premio a los corredores, honrauan a los diestros, coronauan a los tiradores, y subian al cielo de la alabança a los que derribauan a otros -fol. 53v- en la tierra. Haziase este espetaculo junto a la marina, en vna espaciosa playa, a quien quitauan el sol infinita cantidad -142- de ramos entretexidos, que la dexauan a la sombra; ponian en la mitad vn suntuoso teatro, en el qual sentado el rey y la real familia mirauan los apazibles juegos. Llegóse vn dia destos, y Policarpo procurò auentajarse en magnificencia y grandeza en solenizarle sobre todos quantos hasta alli se auian hecho; y quando ya el teatro estaua ocupado con su persona y con los mejores del reyno, y quando ya los instrumentos belicos y los apazibles querian dar señal que las fiestas se començassen, y quando ya quatro corredores, mancebos agiles y sueltos, tenian los pies yzquierdos delante, y los derechos alçados, que no les impedia otra cosa el soltarse a la carrera sino soltar vna cuerda que les seruia de raya y de señal, que, en soltandola, auian de volar a vn término señalado, donde auian de dar fin a su carrera, digo que, en este tiempo, vieron venir por la mar vn barco que le blanqueauan los costados el ser rezien despalmado, y le facilitauan el romper del agua seys remos que de cada vanda traia, impelidos de doze, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos y de neruudos braços; venian vestidos de blanco todos, si no el que guiaua el timon, que venia de encarnado, como marinero. Llegò con furia el barco a la orilla, y el encallar en ella y el saltar todos los que en el venian en tierra, fue vna misma cosa. Mandò Policarpo que no saliessen a la carrera hasta saber que gente era aquella, y a lo que venia, puesto que imaginò que deuian de venir a hallarse -143- en las fiestas y a prouar su gallardia en los juegos. El primero que se adelantò a hablar al rey fue el que seruia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas, desembaraçadas y limpias, mostrauan ser de nieue y de grana; los cabellos, anillos de oro; y cada -fol. 54r- vna parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formauan vn compuesto admirable. Luego la hermosa presencia del moço arrebatò la vista y aun los coraçones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadissimo. Lo que dixo al rey:
»-Señor, estos mis compañeros y yo, auiendo tenido noticia destos juegos, venimos a seruirte y hallarnos en ellos, y no de lexas tierras, sino desde vna naue que dexamos en la isla Scinta, que no està lexos de aqui; y como

el viento no hizo a nuestro proposito para encaminar aqui la naue, nos aprouechamos de esta varca, y de los remos, y de la fuerça de nuestros braços. Todos somos nobles y desseosos de ganar honra, y, por la que deues hazer, como rey que eres, a los estrangeros que a tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar o nuestras fuerças o nuestros ingenios, en honra y prouecho nuestro, y gusto tuyo.
»-Por cierto -respondio Policarpo-, agraciado jouen, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia y cortesia, que sería cosa injusta el negaroslo. Honrad mis fiestas en lo que quisieredes; dexadme a mi el cargo de premiaroslo: -144- que, segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperança dexais a ninguno de alcançar los primeros premios.
»Doblò la rodilla el hermoso mancebo y inclinò la cabeça, en señal de criança y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenia a los quatro ligeros corredores; sus doze compañeros se pusieron a vn lado, a ser espectatores de la carrera. Sono vna trompeta, soltaron la cuerda, y arrojaronse al buelo los cinco; pero aun no aurian dado veinte pasos, quando con mas de seys se les auentajò el rezien venido, y, a los treynta, ya los lleuaua de ventaja mas de quinze; finalmente, se los dexò a poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmouibles, -fol. 54v- con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguia con la vista, assi corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del moço era bastante para lleuar tras si las voluntades, no sólo (de) los ojos de quantos le mirauan. Noté yo esto, porque tenia los mios atentos a mirar a Policarpa, objeto dulce de mis desseos, y, de camino, miraua los mouimientos de Sinforosa. Començo luego la inuidia a apoderarse de los pechos de los que se auian de prouar en los juegos, viendo con quanta facilidad se auia lleuado el estrangero el precio de la carrera. Fue el segundo certamen el de la esgrima: tomò el ganancioso la espada negra, con la qual, a seys que le salieron, cada vno de por si, les cerrò las bocas, mosqueò las narizes, les sellò los ojos y -145- les santiguò las cabeças, sin que a el le tocassen, como dezirse suele, vn pelo de la ropa. Alçó la voz el pueblo, y, de comun consentimiento, le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seys a la lucha, donde con mayor gallardia dio de si muestra el moço: descubrio sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortissimos pechos, y los neruios y musculos de sus fuertes braços, con los quales, y con destreza y maña increyble, hizo que las espaldas de los seys luchadores, a despecho y pesar suyo, quedassen impressas en la tierra. Assio luego de vna pesada varra que estaua hincada en el suelo, porque le dixeron que era el tirarla el quarto certamen: sompesóla, y haziendo de señas a la gente que estaua delante para que le diessen lugar donde el tiro cupiesse, tomando la varra por la vna punta, sin voluer el braço atras, la impelio con tanta fuerça, que, passando los límites de la marina, fue menester que el mar se los diesse, en el qual bien adentro quedò sepultada la varra. Esta mostruosidad, notada de sus contrarios, les desmayò los brios, y no osaron prouarse en -fol. 55r- la contienda. Pusieronle luego la ballesta en las manos, y algunas flechas, y mostraronle vn arbol muy alto y muy lisso, al cabo del qual estaua hincada vna media lança, y en ella, de vn hilo, estaua assida vna paloma, a la qual auian de tirar no mas de vn tiro los que en aquel certamen quisiessen prouarse. Vno, que presumia de certero,

se adelantò y tomò la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes que
-146- otro; tirò, y clauó su flecha casi en el fin de la lança, del
qual golpe açorada la paloma, se leuantó en el ayre; y luego, otro no
menos presumido que el primero, tirò con tan gentil certeria, que rompio
el hilo donde estaua assida la paloma, que, suelta y libre del laço que la
detenia, entregò su libertad al viento y batiò las alas con priessa. Pero
el ya acostumbrado a ganar los primeros premios, disparò su flecha; y,
como si mandara lo que auia de hazer, y ella tuuiera entendimiento para
obedecerle, assi lo hizo, pues, diuidiendo el ayre con vn rasgado y
tendido siluo, llegò a la paloma y le passò el coraçon de parte a parte,
quitandole a vn mismo punto el buelo y la vida. Renouaronse con esto las
vozes de los presentes y las alabanças del estrangero, el qual en la
carrera, en la esgrima, en la lucha, en la varra, y en el tirar de la
ballesta, y entre otras muchas prueuas que no cuento, con grandissimas
ventajas se lleuò los primeros premios, quitando el trabajo a sus
compañeros de prouarse en ellas. Quando se acabaron los juegos, sería el
crepusculo de la noche; y quando el rey Policarpo queria leuantarse de su
assiento, con los juezes que con el estauan, para premiar al vencedor
mancebo, vio que, puesto de rodillas ante el, le dixo:
»-Nuestra naue quedò sola y desamparada; la noche cierra algo escura; los
premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deuen estimar en lo
possible, quiero, ¡o gran señor!, que los dilates hasta otro tiempo,
-fol. 55v- que con -147- mas espacio y comodidad pienso voluer a
seruirte.
»Abraçòle el rey, preguntóle su nombre, y dixo que se llamaua Periandro.
Quitóse en esto la bella Sinforosa vna guirnalda de flores con que
adornaua su hermosissima cabeça, y la puso sobre la del gallardo mancebo;
y, con honesta gracia, le dixo al ponersela:
»-Quando mi padre sea tan venturoso de que voluais a verle, vereis cómo no
vendreis a seruirle, sino a ser seruido.

-148-

Capitvlo veynte y tres
De lo que sucedio a la zelosa Auristela quando supo que su hermano
Periandro era el que auia ganado los premios del certamen

¡O poderosa fuerça de los zelos! ¡O enfermedad, que te pegas al alma de
tal manera, que sólo te despegas con la vida! ¡O hermosissima Auristela!
¡Detente, no te precipites a dar lugar en tu imaginacion a esta rabiosa
dolencia! Pero ¿quien podra tener a raya los pensamientos, que suelen ser
tan ligeros y sutiles, que, como no tienen cuerpo, passan las murallas,
traspassan los pechos, y veen lo mas escondido de las almas? Esto se ha
dicho, porque, en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro, su
hermano, y auiendo oydo antes las alabanças de Sinforosa, y el fauor que
en ponerle la guirnalda le auia hecho, rindio el sufrimiento a las

sospechas y entregò la paciencia a los gemidos, y, dando vn gran suspiro, y abraçandose con Transila, dixo:
-Querida amiga mia, ruega al cielo que, sin auerse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro. ¿No le ves en la boca deste valeroso -fol. 56r- capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas a los fauores de vna donzella que a los cuydados que le deuian -149- dar los destierros y pasos desta su hermana? Andase buscando palmas y trofeos por las tierras agenas, y dexase entre los riscos, y entre las peñas, y entre las montañas que suele leuantar la mar alterada, a esta su hermana, que, por su consejo y por su gusto, no ay peligro de muerte donde no se halle.
Estas razones escuchaua atentissimamente el capitan del nauio, y no sabía que conclusion sacar de ellas; sólo parò en dezir, pero no dixo nada, porque en vn instante y en vn momentaneo punto le arrebatò la palabra de la boca vn viento que se leuantò tan subito y tan rezio, que le hizo poner en pie, sin responder a Auristela, y dando vozes a los marineros que amaynassen las velas y las templassen y assegurassen. Acudio toda la gente a la faena; començo la naue a bolar en popa, con mar tendido y largo, por donde el viento quiso lleuarla. Recogiose Mauricio, con los de su compañia, a su estancia, por dexar hazer libremente su oficio a los marineros. Alli preguntò Transila a Auristela que sobresalto era aquel que tal la auia puesto, que a ella le auia parecido auerle causado el auer oydo nombrar el nombre de Periandro, y no sabía por que las alabanças y buenos sucessos de vn hermano pudiessen dar pesadumbre.
-¡Ay, amiga! -respondio Auristela-. De tal manera estoy obligada a tener en perpetuo silencio vna peregrinacion que hago, que, hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forçada a guardarle. En sabiendo quien soy, -150- que si sabras, si el cielo quiere, veràs las disculpas de mis sobresaltos; sabiendo la causa de do nacen, veràs castos pensamientos acometidos, pero no turbados; veràs desdichas sin ser buscadas, y laberintos que, por venturas no imaginadas, -fol. 56v- han tenido salida de sus enredos. ¿Ves quan grande es el nudo del parentesco de vn hermano? Pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves ansimismo quan propio es de los enamorados ser zelosos? Pues con mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. Este capitan, amiga, ¿no exagerò la hermosura de Sinforosa, y ella, al coronar las sienes de Periandro, no le104 mirò? Si, sin duda. Y mi hermano, ¿no es del valor y de la belleza que tu has visto? ¿Pues que mucho que aya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga oluidar de su hermana?
-Aduierte, señora - respondio Transila-, que, todo quanto el capitan ha contado, sucedio antes de la prision de la insula barbara, y que despues aca os aueis visto y comunicado, donde aura hallado que, ni el tiene amor a nadie, ni cuyda de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerças de los zelos lleguen a tanto, que alcancen a tenerlos vna hermana de vn su hermano.
-Mira, hija Transila -dixo Mauricio-, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables; procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie -151- de aquello que quisiere dezirte: la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar; pero en los agenos, que

no nos importa, ni por pensamiento.
Esto que oyo Auristela a Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, lleuaua camino de hazerle sacar a plaça toda su historia. Amansò en tanto el viento, sin auer dado lugar a que los marineros temiessen ni los passageros se alborotassen. Voluio el capitan a verlos y a proseguir su historia, por auer quedado cuydadoso del sobresalto que Auristela tomò oyendo el nombre de Periandro. Desseaua Auristela boluer a la plática passada, -fol. 57r-
y saber del capitan si los fauores que Sinforosa auia hecho a Periandro, se estendieron a mas que coronarle, y assi, se lo preguntò modestamente y con recato de no dar a entender su pensamiento. Respondio el capitan que Sinforosa no tuuo lugar de hazer mas merced, que assi se han de llamar los fauores de las damas, a Periandro, aunque, a pesar de la bondad de Sinforosa, a el le fatigauan ciertas imaginaciones que tenía de que no estaua muy libre de tener en la suya a Periandro, porque siempre que, despues de partido, se hablaua de las gracias de Periandro, ella las subía y las leuantaua sobre los cielos, y, por auerle ella mandado que saliesse en vn nauio a buscar a Periandro, y le hiziesse voluer a ver a su padre, confirmaua mas sus sospechas.
-¿Cómo? ¿Y es possible -dixo Auristela- -152- que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las leuantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar a dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y magestad no se auiene bien con el amor, antes son repugnantes entre si el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reyna hermosa y libre, no se auia de cautiuar de la primera vista de vn no conocido moço, cuyo estado no prometia ser grande el venir guiando vn timon de vna varca, con doze compañeros desnudos, como lo son todos los que gouiernan los remos.
-Calla, hija Auristela -dixo Mauricio-, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se veen mayores milagros ni mas continuos que en las del amor, que, por ser tantos y tales los milagros, se passan en silencio y no se echa de ver en ellos, por extraordinarios que sean. El amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la baxeza, haze possible lo impossible, yguala diferentes estados, y viene a ser poderoso como la muerte. Ya sabes tu, señora, y se yo muy bien, la -fol. 57v-
gentileza, la gallardia y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman vn compuesto de singular hermosura; y es priuilegio de la hermosura rendir las voluntades y atraer los coraçones de quantos la conocen, y quanto la hermosura es mayor y mas conocida, es mas amada y estimada; assi que no sería milagro que Sinforosa, por principal que sea, -153- ame a tu hermano, porque no le amaria como a Periandro a secas, sino como a hermoso, como a valiente, como a diestro, como a ligero, como a sugeto donde todas las virtudes estan recogidas y cifradas.
-¿Que Periandro es hermano desta señora? -dixo el capitan.
-Si -respondio Transila-; por cuya ausencia ella viue en perpetua tristeza, y todos nosotros, que la queremos bien, y a el le conocimos, en llanto y amargura.
Luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la naue de Arnaldo, la diuision del esquife y de la varca, con todo aquello que fue bastante para darle a entender lo sucedido hasta el punto en que estauan; en el qual

punto dexa el autor el primer libro desta grande historia, y passa al segundo, donde se contaràn cosas que, aunque no passan de la verdad, sobrepujan a la imaginacion, pues a penas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

FIN DEL PRIMER LIBRO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

Libro segvndo de los trabajos de Persiles y Sigismunda

Capitvlo primero
Donde se cuenta cómo el nauio se volco, con todos los que dentro del yuan

Parece que el autor desta historia sabía mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capitulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en vna difinicion de zelos, ocasionados de los que mostro tener Auristela por lo que le conto el capitan del nauio; pero en esta traducion, que lo es, se quita por prolixa, y por cosa en muchas partes referida y ventilada, y se viene a la verdad -fol. 58v- del caso, que fue que, cambiandose el viento y enmarañandose las nubes, cerrò la noche escura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensageros a los relampagos, tras quien se siguen, començaron a turbar los marineros y a deslumbrar la vista de todos -156- los de la naue, y començo la borrasca con tanta furia, que no pudo ser preuenida de la diligencia y arte de los marineros, y assi, a vn mismo tiempo les cogio la turbacion y la tormenta; pero no por esto dexò cada vno de acudir a su oficio y a hazer la faena que vieron ser necessaria, si no para escusar la muerte, para dilatar la vída: que los atreuidos que de vnas tablas la fian, la sustentan quanto pueden, hasta poner su esperança en vn madero que a caso la tormenta desclauò de la naue, con el qual se abraçan, y tienen a gran ventura tan duros abraços. Mauricio se abraçò con Transila, su hija; Antonio, con Ricla y con Constança, su madre y hermana; sola la desgraciada Auristela quedò sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoxa, que era el de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la christiana y catolica religion, que con muchas veras procuraua guardar; y assi, se recogio entre ellos, y hechos vn ñudo, o, por mejor dezir, vn ouillo, se dexaron calar casi hasta la postrera parte del nauio, por escusar el ruydo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relampagos, y el confuso estruendo de los marineros. Y en aquella semejança del limbo se escusaron de no verse vnas vezes tocar el

cielo con las manos, leuantandose el nauio sobre las mismas nubes, y otras vezes barrer la gabia las arenas del mar profundo. Esperauan la muerte cerrados los ojos, o, por mejor dezir, la temian sin verla: que la figura de la muerte, en qualquier trage -157- que venga, es espantosa, y la que coge a vn desapercebido en todas sus fuerças y salud, es formidable. La tormenta crecio de manera, que agotò la ciencia de los marineros, la solicitud -fol. 59r- del capitan, y, finalmente, la esperança de remedio en todos. Ya no se oian vozes que mandauan hagase esto o aquello, sino gritos de plegarias y votos que se hazian, y a los cielos se embiauan; y llegò a tanto esta miseria y estrecheza, que Transila no se acordaua de Ladislao, Auristela de Periandro: que vno de los efetos poderosos de la muerte, es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega a hazer que no se sienta la passion zelosa, tengase por dicho que puede lo impossible. No auia alli relox de arena que distinguiesse las horas, ni aguja que señalasse el viento, ni buen tino que atinasse el lugar donde estauan: todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayò el capitan, abandonaronse los marineros, rindieronse las humanas fuerças, y poco a poco el desmayo llamò al silencio, que ocupò las vozes de los mas de los miseros que se quexauan. Atreuiose el mar insolente a passearse por cima de la cubierta del nauio, y aun a visitar las mas altas gabias, las quales tambien ellas, casi como en vengança de su agrauio, besaron las arenas de su profundidad. Finalmente, al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la naue se estuuo queda y estancò, sin mouerse a parte alguna, que es vno de los peligros, fuera -158- del de anegarse, que le puede suceder a vn vaxel; finalmente, combatida de vn vracan furioso, como si la voluieran con algun artificio, puso la gabia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubrio a los cielos, quedando hecha sepultura de quantos en ella estauan.

¡A Dios, castos pensamientos de Auristela; a Dios, bien fundados dissinios; sossegaos, pasos, tan honrados como santos; no espereis otros mauseolos ni otras pyramides ni agujas que las que os ofrecen essas mal breadas tablas! Y vos, ¡o Transila!, exemplo claro de honestidad, en los braços de vuestro -fol. 59v- discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, a lo menos con la esperança, que ya os aura conduzido a mejor talamo. Y tu, ¡o Ricla!, cuyos desseos te lleuauan a tu descanso, recoge en tus braços a Antonio y a Constança, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida para mejorartela en el cielo.

En resolucion, el bolcar de la naue, y la certeza de la muerte de los que en ella yuan, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oiran en el siguiente capitulo.

-159-

Capitvlo segvndo del segundo libro
Donde se cuenta vn estraño sucesso

Parece que el bolcar de la naue bolco o, por mejor dezir, turbò el juyzio del autor de esta historia, porque a este segundo capitulo le dio quatro o cinco principios, casi como dudando que fin en el tomaria. En fin, se resoluio diziendo que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no ay medio que las diuida; andan el pesar y el plazer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confia, como lo da facilmente a entender este estraño sucesso. Sepultóse la naue, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra; deshizieronse sus esperanças, quedando impossib(i)l[e] a todo su remedio; pero los piadosos cielos, que de muy atras toman la corriente de remediar nuestras desuenturas, ordenaron que la naue, lleuada poco a poco de las olas, ya mansas y recogidas, a la orilla del mar, [diesse] en vna playa que por entonces su apazibilidad y mansedumbre podia -fol. 60r- seruir de seguro puerto; y no lexos estaua vn puerto capacissimo de muchos vaxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se -160- estaua mirando vna ciudad populosa, que, por vna alta loma, sus vistosos edificios leuantaua. Vieron los de la ciudad el vulto de la naue, y creyeron ser el de alguna vallena o de otro gran pescado que, con la borrasca passada, auia dado al traues. Salio infinita gente a verlo, y, certificandose ser nauio, lo dixeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el qual, acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salio tambien, y ordenò que, con cabestrantes, con tornos y con varcas, con que hizo rodear toda la naue, la tirassen y encaminassen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dixeron al rey que dentro del sonauan golpes, y aun casi se oian vozes de viuos. Vn anciano cauallero que se hallò junto al rey, le dixo:

-Yo me acuerdo, señor, auer visto en el mar Mediterraneo, en la ribera de Genoua, vna galera de España que, por hazer el cur con la vela, se bolco como està agora este vaxel, quedando la gabia en la arena y la quilla al cielo; y, antes que la voluiessen o endereçassen, auiendo primero oydo rumor, como en este se oye, asserraron el vaxel por la quilla, haziendo vn buco capaz de ver lo que dentro estaua; y el entrar la luz dentro, y el salir por el el capitan de la misma galera y otros quatro compañeros suyos, fue todo vno. Yo vi esto, y està escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podria ser viniessen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre desta galera; y si -161- aqui sucediesse lo mismo, no se ha de tener a milagro, sino a misterio: que los milagros suceden fuera del orden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras -fol. 60v- vezes.

-¿Pues a que aguardamos? -dixo el rey-. Sierrese luego el buco, y veamos este misterio: que si este vientre vomita viuos, yo lo tendre por milagro. Grande fue la priessa que se dieron a serrar el vaxel, y grande el desseo que todos tenian de ver el parto. Abriose, en fin, vna gran concauidad, que descubrio muertos muertos y viuos que lo parecian; metio vno el braço, y assio de vna donzella, que el palpitarle el coraçon daua señales de tener vida; otros hizieron lo mismo, y cada vno sacò su pressa, y algunos,

pensando sacar viuos, sacauan muertos: que no todas vezes los pescadores son dichosos. Finalmente, dandoles el ayre y la luz a los medio viuos, respiraron y cobraron aliento; limpiaronse los rostros, fregaronse los ojos, estiraron los braços, y, como quien despierta de vn pesado sueño, miraron a todas partes, y hallóse Auristela en los braços de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constança en los de Rutilio, Antonio el padre y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salio por si mismo, y lo mismo hizo Mauricio. Arnaldo quedò mas atonito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miròle Auristela, y, no conociendole, la primera palabra que le dixo -162- fue -que ella fue la primera que rompio el silencio de todos-:

-¿Por ventura, hermano, està entre esta gente la bellissima Sinforosa?

-¡Santos cielos, que es esto! -dixo entre si Arnaldo-. ¿Que memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa que de dar gracias al cielo por las recebidas mercedes?

Pero, con todo esto, la respondio, y dixo que si estaua, y le preguntò que cómo la conocia; porque Arnaldo ignoraua lo que Auristela con el capitan del nauio, que le conto los triunfos de Periandro, auia passado, y no pudo alcançar la causa por la qual Auristela preguntaua por Sinforosa: que, si la alcançara, quiça dixera que -fol. 61r- la fuerça de los zelos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va a buscar al alma enamorada en los vltimos trances de la vida.

Ya despues que passò algun tanto el pauor en los resucitados, que assi pueden llamarse, y la admiracion en los viuos que los sacaron, y el discurso en todos dio lugar a la razon, confusamente vnos a otros se preguntauan cómo los de la tierra estauan alli, y los del nauio venian alli. Policarpo, en esto, viendo que el nauio, al abrirle la boca, se le auia llenado de agua, en el lugar del ayre que tenia, mandò lleuarle a jorro al puerto, y que con artificios le sacassen a tierra, lo qual se hizo con mucha presteza. Salieron assimismo a tierra toda la gente que -163- ocupaua la quilla del nauio, que fueron recebidos del rey Policarpo y de sus hijas, y de todos los principales ciudadanos, con tanto gusto como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente a Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela; fue tambien a la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nueuo trage, pocos años y gallardia de la barbara Constança, de quien no desdezia el buen parecer y donayre de Ricla, su madre; y, por estar la ciudad cerca, sin preuenirse de quien los lleuasse, fueron todos a pie a ella. Ya en este tiempo auia llegado Periandro a hablar a su hermana Auristela, Ladislao a Transila, y el barbaro padre a su muger y a su hija, y los vnos a los otros se fueron dando cuenta de sus sucessos; sola Auristela, ocupada toda en mirar a Sinforosa, callaua; pero en fin hablò a Periandro, y le dixo:

-¿Por ventura, hermano, esta hermosissima donzella que aqui va es Sinforosa, la hija del rey Policarpo?

-Ella es -respondio Periandro-; sujeto donde tienen su assiento la belleza y la cortesia.

-Muy cortés deue de ser -respondio Auristela-, porque es muy hermosa.

-Aunque no lo -fol. 61v- fuera tanto -respondio Periandro-, las

obligaciones que yo la tengo me obligaran, ¡o querida hermana mia!, a que me lo pareciera.
-Si por obligaciones va, y vos por ellas encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer -164- la mayor de la tierra, segun os tengo obligado.
-Con las cosas diuinas -replicò Periandro- no se han de comparar las humanas; las hiperboles alabanças, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados: dezir que vna muger es mas hermosa que vn angel, es encarecimiento de cortesia, pero no de obligacion. Sola en ti, dulcissima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerças de verdad los encarecimientos que se dan a tu hermosura.
-Si mis trabajos y mis dessassossiegos, ¡o hermano mio!, no turbaran la mia, quiça creyera ser verdaderas las alabanças que de ella dizes; pero yo espero en los piadosos cielos que algun dia ha de reduzir a sossiego mi dessassossiego, y a bonança mi tormenta, y, en este entretanto, con el encarecimiento que puedo, te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me deues otras agenas hermosuras ni otras obligaciones, que en la mia y en las mias podras satisfazer el desseo y llenar el vazio de tu voluntad, si miras que, juntando a la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, (a) la de mi alma, hallarás vn compuesto de hermosura que te satisfaga.
Confuso yua Periandro oyendo las razones de Auristela; juzgauala zelosa, cosa nueua para el, por tener por larga esperiencia conocido que la discrecion de Auristela jamas se atreuio a salir de los limites de la honestidad; jamas su lengua se mouio a declarar sino honestos y castos -165- pensamientos, jamas le dixo palabra que no fuesse digna de dezirse a vn hermano en público y en secreto. Yua Arnaldo inuidioso de Periandro; Ladislao, alegre con su esposa Transila; Mauricio, con su hija y yerno; Antonio el grande, con su muger -fol. 62r- y hijos; Rutilio, con el hallazgo de todos; y el maldiziente Clodio, con la ocasion que se le ofrecia de contar, dondequiera que se hallasse, la grandeza de tan estraño sucesso. Llegaron a la ciudad, y el liberal Policarpo honró a sus huespedes real y magnificamente, y a todos los mandò alojar en su palacio, auentajandose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabía que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le auian sacado de su reyno; y, assi como vio la belleza de Auristela, hallò su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpo y Sinforosa alojaron a Auristela, de la qual no quitaua la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de auerla hecho, no amante, sino hermana de Periandro; y, ansi por su estremada belleza, como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraua, y no sabía vn punto desuiarse de ella: desmenuzauale sus acciones, notauale las palabras, ponderaua su donayre, hasta el sonido y organo de la voz le daua gusto. Auristela casi por el mismo modo y con los mismos afectos miraua a Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraua con zelos, y Sinforosa con senzilla beneuolencia. Algunos -166- dias estuuieron en la ciudad, descansando de los trabajos passados, y dando traça de voluer Arnaldo a Dinamarca, o adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraua, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad y vista curiosa auia mirado los mouimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello el

amoroso yugo, vn dia que se hallò solo con el, le dixo:
-Yo, que siempre los vicios de los principes he reprehendido en público, sin guardar el deuido decoro que a su gra[n]deza se deue, sin temer el daño que -fol. 62v- nace del dezir mal, quiero agora sin tu licencia dezirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches: que, lo que se dize aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada.
Confuso estaua Arnaldo, no sabiendo en que yuan a parar las preuenciones del razonamiento de Clodio, y, por saberlo, determinò de escuchalle, y assi le dixo que dixesse lo que quisiesse; y Clodio, con este saluoconduto, prosiguio diziendo:
-Tu, señor, amas a Auristela; mal dixe amas, adoras, dixera mejor, y, segun he sabido, no sabes mas de su hazienda ni de quien es, que aquello que ella ha querido dezirte, que no te ha dícho nada. Hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias possibles por enternezer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad a la tuya por los medios honestissimos -167- y eficazes del matrimonio, y en la misma entereza se està oy que el primero dia que la solicitaste, de donde arguyo que, quanto a ti te sobra de paciencia, le falta a ella de conocimiento; y has de considerar que algun gran misterio encierra desechar vna muger vn reyno y vn principe que merece ser amado. Misterio tambien encierra ver vna donzella vagamunda, llena de recato de encubrir su linage, acompañada de vn moço que, como dize que lo es, podria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sugeta a las inclemencias del cielo y a las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, a quien se posponen los de la vida; los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos.
Aqui llegaua Clodio, mostrando querer proseguir con vn filosofico y graue razonamiento, quando entrò Periandro, y le hizo callar con su llegada, a pesar -fol. 63r- de su desseo y aun de el de Arnaldo, que quisiera escucharle; entraron assimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela, arrimada al ombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fue menester lleuarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que, a no encubrillos con discrecion, tambien tuuieran necessidad de los medicos, como Auristela.

-168-

Capitvlo tercero del segundo libro
A penas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandò llamar sus medicos que la visitassen; y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conocio su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendio en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los medicos que en ninguna manera la dexassen sola, y que procurassen entretenerla y diuertirla con musica, si ella quisiesse, o con otros algunos alegres entretenimientos. Tomò Sinforosa a su cargo su salud, y ofreciole su compañia a todas horas, ofrecimiento no de mucho

gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan a la vista la causa que pensaua ser de su enfermedad, de la qual no pensaua sanar, porque estaua determinada de no dezillo: que su honestidad le ataua la lengua, su valor se oponia a su desseo. Finalmente, despejaron todos la estancia donde estaua, y quedaronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, a quien con ocasion bastante despidio Sinforosa, y a penas se vio sola con Auristela, quando, poniendo su boca con la suya, y apretandole -169- -fol. 63v- reziamente las manos, con ardientes suspiros parecio que queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela; afectos que de nueuo la turbaron, y assi le dixo:

-¿Que es esto, señora mia? Que estas muestras me dan a entender que estays mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia. Mirad si os puedo seruir en algo, que, para hazerlo, aunque està la carne enferma, tengo sana la voluntad.

-Dulce amiga mia -respondio Sinforosa-, quanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro. ¿Dixelo? No; que la verguença, y el ser quien soy, son mordaças de mi lengua. Pero ¿tengo de morir callando? ¿Ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿Es, por ventura, capaz de palabras el silencio? ¿Han de tener dos recatados y vergonçosos ojos virtud y fuerça para declarar los pensamientos infinitos de vn alma enamorada?

Esto yua diziendo Sinforosa, con tantas lagrimas y con tantos suspiros, que mouieron a Auristela a enjugalle los ojos y a abraçarla, y a dezirla:

-No se te mueran, ¡o apassionada señora!, las palabras en la boca; despide de ti por algun pequeño espacio la confusion y el empacho, y -170- hazme tu secretaria: que los males comunicados, si no alcançan sanidad, alcançan aliuio. Si tu passion es amorosa, como lo imagino, sin duda, bien se que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien se que nuestras almas estan siempre en continuo mouimiento, sin que puedan dexar de estar atentas a querer bien a algun sujeto a quien las estrellas las inclinan, que no se ha de dezir que las fuerçan. Dime, señora, a quien quieres, a quien amas y a quien adoras: que, como no des en el disparate de amar a vn toro, ni en el que dio el que adorò -fol. 64r- el platano, como sea hombre el que, segun tu dizes, adoras, no me causarà espanto ni marauilla. Muger soy como tu; mis desseos tengo, y hasta aora, por honra del alma, no me han salido a la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin auran de romper por inconuenientes y por impossibles, y, siquiera en mi testamento, procurarè que se sepa la causa de mi muerte.

Estauala mirando Sinforosa. Cada palabra que dezia, la estimaua como sí fuera sentencia salida por la boca de vn oraculo.

-¡Ay, señora -dixo-, y cómo creo que los cielos te han traido por tan estraño rodeo, que parece milagro, a esta tierra, condolidos de mi dolor y lastimados de mi lástima! Del vientre escuro de la naue te voluieron a la luz del mundo, para que mi escuridad tuuiesse luz, y mis desseos salida de la confusion en que estan; y assi, por no tenerme ni tenerte mas suspensa, -171- sabras que a esta isla llegò tu hermano Periandro.

Y sucessiuamente le conto del modo que auia llegado, los triunfos que

alcançò, los contrarios que vencio, y los premios que ganò, del modo que ya queda contado; dixole tambíen cómo las gracias de su hermano Periandro auian despertado en ella vn modo de desseo que no llegaua a ser amor, sino beneuolencia; pero que despues, con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento a contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como a vn principe: que, si no lo era, merecia serlo.

-Esta pintura me la grauò en el alma, y yo, inaduertida, dexè que me la grauasse, sin hazerle resistencia alguna; y assi, poco a poco, vine a quererle, a amarle y aun a adorarle, como he dicho.

Mas dixera Sinforosa, si no boluiera Policarpa, desseosa de entretener a Auristela, cantando al son de vna harpa que en las manos traia. Enmudecio Sinforosa, quedò perdida Auristela; pero el silencio de la vna y el perdimiento de la otra, no fueron parte para -fol. 64v- que dexassen de prestar atentos oydos a la sin par en musica Policarpa, que desta manera començo a cantar en su lengua lo que despues dixo el barbaro Antonio que en la castellana dezia:

Cintia, si desengaños no son parte
para cobrar la libertad perdida,
-172-
da riendas al dolor, suelta la vida,
que no es valor ni es honra el no quexarte.

Y el generoso ardor que, parte a parte, 5
tiene tu libre voluntad rendida,
será de tu silencio el homicida
quando pienses por el eternizarte.

Salga con la doliente ánima fuera
la enferma voz, que es fuerça y es cordura 10
dezir la lengua lo que al alma toca.

Quexandote, sabra el mundo siquiera
quan grande fue de amor tu calentura,
pues salieron señales a la boca.

Ninguno como Sinforosa entendio los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus desseos; y, puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprouecharse del consejo de su hermana, diziendo a Auristela sus pensamientos, como ya se los auia

començado a dezir. Muchas vezes se quedaua Sinforosa con Auristela, dando a entender que mas por cortés que por su gusto propio la acompañaua. En fin, vna vez, tornando a anudar la plática passada, le dixo:
-Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que, las que me bullen en el alma, no dexan -fol. 65r- sossegar la lengua; rebentaré si no las digo, y este temor, a pesar de mi credito, hara que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes, de mi conocidas, lleuaron tras si mis enamorados desseos, y, sin entremeterme en saber quien son sus padres, la patria o riquezas, -173- ni el punto en que le ha leuantado la fortuna, solamente atiendo a la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquezido. Por si solo le quiero, por si solo le amo, y por si solo le adoro; y por ti sola, y por quien eres, te suplico que, sin dezir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres. Innumerables riquezas me dexò mi madre en su muerte, sin sabiduria de mi padre; hija soy de vn rey, que, puesto que sea por eleccion, en fin es rey; la edad, ya la ves; la hermosura no se te encubre que, tal qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida. Dame, señora, a tu hermano por esposo; darete yo a mi misma por hermana, repartire contigo mis riquezas, procuraré darte esposo que despues, y aun antes de los dias de mi padre, le elijan por rey los de este reyno; y quando esto no pueda ser, mis tesoros podran comprar otros reynos.
Teniale a Auristela de las manos Sinforosa, bañandoselas en lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la dezia; acompañauale en ellas Auristela, juzgando en si misma quales y quantos suelen ser los aprietos de vn coraçon enamorado; y aunque se le representaua en Sinforosa vna enemiga, la tenia lástima: que vn generoso pecho no quiere vengarse quando puede, quanto mas que Sinforosa no la auia ofendido en cosa alguna que la obligasse a vengança: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que a ella traia desatinada; finalmente, no podia culparla, -174- sin que ella primero no quedasse conuencida del mismo delito. Lo que procurò -fol. 65v- apurar fue si la auia fauorecido alguna vez, aunque fuesse en cosas leues, o si con la lengua o con los ojos auia descubierto su amorosa voluntad a su hermano. Sinforosa la respondio que jamas auia tenido atreuimiento de alçar los ojos a mirar a Periandro, sino con el recato que a ser quien era deuia, y que al paso de sus ojos auia andado el recato de su lengua.
-Bien creo esso -respondio Auristela-; pero ¿es possible que el no ha dado muestras de quererte? Si aura, porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca y ablande vna belleza tal como la tuya; y assi, soy de parecer que, antes que yo rompa esta dificultad, procures tu hablarle, dandole ocasion para ello con algun honesto fauor: que tal vez los impensados fauores despiertan y encienden los mas tibios y descuydados pechos; que, si vna vez el responde a tu desseo, seráme facil a mi hazerle que de todo en todo le satisfaga. Todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosissimos. No te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites: que los fauores que hazen las donzellas a los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de auenturar la honra por el gusto; pero, con todo esto, puede mucho la discrecion, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, a los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su credito.

-175-

Capitvlo qvarto del segundo libro
Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa

Atenta estaua la enamorada Sinforosa a las discretas razones de Auristela, y, no respondiendo a ellas, sino voluiendo a anudar las del passado razonamiento, -fol. 66r- le dixo:
-Mira, amiga y señora, hasta dónde llegò el amor que engendrò en mi pecho el valor que conoci en tu hermano, que hize que vn capitan de la guarda de mi padre le fuesse a buscar, y le traxesse, por fuerça o de grado, a mi presencia, y el nauio en que se enuarcò es el mismo en que tu llegaste, porque en el, entre los muertos, le han hallado sin vida.
-Assi deue de ser -respondio Auristela-: que el me conto gran parte de lo que tu me has dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los quales, si es possible, quiero que sossiegues hasta que se los descubras a mi hermano o hasta que yo tome a cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con el te huuiere sucedido: que ni a ti te faltarà lugar para hablarle, ni a mi tampoco.
-176-
De nueuo voluio Sinforosa a agradecer a Auristela su ofrecimiento, y de nueuo voluio Auristela a tenerla lástima. En tanto que entre las dos esto passaua, se las auia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar o por deshazer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallandole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos desseos, le dixo:
-El otro dia te dixe, señor, la poca seguridad que se puede tener de [la] voluble condicion de las mugeres, y que Auristela, en efeto, es muger, aunque parece vn angel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero dezir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quien eres, la soledad de tu padre, la falta que hazes a tus vassallos, la contingencia en que te pones de perder tu reyno, que es la misma en que està la naue donde falta el piloto que la gouierne. Mira que los reyes estan obligados a casarse, no con la hermosura, sino con el linage; no con la riqueza, sino con la -fol. 66v- virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucessores a sus reynos. Desmengua y apoca el respeto que se deue al principe, el verle coxear en la sangre, y no basta dezir que la grandeza de rey es en si tan poderosa, que yguala consigo misma la baxeza de la muger que escogiere. El cauallo y la yegua de casta generosa y conocida, prometen crias de -177- valor admirable, mas que las no conocidas y de baxa estirpe; entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto; pero no le ha de tener entre la noble; assi que, ¡o señor mio!, o te vuelue a tu reyno, o procura con el recato no dexar engañarte. Y perdona este atreuimiento, que, ya que tengo fama de

maldiziente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado; debaxo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion, hasta aqui deprauada.
-Yo te agradezco, ¡o Clodio! -dixo Arnaldo-, el buen consejo que me has dado; pero no consiente ni permite el cielo que le reciba. Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es: que, para mi, qualquiera cosa que dixere, ha de ser verdad. Yo la adoro sin disputas: que el abismo casi infinito de su hermosura, lleua tras si el de mis desseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida. Ansi que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se lleuaràn los vientos, y mis obras te mostrarán quan vanos seran para conmigo tus consejos.
Encogio los ombros Clodio, baxó la cabeça, y apartóse de su presencia, con proposito de no seruir mas de consejero, porque, el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades: la primera, autoridad; la segunda, prudencia: y la tercera, ser -178- llamado. Estas reuoluciones, traças y maquinas -fol. 67r- amorosas andauan en el palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes, Auristela celosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, y Arnaldo pertinaz; Mauricio haziendo dissinios de voluer a su patria contra la voluntad de Transila, que no queria voluer a la presencia de gente tan enemiga del buen decoro como la de su tierra; Ladislao, su esposo, no osaua ni queria contradezirla; Antonio el padre moria por verse con sus hijos y muger en España, y Rutilio, en Italia, su patria. Todos desseauan, pero a ninguno se le cumplian sus desseos: condicion de la naturaleza humana, que, puesto que Dios la crio perfecta, nosotros, por nuestra culpa, la hallamos siempre falta, la qual falta siempre la ha de auer mientras no dexaremos de dessear. Sucedio, pues, que casi de industria dio lugar Sinforosa a que Periandro se viesse solo con Auristela, desseosa que se diesse principio a tratar de su causa y a la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida o muerte. Las primeras palabras que Auristela dixo a Periandro, fueron:
-Esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia y cada momento me haze temer los de la muerte, y querria que diessemos traça de assegurar la vida, sossegandola en vna parte, y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos: que aqui se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promessas, -179- sino en verdad, y muger noble y hermosissima en todo estremo, digna, no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tu la ruegues, la pidas y la procures.
En tanto que Auristela esto dezia, la miraua Periandro con tanta atencion, que no mouia las pestañas de los ojos; corria muy a priessa con el discurso de su entendimiento, para hallar adonde podrian yr encaminadas aquellas razones; pero, passando adelante con ellas, Auristela le sacò de -fol. 67v- su confusion, diziendo:
-Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adora y te quiere por esposo; dize que tiene riquezas increybles, y yo digo que tiene creyble hermosura; digo creyble, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la leuanten

ni hiperboles la engrandezcan; y, en lo que he echado de ver, es de condicion blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero, segun los casos presentes, no te estara mal esta compañia. Fuera estamos de nuestra patria; tu, perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino a Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que, entre temores y peligros, me salteasse la muerte, y assi, pienso acabar la vida en religion, y querria que tu la acabasses en buen estado.

-180-

Aqui dio fin Auristela a su razonamiento, y principio a vnas lagrimas que desdezian y borrauan todo quanto auia dicho; sacò los braços honestamente fuera de la colcha, tendiolos por el lecho, y voluio la cabeça a la parte contraria de donde estaua Periandro, el qual, viendo estos estremos, y auiendo oydo sus palabras, sin ser poderoso a otra cosa, se le quitò la vista de los ojos, se le añudò la garganta y se le trauò la lengua, y dio consigo en el suelo de rodillas, y arrimò la cabeça al lecho; voluio Auristela la suya, y, viendole desmayado, le puso la mano en el rostro y le enjugò las lagrimas, que, sin que el lo sintiesse, hilo a hilo le bañauan las mexillas.

-181- -fol. 68r-

Capitvlo qvinto del segundo libro
De lo que passò entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa

Efetos vemos en la naturaleza de quien ignoramos las causas: adormecense o entorpecense a vno los dientes de ver cortar con vn cuchillo vn paño; tiembla tal vez vn hombre de vn raton, y yo le he visto temblar de ver cortar vn rabano, y a otro he visto leuantarse de vna mesa de respeto, por ver poner vnas azeytunas. Si se pregunta la causa, no ay saber dezirla, y los que mas piensan que aciertan a dezilla, es dezir que las estrellas tienen cierta antipatia con la complesion de aquel hombre, que le inclina o mueue a hazer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes que a cada paso vemos. Vna de las difiniciones del hombre, es dezir que es animal risible, porque sólo el hombre se rie, y no otro ningun animal; y yo digo que tambien se puede dezir que es animal llorable, animal que llora; y ansi como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso. Por tres cosas es licito que llore el varon prudente: la vna, por auer pecado; -182- la segunda, por alcançar perdon del; la tercera, por estar zeloso: las demas lagrimas no dizen bien en vn rostro graue. Veamos, pues, desmayado a Periandro, y, ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de zeloso, que no faltarà quien disculpe sus lagrimas, y aun las enjugue, como hizo Auristela, la qual, con mas

artificio que verdad, le puso en aquel estado. Voluio en fin en si, y, sintiendo pasos en la estancia, voluio la cabeça, y vio a sus espaldas a Ricla y a Constança, -fol. 68v- que entrauan a ver a Auristela, que lo tuuo a buena suerte: que, a dexarle solo, no hallara palabras con que responder a su señora, y assi se fue a pensarlas y a considerar en los consejos que le auia dado. Estaua tambien Sinforosa con desseo de saber que auto se auia proueydo en la audiencia de Amor en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera que entrara a ver a Auristela, y no Ricla y Constança; pero estoruòselo llegar vn recado de su padre el rey, que la mandaua yr a su presencia luego y sin escusa alguna. Obedeciole, fue a verle, y hallòle retirado y solo; hizola Policarpo sentar junto a si, y, al cabo de algun espacio que estuuo callando, con voz baxa, como que se recataua de que no le oyessen, la dixo:

-Hija, puesto que tus pocos años no estan obligados a sentir que cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios esten ya sugetos a su jurisdicion, todauia tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrassan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos.

-183-

Quando esto oyo Sinforosa, imaginò, sin duda, que su padre sabia sus desseos; pero, con todo esso, calló, y no quiso interromperle hasta que mas se declarasse; y, en tanto que el se declaraua, a ella le estaua palpitando el coraçon en el pecho. Siguio, pues, su padre diziendo:

-Despues, ¡o hija mia!, que me faltó tu madre, me acogi a la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gouerneme por tus consejos, y he guardado, como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el credito de mi persona, como por guardar la fe catolica que professo; pero despues que han venido estos nueuos huespedes a nuestra ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y, finalmente, he caydo desde la cumbre de mi presuncion discreta hasta el abismo baxo de no se que desseos, que, si los callo, -fol. 69r- me matan, y, si los digo, me deshonran. No mas suspension, hija; no mas silencio, amiga; no mas; y si quieres que mas aya, sea el dezirte que muero por Auristela. El calor de su hermosura tierna ha encendido los huessos de mi edad madura; en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios, ya escuros; la gallardia de su persona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fuesse possible, a ti y a tu hermana daros vna madrastra que su valor disculpe el darosla. Si tu vienes con mi parecer, no se me dara nada del que diran, y quando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reyno, reyne yo en -184- los braços de Auristela, que no aura monarca en el mundo que se me yguale. Es mi intencion, hija, que tu se la digas, y alcances de ella el si que tanto me importa, que, a lo que creo, no se le hara muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad a mis años, y mi riqueza a los suyos. Bueno es ser reyna, bueno es mandar; gusto dan las honras, y no todos los passatiempos se cifran en los casamientos yguales. En albricias del si que me has de traer de esta embaxada que lleuas, te mando vna mejora en tu suerte, que, si eres discreta, como lo eres, no has de acertar a dessearla mejor. Mira: quatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena muger, buena casa, buen cauallo y buenas armas. Las dos primeras, tan obligada està la muger a

procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de leuantar la muger al marido, sino el marido a la muger; las magestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque, en casandose, ygualan consigo a sus mugeres; assi que, sease Auristela quien fuere, que, siendo mi esposa, será reyna, y su hermano Periandro mi cuñado, el qual, dandotelo yo por esposo, y honrandole con título de mi cuñado, vendras tu tambien a ser estimada, tanto por ser su -fol. 69v- esposa, como por ser mi hija.
-¿Pues cómo sabes tu, señor -dixo Sinforosa-, que no es Periandro casado, y, ya que no lo sea, quiera serlo conmigo?
-185-
-De que no lo sea -respondio el rey- me lo da a entender el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa que lo estoruan los casamientos grandes; de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica y assegura su discrecion, que es mucha, y caera en la cuenta de lo que contigo gana; y pues la hermosura de su hermana la haze ser reyna, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.
Con estas vltimas palabras y con esta grande promessa, paladeò el rey la esperança de Sinforosa, y saboreòle el gusto de sus desseos, y assi, sin yr contra los de su padre, prometio ser casamentera, y admitio las albricias de lo que no tenia negociado; sólo le dixo que mirasse lo que hazía en darle por esposo a Periandro, que, puesto que sus habilidades acreditauan su valor, todauia sería bueno no arrojarse sin que primero la esperiencia y el trato de algunos dias le assegurasse; y diera ella porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertara a dessearse en este mundo, los siglos que tuuiera de vida: que, las donzellas virtuosas y principales, vno dize la lengua, y otro piensa el coraçon.
Esto passaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se mouio otra conuersacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiziente: que el tonto y simple, ni sabe murmurar, ni maldezir; y aunque -186- no es bien dezir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto, alaban al maldiziente discreto: que la agudeza maliciosa, no ay conuersacion que no la ponga en punto y de sabor, como la sal a los manjares, y, por lo menos, al maldiziente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dexan de absoluerle y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, -fol. 70r- a quien su lengua desterro de su patria en compañia de la torpe y viciosa Rosamunda, auiendo dado ygual pena el rey de Inglaterra a su maliciosa lengua como a la torpeza de Rosamunda, hallandose solo con Rutilio, le dixo:
-Mira, Rutilio; necio es, y muy necio, el que, descubriendo vn secreto a otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida en que lo que le dize no se sepa. Digo yo agora: ven aca, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos: si a ti, con importarte la vida, como dizes, los descubres al otro a quien se los dizes, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debaxo de la llaue del silencio? ¿Que mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no dezillo? Todo esto se, Rutilio, y, con todo

esto, me salen a la lengua y a la boca ciertos pensamientos, que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plaças antes que se me pudran en el pecho o rebiente con ellos. Ven aca, Rutilio: ¿que haze aqui este Arnaldo, siguiendo el cuerpo de Auristela como si fuesse su misma sombra, dexando su reyno a la -187- discrecion de su padre, viejo y quiça caduco, perdiendose aqui, anegandose alli, llorando aca, suspirando aculla, lamentandose amargamente de la fortuna que el mismo se fabrica? ¿Que diremos desta Auristela y deste su hermano, moços vagamundos, encubridores de su linage, quiça por poner en duda si son o no principales? Que, el que està ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y, con la discrecion y artificio, parecer, en sus costumbres, que son hijos del sol y de la luna. No niego yo que no sea virtud digna de alabança mejorarse cada vno; pero ha de ser sin perjuyzio de tercero. El honor y la alabança son premios de la virtud, que siendo firme y solida se le deuen; mas no se le deue a la ficticia y hipocrita. ¿Quien puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor y saltador, -fol. 70v- este Ganimedes, este lindo, este aqui vendido, aculla comprado, este Argos de esta ternera de Auristela, que a penas nos la dexa mirar por brujula, que, ni sabemos, ni hemos podido saber deste par, tan sin par en hermosura, de donde vienen ni a do van? Pero lo que mas me fatiga de ellos es que, por los onze cielos que dizen que ay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos, y que, puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages y mesones. Lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos, llenos de pedaços de oro, de las barbaras -188- Ricla y Constança. Bien veo que aquella cruz de diamantes, y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen vn gran tesoro; pero no son prendas que se cambian ni truecan por menudo. Pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los fauorezcan, es hablar en lo escusado. ¿Pues que diremos, Rutilio, aora, de la fantasia de Transila y de la astrología de su padre, ella que rebienta de valiente, y el que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostarè que Ladislao, su esposo de Transila, tomara aora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque passara por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena, a la discrecion del que quisiere darles lo que han menester. ¿Y este nuestro barbaro español, en cuya arrogancia deue estar cifrada la valentia del orbe? Yo pondre que, si el cielo le lleua a su patria, que ha de hazer corrillos de gente, mostrando a su muger y a sus hijos embueltos en sus pellejos, pintando la isla barbara en vn lienço, y señalando con vna vara el lugar do estuuo encerrado quinze años, la mazmorra de los prisioneros, y la esperança inutil y ridícula de los barbaros, y el incendio no pensado de la isla; bien ansi como hazen los que, -fol. 71r- libres de la esclauitud turquesca, con las cadenas al ombro, auiendolas quitado de los pies, cuentan sus desuenturas con lastimeras vozes y humildes plegarias en tierra de christianos. Pero esto passe, que, aunque parezca que cuentan impossibles, a mayores peligros -189- està sugeta la condicion humana, y los de vn desterrado, por grandes que sean, pueden ser creederos.

-¿Adonde vas a parar, o Clodio? -dixo Rutilio.

-Voy a parar -respondio Clodio- en dezir de ti que mal podras vsar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no dançan ni tienen otros passatiempos sino lo que les ofrece Baco, en sus taças risueño, y en sus beuidas lasciuo; pararé tambien en mi, que, auiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo y por la cortesia de Arnaldo, ni al cielo doy gracias, ni a Arnaldo tampoco: antes querria procurar que, aunque fuesse a costa de su desdicha, nosotros enmendassemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la ygualdad de la fortuna sirue de eslabonar los coraçones; pero entre los ricos y los pobres no puede auer amistad duradera, por la desygualdad que ay entre la riqueza y la pobreça.
-Filosofo estás, Clodio -replicò Rutilio-; pero yo no puedo imaginar que medio podremos tomar para mejorar, como dizes, nuestra suerte, si ella començo a no ser buena desde nuestro nacimiento. Yo no soy tan letrado como tu; pero bien alcanço que, los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por si solos pocas vezes se leuantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les da la mano. ¿Pero a ti, quien te la -190- ha de dar, si la mayor que tienes es dezir mal de la misma virtud; y a mi, quien me ha de leuantar, pues, quando mas lo procure, no podre subir mas de lo que se alça vna cabriola? Yo dançador, tu murmurador; yo condenado a la horca, en mi patria, tu desterrado de la tuya -fol. 71v- por maldiziente: mira que bien podremos esperar que nos mejore.
Suspendiose Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dio fin a este capitulo el autor desta grande historia.

-191-

Capitvlo sexto del segundo libro

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos: Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio; sólo el suspenso Periandro los comunicaua consigo mismo: que le engendraron tantos las razones de Auristela, que no sabía a qual acudir que le aliuiasse su pesadumbre.
-¡Valame Dios! ¿Que es esto? -dezia entre si mismo-. ¿Ha perdido el juyzio Auristela? ¡Ella mi casamentera! ¿Cómo es possible que aya dado al oluido nuestros conciertos? ¿Que tengo yo que ver con Sinforosa? ¿Que reynos ni que riquezas me pueden a mi obligar a que dexe a mi hermana Sigismunda, si no es dexando de ser yo Persiles?
En pronunciando esta palabra, se mordio la lengua y miró a todas partes, a ver si alguno le escuchaua; y assegurandose que no, prosiguio diziendo: Sin duda, Auristela està zelosa: que los zelos se engendran, entre los que bien se quieren, del ayre que passa, del sol que toca, y aun de la tierra que pisa. ¡O señora mia, mira lo que hazes, no hagas agrauio a tu valor ni a tu belleza, ni me quites a mi la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va -192- labrando vna inestimable corona de verdadero amante! Hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero, en tu comparacion, es fea, es pobre y de linage humilde. Considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, o por eleccion, o por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por

eleccion, puede crecer o menguar, segun pueden menguar o crecer las causas que nos obligan y mueuen a querernos. -fol. 72r- Y siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene terminos que le encierre, ni palabras que le declare; casi puedo dezir que desde las mantillas y faxas de mi niñez te quise bien, y aqui pongo yo la razon del destino; con la edad, y con el vso de la razon, fue creciendo en mi el conocimiento, y fueron creciendo en ti las partes que te hizieron amable; vilas, contemplélas, conocilas, grauélas en mi alma, y de la tuya y la mia hize vn compuesto tan vno y tan solo, que estoy por dezir que tendra mucho que hazer la muerte en diuidirle. Dexa, pues, bien mio, Sinforosas; no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me combides con imperios ni monarquias, ni dexes que suene en mis oydos el dulce nombre de hermano con que me llamas. Todo esto que estoy diziendo entre mi, quisiera dezirtelo a ti por los mismos terminos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será possible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua. Mejor será escriuirtelo en vn -193- papel, porque las razones seran siempre vnas, y las podras ver muchas vezes, viendo siempre en ellas vna verdad misma, vna fe confirmada, y vn desseo loable y digno de ser creido; y assi, determino de escriuirte. Quietòse con esto algun tanto, pareciendole que con mas aduertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua. Dexemos escriuiendo a Periandro, y vamos a oyr lo que dize Sinforosa a Auristela; la qual Sinforosa, con desseo de saber lo que Periandro auia respondido a Auristela, procurò verse con ella a solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que, a penas se la auria declarado, quando alcançasse el si de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas vezes se desprecian las riquezas ni los señorios, especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son codiciosas, como las mas son altiuas y soberuias. Quando Auristela vio a Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia -fol. 72v- que responderle, por no auer visto mas a Periandro; pero Sinforosa, antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginandose que, con aquellas nueuas que a Auristela lleuaua, tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaua estar el todo de su buen sucesso, y assi le dixo:

-Sin duda alguna, bellissima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llouer sobre ti venturas y mas venturas. Mi padre, el rey, te adora, y conmigo te -194- embia a dezir que quiere ser tu esposo; y en albricias del si que le has de dar, y yo se le he de lleuar, me ha prometido a Periandro por esposo. Ya, señora, eres reina; ya Periandro es mio; ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vassallos, que estaran continuo atentos a tu seruicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hazer por mi: que de vn gran valor no se puede esperar menos que vn grande agradecimiento. Comience en nosotras a verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que si veran, si tu discrecion no se oluida de si misma. Y dime agora que es lo que respondio tu hermano a lo que de mi le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seria el que no recibiesse tus consejos como de vn oraculo.

A lo que respondio Auristela:

-Mi hermano Periandro es agradecido como principal cauallero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho auiua los ingenios de los hombres. Mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en quanto deuemos estimar el sossiego, y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le auremos de admitir; pero hasta aora no me ha respondido nada Periandro, ni se de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperança ni desmayarla. Da, ¡o -fol. 73r- bella Sinforosa!, algun tiempo al tiempo, y dexanos considerar el bien de tus -195- promesas, porque, puestas en obra, sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hazer mas de vna vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen; y el casamiento es vna destas acciones, y assi, es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los terminos desta consideracion los doy por passados, y hallo que tu alcançaràs tus desseos, y yo admitire tus promesas y consejos. Y vete, hermana, y haz llamar de mi parte a Periandro, que quiero saber del alegres nueuas que dezirte, y aconsejarme con el de lo que me conuiene, como con hermano mayor, a quien deuo tener respeto y obediencia.
Abraçóla Sinforosa, y dexòla, por hazer venir a Periandro a que la viesse; el qual, en este tiempo, encerrado y solo, auia tomado la pluma, y, de muchos principios que en vn papel borrò y tornò a escriuir, quitò y añadio, en fin salio con vno que se dize dezia desta manera:
«No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun della fio algo, pues no puede escriuir cosa que sea de momento el que por instantes està esperando la muerte. Aora vengo a conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos; aquellos, si, que tienen esperiencia, en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdoname que no admito el tuyo, por parecerme, o que no me conoces, o que te has oluidado de ti misma; vuelue, señora, en ti, y no te haga vna vana presuncion -196- zelosa salir de los límites de la grauedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quien eres, y no se te oluide de quien yo soy, y veràs en ti el término del valor que puede dessearse, y en mi el amor y la firmeza que puede imaginarse; y firmandote en esta cunsideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que a tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga. Sigamos -fol. 73v- nuestro viage, cumplamos nuestro voto, y quedense a parte zelos infructuosos y mal nacidas sospechas. La partida desta tierra solicitaré con toda diligencia y breuedad, porque me parece que, en salir della, saldre, del infierno de mi tormento, a la gloria de verte sin zelos.»
Esto fue lo que escriuio Periandro, y lo que dexò en limpio al cabo de auer hecho seys borradores; y, doblando el papel, se fue a ver a Auristela, de cuya parte ya le auian llamado.

-197-

Capitvlo septimo del segundo libro, diuidido en dos partes
[Primera parte]

Rvtilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el vno de su ingenio y el otro de su poca verguença, se imaginaron merecedores el vno de Policarpa y el otro de Auristela; a Rutilio le contentò mucho la voz y el donayre de Policarpa, y a Clodio la sin ygual belleza de Auristela, y andauan buscando ocasion como descubrir sus pensamientos sin que les viniesse mal por declararlos: que es bien que tema vn hombre baxo y humilde que se atreue a dezir a vna muger principal lo que no auia de atreuerse a pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desemboltura de vna poco honesta, aunque principal señora, da motiuo a que vn hombre humilde y baxo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos. Ha de ser anexo a la muger principal el ser graue, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberuia, desabrida y descuydada; tanto ha de parecer mas humilde y mas graue vna muger, quanto es mas señora. Pero en estos dos caualleros y nueuos amantes, no nacieron sus desseos de las desembolturas y -198- poca grauedad de sus señoras; pero, nazcan de do nacieren, Rutilio, en fin, escriuio vn papel a Policarpa, y Clodio a Auristela, del tenor que se sigue:

-fol. 74r-

RUTILIO A POLICARPA

«Señora, yo soy estrangero, y, aunque te diga grandezas de mi linage, como no tengo testigos que las confirmen, quiça no hallaràn credito en tu pecho; aunque, para confirmacion de que soy illustre en linage, basta que he tenido atreuimiento de dezirte que te adoro. Mira que prueuas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que a ti estara el pedirlas, y a mi el hazerlas; y pues te quiero para esposa, imagina que desseo como quien soy, y que merezco como desseo: que de altos espiritus es aspirar a las cosas altas. Dame siquiera con los ojos respuesta deste papel, que, en la blandura o rigor de tu vista, vere la sentencia de mi muerte o de mi vida.»

Cerrò el papel Rutilio, con intencion de darsele a Policarpa, arrimandose al parecer de los que dizen: diselo tu vna vez, que no falta[rá] quien se lo acuerde ciento. Mostroselo primero a Clodio, y Clodio le mostro a el otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

-199-

CLODIO A AURISTELA

«Vnos entran en la red amorosa con el ceuo de la hermosura, otros con los del donayre y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona a quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta a su yugo, mi ceruiz a su coyunda, mi voluntad a sus fueros, y mis pies a sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿qual es el coraçon de piedra que no la tendra, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al vltimo de la vida por momentos? El yerro y despiadado azero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieue tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida, y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas, y, finalmente, el agua -fol. 74v- te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no se con que fuerças los lleuas, pues no te las pueden dar las pocas de vn rey vagamundo, y que te sigue por solo el interes de gozarte, ni las de tu

hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas, y arrimate a las esperanças propinquas, y escoge vn modo de vida que te assegure la que el cielo quisiere darte. Moço soy, habilidad tengo para saber viuir en los mas vltimos rincones de la tierra; -200- yo dare traça còmo sacarte desta y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y, sacandote deste Egipto, te lleuarè a la tierra de promission, que es España, o Francia, o Italia, ya que no puedo viuir en Inglaterra, dulce y amada patria mia; y, sobre todo, me ofrezco a ser tu esposo, y desde luego te aceto por mi esposa.»

Auiendo oydo Rutilio el papel de Clodio, dixo:

-Verdaderamente, nosotros estamos faltos de juyzio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forçado a escriuirlos ninguna fuerça amorosa, sino vna ociosa y baldia voluntad, porque el amor ni nace ni puede crecer si no es al arrimo de la esperança, y, faltando ella, falta el de todo punto. Pues ¿por que queremos auenturarnos a perder, y no a ganar, en esta empresa? Que el declararla, y el ver a nuestras gargantas arrimado el cordel o el cuchillo, ha de ser todo vno; demas, que, por mostrarnos enamorados, auremos de parecer, sobre desagradecidos, traidores. ¿Tu no ves la distancia que ay de vn maestro de dançar que enmendo su oficio con aprender el de platero, a vna hija de vn rey, y la que ay de vn desterrado murmurador a la que desecha y menosprecia reynos? Mordamonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento a do ha llegado nuestra -201- necedad. A lo menos, este mi papel -fol. 75r- se dara primero al fuego o al viento que a Policarpa105.

-Haz tu lo que quisieres del tuyo -respondio Clodio-, que el mio, aunque no le de a Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que, si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de auer tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las vezes daña.

Estas razones passaron entre los dos fingidos amantes, y atreuidos y necios de veras. Llegóse, en fin, el punto de hablar a solas Periandro con Auristela, y entrò a verla, con intencion de darle el papel que auia escrito; pero, assi como la vio, oluidandose de todos los discursos y disculpas que lleuaua preuenidas, le dixo:

-Señora, mirame bien, que yo soy Periandro, que fuy el que fue Persiles, y soy el que tu quieres que sea Periandro. El nudo con que estan atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte; y, siendo esto assi, ¿de que te sirue darme consejos tan contrarios a esta verdad? Por todos los cielos, y por ti misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas a Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte a que yo oluide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, assi del cuerpo como del alma. Esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nueuo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofreci la vez primera que mis ojos te vieron, porque no ay clausula que -202- añadir a la obligacion en que quedè de seruirte, el punto que en mis potencias se imprimio el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondre lo mejor que pudiere nuestro viage: que, aunque Roma es el cielo

de la tierra, no està puesta en el cielo, y no aura trabajos ni peligros
que nos nieguen del todo el llegar a ella, puesto que los aya para dilatar
el camino; tente al tronco y a las ramas de tu mucho valor, y -fol. 75v-
no imagines que ha de auer en el mundo quien se le oponga.
En tanto que Periandro esto dezia, le estaua mirando Auristela con ojos
tiernos, y con lagrimas de zelos y compassion nacidas; pero, en fin,
haziendo efeto en su alma las amorosas razones de Periandro, dio lugar a
la verdad que en ellas venía encerrada, y respondiole seys o ocho
palabras, que fueron:
-Sin hazerme fuerça, dulce amado, te creo; confiada, te pido que con
breuedad salgamos desta tierra: que, en otra, quiça conualecere de la
enfermedad zelosa que en este lecho me tiene.
-Si yo huuiera dado, señora -respondio Periandro-, alguna ocasion a tu
enfermedad, lleuara en paciencia tus quexas, y en mis disculpas hallaras
tu el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de
que disculparme. Por quien eres, te suplico que alegres los coraçones de
los que te conocen, y sea breuemente, pues faltando la ocasion de tu
enfermedad, -203- no ay para que nos mates con ella. Pondre en efeto
lo que me mandas: saldremos desta tierra con la breuedad possible.
-¿Sabes quanto te importa, Periandro? -respondio Auristela-; pues has de
saber que me van lisongeando promesas y apretando dadiuas; y no como
quiera: que, por lo menos, me ofrecen este reyno. Policarpo el rey106
quiere ser mi esposo; hamelo embiado a dezir con Sinforosa, su hija, y
ella, con el fauor que piensa tener en mi siendo su madrastra, quiere que
seas su esposo. Si esto puede ser, tu lo sabes, y si estamos en peligro,
consideralo, y, conforme a esto, aconsejate con tu discrecion, y busca el
remedio que nuestra necessidad pide. Y perdoname, que la fuerça de las
so[s]pechas han sido las que me han forçado a ofenderte; pero estos yerros
facilmente los perdona el amor.
-Del se dize -replicò Periandro- que no puede estar sin zelos, los quales,
quando de debiles y flacas ocasiones nacen, le hazen crecer, siruiendo de
espuelas -fol. 76r- a la voluntad, que, de puro confiada, se entibia,
o, a lo menos, parece que se desmaya. Y, por lo que deues a tu buen
entendimiento, te ruego que, de aqui adelante, me mires, no con mejores
ojos, pues no los puede auer en el mundo tales como los tuyos, sino con
voluntad mas llana y menos puntuosa, no leuantando algun descuydo mio, mas
pequeño que vn grano de mostaça, a ser monte que llegue a los cielos,
llegando a los zelos; y, en lo demas, con tu buen juyzio entreten al rey y
a -204- Sinforosa, que no la ofenderas en fingir palabras que se
encaminan a conseguir buenos desseos. Y queda en paz, no engendre en algun
mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática.
Con esto la dexò Periandro, y, al salir de la estancia, encontro con
Clodio y Rutilio: Rutilio acabando de romper el papel que auia escrito a
Policarpa, y Clodio doblando el suyo para ponerselo en el seno; Rutilio
arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad y
vfano de su atreuimiento; pero andara el tiempo y llegarà el punto donde
diera el por no auerle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas
pueden partirse.

Capitvlo septimo del segundo libro
[Segunda parte]

Andaua el rey Policarpo alboroçado con sus amorosos pensamientos, y desseoso, ademas, de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro que auia de corresponder a lo que desseaua, que ya consigo mismo traçaua las bodas, concertaua las fiestas, inuentaua las galas, y aun hazía mercedes en esperança del venidero matrimonio. Pero, entre todos estos dissinios, no tomaua el pulso a su edad, ni ygualaua con discrecion la disparidad que ay de diez y siete años a setenta; -fol. 76v- y, quando fueran sesenta, es tambien grande la distancia: ansi halagan y lisongean los lasciuos desseos las voluntades, assi engañan los gustos imaginados a los grandes entendimientos, assi tiran y lleuan tras si las blandas imaginaciones a los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaua Sinforosa, que no se asseguraua de su suerte, por ser cosa natural que, quien mucho dessea, mucho teme; y las cosas que podian poner alas a su esperança, como eran su valor, su linage y hermosura, essas mismas se las cortauan, por ser propio de los amantes -206- rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren. Andan el amor y el temor tan apareados, que, a do quiera que voluais la cara, los vereis juntos; y no es soberuio el amor, como algunos dizen, sino humilde, agradable y manso; y tanto, que suele perder de su derecho por no dar a quien bien quiere pesadumbre; y mas, que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla. Todo esto, con mejores discursos que su padre, consideraua la bella Sinforosa, y, entre temor y esperança puesta, fue a ver a Auristela y a saber della lo que esperaua y temia. En fin se vio Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas desseaua; y era tanto el desseo que tenia de saber las nueuas de su buena o mala andança, que, assi como entrò a verla, sin que la hablasse palabra, se la puso a mirar ahincadamente, por ver si en los mouimientos de su rostro le daua señales de su vida o muerte. Entendiola Auristela, y, a media risa, quiero dezir, con muestras alegres, le dixo:
-Llegaos, señora, que a la rayz del arbol de vuestra esperança no ha puesto el temor segur para cortar. Bien es verdad que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegarán, porque, aunque -fol. 77r- ay inconuenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos desseos, no por esso ha de tener la des[es]peracion fuerças para no esperalle. Mi hermano dize -207- que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura no solamente le obliga, pero que le fuerça a quererte, y tiene a bien y a merced particular la que le hazes en querer ser suya107; pero antes que venga a tan dichosa possession, ha menester defraudar las esperanças que el principe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tu de mi hermano no lo estoruara: que has de saber, hermana mia, que assi puedo yo viuir sin Periandro, como

puede viuir vn cuerpo sin alma: alli tengo de viuir donde el viuiere, el es el espiritu que me mueue y el alma que me anima; y siendo esto assi, y el se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podre yo viuir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para escusar este desman que me amenaza, ordena que nos vamos con el a su reyno, desde el qual le pediremos licencia para yr a Roma a cumplir vn voto cuyo cumplimiento nos sacò de nuestra tierra; y està claro, como la esperiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir vn punto de mi voluntad. Puestos, pues, en nuestra libertad, facil cosa será dar la vuelta a esta isla, donde, burlando sus esperanças, veamos el fin de las nuestras, yo casandome con tu padre, y mi hermano contigo.
A lo que respondio Sinforosa:
-No se, hermana, con que palabras podre encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y assi la dexaré en su punto, porque no se cómo esplicarlo; pero esto que -208- aora dezirte quiero, recibelo antes por aduertimiento que por consejo: aora estás en esta tierra, y en poder de mi padre, que te podra y querra defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu possession. No le ha de ser possible a Arnaldo -fol. 77v- lleuaros por fuerça a ti y a tu hermano, y hale de ser forçoso, si no querer, a lo menos, consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reyno y en su casa. Assegurame tu, ¡o hermana!, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo: que yo te dare llanas todas las dificultades e inconuenientes que para llegar a este efeto pueda poner Arnaldo.
A lo que respondio Auristela:
-Los varones prudentes, por los casos passados y por los presentes, juzgan los que estan por venir. A hazernos fuerça pública o secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar y despertar la colera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso, a lo menos lo es mas que tu padre, y los reyes, burlados y engañados, facilmente se acomodan a vengarse; y assi, en lugar de auer recebido con nuestro parentesco gusto, recibiriades daño, trayendoos la guerra a vuestras mismas casas. Y si dixeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aqui, ora voluamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dexen alguna luz con que se descubra la de su remedio, -209- soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tu misma, con tu discrecion y auiso, solicites nuestra partida: que en esto solicitaràs y abreuiarás nuestra buelta, y aqui, si no en reynos tan grandes como los de Arnaldo, a lo menos en paz mas segura, gozarè yo de la prudencia de tu padre, y tu de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se diuidan y aparten nuestras almas.
Oyendo las quales razones, Sinforosa, loca de contento, se abalançò a Auristela y le echò los braços al cuello, midiendole la boca y los ojos con sus hermosos labios. En esto vieron entrar por la sala a los dos, al parecer, barbaros, padre y hijo, y a Ricla y Constança, y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, desseosos de ver y hablar a Auristela -fol. 78r- y saber en que punto estaua su enfermedad, que los tenia a ellos sin salud. Despidiose Sinforosa mas alegre y mas engañada que quando auia entrado: que los coraçones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto. El anciano

Mauricio, despues de auer passado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas que suelen passar entre los enfermos y los que los visitan, dixo:
-Si los pobres, aunque mendigos, suelen lleuar con pesadumbre el verse desterrados o ausentes de su patria, donde no dexaron sino los terrones que los sustentauan, ¿que sentiran los ausentes que dexaron en su tierra los bienes -210- que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con pressurosos pasos me va acercando al vltimo fin, me haze dessear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me den el vltimo vale. Este bien y merced conseguiremos todos quantos aqui estamos, pues todos somos estrangeros y ausentes, y todos, a lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallaremos108 en las agenas, si tu, señora, quisieres solicitar nuestra partida, o, a lo menos, teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será possible el dexarte, porque tu generosa condicion y rara hermosura, acompañada de la discrecion, que admira, es la piedra yman de nuestras voluntades.
-A lo menos -dixo a esta sazon Antonio el padre-, de la mia y de las de mi muger y hijos lo es de suerte, que primero dexaré la vida, que dexar la compañia de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra.
-Yo os agradezco, señores -respondio Auristela-, el desseo que me aueis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder a el como deuia, todauia hare que le pongan en efeto el principe Arnaldo y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, a impedirle. En tanto, pues, que llega el felice dia y punto de nuestra partida, -fol. 78v- ensanchad los coraçones, y no deis lugar que reyne en ellos la malencolia, ni penseis en peligros -211- venideros: que, pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobreuengan, nos lleuarà a nuestras dulces patrias: que los males que no tienen fuerças para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.
Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrio su coraçon piadoso y su discrecion admirable. Entrò en este instante el rey Policarpo, alegre sobre manera, porque ya auia sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanças del cumplimiento de sus entre castos y lasciuos desseos: que los impetus amorosos que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfraçan con la capa de la hipocresia: que no ay hipocrita, si no es conocido por tal, que dañe a nadie sino a si mismo, y los viejos, con la sombra del matrimonio, dissimulan sus deprauados apetitos. Entraron con el rey Arnaldo y Periandro, y dandole el parabien a Auristela de la mejoria, mandò el rey que, aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoria de Auristela auian recebido, se hiziessen luminarias en la ciudad, y fiestas y regozijos ocho dias continuos. Periandro lo agradecio, como hermano de Auristela, y Arnaldo, como amante que pretendia ser su esposo. Regozijauase Policarpo alla entre si mismo en considerar quan suauemente se yua engañando Arnaldo, el qual, admirado con la mejoria de Auristela, sin que supiesse los dissinios de Policarpo, buscaua modos de salir de su ciudad, pues tanto quanto mas se -212- dilataua su partida, tanto mas, a su parecer, se alongaua el cumplimiento de su desseo. Mauricio, tambien

desseoso de voluer a su patria, acudio a su ciencia, y hallò en ella que grandes dificultades auian de impedir su partida; comunicòlas con Arnaldo y Periandro, que ya auian sabido los intentos de Sinforosa y -fol. 79r- Policarpo, que les puso en mucho cuydado, por saber cierto, quando el amoroso desseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por qualquiera dificultad, hasta llegar al fin de ellos; no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y assi, no auia para que fiarse en las pocas o ninguna en que Policarpo les estaua. En resolucion, quedaron los tres de acuerdo que Mauricio buscasse vn vaxel, de muchos que en el puerto estauan, que los lleuasse a Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo conuenible, y que, en este entretanto, no mostrasse ninguno señales de que tenian noticia de los dissinios de Policarpo. Todo esto se comunicò con Auristela, la qual aprouo su parecer, y entrò en nueuos cuydados de mirar por su salud y por la de todos.

-213-

Capitvlo octavo del segundo libro
Da Clodio el papel a Auristela; Antonio, el barbaro, le mata por yerro

Dize la historia que llegò a tanto la insolencia o, por mejor dezir, la desuerguença de Clodio, que tuuo atreuimiento de poner en las manos de Auristela el desuergonçado papel que la auia escrito, engañada con que le dixo que eran vnos versos deuotos, dignos de ser leidos y estimados. Abrio Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dio lugar al enojo para dexalle de leer hasta el cabo; leyole, en fin, y voluiendole a cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas vezes solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo:
-Quitateme -fol. 79v- de delante, hombre maldito y desuergonçado: que, si la culpa deste tu atreuido disparate, entendiera que auia nacido de algun descuydo mio que menoscabara mi credito y mi honra, en mi misma castigara tu atreuimiento; el qual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima.
Quedò atonito Clodio, y diera el por no -214- auerse atreuido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodearonle luego el alma mil temores, y no se daua mas término de vida, que lo que tardassen en saber su vellaqueria Arnaldo o Periandro; y, sin replicar palabra, baxò los ojos, voluio las espaldas, y dexò sola a Auristela, cuya imaginacion ocupò vn temor, no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio, desesperado, auia de dar en traydor, aprouechandose de los intentos de Policarpo, si a caso a su noticia viniesse, y determinò darla de aquel caso a Periandro y Arnaldo.
Sucedio en este tiempo que, estando Antonio el moço solo en su aposento, entrò a deshora vna muger en el, de hasta quarenta años de edad, que, con el brio y donayre, deuia de encubrir otros diez, vestida, no al vso de

aquella tierra, sino al de España; y aunque Antonio no conocia de vsos sino de los que auia visto en los de la barbara isla donde se auia criado y nacido, bien conocio ser estrangera de aquella tierra. Leuantóse Antonio a recebirla cortesmente, porque no era tan barbaro que no fuesse bien criado; sentaronse, y la dama -si en tantos años de edad es justo se le de este nombre-, despues de auer estado atenta mirando el rostro de Antonio, dixo:

-Parecerte ha nouedad, ¡o mancebo!, esta mi venida a verte, porque no deues de estar en vso de ser visitado de mugeres, auiendote criado, segun he sabido, en la isla barbara, y no entre barbaros, sino entre riscos y peñas, de las quales, -215- si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien -fol. 80r- la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de prouecho. No te desuies, sossiegate y no te alborotes, que no està hablando contigo algun mostruo ni persona que quiera dezirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo español, que es la lengua que tu sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen. Mi nombre es Zenotia; soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reyno de Granada; conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haziendome conocida mis obras. Sali de mi patria aura quatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reyno tienen del catolico rebaño; mi estirpe es agarena; mis exercicios, los de Zoroastes, y en ellos soy vnica. ¿Ves este sol que nos alumbra? Pues si, para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos y le assombre con nubes, pidemelo, que hare que a esta claridad suceda en vn punto escura noche; o ya, si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, o otras espantosas señales que nos representen la confusion del caos primero, pidelo, que tu quedaràs satisfecho, y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha auido alguna muger -216- de mi nombre109, la qual, con el apellido de Zenotia, hereda esta ciencia, que no nos enseña a ser hechizeras, como algunos nos llaman, sino a ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio. Las que son hechizeras, nunca hazen cosa que para alguna cosa sea de prouecho: exercitan sus burlerias con cosas, al parecer, de burlas, como son hauas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeça, y cabellos cortados en crecientes o menguantes de luna; vsan de caracteres -fol. 80v- que no entienden, y, si algo alcançan, tal vez, de lo que pretenden, es, no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite, para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe. Pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor quantia: tratamos con las estrellas, contemplamos el mouimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yeruas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y, juntando lo actiuo a lo passiuo, parece que hazemos milagros, y nos atreuemos a hazer cosas tan estupendas, que causan admiracion a las gentes, de donde nace nuestra buena o mala fama: buena, si hazemos bien con nuestra habilidad; mala, si hazemos mal con ella. Pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan a raya los desseos, que no se deslizen a

procurar el mal ageno: que ¿quien quitará al ayrado y ofendido que no se vengue? ¿Quien al amante desdeñado que no quiera, si puede, reduzir a ser -217- querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es yr contra el libre aluedrio, no ay ciencia que lo pueda, ni virtud de yeruas que lo alcancen.
A todo esto que la española Zenotia dezia, la estaua mirando Antonio, con desseo grande de saber que suma tendria tan larga cuenta; pero la Zenotia prosiguio diziendo:
-Digote, en fin, barbaro discreto, que la persecucion de los que llaman inquisidores en España, me arrancò de mi patria: que, quando se sale por fuerça della, antes se puede llamar arrancada que salida. Vine a esta isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuuieran cerca, voluiendo la cabeça atras, pensando que me mordian las faldas los perros, que aun hasta aqui temo; dime presto a conocer al rey antecessor de Policarpo; hize algunas marauillas, con que dexè marauillado -fol. 81r- al pueblo; procurè hazer vendible mi ciencia tan en mi prouecho, que tengo juntos mas de treynta mil escudos en oro; y, estando atenta a esta ganancia, he viuido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurara si mi buena o mi mala fortuna no te huuieran traido a esta tierra, que en tu mano està darme la suerte que quisieres.
Si te parezco fea, yo hare de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treynta mil escudos que te ofrezco, alarga tu desseo y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comiença desde luego a contar -218- quantos dineros acertares a dessear. Para tu seruicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendire y traere a tus manos las aues que rompen el ayre, hare que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra, hare que brote del abismo lo mas precioso que en el se encierra, harete inuencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin, enmendaré tu suerte de manera que seas siempre inuidiado, y no inuidioso.
Y, en cambio destos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclaua: que, para ser tu esclaua, no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa, y, como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, viuire contenta. Comiença, pues, ¡o generoso mancebo!, a mostrarte prudente, mostrandote agradecido: mostrarte has prudente, si, antes que me agradezcas estos desseos, quisieres hazer esperiencia de mis obras; y, en señal de que assi lo haras, alegrame el alma aora con darme alguna señal de paz, dandome a tocar tu valerosa mano.
Y diziendo esto, se leuantò para yr a abraçarle. Antonio, viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada donzella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso a defenderle, y, leuantandose, fue a tomar su arco, que siempre, o le traia consigo, o le tenia -fol. 81v- junto a si, y poniendo en el vna flecha, hasta veynte pasos desuiado de la Zenotia, le encarò la flecha. No le contentò mucho a la enamorada dama la postura amenazadora -219- de muerte de Antonio, y, por huyr el golpe, desuiò el cuerpo, y passò la flecha volando por junto a la garganta -en esto mas barbaro Antonio de lo que parecia en su trage-. Pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque a este instante entraua por la puerta de la estancia el maldiziente Clodio, que le siruio de blanco, y le passò la boca y la lengua, y le dexò la vida en perpetuo silencio: castigo merecido a sus muchas culpas. Voluio

la Zenotia la cabeça, vio el mortal golpe que auia hecho la flecha, temio la segunda, y, sin aprouecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropeçando aqui y cayendo alli, salio del aposento, con intencion de vengarse del cruel y desamorado moço.

-220-

Capitvlo nveve del segundo libro

No le quedò sabrosa la mano a Antonio del golpe que auia hecho: que, aunque acerto errando, como no sabía las culpas de Clodio, y auia visto la de la Zenotia, quisiera auer sido mejor certero. Llegóse a Clodio, por ver si le quedauan algunas reliquias de vida, y vio que todas se las auia lleuado la muerte; cayo en la cuenta de su yerro, y tuuose verdaderamente por barbaro. Entrò en esto su padre, y, viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conocio por la flecha que aquel golpe auia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondiole que si; quiso saber la -fol. 82r- causa, y tambien se la dixo; admiróse el padre; lleno de indignacion, le dixo:

-Ven aca, barbaro; si a los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿que haras a los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento: que los peligros semejantes no se remedian con las armas ni con esperar los encuentros, sino con huyr de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedio a aquel mancebo hebreo que dexò la capa en manos de la lasciua señora que le solicitaua. Dexaras tu, ignorante, -221- essa tosca piel que traes vestida, y esse arco, con que presumes vencer a la misma valentia; no le armaras contra la blandura de vna muger rendida, que, quando lo està, rompe por qualquier inconueniente que a su desseo se oponga. Si con esta condicion passas adelante en el discurso de tu vida, por barbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas a Dios en ningun modo, sino que reprehendas, y no castigues, a las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparejate para mas de vna batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brio de tu persona, con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y, sin alcançar tus desseos, te alcançarà la muerte en ellos.

Escuchaua Antonio a su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonçoso como arrepentido. Y lo que le respondio, fue:

-No mires, señor, lo que hize, y pesame de auerlo hecho; procurarè enmendarme de aqui adelante, de modo que no parezca barbaro por riguroso, ni lasciuo por manso; dese orden de enterrar a Clodio, y de hazerle la satisfacion mas conueniente que ser pudiere.

Ya en esto auia volado por el palacio la muerte de Clodio; pero [no] la causa -fol. 82v- de ella, porque la encubrio la enamorada Zenotia, diziendo sólo que, sin saber porque, el barbaro moço le auia muerto. Llegò esta nueua a los oydos de -222- Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarsele a Periandro, o a Arnaldo, para que castigassen su atreuimiento; pero viendo que el cielo auia tomado a su cargo el castigo, rompio el papel, y no quiso que

saliessen a luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente como christiana. Y bien que Policarpo se alborotò con el sucesso, teniendose por ofendido de que nadie en su casa vengasse sus injurias, no quiso aueriguar el caso, sino remitioselo al principe Arnaldo, el qual, a ruego de Auristela y al de Transila, perdonò a Antonio y mandò enterrar a Clodio, sin aueriguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio dezia, que por yerro le auia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque a el no le tuuiessen de todo en todo por barbaro. Passò el rumor del caso, enterraron a Clodio, quedò Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara genero de vengança alguna, assi como albergaua en el de la Zenotia, que beuia, como dizen, los vientos imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el qual, de alli a dos dias, se sintio mal dispuesto, y cayo en la cama con tanto descaecimiento, que los medicos dixeron que se le acabaua la vida, sin conocer de que enfermedad. Lloraua Ricla, su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el coraçon consumido; no se podia alegrar Auristela ni Mauricio; Ladislao y Transila sentian la misma pesadumbre; viendo lo qual, Policarpo acudio a su consejera Zenotia, -223- y le rogo procurasse algun remedio a la enfermedad de Antonio, la qual, por no conocerla los medicos, ellos no sabian hallarle. Ella le dio buenas esperanças, assegurandole que de aquella enfermedad -fol. 83r- no moriria; pero que conuenia dilatar algun tanto la cura. Creyola Policarpo como si se lo dixera vn oraculo. De todos estos sucessos no le pesaua mucho a Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el aliuio de su coraçon: que, puesto que desseaua que se partiesse, pues no podia voluer si no se partia, tanto gusto le daua el verle, que no quisiera que se partiera. Llegò vna sazon y coyuntura donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila, y Rutilio, que despues que escriuio el villete a Policarpa, aunque le auia roto, de arrepentido andaua triste y pensatiuo, bien assi como el culpado, que piensa que quantos le miran son sabidores de su culpa, digo que la compañia de los ya nombrados se hallò en la estancia del enfermo Antonio, a quien todos fueron a visitar, a pedimiento de Auristela, que ansi a el como a sus padres los estimaua y queria mucho, obligada del beneficio que el moço barbaro le auia hecho quando los sacò del fuego de la isla y la lleuò al serrallo110 de su padre; y mas, que como en las comunes desuenturas se reconcilian los animos y se trauan las amistades, por auer sido tantas las que en compañia de Ricla y de Constança y de los dos Antonios auia passado, ya -224- no solamente por obligacion, mas por eleccion y destino los amaua. Estando, pues, juntos, como se ha dicho, vn dia, Sinforosa rogo encarecidamente a Periandro les contasse algunos sucessos de su vida, especialmente se holgaria de saber de donde venía la primera vez que llegò a aquella isla, quando ganò los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hizieron, en memoria de auer sido el de la eleccion de su padre; a lo que Periandro respondio que si haria si se le permitiesse començar el cuento de su historia, y no del mismo principio, -fol. 83v- porque este no lo podia dezir ni descubrir a nadie hasta verse en Roma con Auristela, su hermana. Todos le dixeron que hiziesse su gusto, que de qualquier cosa que el dixesse le recibirian; y el que mas contento sintio fue Arnaldo,

creyendo descubrir, por lo que Periandro dixesse, algo que descubriesse quien era. Con este saluoconduto, Periandro dixo desta manera:

-225-

Capitvlo decimo del segundo libro
Cuenta Periandro el sucesso de su viage

-El principio y preambulo de mi historia, ya que quereys, señores, que os la cuente, quiero que sea este: que nos contempleys a mi hermana y a mi, con vna anciana ama suya, enuarcados en vna naue cuyo dueño, en el lugar de parecer mercader, era vn gran cossario. Las riberas de vna isla barriamos, quiero dezir que yuamos tan cerca de ella, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias. Mi hermana, cansada de auer andado algunos dias por el mar, desseó salir a recrearse a la tierra; pidioselo al capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerça de mandamiento, consintio el capitan en el de su ruego, y, en la pequeña varca de la naue, con solo vn marinero, nos echò en tierra a mi y a mi hermana, y a Cloelia, que este era el nombre de su ama. Al tomar tierra, vio el marinero que vn pequeño rio, por vna pequeña boca, entraua a dar al mar su tributo; hazianle sombra por vna y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos arboles, a quien seruian de cristalinos espejos sus transparentes aguas. Rogamosle se entrasse -226- por el rio, pues la amenidad del sitio nos -fol. 84r- combidaua. Hizolo assi, y començo a subir por el rio arriba; y, auiendo perdido de vista la naue, soltando los remos, se detuuo y dixo: «Mirad, señores, del modo que aueis de hazer este viage, y hazed cuenta que esta pequeña varca que aora os lleua es vuestro nauio, porque no aueis de voluer mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que dezis que soys su hermano, la vida.» Dixome, en fin, que el capitan del nauio queria deshonrar a mi hermana y darme a mi la muerte, y que atendiessemos a nuestro remedio, que el nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueua, juzguelo el que estuuiere acostumbrado a recebirlas malas de los bienes que espera. Agradecile el auiso, y ofrecile la recompensa quando nos viessemos en mas felice estado. «Aun bien -dixo Cloelia-, que traygo conmigo las joyas de mi señora.» Y aconsejandonos los quatro de lo que hazer deuiamos, fue parecer del marinero que nos entrassemos el rio adentro: quiça descubririamos algun lugar que nos defendiesse, si a caso los de la naue viniessen a buscarnos. «Mas no vendran -dixo-, porque no ay gente en todas estas islas, que no piense ser cossarios todos quantos surcan estas riberas, y, en viendo la naue o naues, luego toman las armas para defenderse; y, si no es con assaltos nocturnos y secretos, nunca salen medrados los cossarios.» -227- Pareciome bien su consejo; tomé yo el vn remo, y ayudéle a lleuar el trabajo. Subimos por el rio arriba, y, auiendo andado como dos millas, llegò a nuestros oydos el son de muchos y varios instrumentos formado, y

luego se nos ofrecio a la vista vna selua de arboles mouibles que de la vna ribera a la otra ligeramente cruzauan; llegamos mas cerca, y conocimos ser varcas enramadas lo que parecian arboles, y que el son le formauan los instrumentos que tañian los que en ellas yuan. Apenas -fol. 84v- nos huuieron descubierto, quando se vinieron a nosotros y rodearon nuestro barco por todas partes. Leuantóse en pie mi hermana, y, echandose sus hermosos cabellos a las espaldas, tomados por la frente con vna cinta leonada o liston que le dio su ama, hizo de si casi diuina e improuisa muestra: que, como despues supe, por tal la tuuieron todos los que en las varcas venian, los quales, a vozes, como dixo el marinero, que las entendía, dezian: «¿Que es esto? ¿Que deidad es esta que viene a visitarnos y a dar el parabien al pescador Carino y a la sin par Seluiana de sus felicissimas bodas?» Luego dieron cabo a nuestra varca, y nos lleuaron a desenuarcar no lexos del lugar donde nos auian encontrado. »Apenas pusimos los pies en la ribera, quando vn esquadron de pescadores, que assi lo mostrauan ser en su trage, nos rodearon, y vno por vno, llenos de admiracion y reuerencia, llegaron a besar las orillas del vestido de Auristela, la -228- qual, a pesar del temor que la congoxaua de las nueuas que la auian dado, se mostro a aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuuieron por diuina. Poco desuiados de la ribera, vimos vn talamo en gruessos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diuersas flores que seruian de alcatifas al suelo; vimos ansimismo leuantarse de vnos assientos dos mugeres y dos hombres, ellas moças, y ellos gallardos mancebos: la vna hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera; el vno gallardo y gentil hombre, y el otro no tanto; y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre dixo: «¡O tu, quienquiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo! Mi hermano y yo, con el estremo a nuestras fuerças possible, te agradecemos esta merced que nos hazes honrando nuestras pobres y ya de oy mas ricas bodas. Ven, señora, y si, en lugar de los palacios de -fol. 85r- cristal que en el profundo mar dexas, como vna de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres, o, por mejor dezir, las paredes de mimbres y los tejados de conchas, hallaràs, por lo menos, los desseos de oro y las voluntades de perlas para seruirte. Y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas.» Inclinóse a abraçarle Auristela, confirmando con su grauedad, cortesia y hermosura, la opinion que della tenian. El pescador menos gallardo se -229- apartò a dar orden a la demas turba a que leuantassen las vozes en alabanças de la rezien venida estrangera, y que tocassen todos los instrumentos en señal del regozijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumission humilde, besaron las manos a Auristela, y ella las abraçò cortés y amigablemente. El marinero, contentissimo del sucesso, dio cuenta a los pescadores del nauio que en el mar quedaua, diziendoles que era de cossarios, de quien se temia que auian de venir por aquella donzella, que era vna principal señora, hija de reyes: que, para mouer los coraçones a su defensa, le parecio ser necessario leuantar este testimonio a mi hermana. Apenas entendieron esto, quando dexaron los instrumentos regozijados y acudieron a los belicos, que tocaron ¡arma, arma!, por entrambas riberas.

»Llegò en esto la noche; recogimonos al mismo rancho de los desposados, pusieronse centinelas hasta la misma boca del rio, ceuaronse las nasas, tendieronse las redes, y acomodaronse los ançuelos, todo con intencion de regalar y seruir a sus nueuos huespedes; y, por mas honrarlos, los dos rezien desposados no quisieron aquella noche passarla con sus esposas, sino dexar los ranchos solos a ellas, y a Auristela y a Cloelia, y que ellos, con sus amigos, conmigo y con el marinero, se les hiziesse guarda y centinela; -fol. 85v- y aunque sobraua la claridad del cielo por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nueuo -230- regozijo auia encendido, quisieron los desposados que cenassemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres. Hizose assi, y fue la cena tan abundante, que parecio que la tierra se quiso auentajar al mar, y el mar a la tierra, en ofrecer la vna sus carnes y la otra sus pescados. Acabada la cena, Carino me tomò por la mano, y, passeandose conmigo por la ribera, despues de auer dado muestras de tener apassionada el alma, con sollozos y con suspiros me dixo: «Por tener milagrosa esta tu llegada a tal sazon y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto que mi mal ha de tener remedio mediante tu consejo; y ansi, aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que, de aquellas dos pescadoras que has visto, la vna fea y la otra hermosa, a mi me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Seluiana; pero no se que te diga, ni se que disculpa dar de la culpa que tengo ni del yerro que hago: yo adoro a Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte a hazer otra cosa. Con todo esto, te quiero dezir vna verdad, sin que me engañe en creerla: que, a los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo; y ay mas en esto: que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de vn barrunto que muere por Seluiana. De modo que nuestras quatro voluntades estan trocadas, y esto ha sido por querer todos -231- quatro obedecer a nuestros padres y a nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en que razon se consiente que, la carga que ha de durar toda la vida, se la eche el hombre sobre sus ombros, no por el suyo, sino por el gusto ageno. Y, aunque esta tarde auiamos de -fol. 86r- dar el consentimiento y el si del cautiuerio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo, que assi lo quiero creer, se estoruò con vuestra venida. De modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como estrangero111, y no parcial de ninguno, sabras aconsejarme; porque tengo determinado que, si no se descubre alguna senda que me lleue a mi remedio, de ausentarme destas riberas, y no parecer en ellas en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, o mis parientes me riñan, o mis amigos se enfaden.» Atentamente le estuue escuchando, y de improuiso me vino a la memoria su remedio, y a la lengua estas mísmas palabras: «No ay para que te ausentes, amigo; a lo menos, no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosissima donzella que has visto. Ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento diuino, como tiene hermosura diuina.»

»Con esto nos voluimos a los ranchos, y yo conte a mi hermana todo lo que con el pescador auia passado, y ella hallò en su discrecion el modo como

sacar verdaderas mis palabras y el -232- contento de todos, y fue que, apartandose con Leoncia y Seluiana a vna parte, les dixo: «Sabed, amigas, que de oy mas lo aueis de ser verdaderas mias: que, juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de vn entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo, que, viendo el rostro de vna persona, le leo el alma y le adeuino los pensamientos. Para prueua desta verdad, os presentarè a vosotras por testigos: tu, Leoncia, mueres por Carino, y tu, Selu[i]an(i)a, por Solercio; la virginal verguença os tiene mudas, pero por mi lengua se rompera vuestro silencio, y por mi consejo, que, sin duda alguna, será admitido, se ygualarán vuestros desseos. Callad, y dexadme hazer, que, o yo no tendre discrecion, o vosotras tendreys felice fin en vuestros desseos.» Ellas, sin responder palabra, sino con besarla infinitas vezes las manos, -fol. 86v- y abraçandola estrechamente, confirmaron ser verdad quanto auia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones.

»Passòse la noche; vino el dia, cuya alborada fue regozijadissima, porque con nueuos y verdes ramos parecieron adornadas las varcas de los pescadores; sonaron los instrumentos con nueuos y alegres sones; alçaron las vozes todos, con que se aumentò la alegria; salieron los desposados para yrse a poner en el talamo donde auian estado el dia de antes; vistieronse Seluiana y Leoncia de nueuas ropas de boda. Mi hermana, de industria, se adereçò y compuso con los mismos vestidos que tenia, y, con ponerse -233- vna cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y vnas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor, que hasta aora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereys quando os las enseñe, mostro ser imagen sobre el mortal curso leuantada. Lleuaua assidas de las manos a Seluiana y a Leoncia, y, puesta encima del teatro donde el talamo estaua, llamò y hizo llegar junto a si a Carino y a Solercio. Carino llegò temblando y confuso de no saber lo que yo auia negociado, y, estando ya el sacerdote a punto para darles las manos y hazer las catolicas ceremonias que se vsan, mi hermana hizo señales que la escuchassen; luego se estendio vn mudo silencio por toda la gente, tan callado, que apenas los ayres se mouian. Viendose, pues, prestar grato oydo de todos, dixo en alta y sonora voz: «Esto quiere el cielo.» Y, tomando por la mano a Seluiana, se la entregò a Solercio, y assiendo de la de Leoncia, se la dio a Carino.

«Esto, señores -prosiguio mi hermana-, es, como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental, sino propio destos venturosos desposados, como lo muestra la alegria de sus rostros y el si que pronuncian sus lenguas.» Abraçaronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprouaron su trueco, -fol. 87r- y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleça de mi hermana, pues assi auia trocado aquellos casi hechos casamientos con sólo mandarlo.

»Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre -234- las varcas del rio quatro despalmadas, vistosas por las diuersas colores con que venian pintadas, y los remos, que eran seys de cada vanda, ni mas ni menos; las vanderetas, que venian muchas por los filaretes, ansimismo eran de varios colores; los doze remeros de cada vna venian vestidos de blanquissimo y delgado lienço, de aquel mismo modo que yo vine quando entré la vez primera en esta isla. Luego conoci que querian las varcas correr el palio, que se mostraua puesto en el arbol de otra varca, desuiada de las quatro

como tres carreras de cauallo; era el palio de tafetan verde listado de oro, vistoso y grande, pues alcançaua a besar y aun a passearse por las aguas. El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dexaua entender lo que mandaua el capitan del mar, que en otra pintada varca venía. Apartaronse las enramadas varcas a vna y otra parte del rio, dexando vn espacio llano en medio, por donde las quatro competidoras varcas volassen, sin estoruar la vista a la infinita gente que desde el talamo y desde ambas riberas estaua atenta a mirarlas; y estando ya los vogadores assidos de las manillas de los remos, descubiertos los braços, donde se parecian los gruessos neruios, las anchas venas y los torzidos musculos, atendian la señal de la partida, impacientes por la tardança, y fogosos, bien ansi como lo suele estar el generoso can de Irlanda, quando su dueño no le quiere soltar de la traylla a hazer la presa que a la vista se le muestra.

-235-

»Llegò, en fin, la señal esperada, y a vn mismo tiempo arrancaron todas quatro varcas, que no por el agua, sino por el viento parecia que volauan. Vna dellas, que lleuaua por insignia -fol. 87v- vn vendado Cupido, se adelantò de las demas casi tres cuerpos de la misma varca, cuya ventaja dio esperança a todos quantos la mirauan de que ella seria la primera que llegasse a ganar el desseado premio. Otra que venía tras ella, yua alentando sus esperanças, confiada en el teson durissimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaua, estuuieron por soltar los remos sus vogadores. Pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina, porque aunque es ley que, los combates y contiendas, que ninguno de los que miran fauorezca a ninguna de las partes con señales, con vozes o con otro algun genero que parezca que pueda seruir de auiso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la varca de la insignia de Cupido se auentajaua tanto a las demas, sin mirar a leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dixeron a vozes muchos: «¡Cupido vence; el Amor es inuencible!», a cuyas vozes, por escuchallas, parece que afloxaron vn tanto los remeros del Amor. Aprouechóse de esta ocasion la segunda varca, que detras de la del Amor venía, la qual traia por insignia al Interes, en figura de vn gigante pequeño, pero muy ricamente adereçado, y impelio los remos con tanta fuerça, que llegò a ygualarse el Interes con el Amor, y, -236- arrimandosele a vn costado, le hizo pedaços todos los remos de la diestra vanda, auiendo primero la del Interes recogido los suyos y passado adelante, dexando burladas las esperanças de los que primero auian cantado la victoria por el Amor, y voluieron a dezir: «¡El Interes vence, el Interes vence!», La varca tercera traia por insignia a la Diligencia, en figura de vna muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que, a traer trompeta en las manos, antes pareciera fama que diligencia. Viendo el buen sucesso -fol. 88r- del Interes, alento su confiança, y sus remeros se esforçaron de modo que llegaron a ygualar con el Interes; pero, por el mal gouierno del timonero, se embaraçò con las dos varcas primeras, de modo que los vnos ni los otros remos fueron de prouecho. Viendo lo qual la postrera, que traia por insignia a la Buena Fortuna, quando estaua desmayada y casi para dexar la empresa, viendo el intricado enredo de las demas varcas, desuiandose algun tanto de ellas por no caer en el mismo embaraço, apreto, como

dezirse suele, los puños, y, deslizandose por vn lado, passò delante de todas. Cambiaronse los gritos de los que mirauan, cuyas vozes siruieron de aliento a sus vogadores, que, embeuidos en el gusto de verse mejorados, les parecia que, si los que quedauan atras entonces les lleuaran la misma ventaja, no dudaran de alcançarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura que por ligereza. En fin, la Buena Fortuna fue la que la tuuo buena entonces, y la mia de agora no -237- lo seria si yo adelante passasse con el cuento de mis muchos y estraños sucessos; y assi, os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le dare fin, si es possible que le puedan tener mis desuenturas.
Esto dixo Periandro, a tiempo que al enfermo Antonio le tomò vn terrible desmayo; viendo lo qual su padre, casi como adeuino de donde procedia, los dexò a todos y se fue, como despues parecera, a buscar a la Zenotia, con la qual le sucedio lo que se dira en el siguiente capitulo.

-238- -fol. 88v-

Capitvlo onze del segundo libro

Pareceme que, si no se arrimara la paciencia al gusto que tenían Arnaldo y Policarpo de mirar a Auristela, y Sinforosa de ver a Periandro, ya la huuieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que auia sido algo larga, y traida no muy a proposito, pues, para contar sus desgracias propias, no auia para que contar los plazeres agenos. Con todo esso, les dio gusto, y quedaron con el esperando oir el fin de su historia, por el donayre siquiera y buen estilo con que Periandro la contaua. Hallò Antonio el padre a la Zenotia que buscaua, en la camara del rey, por lo menos, y en viendola, puesta vna desenuaynada daga en las manos, con colera española y discurso ciego, arremetio a ella, diziendola, la assio del braço yzquierdo, y, leuantando la daga en alto, la dixo:
-Dame, ¡o hechizera!, a mi hijo viuo y sano, y luego; si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado. Mira si tienes su vida embuelta en algun emboltorio de agujas sin ojos o de alfileres sin cabeças; mira, ¡o perfida!, si la tienes escondida en algun quicio de puerta o en alguna otra parte que sólo tu la sabes.
-239-
Pasmòse Zenotia, viendo que la amenazaua vna daga desnuda en las manos de vn español colerico, y, temblando, le prometio de darle la vida y salud de su hijo; y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera: de tal manera se le auia entrado el temor en el alma. Y assi le dixo:
-Sueltame, español, y enuay[n]a tu azero, que los que tiene tu hijo le han conduzido al término en que está; y pues sabes que las mugeres somos naturalmente vengatiuas, y mas quando nos llama a la vengança el desden y el menosprecio, no te marauilles -fol. 89r- si la dureza de tu hijo me ha endurezido el pecho. Aconsejale que se humane de aqui adelante con los rendidos, y no menosprecie a los que piedad le pidieren, y vete en paz, que mañana estara tu hijo en disposicion de leuantarse bueno y sano.
-Quando assi no sea -respondio Antonio-, ni a mi me faltarà industria para

hallarte, ni colera para quitarte la vida.
Y con esto la dexò, y ella quedò tan entregada al miedo, que, oluidandose de todo agrauio, sacò del quicio de vna puerta los hechizos que auia preparado para consumir la vida poco a poco del riguroso moço, que con los de su donayre y gentileza la tenia rendida. Apenas huuo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salio la salud perdida de Antonio a plaça, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerças esforçado brio, de lo que -240- recibieron general contento quantos le conocian; y, estando con el a solas, su padre le dixo:
-En todo quanto quiero agora dezirte, ¡o hijo!, quiero aduertirte que aduiertas que se encaminan mis razones a aconsejarte que no ofendas a Dios en ninguna manera; y bien auras echado de ver esto en quinze o diez y seys años que ha que te enseño la ley que mis padres me enseñaron, que es la catolica, la verdadera, y en la que se han de saluar y se han saluado todos los que han entrado hasta aqui y han de entrar de aqui adelante en el reyno de los cielos. Esta santa ley nos enseña que no estamos obligados a castigar a los que nos ofenden, sino a aconsejarlos la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al juez, y la reprehension a todos, como sea con las condiciones que despues te dire. Quando te combidaren a hazer ofensas que redunden en deseruicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni dezir injuriosas palabras: que, con no recebir el consejo, y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor en la -fol. 89v- pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que aora te has visto: la Zenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco a poco, en menos [de] diez dias, perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo huuiera estoruado. Y vente conmigo, porque alegres a todos tus amigos con tu vista; y escuchemos los sucessos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche.
Prometiole Antonio a su padre de poner en -241- obra todos sus consejos, con el ayuda de Dios, a pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad le armassen. La Zenotia, en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberuia desamorada del hijo, y de la temeridad y colera del padre, quiso por mano agena vengar su agrauio, sin priuarse de la presencia de su desamorado barbaro; y, con este pensamiento y resuelta determinacion, se fue al rey Policarpo y le dixo:
-Ya sabes, señor, cómo, despues que vine a tu casa y a tu seruicio, siempre he procurado no apartarme en el con la solicitud possible; sabes tambien, fiado en la verdad que de mi tienes conocida, que me tienes hecha archiuo de tus secretos, y sabes, como prudente, que, en los casos propios, y mas si se ponen de por medio desseos amorosos, suelen errarse los discursos que, al parecer, van mas acertados; y por esto querria que, en el que aora tienes hecho de dexar yr libremente a Arnaldo y a toda su compañia, vas fuera de toda razon y de todo término. Dime: si no puedes presente rendir a Auristela, ¿cómo la rendiras ausente? ¿Y cómo querra ella cumplir su palabra, voluiendo a tomar por esposo a vn varon anciano, que en efeto lo eres, que las verdades que vno conoce de si mismo no nos pueden engañar, teniendose ella de su mano a Periandro, que podria ser que no fuesse su hermano, y a Arnaldo, principe moço y que no la quiere para menos que para ser su esposa? No dexes, señor, que la ocasion -fol. 90r-

que agora -242- se te ofrece te vuelua la calua en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasion de detenerlos de querer castigar la insolencia y atreuimiento que tuuo este mostruo barbaro que viene en su compañia de matar en tu misma casa a aquel que dizen que se llamaua Clodio: que, si ansi lo hazes, alcançaràs fama que aluerga en tu pecho, no el fauor, sino la justicia.
Estaua escuchando Policarpo atentissimamente a la maliciosa Zenotia, que, con cada palabra que le dezia, le atrauessaua como si fuera con agudos clauos el coraçon, y luego, luego quisiera correr a poner en efeto sus consejos. Ya le parecia ver a Auristela en braços de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaua con la corona en la cabeça del reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hazia burla de sus amorosos dissinios; en fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderò del alma en tal manera, que estuuo por dar vozes y pedir vengança de quien en ninguna cosa le auia ofendido. Pero viendo la Zenotia quan sazonado le tenia, y quan prompto para executar todo aquello que mas le quisiesse aconsejar, le dixo que se sossegasse por entonces, y que esperassen a que aquella noche acabasse de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diesse de pensar lo que mas conuenia. Agradecioselo Policarpo, y ella, cruel y enamorada, daua traças en su pensamiento cómo cumpliesse el desseo del rey y el suyo. Llegò en esto la noche; -243- juntaronse a conuersacion como la vez passada; voluio Periandro a repetir algunas palabras antes dichas, para que viniesse con concierto a anudar el hilo de su historia, que la auia dexado en el certamen de las varcas.

-244- -fol. 90v-

Capitvlo doze del segundo libro
Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela

La que con mas gusto escuchaua a Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras como con las cadenas que salian de la boca de Hercules112: tal era la gracia y donayre con que Periandro contaua sus sucessos. Finalmente, los voluio anudar, como se ha dicho, prosiguiendo desta manera:
-Al Amor, al Interes y a la Diligencia dexò atras la Buena Fortuna: que sin ella vale poco la diligencia, no es de prouecho el interes, ni el amor puede vsar de sus fuerças. La fiesta de mis pescadores, tan regozijada como pobre, excedio a las de los triunfos romanos: que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regozijos mas auentajados. Pero como las venturas humanas esten por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudança facilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la passamos todos en vna isla pequeña que en la mitad del rio se hazía, combidados -245- del verde sitio y apazible

lugar. Holgauanse los desposados, que, sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto a quien se le auia dado tan grande poniendolos en aquel desseado y venturoso estado, (y assi) ordenaron que en aquella isla del rio se renouassen las fiestas y se continuassen por tres dias. La sazon del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor -fol. 91r- de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los arboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por si, y todas juntas, combidauan a tener por acertado el parecer de que alli estuuiessemos el tiempo que las fiestas durassen.
»Pero, apenas nos auiamos reduzido a la isla, quando, de entre vn pedaço de bosque que en ella estaua, salieron hasta cincuenta salteadores armados a la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huyr, todo a vn mismo punto; y como los descuydados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuydo, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos a mirar que acometer a los ladrones, los quales, como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ouejas, y se lleuaron, si no en la boca, en los braços, a mi hermana Auristela, a Cloelia, su ama, y a Seluiana y a Leoncia, como si solamente vinieran a ofendellas, porque se dexaron muchas otras mugeres a quien la naturaleza auia dotado de singular hermosura. Yo, a quien el estraño caso -246- mas colerico que suspenso me puso, me arrojè tras los salteadores, los segui con los ojos y con las vozes, afrentandolos, como si ellos fueran capazes de sentir afrentas, solamente para irritarlos a que mis injurias les mouiessen a voluer a tomar vengança de ellas; pero ellos, atentos a salir con su intento, o no oyeron, o no quisieron vengarse, y assi se desparecieron; y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele dezirse, a consejo, sobre que hariamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestras prendas. Vno dixo: «No es possible sino que alguna naue de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quiça sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas. Si esto es ansi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es que salgan algunos varcos de los -fol. 91v- nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el, tanto mas quanto que las prendas de esposas, hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate.» «Yo sere -dixe entonces- el que hare essa diligencia: que, para conmigo, tanto vale la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo.» Lo mismo dixeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.
»Quando tomamos esta resolucion, començaua anochecer; pero, con todo esso, nos entramos en vn barco los desposados y yo, con seys -247- remeros; pero, quando salimos al mar descubierto, auia acabado de cerrar la noche, por cuya escuridad no vimos vaxel alguno. Determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos algun nauio, y quiso la suerte que descubriessemos dos, el vno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia a tomarla; conoci que el que dexaua la tierra era el mismo de quien auiamos salido a la isla, assi en las vanderas como en las velas, que venian cruzadas con vna cruz roxa; los que venían de fuera las traian verdes, y los vnos y los otros eran cossarios. Pues como yo imaginé que el nauio que salia de la isla era el de los salteadores de

la presa, hize poner en vna lança vna vandera blanca de seguro; vine arrimando al costado del nauio, para tratar del rescate, lleuando cuydado de que no me prendiesse. Assomóse el capitan al borde, y, quando quise alçar la voz para hablarle, puedo dezir que me la turbò y suspendio y cortò en la mitad del camino vn espantoso trueno que formò el disparar de vn tiro de artilleria de la naue de fuera, en señal que desafiaua a la batalla al nauio de tierra. Al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y, en vn instante, se començaron a cañonear las dos naues, como si fueran de dos conocidos y irritados enemigos. Desuióse nuestro barco -fol. 92r- de en mitad de la furia, y desde lexos estuuimos mirando la batalla; y auiendo jugado la artilleria casi vna hora, se aferraron los dos nauios con vna no vista furia. -248- Los del nauio de fuera, o mas venturosos, o, por mejor dezir, mas valientes, saltaron en el nauio de tierra, y en vn instante desembaraçaron toda la cubierta, quitando la vida a sus enemigos, sin dexar a ninguno con ella. Viendose, pues, libres de sus ofensores, se dieron a saquear el nauio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de cossarios no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se lleuaron de las primeras a mi hermana, a Seluiana, a Leoncia y a Cloelia, con que enriquezieron su naue, pareciendoles que en la hermosura de Auristela lleuauan vn precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi varca a hablar con el capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaua siempre en los ayres, vno de tierra soplò, y hizo apartar el nauio. No pude llegar a el, ni ofrecer impossibles por el rescate de la presa, y assi fue forçoso el voluernos, sin ninguna esperança de cobrar nuestra pérdida; y, por no ser otra la derrota que el nauio lleuaua que aquella que el viento le permitia, no podimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diesse a entender quienes fuessen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanças de nuestro remedio. El volo, en fin, por el mar adelante, y nosotros, desmayados y tristes, nos entramos en el rio, donde todos los varcos de los pescadores nos estauan esperando. No se si os diga, señores, lo que es forçoso deziros: vn cierto espiritu se entrò entonces en mi pecho, que, -249- sin mudarme el ser, me parecio que le tenia mas que de hombre, y assi, leuantandome en pie sobre la varca, hize que la rodeassen todas las demas y estuuiessen atentos a estas o otras semejantes razones -fol. 92v- que les dixe: «La baxa fortuna jamas se enmendo con la ociosidad ni con la pereza; en los animos encogidos nunca tuuo lugar la buena dicha; nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no ay alma que no sea capaz de leuantarse a su assiento; los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los auaros mendigos. Esto os digo, ¡o amigos mios!, para moueros y incitaros a que mejoreis vuestra suerte y a que dexeis el pobre ajuar de vnas redes y de vnos estrechos varcos, y busqueis los tesoros que tiene en si encerrados el generoso trabajo: llamo generoso, al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cauador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que vn dia, sin ganar fama alguna, ¿porque no tomarà en lugar de la azada vna lança, y, sin temor del sol ni de todas las inclemencias del cielo, procurarà ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, assi como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que

por ella se alcançan, se pueden llamar vltramundanos. ¡Ea, pues, amigos, juuentud valerosa, poned los ojos en aquel nauio que se lleua las caras prendas de vuestros parientes, encerrandonos en estotro que en la ribera nos dexaron, casi, a lo que creo, -250- por ordenacion de cielo! Vamos tras el, y hagamonos piratas, no codiciosos, como son los demas, sino justicieros, como lo seremos nosotros. A todos se nos entiende el arte de la marineria; bastimentos hallaremos en el nauio, con todo lo necessario a la nauegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres; y si es grande el agrauio que hemos recebido, grandissima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece. Sigame, pues, el que quisiere, que yo os suplico, y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien se que no me han de dexar en esta valerosa empresa.»

»Apenas -fol. 93r- huue acabado de dezir estas razones, quando se oyo vn murmureo por todas las varcas, procedido de que vnos con otros se aconsejauan de lo que harian, y entre todos salio vna voz que dixo: «Embarcate, generoso huesped, y se nuestro capitan y nuestra guia, que todos te seguiremos.» Esta tan improuisa resolucion de todos me siruio de felice auspicio, y, por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diesse ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al qual siguieron otros casi quarenta; llegué a reconocer el nauio: entré dentro, escudriñéle todo, mirè lo que tenia y lo que le faltaua, y hallé todo lo que me pudo pedir el desseo que fuesse necessario para el viage. Aconsejéles que ninguno voluiesse a tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mugeres y el de los queridos hijos no fuesse parte para dexar de poner -251- en efeto resolucion tan gallarda. Todos lo hizieron assi, y desde alli se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mugeres. ¡Caso estraño, y que ha menester que la cortesía ayude a darle credito! Ninguno voluio a tierra, ni se acomodò de mas vestidos de aquellos con que auia entrado en el nauio, en el qual, sin repartir los oficios, todos seruian de marineros y de pilotos, excepto yo, que fuy nombrado por capitan por gusto de todos. Y, encomendandome a Dios, comence luego a exercer mi oficio, y lo primero que mandè fue desembaraçar el nauio de los muertos que auian sido en la passada refriega, y limpiarle de la sangre, de que estaua lleno; ordenè que se buscassen todas las armas, ansi ofensiuas como defensiuas, que en el auia, y, repartiendolas entre todos, di a cada vno la que, a mi parecer, mejor le estaua; requeri los bastimentos, y, conforme a la gente, tanteè para quantos dias serian bastantes, poco mas a menos. Hecho esto, y hecha oracion al cielo, suplicandole encaminasse -fol. 93v- nuestro viage y fauoreciesse nuestros tan honrados pensamientos, mandé hizar las velas, que aun se estauan atadas a las entenas, y que las dieramos al viento, que, como se ha dicho, soplaua de la tierra, y, tan alegres como atreuidos, y tan atreuidos como confiados, començamos a nauegar por la misma derrota que nos parecio que lleuaua el nauio de la presa. Veysme aqui, señores que me estays escuchando, hecho pescador y casamentero rico con mi querida -252- hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de capitan contra ellos: que las vueltas de mi fortuna no tienen vn punto donde paren, ni terminos que las encierren.

-No mas -dixo a esta sazon Arnaldo-; no mas, Periandro amigo; que, puesto que tu no te canses de contar tus desgracias, a nosotros nos fatiga el

oyrlas, por ser tantas.
A lo que respondio Periandro:
-Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no ay ninguna fuera del lugar, y en mi le tienen todas las que son desgraciadas, aunque, por auer hallado a mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas: que, el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es.
A esto dixo Transila:
-Yo, por mi, digo, Periandro, que no entiendo essa razon; sólo entiendo que le será muy grande si no cumplis el desseo que todos tenemos de saber los sucessos de vuestra historia, que me va pareciendo ser tales, que han de dar ocasion a muchas lenguas que los113 cuenten y muchas injuriosas plumas que la escriuan. Suspensa me tiene el veros capitan de salteadores; juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estare esperando, tambien suspensa, qual fue la primera hazaña que hizistes y la auentura primera con que encontrastes.
-Esta noche, señora - respondio Periandro-, -253- dare fin, si fuere possible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios.
Quedando todos de acuerdo que -fol. 94r- aquella noche voluiessen a la misma plática, por entonces dio fin Periandro a la suya.

-254-

Capitvlo treze del segundo libro
Da cuenta Periandro de vn notable caso que le sucedio en el mar

La salud del enechizado Antonio voluio su gallardia a su primera entereza, y con ella se boluieron a renouar en Zenotia sus mal nacidos desseos, los quales tambien renouaron [en] su114 coraçon los temores de verse de el ausente: que, los desahuciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse que lo estan, en tanto que veen presente la causa de donde nacen. Y assi, procuraua, con todas las traças que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliessen de la ciudad ninguno de aquellos huespedes, y assi, voluio a aconsejar a Policarpo que en ninguna manera dexasse sin castigo el atreuimiento del barbaro homicida, y que, por lo menos, ya que no le diesse la pena conforme al delito, le deuia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el fauor se opusiesse por entonces a la justicia, como tal vez se suele hazer en mas importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diziendo a la Zenotia que era agrauiar la autoridad del principe -255- Arnaldo, que debaxo de su amparo le traia, y enfadar a su querida Auristela, que como a su hermano le trataua; y mas, que aquel delito fue accidental y forçoso, y nacido mas de desgracia que de malicia; y mas, que no tenia parte que le pidiesse, y que todos quantos le conocian, -fol. 94v- afirmauan que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiziente que se conocia.

-¿Cómo es esto, señor -replicò la Zenotia-, que auiendo quedado el otro día entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomasses de detener a Auristela, agora estàs tan lexos de tomarle? Ellos se te yran, ella no voluera, tu llorarás entonces tu perplexidad y tu mal discurso, a tiempo quando ni te aprouechen las lagrimas, ni [puedas] enmendar en la imaginacion lo que aora con nombre de piadoso quieres hazer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su desseo, no lo son, en razon de que no es suyo ni es el el que las comete, sino el amor, que manda su voluntad. Rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de seueridad. Si prendes a este moço, daras lugar a la justicia, y soltandole, a la misericordia, y en lo vno y en lo otro confirmaràs el nombre que tienes de bueno.
Desta manera aconsejaua la Zenotia a Policarpo, el qual, a solas y en todo lugar, yua y venía con el pensamiento en el caso, sin saber resoluerse de que modo podia detener a Auristela -256- sin ofender a Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiesse; pero, en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que, por no estar tan recatada ni tan cruel como la Zenotia, desseaua la partida de Periandro, por entrar en la esperança de la buelta, se llegò el término de que Periandro voluiesse a proseguir su historia, que la siguio en esta manera:
-Ligera volaua mi naue por donde el viento queria lleuarla, sin que se le opusiesse a su camino la voluntad de ninguno de los que yuamos en ella, dexando todos en el aluedrio de la fortuna nuestro viage, quando, desde lo alto de la gauia vimos caer a vn marinero, que, antes que llegasse a la cubierta del nauio, quedò suspenso -fol. 95r- de vn cordel que traia anudado a la garganta. Lleguè con priessa, y cortésele, con que estoruè no se le acortasse la vida. Quedò como muerto, y estuuo fuera de si casi dos horas, al cabo de las quales voluio en si, y preguntandole la causa de su desesperacion, dixo: «Dos hijos tengo, el vno de tres y el otro de quatro años, cuya madre no passa de los veynte y dos, y cuya pobreza passa de lo possible, pues sólo se sustentaua del trabajo de estas manos; y estando yo agora encima de aquella gauia, volui los ojos al lugar donde los dexaua, y, casi como si alcançara a verlos, los vi hincados de rodillas, las manos leuantadas al cielo, rogando a Dios por la vida de su padre, y llamandome con palabras tiernas; vi ansimismo -257- llorar a su madre, dandome nombres de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerça a dezir que lo vi, para no poner duda en ello. Y el ver que esta naue buela y me aparta dellos, y que no se donde vamos, y la poca o ninguna obligacion que me obligò a entrar en ella, me trastornò el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le di a mi garganta, por acabar en vn punto los siglos de pena que me amenazaua.»
»Este sucesso mouio a lástima a quantos le escuchauamos, y, auiendole consolado, y casi assegurado que presto dariamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda que le estoruassen voluer a poner en execucion su mal intento, y ansi le dexamos; y yo, porque este sucesso no despertasse en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dixe que «la mayor cobardia del mundo era el matarse, porque el homicida de si mismo, es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme. Y ¿que mayor mal puede venir a vn hombre que la muerte? Y

siendo esto assi, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y, con -fol. 95v- la muerte desesperada, no sólo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comiençan de nueuo. Digo esto, compañeros mios, porque no os assombre el sucesso que aueis visto deste nuestro desesperado: que aun oy començamos a nauegar, y el ánimo me està diziendo -258- que nos aguardan y esperan mil felices sucessos.» Todos dieron la voz a vno para responder por todos, el qual desta manera dixo: «Valeroso capitan, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar a la razon, y muchas a la ventura; y en la buena que hemos tenido en auerte elegido por nuestro capitan, vamos seguros y confiados de alcançar los buenos sucessos que dizes. Quedense nuestras mugeres, quedense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza a todos: que los cielos, que sustentan los gusarapos del agua, tendran cuydado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, hizar las velas; pon centinelas en las gauias, por ver si descubren en que podamos mostrar que, no temerarios, sino atreuidos, son los que aqui vamos a seruirte.» Agradeciles la respuesta, hize hizar todas las velas, y, auiendo nauegado aquel dia, al amanecer del siguiente, la centinela de la gauia mayor dixo a grandes vozes: «¡Nauio, nauio!» Preguntaronle que derrota lleuaua y que de que tamaño parecia. Respondio que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos por la proa. «Alto, pues -dixe-, amigos; tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son cossarios, el valor que os ha hecho dexar vuestras redes.»

»Hize luego cargar las velas, y, en poco mas de dos horas, descubrimos y alcançamos el nauio, -259- al qual enuestimos de golpe, y, sin hallar defensa alguna, saltaron en el mas de quarenta de mis soldados, que no tuuieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos -fol. 96r- marineros y gente de seruicio; y mirandolo bien todo, hallaron en vn apartamiento, puestos en vn cepo de hierro por la garganta, desuiados vno de otro casi dos varas, a vn hombre de muy buen parecer y a vna muger mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron, tendido en vn rico lecho, a vn venerable anciano, de tanta autoridad, que obligò su presencia a que todos le tuuiessemos respeto. No se mouio del lecho, porque no podia; pero, leuantandose vn poco, alçò la cabeça y dixo: «Enuaynad, señores, vuestras espadas, que en este nauio no hallareis ofensores en quien exercitarlas; y si la necessidad os haze y fuerça a vsar este oficio de buscar vuestra ventura a costa de las agenas, a parte aueis llegado que os harà dichosos, no porque en este nauio aya riquezas ni alajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en el, que soy Leopoldio, el rey de los danaos.» Este nombre de rey me auiuò el desseo de saber que sucessos auian traido a vn rey estar tan solo y tan sin defensa alguna. Lleguéme a el, y preguntèle si era verdad lo que dezia, porque, aunque su graue presencia prometia serlo, el poco aparato con que nauegaua hazía poner en duda el creerle. «Manda, señor -respondio el anciano-, que esta gente se sossiegue, y escuchame vn poco, que en breues -260- razones te contaré cosas grandes.» Sossegaronse mis compañeros, y ellos y yo estuuimos atentos a lo que dezir queria, que fue esto:

«El cielo me hizo rey del reyno de Danea, que heredé de mis padres, que

tambien fueron reyes y lo heredaron de sus passados, sin auerles introduzido a serlo la tirania ni otra negociacion alguna. Caséme en mi mocedad con vna muger mi ygual; muriose, sin dexarme sucession alguna. Corrio el tiempo, y muchos años me contuue en los limites de vna honesta viudez; pero, al fin, por culpa -fol. 96v- mia, que, de los pecados que se cometen, nadie ha de echar la culpa a otro sino a si mismo, digo que, por culpa mia, tropece y cai en la de enamorarme de vna dama de mi muger, que, a ser ella la que deuia, oy fuera el dia que fuera reyna, y no se viera atada y puesta en vn cepo, como ya deueis de auer visto. Esta, pues, pareciendole [no] ser injusto anteponer los rizos de vn criado mío a mis canas, se enuoluio con el, y no solamente tuuo gusto de quitarme la honra, sino que procurò, junto con ella, quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas traças, con tales embustes y rodeos, que, a no ser auisado con tiempo, mi cabeça estuuiera fuera de mis ombros, en vna escarpia, al viento, y las suyas coronadas del reyno de Danea. Finalmente, yo descubri sus intentos a tiempo quando ellos tambien tuuieron noticia de que yo lo sabía. Vna noche, en vn pequeño nauio que estaua con las velas en alto para partirse, por huyr del -261- castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia, se enuarcaron. Supelo, vole a la marina en las alas de mi colera, y hallé que auria veinte horas que auian dado las suyas al viento; y yo, ciego del enojo, y turbado con el desseo de la vengança, sin hazer algun prudente discurso, me enuarqué en este nauio, y los segui, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo. Hallélos a cabo de diez dias en vna isla que llaman del Fuego; cogilos, y descuydados, y puestos en esse cepo que aureis visto, los lleuaua a Danea para darles, por justicia y processos fulminados, la deuida pena a su delito115. Esta es pura verdad: lo[s] delinquentes ai estan, que, aunque no quieran, la acreditan; yo soy el rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las trayga aqui, sino porque os doy mi palabra de poneroslas y embiaroslas donde quisieredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, lleuadme con vosotros -fol. 97r- en vuestro nauio, y dexad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios a Danea, y trayga este dinero donde le ordenaredes. Y no tengo mas que deziros.»

»Mirauanse mis compañeros vnos a otros, y dieronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo, como capitan, lo podia y deuia hazer. Con todo esto, quise tomar parecer con Carino y con Solercio, y con algunos de los demas, porque no entendiessen que me queria alçar de hecho con el mando que de su voluntad ellos tenian dado; y assi, la respuesta -262- que di al rey, fue dezirle: «Señor, a los que aqui venimos, no nos puso la necessidad las armas en las manos, ni ninguno otro desseo que de ambiciosos tenga semejança; buscando vamos ladrones, a castigar vamos salteadores, y a destruyr piratas; y pues tu estàs tan lexos de ser persona deste genero, segura está tu vida de nuestras armas: antes, si has menester que con ellas te siruamos, ninguna cosa aura que nos lo impida; y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que, pues no estás cautiuo, no estás obligado al cumplimiento de ella. Sigue en paz tu camino, y, en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones a tus ofensores: que la grandeza del rey algun tanto resplandece mas en ser misericordiosos que

justicieros.» Quisierase humillar Leopoldio a mis pies; pero no lo consintio ni mi cortesia ni su enfermedad. Pedile me diesse alguna poluora, si lleuaua, y partiesse con nosotros de sus bastimentos, lo qual se hizo al punto. Aconsejèle assimismo que, si no perdonaua a sus dos enemigos, los dexasse en mi nauio, que yo los pondria en parte donde no la tuuiessen mas de ofenderle. Dixo que si haria, porque la presencia del ofensor suele renouar la injuria en el ofendido. Ordené que luego nos voluiessemos a nuestro nauio, con la poluora y -fol. 97v- bastimentos que el rey partio con nosotros, y queriendo passar a los dos prisioneros, ya sueltos y libres del pesado cepo, no dio lugar vn rezio viento -263- que de improuiso se leuantò, de modo que apartò los dos nauios, sin dexar que otra vez se juntassen. Desde el borde de mi naue me despedi del rey a vozes, y el, en los braços de los suyos, salio de su lecho y se despidio de nosotros; y yo me despido agora, porque la segunda hazaña me fuerça a descansar para entrar en ella.

-264-

Capitvlo catorze del segundo libro

A todos dio general gusto de oir el modo con que Periandro contaua su estraña peregrinacion, si no fue a Mauricio, que, llegandose al oido de Transila, su hija, le dixo:

-Pareceme, Transila, que con menos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida; porque no auia para que detenerse en dezirnos tan por estenso las fiestas de las varcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo, sin duda, creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras.

-Assi deue de ser -respondio Transila-; pero lo que yo se dezir es que, ora se dilate o se sucinte en lo que dize, todo es bueno y todo da gusto. Pero ninguno le recebi(r)a mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que, cada palabra que Periandro dezia, assi le regalaua el alma, que la sacaua de si misma. Los rebueltos pensamientos de Policarpo, no le dexauan estar muy atento a los razonamientos -265- de Periandro, y quisiera que no -fol. 98r- le quedara mas que dezir, porque le dexara a el mas que hazer: que las esperanças propinquas de alcançar el bien que se dessea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas. Y era tanto el desseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitò el voluerse a juntar otro dia, en el qual Periandro prosiguio su cuento en esta forma:

-Contemplad, señores, a mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y a mi con algunas sospechas de que no les huuiesse parecido bien mi liberalidad; y puesto que nacio tan de su voluntad como de la mia en la libertad de Leopoldio, cormo no son todas vnas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuuiessen todos contentos, y que les pareciesse que sería dificil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometio Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me mouio a dezirles: «Amigos mios, nadie

esté triste por la perdida ocasion de alcançar el gran tesoro que nos ofrecio el rey, porque os hago saber que vna onça de buena fama vale mas que vna libra de perlas; y esto no lo puede saber sino el que comiença a gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre a quien la virtud enriqueze, suele llegar a ser famoso, como el rico, si es vicioso, puede venir y viene a ser infame: la liberalidad es vna de las mas agradables virtudes, de quien se engendra la buena fama; y -266- es tan verdad esto, que no ay liberal mal puesto, como no ay auaro que no lo sea.»

»Mas yua a dezir, pareciendome que me dauan todos tan gratos oidos como mostrauan sus alegres semblantes, quando me quitò las palabras de la boca el descubrir vn nauio que, no lexos del nuestro, a orça, por delante de nosotros passaua. Hize tocar a arma, y dile caza con todas las velas tendidas, y en breue rato me le puse a tiro de cañon; y disparando vno sin bala, en señal de que amaynasse, -fol. 98v- lo hizo assi, soltando las velas de alto a baxo. Llegando mas cerca, vi en el vno de los mas estraños espectaculos del mundo: vi que, pendientes de las entenas y de las xarcias, venian mas de quarenta hombres ahorcados; admiròme el caso, y, abordando con el nauio, saltaron mis soldados en el, sin que nadie se lo defendiesse. Hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombres semiuiuos, vnos con las cabeças partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad y fracasso, daua señales de auer sucedido sobremesa, porque los manjares nadauan entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardauan el olor del vino. En fin, pisando muertos y hollando heridos, passaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doze hermosíssimas mugeres, y delante dellas vna, que mostraua ser su capitana, armada de vn cosselete blanco, -267- y tan terso y limpio, que pudiera seruir de espejo, a quererse mirar en el; traia puesta la gola, pero no las escarcelas ni los braçaletes; el morrion si, que era de hechura de vna enroscada sierpe, a quien adornauan infinitas y diuersas piedras de colores varios; tenia vn venablo en las manos, tachonado de arriba abaxo con clauos de oro, con vna gran cuchilla, de agudo y luziente azero forjada, con que se mostraua tan briosa y tan gallarda, que bastò a detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusieron a mirarla. Yo, que de mi naue la estaua mirando, por verla mejor, passé a su nauio, a tiempo quando ella estaua diziendo: «Bien creo, ¡o soldados!, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño esquadron de mugeres que a la vista se os ofrece, el qual, despues de la vengança que hemos tomado de nuestros agrauios, no ay cosa que pueda engendrar en -fol. 99r- nosotras temor alguno; enuestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitandonos las vidas: que, como no nos quiteis las honras, las daremos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre; sobrina soy de Cratilo, rey de Bituania; casòme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Yuamos los dos a ver al rey, mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer yr entre nuestros vassallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hizimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los -268- mas viuos

entendimientos, les borrò las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lasciuia. Anoche beuieron de modo que les sepultò en profundo sueño, y algunos, medio dormidos, acudieron a poner las manos en mi esposo, y, quitandole la vida, dieron principio a su abominable intento. Pero como es cosa natural defender cada vno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprouechandonos del poco tiento y borrachez con que nos acometian, y, con algunas armas que les quitamos, y con quatro criados que, libres del humo de Baco, nos acudieron, hizimos en ellos lo que muestran essos muertos que estan sobre essa cubierta; y passando adelante con nuestra vengança, auemos hecho que essos arboles y essas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente: quarenta son los ahorcados, y, si fueran quarenta mil, tambien murieran, porque su poca o ninguna defensa, y nuestra colera, a toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia. Riqueza traygo que poder repartir, aunque mejor diría que vosotros podais tomar; sólo puedo añadir que os las entregaré de buena gana; tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas antes quedareis infames que ricos.»

»Parecieronme tan bien las -fol. 99v- razones de Sulpicia, que, puesto que yo fuera verdadero cossario, me ablandara. Vno de mis pescadores dixo a este punto: «¡Que me maten si no se nos ofrece aqui oy otro rey Leopoldio con quien nuestro -269- valeroso capitan muestre su general condicion! ¡Ea, señor Periandro; vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de auer vencido nuestros naturales apetitos!»

«Assi será -respondi yo-, pues vosotros, amigos, lo quereis; y entended que116 obras tales nunca las dexa el cielo sin buena paga, como, a las que son malas, sin castigo. Despojad essos arboles de tan mal fruto, y limpiad essa cubierta, y entregad a essas señoras, junto con la libertad, la voluntad de seruirlas.» Pusose en efeto mi mandamiento, y, llena de admiracion y de espanto, se me humillò Sulpicia, la qual, como persona que no acertaua a saber lo que le auia sucedido, tampoco acertaua a responderme; y lo que hizo fue mandar a vna de sus damas le hiziesse traer los cofres de sus joyas y de sus dineros. Hizolo assi la dama, y en vn instante, como aparecidos o llouidos del cielo, me pusieron delante quatro cofres llenos de joyas y dineros; abriolos Sulpicia, y hizo muestra de aquel tesoro a los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor, quiça, y aun sin quiça, cego en algunos la intencion que de ser liberales tenian; porque ay mucha diferencia de dar lo que se possee y se tiene en las manos, a dar lo que està en esperanças de posseerse. Sacò Sulpicia vn rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en el venian engastadas, y diziendo: «Toma, capitan tan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece: dadiua es de vna pobre viuda que ayer se vio en -270- la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y oy se vee sugeta a la discrecion destos soldados que te rodean, entre los quales puedes repartir estos tesoros, que, segun se dize, tienen fuerças para -fol. 100r- quebrantar las peñas.» A lo que yo respondi: «Dadiuas de tan gran señora, se han de estimar como si fuessen mercedes.» Y, tomando el collar, me volui a mis soldados y les dixe: «Esta joya es ya mia, soldados y amigos mios, y assi, puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por

ser, a mi parecer, inestimable, no conuiene que se de a vno solo; tomele y guardele el que quisiere, que, en hallando quien le compre, se diuidira el precio entre todos, y quedese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo.» A lo que vno respondio: «Quisieramos, ¡o buen capitan!, que no nos huuieras preuenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos a la tuya. Vuelue el collar a Sulpicia; la fama que nos prometes, no ay collar que la ciña ni límite que la contenga.» Quedè contentissimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia, admirada de su poca codicia. Finalmente, ella me pidio que le diesse doze soldados de los mios que le siruiessen de guarda y de marineros, para lleuar su naue a Bituania. Hizose assi, contentissimos los doze que escogi, sólo por saber que yuan a hazer bien. Proueyonos Sulpicia de generosos vinos y de muchas conseruas, de que -271- careciamos. Soplaua el viento próspero para el viage de Sulpicia y para el nuestro, que no lleuaua determinado paradero. Despedimonos de ella; supo mi nombre y el de Carino y Solercio, y, dandonos a los tres sus braços, con los ojos abraçò a todos los demas, ella llorando lagrimas de plazer y tristeza nacidas: de tristeza, por la muerte de su esposo; de alegria, por verse libre de las manos que penso ser de salteadores, nos diuidimos y apartamos.

»Oluidaua de deziros cómo volui el collar a Sulpicia, y ella le recibio a fuerça de mis importunaciones, y casi tuuo a afrenta que le estimasse yo en tan poco que -fol. 100v- se le voluiesse. Entré en consulta con los mios sobre que derrota tomariamos, y concluyóse que la que el viento lleuasse, pues por ella auian de caminar los demas nauios que por el mar nauegassen; o, por lo menos, si el viento no hiziesse a su proposito, harian bor(o)dos hasta que les viniesse a cuento. Llegò en esto la noche, clara y serena, y yo, llamando a vn pescador marinero que nos seruia de maestro y piloto, me sente en el castillo de popa, y, con ojos atentos, me puse a mirar el cielo.

-Apostarè -dixo a esta sazon Mauricio a Transila, su hija-, que se pone agora Periandro a descriuirnos toda la celeste esfera, como si importasse mucho a lo que va contando el declararnos los mouimientos del cielo. Yo, por mí, desseando estoy que acabe, porque el desseo que tengo de salir de esta tierra, no da lugar -272- a que me entretenga ni ocupe en saber quales son fixas o quales erraticas estrellas; quanto mas, que yo se de sus mouimientos mas de lo que el me puede dezir.

En tanto que Mauricio y Transila esto con sumissa voz hablauan, cobrò aliento Periandro para proseguir su historia en esta forma:

-273-

Capitvlo qvinze del segundo libro

-Començaua a tomar possession el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaua a preguntar al que estaua conmigo muchas cosas de las necessarias para saber vsar el arte de la marineria, quando, de improuiso, començaron a llouer, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la naue, de modo que no parecia sino que el mar todo se auia subido a la region del viento, y desde alli se dexaua descolgar sobre el nauio.

Alborotamonos todos, y, puestos en pie, mirando -fol. 101r- a todas partes, por vnas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo y en admiracion. En esto, el que estaua conmigo dixo: «Sin duda alguna, esta lluuia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abaxo de los ojos aquellos mostruosos pescados que se llaman naufragos117; y, si esto es assi, en gran peligro estamos de perdernos: menester es disparar toda la artilleria, con cuyo ruydo se espantan.» En esto, vi alçar y poner en el nauio vn cuello como de serpiente terrible, que, arrebatando vn marinero, se le engullò y tragò de improuiso, sin tener necessidad de mascarle. «Naufragos son -dixo el piloto-; -274- con balas o sin ellas, que el ruydo, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos.» Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osauan leuantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo esso, se dieron priessa a disparar la artilleria y a dar vozes vnos, y acudir otros a la bomba para voluer el agua al agua. Tendimos todas las velas, y, como si huyeramos de alguna gruessa armada de enemigos, huymos el sobre estante peligro, que fue el mayor [en] que hasta entonces nos auiamos visto.

»Otro dia, al crepusculo de la noche, nos hallamos en la ribera de vna isla no conocida por ninguno de nosotros, y, con dissinio de hazer agua en ella, quisimos esperar el dia sin apartarnos de su ribera. Amaynamos las velas, arrojamos las ancoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomò possession blanda y suauemente. En fin, nos desenuarcamos todos y pisamos la amenissima ribera, cuya arena, vaya fuera todo encarecimiento, la formauan granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofrecieron a la vista prados cuyas yeruas no eran verdes por ser yeruas, sino por ser esmeraldas, en el qual verdor las tenian, no cristalinas -fol. 101v- aguas, como suele dezirse, sino corrientes de liquidos diamantes formados, que, cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian. Descubrimos luego vna selua de arboles de diferentes generos, tan hermosos, que nos suspendieron las almas -275- y alegraron los sentidos: de algunos pendian ramos de rubies que parecian guindas, o guindas que parecian granos de rubies; de otros pendian camuesas, cuyas mexillas la vna era de rosa, la otra de finissimo topazio; en aquel se mostrauan las peras, cuyo olor era de ambar, y cuyo color de los que forma en el cielo quando el sol se traspone. En resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia estauan alli en su sazon, sin que las diferencias del año las estoruassen: todo alli era primauera, todo verano, todo estio sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con estremo increyble. Satisfazia a todos nuestros cinco sentidos lo que mirauamos: a los ojos, con la belleza y la hermosura; a los oydos, con el ruydo manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos paxarillos, que, con no aprendidas vozes formado, los quales, saltando de arbol en arbol y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiua su libertad, y que no querian ni acertauan a cobrarla; al olfato, con el olor que de si despedian las yeruas, las flores y los frutos; al gusto, con la prueua que hizimos de la suauidad dellos; al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias y el oro del Tibar.

-Pesame -dixo a esta sazon Ladislao a su suegro, Mauricio- que se aya

muerto Clodio: que a fee que le auia dado bien que dezir Periandro en lo que va diziendo.
-Callad, señor -dixo Transila, su esposa-, -276- que, por mas que digays, no podreys dezir que no prosigue bien su cuento Periandro.
El qual, como se ha dicho, quando -fol. 102r- algunas razones se entremetian de los circunstantes, el tomaua aliento para proseguir en las suyas: que, quando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan que alegran.
-No es nada lo que hasta aqui he dicho -prosiguio Periandro-, porque, a lo que resta por dezir, falta entendimiento que lo perciba, y aun cortesias que lo crean. Volued, señores, los ojos, y hazed cuenta que veys salir del coraçon de vna peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiesse engañar, digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero vn suauissimo son, que hirio nuestros oydos y nos hizo estar atentos, de diuersos instrumentos de musica formado; luego salio vn carro que no sabre dezir de que materia, aunque dire su forma, que era de vna naue rota que escapaua de alguna gran borrasca; tirauanla doze poderosissimos ximios, animales lasciuos. Sobre el carro venía vna hermosissima dama, vestida de vna roçagante ropa de varias y diuersas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas. Venia arrimada a vn baston negro, y en el fixa vna tablachina o escudo, donde venian estas letras: SENSVALIDAD. Tras ella salieron otras muchas hermosas mugeres, con diferentes instrumentos en las manos, formando vna musica, ya alegre, y ya triste, pero todas singularmente regozijadas. Todos mis compañeros y yo -277- estauamos atonitos, como si fueramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse a mi la Sensualidad, y, con voz entre ayrada y suaue, me dixo: «Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, a lo menos el gusto». Y diziendo esto, passò adelante, y las donzellas de la musica arrebataron, que assi se puede dezir, siete o ocho de mis marineros, y se los lleuaron consigo, y voluieron a entrarse, siguiendo a su señora, por la abertura -fol. 102v- de la peña. Voluime yo entonces a los mios para preguntarles que les parecia de lo que auian visto; pero estoruòlo otra voz o vozes que llegaron a nuestros oidos, bien diferentes que las passadas, porque eran mas suaues y regaladas, y formauanlas vn esquadron de hermosissimas, al parecer, donzellas, y, segun la guia que traian, eranlo, sin duda, porque venía delante mi hermana Auristela, que, a no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabança de su mas que humana hermosura. ¿Que me pidieran a mi entonces que no diera, en albricias de tan rico hallazgo? Que, a pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana a sus dos lados dos donzellas, de las quales la vna me dixo: «La Continencia y la Pudicicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente a la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela oy ha querido disfraçarse, ni la dexaremos hasta que con dichoso fin le de a sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma.» Entonces -278- yo, a tan felices nueuas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nueuo y estraño acontecimiento, por su grandeza y por su nouedad, mal seguro, alcè la voz, para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenia, y queriendo dezir: «¡O vnicas consoladoras de mi alma; o ricas prendas, por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro

qualquier tiempo!118», fue tanto el ahínco que puse en dezir esto, que rompi el sueño, y la vision hermosa desaparecio, y yo me hallé en mi nauio con todos los mios, sin que faltasse alguno de ellos.
A lo que dixo Constança:
-¿Luego, señor Periandro, dormiades?
-Si -respondio-; porque todos mis bienes son soñados.
-En verdad -replicò Constança-, que ya queria preguntar a mi señora Auristela adonde auia estado el tiempo que no auia parecido.
-De tal manera -respondio -fol. 103r- Auristela- ha contado su sueño mi hermano, que me yua haziendo dudar si era verdad o no lo que dezia.
A lo que añadio Mauricio:
-Essas son fuerças de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades.
A todo esto, callaua Arnaldo, y consideraua los afectos y demostraciones con que Periandro contaua su historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma -279- auia infundido el ya muerto maldiziente Clodio de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos.
Con todo esso, dixo:
-Prosigue, Periandro, tu cuento sin repetir sueños, porque los animos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la sin par Sinforosa està esperando que llegues a dezir de donde venias la primera vez que a esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas que por la eleccion de su padre cada año en ella se hazen.
-El gusto de lo que soñe -respondio Periandro- me hizo no aduertir de quan poco fruto son las digressiones en qualquiera narracion, quando ha de ser sucinta, y no dilatada.
Callaua Policarpo, ocupando la vista en mirar a Auristela, y el pensamiento en pensar en ella; y assi, para el importaua muy poco, o nada, que callasse o que hablasse Periandro, el qual, aduertido ya de que algunos se cansauan de su larga plática, determinò de proseguirla, abreuiandola, y siguiendola en las menos palabras que pudiesse; y assi dixo:

-280- -fol. 103v-

Capitvlo diez y seys del segundo libro
Prosigue Periandro su historia

-Desperte del sueño, como he dicho; tomè consejo con mis compañeros que derrota tomariamos, y salio decretado que por donde el viento nos lleuasse: que, pues yuamos en busca de cossarios, los quales nunca nauegan contra viento, era cierto el hallarlos. Y auia llegado a tanto mi simpleza, que preguntè a Carino y a Solercio si auian visto a sus esposas en compañia de mi hermana Auristela, quando yo la vi soñando. Rieronse de mi pregunta, y obligaronme, y aun forçaronme, a que les contasse mi sueño.

Dos meses anduuimos por el mar sin que nos sucediesse cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta nauios de cossarios, que, por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos a nuestro nauio y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros yuan alegres, y no les pesaua de auer trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robauan sino lo robado.

»Sucedio, pues, que vn porfiado viento nos salteò vna noche, que, sin dar lugar a que amaynassemos -281- algun tanto o templassemos las velas, en aquel término que las hallò, las tendio y acossò, de modo que, como he dicho, mas de vn mes nauegamos por vna misma derrota; tanto, que, tomando mi piloto el altura del polo donde nos tomò el viento, y tanteando las leguas que haziamos por hora, y los dias que auiamos nauegado, hallamos ser quatrocientas leguas, poco mas o menos. Voluio el piloto a tomar la altura, y vio que estaua debaxo -fol. 104r- del norte, en el parage de Noruega, y, con voz grande y mayor tristeza, dixo: «Desdichados de nosotros, que, si el viento no nos concede a dar la buelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo, en el mar helado, y, si aqui nos saltea el hyelo, quedaremos empedrados en estas aguas.» Apenas huuo dicho esto, quando sentimos que el nauio tocaua por los lados y por la quilla como en mouibles peñas, por donde se conocio que ya el mar se començaua a helar, cuyos montes de hyelo, que por de dentro se formauan, impedian el mouimiento del nauio. Amaynamos de golpe, porque, topando en ellos, no se abriesse, y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente, y se apretaron de modo, que, cogiendonos en medio, dexaron al nauio engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en vn instante començo el hyelo a entumecer los cuerpos y a entristezer nuestras almas, y haziendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no -282- nos dimos mas dias de vida que los que pudiesse sustentar el bastimento que en el nauio huuiesse, en el qual bastimento desde aquel punto se puso tassa, y se repartio por orden, tan miserable y estrechamente, que desde luego començo a matarnos la hambre. Tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiesse alentar nuestra esperança, si no fue con vn bulto negro que, a nuestro parecer, estaria de nosotros seis o ocho millas; pero luego imaginamos que deuia de ser algun nauio a quien la comun desgracia de hyelo tenia aprisionado. Este peligro sobrepuja y se adelanta a los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque vn miedo dilatado y vn temor no vencido, fatiga mas el alma que vna repentina muerte: que en el acabar subito se ahorran los -fol. 104v- miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaua, tan hambrienta como larga, nos hizo tomar vna resolucion, si no desesperada, temeraria, por lo menos, y fue que consideramos que, si los bastimentos se nos acabauan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede cauer en la imaginacion humana; y assi, determinamos de salirnos del nauio y caminar por encima del yelo, y yr a ver si, en el que se parecia, auria alguna cosa de que aprouecharnos, o ya de grado, o ya por fuerça.

»Pusose en obra nuestro pensamiento, y en vn instante vieron las aguas

sobre si formado, -283- con pies enxutos, vn esquadron pequeño, pero de valentissimos soldados; y siendo yo la guia, resbalando, cayendo y leuantando, llegamos al otro nauio, que lo era casi tan grande como el nuestro. Auia gente en el, que, puesta sobre el borde, adeuinando la intencion de nuestra venida, a vozes començo vno a dezirnos: «¿A que venis, gente desesperada? ¿Que buscays? ¿Venis, por venturas, a apressurar nuestra muerte y a morir con nosotros? Volueos a vuestro nauio, y, si os faltan bastimentos, roed las xarcias, y encerrad en vuestros estomagos los embreados leños, si es possible; porque pensar que os hemos de dar acogida, será pensamiento vano y contra los preceptos de la caridad, que ha de començar de si mismo. Dos meses dizen que suele durar este yelo que nos detiene; para quinze dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, a vuestra consideracion lo dexo.» A lo que yo le respondi: «En los apretados peligros, toda razon se atropella, no ay respeto que valga, ni buen término que se guarde. Acogednos en vuestro nauio de grado, y juntaremos en el el bastimento que en el nuestro queda, y comamoslo amigablemente, antes que la precisa necessidad nos haga mouer las armas y -fol. 105r- vsar de la fuerça.» Esto le respondi yo, creyendo no dezian verdad en la cantidad del bastimento que señalauan; pero ellos, viendose superiores y auentajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas ni admitieron nuestros ruegos: antes arremetieron a las armas, y se pusieron -284- en orden de defenderse. Los nuestros, a quien la desesperacion, de valientes, hizo valentissimos, añadiendo a la temeridad nueuos brios, arremetieron al nauio, y casi sin recebir herida le entraron y le ganaron, y alçòse vna voz entre nosotros que a todos les quitassemos la vida, por ahorrar de balas y de estomagos por donde se fuesse el bastimento que en el nauio hallassemos. Yo fuy de parecer contrario, y, quiça por tenerle bueno, en esto nos socorrio el cielo, como despues dire; aunque primero quiero deziros que este nauio era el de los cossarios que auian robado a mi hermana y a las dos rezien desposadas pescadoras. Apenas le huue reconocido, quando dixe a vozes: «¿Adonde teneis, ladrones, nuestras almas? ¿Adonde estan las vidas que nos robastes? ¿Que aueys hecho de mi hermana Auristela, y de las dos, Seluiana y Leoncia, partes, mitades de los coraçones de mis buenos amigos Carino y Solercio?» A lo que vno me respondio: «Essas mugeres pescadoras que dizes, las vendio nuestro capitan, que ya es muerto, a Arnaldo, principe de Dinamarca.»

-Assi es la verdad -dixo a esta sazon Arnaldo-, que yo comprè a Auristela y a Cloelia, su ama, y a otras dos hermosissimas donzellas, de vnos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian.

-¡Valame Dios -dixo Rutilio en esto-, y por que rodeos y con que eslabones se viene a enga[r]çar la peregrina historia tuya, o Periandro!

-285-

-Por lo que deues al desseo que todos tenemos de seruirte -añadio Sinforosa-, que abreuies tu cuento, ¡o historiador tan verdadero como gustoso!

-fol. 105v-

-Si hare -respondio Periandro-, si es possible que grandes cosas en breues terminos puedan encerrarse.

Capitvlo diez y siete del segundo libro

Toda esta tardança del cuento de Periandro, se declaraua tan en contrario del gusto de Policarpo, que, ni podia estar atento para escucharle, ni le daua lugar a pensar maduramente lo que deuia hazer para quedarse con Auristela. Sin perjuyzio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero, ponderaua la calidad de sus huespedes, entre los quales se le ponia delante Arnaldo, principe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio, algun gran personage; y en la hermosura de Auristela, el de alguna gran señora. Quisiera buenamente lograr sus desseos a pie llano, sin rodeos ni inuenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que, puesto que su mucha edad no lo permitia, todauia podia dissimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse que abrassarse. Acuciaua y solicitaua sus pensamientos los que solicitauan y aquexauan a la embaydora Zenotia, con la qual se concerto que, antes de dar otra audiencia a Periandro, se pusiesse en efeto su dissinio, que fue que, de alli a dos noches, tocassen vn arma fingida en la -287- ciudad y se pegasse fuego al palacio por tres o quatro partes, de modo que obligasse a los que en el assistian a ponerse en cobro, donde era forçoso que interuiniesse la confusion y el alboroto, en medio del qual preuino gente que robassen al barbaro moço Antonio y a la hermosa Auristela, y assimismo ordenó a Policarpa, su hija, que, conmouida de lástima christiana, auisasse a -fol. 106r- Arnaldo y a Periandro el peligro que les amenazaua, sin descubrilles el robo, sino mostrandoles el modo de saluarse, que era que acudiessen a la marina, donde en el puerto hallarian vna saetia que los acogiesse.

Llegóse la noche, y, a las tres horas della, començo el arma, que puso en confusion y alboroto a toda la gente de la ciudad; començo a resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaua el que Policarpo en su pecho tenia; acudio su hija, no alborotada, sino con reposo, a dar noticia a Arnaldo y a Periandro de los dissinios de su traidor y enamorado padre, que se estendian a quedarse con Auristela y con el barbaro moço, sin quedar con indicios que le infamassen; oyendo lo qual, Arnaldo y Periandro llamaron a Auristela, a Mauricio, Transila, Ladislao, a los barbaros padre y hijo, a Ricla, a Constança y a Rutilio, y, agradeciendo a Policarpa su auiso, se hizieron todos vn monton, y, puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembaraçado hasta el puerto, y segura enuarcacion en la saetia, cuyo piloto y marineros estauan auisados y cohechados de -288- Policarpo que, en el mismo punto que aquella gente, que, al parecer, huyda, se enuarcasse, se hiziessen al mar, y no parassen con ella hasta Inglaterra, o hasta otra parte mas lexos de aquella isla. Entre la confusa griteria y el continuo vozear: «¡Alarma, alarma!», entre los estallidos del fuego abrassador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrassasse, andaua encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y assimismo solicitaua el de Antonio la hechizera Zenotia; pero, viendo que se auian enuarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo

dezia y el alma se lo pronosticaua, acudio a mandar que todos los baluartes y todos los nauios que estauan en el puerto, disparassen la artilleria contra el nauio de los que en el huian, con lo qual de nueuo se aumentò el estruendo, y el miedo discurrio por los animos -fol. 106v- de todos los moradores de la ciudad, que no sabian que enemigos los assaltauan, o que intempestiuos acontecimientos les acometian.
En esto, la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies, y sus esperança[s] en su inocencia, y, con pasos desconcertados y temerosos, se subio a vna alta torre de palacio, a su parecer, parte segura del fuego que lo demas del palacio yua consumiendo. Acerto a encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le conto como si lo huuiera visto la huida de sus huespedes, cuyas nueuas quitaron el sentido a Sinforosa, y en Policarpa pusieron -289- el arrepentimiento de auerlas dado. Amanecia en esto el alua, risueña para todos los que con ella esperauan descubrir la causa o causas de la presente calamidad, y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse. Mordiase las manos Zenotia, y maldezia su engañadora ciencia y las promessas de sus malditos maestros. Sola Sinforosa se estaua aun en su desmayo, y sola su hermana lloraua su desgracia, sin descuydarse de hazerle los remedios que ella podia para hazerla voluer en su acuerdo.
Voluio, en fin; tendio la la vista por el mar, vio volar la saetia donde yua la mitad de su alma, o la mejor parte della, y, como si fuera otra engañada y nueua Dido, que de otro fugitiuo Eneas se quexaua, embiando suspiros al cielo, lagrimas a la tierra y vozes al ayre, dixo estas o otras semejantes razones:
-¡O hermoso huesped, venido por mi mal a estas riberas, no engañador, por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa que me dixesses palabras amorosas para engañarme! Amayna essas velas, o templalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean esse nauio, cuya vista, sólo porque vas en el, me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alexas de quien te busca, y das muestras de que aborreces a quien te adora. Hija soy de vn rey, y me contento con -fol. 107r- ser esclaua tuya; y, si no tengo hermosura que pueda satisfazer a tus ojos, tengo desseos que puedan -290- llenar los vazios de los mejores que el amor tiene. No repares en que se abrasse toda esta ciudad: que, si vuelues, aura seruido este incendio de luminarias por la alegria de tu vuelta. Riquezas tengo, acelerado fugitiuo mio, y puestas en parte donde no las hallará el fuego aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para ti solo.
A esta sazon, voluio a hablar con su hermamana, y le dixo:
-¿No te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? ¿No te parece que no camina tanto? ¡Ay, Dios! ¿Si se aura arrepentido? ¡Ay, Dios, si la remora de mi voluntad le detiene el nauio!
-¡Ay, hermana! -respondio Policarpa-. No te engañes, que los desseos y los engaños suelen andar juntos. El nauio buela, sin que le detenga la remora de tu voluntad, como tu dizes, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.
Salteòlas en esto el rey, su padre, que quiso ver de la alta torre tambien, como su hija, no la mitad, sino toda su alma que se le ausentaua, aunque ya no se descubria. Los hombres que tomaron a su cargo encender el

fuego del palacio, le tuuieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto y el mal nacido desseo de su rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechizera Zenotia, y aquel mismo dia le depusieron del reyno, y colgaron a Zenotia de vna entena. Sinforosa y -291- Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuuieron fue tal, que correspondio a sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcançasse el fin felice de sus desseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas. Los del nauio, viendose todos juntos y todos libres, no se hartauan de dar gracias al cielo de su buen sucesso. De ellos supieron -fol. 107v- otra vez los traidores dissinios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no hallasse en ellos disculpa el auer sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que, quando ocupa a vn alma la passion amorosa, no hay discurso con que acierte ni razon que no atropelle. Haziales el tiempo claro, y, aunque el viento era largo, estaua el mar tranquilo. Lleuauan la mira de su viage puesta en Inglaterra, adonde pensauan tomar el dissinio que mas les conuiniesse, y con tanto sossiego nauegauan, que no les sobresaltaua ningun rezelo, ni miedo de ningun sucesso aduerso. Tres dias durò la apazibilidad del mar, y tres dias soplò próspero el viento, hasta que, al quarto, a poner del sol, se començo a turbar el viento y a desassossegarse el mar, y el rezelo de alguna gran borrasca començo a turbar a los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo. Pero quiso la buena suerte que, quando les apretaua este temor, descubriessen cerca de si vna isla, que luego de los marineros fue conocida, y dixeron -292- que se llamaua la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabían que estauan dos calas capazes de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veynte nauios; tales, en fin, que pudieran seruir de abrigados puertos. Dixeron tambien que, en vna de las ermitas, seruia de ermitaño vn cauallero principal frances llamado Renato, y en la otra ermita seruia de ermitaña vna señora francessa llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se huuiesse visto. El desseo de saberla, y el de repararse de la tormenta si víniesse, hizo a todos que encaminassen alla la proa. Hizose assi, con tanto acertamiento, que dieron luego con vna de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiesse; y, estando informado -fol. 108r- Arnaldo de que en la isla no auia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento a Auristela y a Transila, que fatigadas del mar venian, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandò echar el esquife al agua, y que saliessen todos a tierra a passar la noche en sossiego, libres de los baybenes del mar. Y aunque se hizo assi, fue parecer del barbaro Antonio que el y su hijo, y Ladislao y Rutilio, se quedassen en el nauio guardandole, pues la fee de sus marineros, poco esperimentada, no les deuia assegurar de modo que se fiassen dellos. Y, en efeto, los que se quedaron en el nauio fueron los dos Antonios, padre y hijo, con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las -293- tablas embreadas de sus naues: mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus nauios, que a la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de vna peña, los de la tierra se repararon del

viento, y, a la claridad de mucha lumbre que de ramas cortadas en vn instante hizieron, se defendieron del frio, y ya, como acostumbradas a passar muchas vezes calamidades semejantes, passaron la desta noche sin pesadumbre alguna; y mas con el aliuio que Periandro les causò con voluer, por ruego de Transila, a proseguir su historia, que, puesto que el lo rehusaua, añadíendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudandoles Auristela, la ocasion y el tiempo, la huuo de proseguir en esta forma:

-294-

Capitvlo diez y ocho del segundo libro

-Si es verdad, como lo es, ser dulcissima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la passada guerra, y en la salud la enfermedad -fol. 108v- padecida, dulce me ha de ser a mi agora contar mis trabajos en este sossiego, que, puesto que no puedo dezir que estoy libre de ellos todauia, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte que, quando los bienes comiençan a crecer, parece que vnos se van llamando a otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aqui he padecido, imagino que han llegado al vltimo paradero de la miserable fortuna, y que es forçoso que declinen: que, quando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el vltimo de todos, ha de seguirse la mudança, no de mal a mal, sino de mal a bien, y de bien a mas bien; y este en que estoy, teniendo a mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me assegura y promete que tengo de llegar a la cumbre de los mas felices que acierte a dessearme.

»Y assi, con este dichoso pensamiento, digo -295- que quedè en la naue de mis contrarios, ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que auian hecho de mi hermana y de las dos recien desposadas pescadoras, y de Cloelia, al principe Arnaldo, que aqui està presente. En tanto que los mios andauan escudriñando y tanteando los bastimentos que auia en el empedrado nauio, a deshora, y de improuiso, de la parte de tierra descubrimos que sobre los hyelos caminaua vn esquadron de armada gente, de mas de quatro mil personas formado. Dexònos mas helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pe[n]samiento119 de defenderse. Caminauan sobre solo vn pie, dandose con el derecho sobre el calcaño yzquierdo, con que se impelian y resbalauan sobre el mar grandissimo trecho, y luego, voluiendo a reiterar el golpe, tornauan a resbalar otra gran pieça de camino; -fol. 109r- y desta suerte, en vn instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes, y vno de ellos, que, como despues supe, era el capitan de todos, llegandose cerca de nuestro nauio, a trecho que pudo ser oido, assegurando la paz con vn paño blanco que volteaua sobre el braço, en lengua polaca, con voz clara, dixo: «Cratilo, rey de Bituania y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los nauios que del hyelo estan detenidos, a lo menos la gente y la mercancia que tuuieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya. Si vosotros gustaredes de -296- acetar este partido, sin defenderos, gozareis de

las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautiuar en ningun modo; miradlo, y si no, aparejaos a defenderos de nuestras armas, continuo vencedoras.»

»Contentòme la breuedad y la resolucion del que nos hablaua. Respondile que me dexasse tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis pescadores me dieron, dezir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos, era el acabar la vida, la qual se auia de sustentar por todos los medios possibles, como no fuessen por los de la infamia; y que, pues en los partidos que nos ofrecian no interuenia ninguna, y del perder la vida estauamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, sería bien rendirnos, y dar lugar a la mala fortuna que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardasse para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al capitan del esquadron, y al punto, mas con apariencia de guerra que con muestras de paz, arremetieron al nauio, y en vn instante le desualijaron todo, y trasladaron quanto en el auia, hasta la misma artilleria y xarcias, a vnos cueros de bueyes que sobre el hyelo tendieron; liandolos por encima, asseguraron poderlos lleuar tirandolos con cuerdas, sin que se perdiesse cosa alguna. Robaron ansimismo lo que -fol. 109v- hallaron en el otro nuestro nauio, y, poniendonos a nosotros sobre otras pieles, alçando vna alegre vozeria, nos tiraron y nos lleuaron a tierra, que deuia de estar desde el lugar del nauio como veynte millas. -297- Pareceme a mi que deuia de ser cosa de ver caminar tanta gente por cima de las aguas a pie enxuto, sin vsar alli el cielo alguno de sus milagros120.

»En fin, aquella noche llegamos a la ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito numero de gente, que a ver la presa de los helados y yertos auian venido. Venia entre ellos, sobre vn hermoso cauallo, el rey Cratilo, que, por las insignias reales con que se adornaua, conocimos ser quien era; venia a su lado, assimismo a cauallo, vna hermosissima muger, armada de vnas armas blancas, a quien no podian acabar de encubrir vn velo negro con que venian cubiertas. Lleuòme tras si la vista, tanto su buen parecer, como la gallardia del rey Cratilo, y, mirandola con atencion, conoci ser la hermosa Sulpicia, a quien la cortesia de mis compañeros pocos dias [antes] auian dado la libertad que entonces gozaua. Acudio el rey a ver los rendidos, y, lleuandome el capitan assido de la mano, le dixo: «En este solo mancebo, ¡o valeroso rey Cratilo!, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos ojos han visto.» «¡Santos cielos! -dixo a esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojandose del cauallo al suelo-. O yo no tengo vista en los ojos, o es este mi libertador, Periandro.» Y el dezir esto, y añudarme el cuello con sus braços, fue todo vno, cuyas estrañas y amorosas muestras obligaron tambien a Cratilo a que del cauallo -298- se arrojasse y con las mismas señales de alegria me recibiesse. Entonces la desmayada esperança de algun buen sucesso estaua lexos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliento en las -fol. 110r- muestras alegres con que vieron recebirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron a Dios del no esperado beneficio: que ya le contauan, no por beneficio, sino por singular y conocida merced. Sulpicia dixo a Cratilo: «Este mancebo es vn sujeto donde tiene su assiento la suma cortesia, y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha esta

esperiencia, quiero que tu discrecion la acredite, sacando por su gallarda presencia -y en esto bien se vee que hablaua como agradecida, y aun como engañada- en limpio esta verdad que te digo. Este fue el que me dio libertad despues de la muerte de mi marido; este el que no despreciò mis tesoros, sino el que no los quiso; este fue el que, despues de recebidas mis dadiuas, me las voluio mejoradas, con el desseo de darmelas mayores, si pudiera; este fue, en fin, el que, acomodandose, o, por mejor dezir, haziendo acomodar a su gusto el de sus soldados, dandome doze que me acompañassen, me tiene aora en tu presencia.» Yo entonces, a lo que creo, rojo el rostro con las alabanças, o ya aduladoras o demasiadas, que de mi oia, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiendole las manos, que no me las dio para besarselas, sino para leuantarme del suelo.
En este entretanto, -299- los doze pescadores que auian venido en guarda de Sulpicia, andauan entre la demas gente buscando a sus compañeros, abraçandose vnos a otros, y, llenos de contento y regozijo, se contauan sus buenas y malas suertes: los del mar esagerauan su hyelo, y los de la tierra sus riquezas. «A mi -dezia el vno- me ha dado Sulpicia esta cadena de oro.» «A mi -dezia otro- esta joya, que vale por dos de essas cadenas.» «A mi -replicaua este- me dio tanto dinero.» Y aquel repetia: «Mas me ha dado a mi en este solo anillo de diamantes, que a todos vosotros junto.»
A todas estas pláticas puso -fol. 110v- silencio vn gran rumor que se leuantò entre la gente, causado del que hazía vn poderosissimo cauallo barbaro, a quien dos valientes lacayos traian del freno, sin poderse aueriguar con el. Era de color morzillo, pintado todo de moscas blancas, que sobremanera te hazian hermoso; venia en pelo, porque no consentia ensillarse del mismo rey; pero no le guardaua este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes a detenerle mil montes de embaraços que ante el se pusieran, de lo que el rey estaua tan pesaroso, que diera vna ciudad a quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me conto el rey breue y sucintamente, y yo me resolui con mayor breuedad a hazer lo que agora os dire.
Aqui llegaua Periandro con su plática, quando, a vn lado de la peña donde estauan recogidos los del nauio, oyo Arnaldo vn ruydo como -300- de pasos de persona que hazia ellos se encaminaua. Leuantóse en pie, puso mano a su espada, y, con esforçado denuedo, estuuo esperando el sucesso. Callò assimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y, a la escasa luz de la luna, que, cubierta de nubes, no dexaua verse, vieron que hazia ellos venian dos bultos, que no pudieran diferenciar lo que eran, si vno de ellos con voz clara no dixera:
-No os alborote, señores, quienquiera que seays, nuestra improuisa llegada, pues sólo venimos a seruiros. Esta estancia que teneis, desierta y sola, la podeys mejorar, si quisieredes, en la nuestra, que en la cima desta montaña està puesta; luz y lumbre hallareis en ella, y manjares, que, si no delicados y costosos, son, por lo menos, necessarios y de gusto.
Yo le respondi:
-¿Soys, por ventura, Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas, diziendo el bien que en ellos se

encierra?

-Si -fol. 111r- dixerades los desdichados- respondio el bulto, acertarades en ello; pero, en fin, nosotros somos los que dezis, y los que os ofrecimos con voluntad sincera el acogimiento que puede daros nuestra estrecheza.

Arnaldo fue de parecer que se tomasse el consejo que se les ofrecía, pues el rigor del tiempo que amenazaua les obligaua a ello. Leuantaronse -301- todos, y, siguiendo a Renato y a Eusebia, que les siruieron de guias, llegaron a la cumbre de vna montañuela, donde vieron dos ermitas, mas comodas para passar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y, en la que parecia algo mayor, hallaron luzes, que de dos lamparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaua, que era vn altar con tres deuotas imagenes: la vna, del autor de la vida, ya muerto y crucificado; la otra, de la reyna de los cielos y de la señora de la alegria, triste, y puesta en pie, del que tiene los pies sobre todo el mundo; y la otra, del amado dicipulo, que vio mas estando durmiendo, que vieron quantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincaronse de rodillas, y, hecha la deuida oracion con deuoto respeto, les lleuò Renato a vna estancia que estaua junto a la ermita, a quien se entraua por vna puerta que junto al altar se hazía.

Finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dexaràn de contar las que alli passaron, ansi de la pobre cena, como del estrecho regalo, que sólo se alargaua en la bondad de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad, que tocaua en los margenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todauia resplandecian las muestras de auer sido rara en todo estremo. Auristela, Transila y Constança se quedaron en aquella estancia, a quien siruieron de camas secas espadañas, con otras yeruas, para dar gusto -302- al olfato [mas] -fol. 111v- que a otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita, en diferentes puestos, tan frios como duros, y tan duros como frios. Corrio el tiempo como suele; volo la noche, y amanecio el dia claro y sereno; descubriose la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaua combidando a que la gozassen voluiendose a enuarcar; y, sin duda alguna, se hiziera assi, si el piloto de la naue no subiera a dezir que no se fiassen de las muestras del tiempo, que, puesto que prometian serenidad tranquila, los efetos auian de ser muy contrarios. Salio con su parecer, pues todos se atuuieron a el: que, en el arte de la marineria, mas sabe el mas simple marinero, que el mayor letrado del mundo. Dexaron sus heruosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y salieron a ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que sólo podia bojar hasta doze millas; pero tan llena de arboles frutiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yeruas verdes, y tan olorosa por las flores, que, en vn ygual grado y a vn mismo tiempo, podia satisfazer a todos cinco sentidos. Pocas horas se auia entrado por el dia, quando los dos venerables ermitaños llamaron a sus huespedes, y, tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo vna agradable alfombra, quiça mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diuersidad de frutas, assi verdes como secas, y pan no tan reziente -303- que no semejasse vizcocho, coronando la mesa assimismo de vasos de corcho, con maestria labrados, de

frios y liquidos cristales llenos. El adorno121, las frutas, las puras y limpias aguas, que, a pesar de la parda color de los corchos, mostrauan su claridad, y la necessidad juntamente, obligò a todos, y aun les forço, por mejor dezir, a que al rededor de la mesa se sentassen. Hizieronlo assi, y, -fol. 112r- despues de la tan breue como sabrosa comida, Arnaldo suplicò a Renato que les contasse su historia y la causa que a la estrecheza de tan pobre vida le auia conduzido; el qual, como era cauallero, a quien es anexa siempre la cortesia, sin que segunda vez se lo pidiessen, desta manera començo el cuento de su verdadera historia:

-304-

Capitvlo diez y nueue del segundo libro
Cuenta Renato la ocasion que tuuo para yrse a la isla de las Ermitas

-Qvando los trabajos passados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibio en sufrirlos. Esto no podre dezir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Naci en Francia; engendraronme padres nobles, ricos y bien intencionados; crième en los exercicios de cauallero; medi mis pensamientos con mi estado; pero, con todo esso, me atreui a ponerlos en la señora Eusebia, dama de la reyna en Francia, a quien sólo con los ojos la di a entender que la adoraua, y ella, o ya descuydada, o no aduertida, ni con sus ojos ni con su lengua me dio a entender que me entendia. Y aunque el disfauor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltandole el arrimo de la esperança, con quien suele crecer, en mi fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaua alas mi esperança con que subir hasta el cielo de merecerla. Pero la inuidia o la demasiada curiosidad de Libsomiro, cauallero -fol. 112v- assimismo frances, no -305- menos rico que noble, alcançò a saber mis pensamientos, y, sin ponerlos en el punto que deuia, me tuuo mas inuidia que lástima, auiendo de ser al contrario; porque ay dos males en el amor que llegan a todo estremo: el vno es querer y no ser querido; el otro, querer y ser aborrecido; y a este mal no se yguala el de la ausencia ni el de los zelos. En resolucion, sin auer yo ofendido a Libsomiro, vn dia se fue al rey, y le dixo cómo yo tenia trato illicito con Eusebia, en ofensa de la magestad real, y contra la ley que deuia guardar como cauallero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que le mostrasse la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, a quien vna y mil vezes acusaua de impudica y mal intencionada. »Con esta informacion, alborotado el rey, me mandò llamar, y me conto lo que Libsomiro de mi le auia contado; disculpé mi inocencia, volui por la honra de Eusebia, y, por el mas comedido medio que pude, desmenti a mi enemigo. Remitiose la prueua a las armas. No quiso el rey darnos campo en ninguna tierra de su reyno, por no yr contra la ley catolica, que los prohibe. Dionosle vna de las ciudades libres de Alemania. Llegóse el dia

de la batalla; parecio en el puesto con las armas que se auian señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hizieron los padrinos y los juezes las ceremonias que en tales casos se acostumbran; partieronnos el sol, y dexaronnos. Entrè yo confiado -306- y animoso, por saber indubitablemente que lleuaua la razon conmigo, y la verdad de mi parte; de mi contrario bien se yo que entrò animoso, y mas soberuio y arrogante que seguro de su conciencia. ¡O soberanos cielos! ¡O juizios de Dios inescrutables! Yo hize lo que pude; yo puse mis esperanças en Dios y en la limpieça de mis no executados desseos; sobre mi no tuuo poder el miedo, -fol. 113r- ni la debilidad de los braços, ni la puntualidad de los mouimientos; y, con todo esso, y no saber dezir el cómo, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazandome de presta y inebitable muerte. «Aprieta -dixe yo entonces-, ¡o mas venturoso que valiente vencedor mio!, esta punta de espada, y sacame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes a que me rinda, que no ha de confessar mi lengua la culpa que no tengo. Pecados si tengo yo que merecen mayores castigos; pero no quiero añadirles este de leuantarme testimonio a mi mismo, y assi, mas quiero morir con honra que viuir deshonrado.» «Si no te rindes, Renato -respondio mi contrario-, esta punta llegará hasta el celebro, y hara que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado.» Llegaron en esto los juezes, y tomaronme por muerto, y dieron a mi enemigo el lauro de la vitoria. Sacaronle del campo en ombros de sus amigos, y a mi me dexaron solo, en poder del quebranto y de la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como -307- yo pensaua, pues no fue vastante a quitarme la vida, ya que no me la quitò la espada de mi enemigo.

»Recogieronme mis criados. Voluime a la patria. Ni en el camino, ni en ella, tenia atreuimiento para alçar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus parpados cargaua el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia; de los amigos que me hablauan, pensaua que me ofendian; el claro cielo para mi estaua cubierto de obscuras tinieblas; ni vn corrillo acaso se hazía en las calles, de los vezinos del pueblo, de quien no pensasse que sus pláticas no naciessen de mi deshonra; finalmente, yo me hallè tan apretado de mis melancolias, pensamientos y confussas imaginaciones, que, por salir dellas, o, a lo menos, aliuiarlas, o acabar con la vida, determinè -fol. 113v- salir de mi patria, y, renunciando mi hazienda en otro hermano menor que tengo, en vn nauio, con algunos de mis criados, quise desterrarme y venir a estas setentrionales partes, a buscar lugar donde no me alcançasse la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultasse mi nombre. Hallè esta isla acaso; contentóme el sitio, y, con el ayuda de mis criados, leuantè esta ermita, y encerreme en ella. Despedilos; diles orden que cada vn año viniessen a verme, para que enterrassen mis huessos. El amor que me tenian, las promesas que les hize, y los dones que les di, les obligaron a cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos. Fueronse, y dexaronme entregado a -308- mi soledad, donde hallè tan buena compañia en estos arboles, en estas yeruas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nueuo me tuue lástima a mi mismo de no auer sido vencido muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo huuiera venido antes

al descanso de gozallos. ¡O soledad, alegre compañia de los tristes! ¡O silencio, voz agradable a los oydos, donde llegas, sin que la adulacion ni la lisonja te acompañen! ¡O, que de cosas dixera, señores, en alabança de la santa soledad y del sabroso silencio! Pero estoruamelo el deziros primero cómo dentro de vn año voluieron mis criados, y truxeron consigo a mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veys presente, a quien mis criados dixeron en el término que yo quedaua, y ella, agradecida a mis desseos, y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y, enuarcandose con ellos, dexò su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo mas que dexò fue la honra, pues la dexò al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huyda confirmaua su yerro -fol. 114r- y el mio. Recebila como ella esperaua que yo la recibiesse, y la soledad y la hermosura, que auian de encender nuestros començados desseos, hizieron el efeto contrario, merced al cielo y a la honestidad suya. Dimonos las manos de legitimos esposos, enterramos el fuego en la nieue, y en paz y en amor, como dos estatuas mouibles, ha que viuimos en este lugar casi diez años, en los -309- quales no se ha passado ninguno en que mis criados no vueluan a verme, proueyendome de algunas cosas que en esta soledad es forçoso que me falten. Traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiesse. Tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los diuinos oficios; dormimos a parte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y, confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dio fin a su plática Renato, y con esto dio ocasion a que todos los circunstantes se admirassen de su sucesso, no porque les pareciesse nueuo dar castigos el cielo contra la esperança de los pensamientos humanos, pues se sabe que por vna de dos causas vienen los que parecen males a las gentes: a los malos, por castigo, y a los buenos, por mejora; y en el número de los buenos pusieron a Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni menos con Eusebia, que se mostro prudente en los agradecimientos y consolada en su estado.

-¡O vida solitaria! -dixo a esta sazon Rutilio, que, sepultado en silencio, auia estado escuchando la historia de Renato-. ¡O vida solitaria -dixo-, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quien te amara, quien te abraçara, quien te escogiera, y quien, finalmente, te gozara!

-Dizes bien -dixo Mauricio-, amigo Rutilio. Pero essas consideraciones han de caer sobre -310- grandes sujetos; porque no nos ha de causar marauilla que vn rustico pastor se retire -fol. 114v- a la soledad del campo, ni nos ha de admirar que, vn pobre que en la ciudad muere de hambre, se recoja a la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de viuir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas, manos. Si yo viera a vn Anibal cartagines encerrado en vna ermita, como vi a vn Carlos V cerrado en vn monasterio, suspendierame y admirarame; pero que se retire vn plebeyo, que se recoja vn pobre, ni me admira, ni me suspende. Fuera va deste cuento Renato, que le truxeron a estas soledades, no la pobreza, sino la fuerça que nacio de su buen discurso. Aqui tiene en la carestia abundancia, y en la soledad compañia, y, el no tener mas que perder, le haze viuir mas seguro.

A lo que añadio Periandro:
-Si, como tengo pocos, tuuiera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuuiera por suma felicidad que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dexan resoluer mis desseos ni mudar de vida la priessa que me da el cauallo de Cratilo, en quien quedè de mi historia.
Todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro voluer a su tantas vezes començado y no acabado cuento, que fue assi:

-311-

Capitvlo veynte del segundo libro
Quenta lo que le sucedio con el cauallo tan estimado de Cratilo como famoso

-La grandeza, la ferocidad y la hermosura del cauallo que os he descrito, tenian tan enamorado a Cratilo, -fol. 115r- y tan desseoso de verle manso, como a mi de mostrar que desseaua seruirle, pareciendome que el cielo me presentaua ocasion para hazerme agradable a los ojos de quien por señor tenia, y a poder acreditar con algo las alabanças que la hermosa Sulpicia de mi al rey auia dicho. Y assi, no tan maduro como presuroso, fuy donde estaua el cauallo, y subi en el sin poner el pie en el estriuo, pues no le tenia, y arremeti con el, sin que el freno fuesse parte para detenerle, y llegué a la punta de vna peña que sobre la mar pendia, y, apretandole de nueuo las piernas, con tan mal grado suyo como gusto mio, le hize bolar por el ayre y dar con entrambos en la profundidad del mar; y en la mitad del buelo me acorde que, pues el mar estaua elado, me auia de hazer pedaços con el golpe, y tuue mi muerte y la suya por cierta. Pero no fue assi, porque el cielo, que para otras cosas que el sabe me deue de tener guardado, -312- hizo que las piernas y braços del poderoso cauallo resistiessen el golpe, sin recebir yo otro daño que auerme sacudido de si el cauallo y echado a rodar, resbalando, por gran espacio. Ninguno huuo en la ribera que no pensasse y creyesse que yo quedaua muerto; pero, quando me vieron leuantar en pie, aunque tuuieron el sucesso a milagro, juzgaron a locura mi atreuimiento.
Duro se le hizo a Mauricio el terrible salto del cauallo tan sin lission: que quisiera el, por lo menos, que se huuiera quebrado tres o quatro piernas, porque no dexara Periandro tan a la cortesia de los que le escuchauan la creencia de tan dessaforado salto; pero el credito que todos tenian de Periandro, les hizo no passar adelante con la duda del no creerle: que, assi como es pena del mentiroso que, quando diga verdad, no se le crea, assi es gloria del bien acreditado el ser creydo quando diga mentira. Y como -fol. 115v- no pudieron estoruar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguio la suya, diziendo:
-Volui a la ribera con el cauallo, volui assimismo a subir en el, y, por los mismos pasos que primero, le incitè a saltar segunda vez; pero no fue

possible, porque, puesto en la punta de la leuantada peña, hizo tanta fuerça por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo y rompio las riendas, quedandose clauado en la tierra. Cubriose luego de vn sudor de pies a cabeça, tan lleno de miedo, que le voluio de leon en -313- cordero, y de animal indomable en generoso cauallo, de manera que los muchachos se atreuieron a manosearle, y los cauallerizos del rey, enjaezandole, subieron en el y le corrieron con seguridad, y el mostro su ligereza y su bondad, hasta entonces jamas vista; de lo que el rey quedò contentissimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras auian respondido a sus palabras.

»Tres meses estuuo en su rigor el yelo, y estos se tardaron en acabar vn nauio que el rey tenia començado para correr en conuenible tiempo aquellos mares, limpiandolos de cosarios, enriqueziendose con sus robos. En este entretanto, le hize algunos seruicios en la caça, donde me mostre sagaz y esperimentado, y gran sufridor de trabajos; porque en ningun exercicio corresponde assi al de la guerra como el de la caça, a quien es anexo el cansancio, la sed y la hambre, y aun a vezes la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostro conmigo y con los mios estremada, y la cortesia de Cratilo le corrio parejas. Los doze pescadores que truxo consigo Sulpicia, estauan ya ricos, y los que conmigo se perdieron, estauan ganados. Acabóse el nauio; mandò el rey adereçarle y pertrecharle de todas las cosas necessarias largamente, y luego me hizo capitan del, a toda mi voluntad, sin obligarme a que hiziesse cosa mas de aquella que fuesse de -fol. 116r- mi gusto. Y despues de auerle bessado las manos por tan gran beneficio, le dixe que me diesse licencia de yr a buscar a mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que -314- estaua en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dio para todo aquello que quisiesse hazer, diziendome que a mas le tenia obligado mi buen término, hablando como rey, a quien es anexo tanto el hazer mercedes, como la afabilidad y, si se puede dezir, la buena criança. Esta tuuo Sulpicia en todo estremo, acompañandola con la liberalidad, con la qual, ricos y contentos, yo y los mios nos enuarcamos, sin que quedasse ninguno.

»La primer derrota que tomamos fue a Dinamarca, donde crei hallar a mi hermana, y lo que hallé fueron nueuas de que, de la ribera del mar, a ella y a otras donzellas las auian robado cosarios. Renouaronse mis trabajos, y començaron de nueuo mis lastimas, a quien acompañaron las de Carino y Solercio, los quales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prission se deuia de comprehender la de sus esposas.

-Sospecharon bien -dixo a esta sazon Arnaldo.

Y prosiguiendo, Periandro dixo:

-Barrimos todos los mares, rodeamos todas o las mas islas destos contornos, preguntando siempre por nueuas de mi hermana, pareciendome a mi, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta por ser escuro el lugar donde estuuiesse, y que la suma discrecion suya auia de ser el hilo que la sacasse de qualquier laberinto. Prendimos cosarios, soltamos prisioneros, -315- restituymos haziendas a sus dueños, alçamonos con las mal ganadas de otros, y con esto, colmando nuestro nauio de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios voluer a sus redes y a sus casas y a los braços de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser possible hallar a

sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallauan. Antes desto llegamos a aquella isla, que, a lo que creo, se llama -fol. 116v- Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y a todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas. No pudo llegar nuestra naue, por ser el viento contrario, y assi, en trage de marineros bogadores, nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho. Alli ganè los premios, alli fuy coronado por vencedor de todas las contiendas, y de alli tomò ocasion Sinforosa de dessear saber quien yo era, como se vio por las diligencias que para ello hizo. Vuelto al nauio, y resueltos los mios de dexarme, los rogue que me dexassen el barco, como en premio de los trabajos que con ellos auia passado. Dexaronmele, y aun me dexaran el nauio, si yo le quisiera, diziendome que, si me dexauan solo, no era otra la ocasion sino porque les parecia ser solo mi desseo, y tan impossible de alcançarle, como lo auia mostrado la esperiencia en las diligencias que auiamos hecho para conseguirle.

»En resolucion, con seys pescadores que quisieron seguirme, lleuados del premio que les di y del que les ofreci, abraçando a mis amigos, me enuarqué, y puse la proa en la isla barbara, de -316- cuyos moradores sabía ya la costumbre y la falsa profecia que los tenia engañados, la qual no os refiero porque se que la sabeys. Di al traues en aquella isla; fuy preso, y lleuado donde estauan los viuos enterrados; sacaronme otro dia para ser sacrificado; sucedio la tormenta del mar; desbarataronse los leños que seruian de barcas; sali al mar ancho en vn pedaço dellas, con cadenas que me rodeauan el cuello y esposas que me atauan las manos; cahi en las misericordiosas del principe Arnaldo, que està presente, por cuya orden entré en la isla para ser espia que inuestigasse si estaua en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuesse hermano de Auristela, la qual otro dia vino en trage de varon a ser sacrificada. -fol. 117r- Conocila, dolíome su dolor, preuine su muerte con dezir que era hembra, como ya lo auia dicho Cloelia, su ama, que la acompañaua; y el modo como alli las122 dos vinieron, ella lo dirà quando quisiere. Lo que en la isla nos sucedio, ya lo sabeys, y con esto, y con lo que a mi hermana le queda por dezir, quedareys satisfechos de casi todo aquello que acertare a pediros el desseo en la certeza de nuestros sucessos.

-317-

Capitvlo ventivno del segundo libro

No se si tenga por cierto, de manera que osse afirmar, que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiesse fin en su plática, porque las mas vezes, las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con començar por entonces la historia de sus acontecimientos, que, puesto que auian sido pocos desde que fue robada de poder de Arnaldo hasta que Periandro la hallò en la isla barbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura; ni, aunque quisiera, tuuiera lugar para hazerlo, porque se lo estoruara vna naue que vieron venir por alta mar, encaminada a la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breue rato llegò a vna de las calas de la isla, y luego fue de Renato conocida,

el qual dixo:
-Esta es, señores, la naue donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas vezes.
Ya en esto, echa la çaloma123 y arrojado el esquife al agua, se llenò de gente, que salio a la ribera, donde ya estauan para recebirle Renato y todos los que con el estauan. Hasta veynte serian los desembarcados, -fol. 117v- entre los quales salio -318- vno de gentil presencia, que mostro ser señor de todos los demas, el qual, apenas vio a Renato, quando con los braços abiertos se vino a el, diziendole:
-Abraçame, hermano, en albricias de que te traygo las mejores nueuas que pudieras dessear.
Abraçóle Renato, porque conocio ser su hermano Sinibaldo, a quien dixo:
-Ningunas nueuas me pueden ser mas agradables, ¡o hermano mio!, que ver tu presencia: que, puesto que en el siniestro estado en que me veo, ninguna alegria sería bien que me alegrasse, el verte, passa adelante, y tiene excepcion en la comun regla de mi desgracia.
Sinibaldo se124 voluio luego a abraçar a Eusebia, y le dixo:
-Dadme tambien vos los braços, señora, que tambien me deueys las albricias de las nueuas que traygo, las quales no serà bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena. Sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de vna enfermedad que, auiendo estado seys dias antes que muriesse sin habla, se la dio el cielo seys horas antes que despidiesse el alma, en el qual espacio, con muestras de vn grande arrepentimiento, confessò la culpa en que auia caydo de aueros acusado falsamente; confessò su enuidia, declarò su malicia, y, finalmente, hizo todas las demostraciones vastantes a manifestar su pecado. Puso en los secretos juyzios de Dios el auer salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no sólo se contentò con dezirlo, sino -319- que quiso que quedasse por instrumento público esta verdad; la qual sabida por el rey, tambien por público instrumento os voluio vuestra honra, y os declarò a ti, ¡o hermano!, por vencedor, y a Eusebia por honesta y limpia, y ordenò que fuessedes buscados, y que, hallados, os lleuassen a su presencia, para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrecheças en que os deueys de auer visto. Si estas son nueuas dignas de que os den gusto, a vuestra buena consideracion -fol. 118r- lo dexo.
-Son tales -dixo entonces Arnaldo-, que no ay acrecentamiento de vida que las auentaje, ni possession de no esperadas riquezas que las lleguen; porque la honra perdida y vuelta a cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale. Gozeysle luengos años, señor Renato, y gozele en vuestra compañia la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad y agradecimiento.
Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego passaron a preguntarle por nueuas de lo que en Europa passaua y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenian poca noticia. Sinibaldo respondio que, de lo que mas se trataua, era de la calamidad en que estaua puesto por el rey de los danaos, Leopold[i]o, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que a Leopold[i]o fauorecian. Conto assimismo cómo se murmuraua que, por la ausencia de Arnaldo, -320- príncipe heredero de Dinamarca, estaua su padre tan a

pique de perderse, del qual principe dezian que, qual mariposa, se yua tras la luz de vnos bellos ojos de vna su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabía quien fuessen sus padres. Conto con esto guerras del de Transiluania, mouimientos del turco, enemigo comun del genero humano; dio nueuas de la gloriosa muerte de Carlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Yglesia y assombro de los sequazes de Mahoma; dixo assimismo otras cosas mas menudas, que vnas alegraron y otras suspendieron, y las vnas y las otras dieron gusto a todos, si no fue al pensatiuo Arnaldo, que, desde el punto que oyo la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mexilla, y, al cabo de vn buen espacio que assi estuuo, quitò los ojos de la tierra, y, poniendolos en el cielo, exclamando en voz alta, dixo:
-¡O amor, -fol. 118v- o honra, o compassion paterna, y cómo me apretays el alma! Perdoname, amor, que, no porque me aparte, te dexo; esperame, ¡o honra!, que, no porque tenga amor, dexarè de seguirte; consuelate, ¡o padre!, que ya vueluo; esperadme, vassallos, que el amor nunca hizo ninguno couarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo. Para la sin par Auristela quiero yr a ganar lo que [se] que es mio, y para poder merecer, por ser rey, lo que no merezco por ser amante: que el amante pobre, si la ventura a -321- manos llenas no le fauorece, casi no es possible que llegue a felice fin su desseo. Rey la quiero pretender, rey la he de seruir, amante la he de adorar; y, si con todo esto no la pudiere merecer, culparé mas a mi suerte que a su conocimiento.
Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedò de todos fue Sinibaldo, a quien Mauricio auia dicho cómo aquel era el principe de Dinamarca, y aquella, mostrandole a Auristela, la prisionera que dezian que le traia rendido. Puso algo mas de proposito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgò a discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras vezes se ha dicho, era tal, que cautiuaua los coraçones de quantos la mirauan, y hallauan en ella disculpa todos los errores que por ella se hizieran. Es, pues, el caso, que aquel mismo dia se concerto que Renato y Eusebia se voluiessen a Francia, lleuando en su nauio a Arnaldo para dexalle en su reyno, el qual quiso lleuar consigo a Mauricio y a Transila, su hija, y a Ladislao, su yerno, y que, en el nauio de la huyda, prosiguiendo su viage, fuessen a España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constança.
-fol. 119r-
Rutilio, viendo este repartimiento, estuuo esperando a que parte le echarian; pero, antes que la declarassen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicò le hiziesse heredero de sus alajas, y le dexasse en aquella isla, siquiera para que no -322- faltasse en ella quien encendiesse el farol que guiasse a los perdidos nauegantes; porque el queria acabar bien la vida, hasta entonces mala. Reforçaron todos su christiana peticion, y el buen Renato, que era tan christiano como liberal, le concedio todo quanto pedia, diziendole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dexaua, puesto que eran todas las necessarias para cultiuar la tierra y passar la vida humana; a lo que añadio Arnaldo que el le prometia, si se viesse pacifico en su reyno, de embiarle cada vn año vn

vagel que le socorriesse. A todos hizo señales de bessar los pies Rutilio, y todos le abraçaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nueuo ermitaño: que, aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la agena vida, si no es que llega a tanto la proterbidad nuestra, que querriamos ser el abismo que a otros abismos llamase.

Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada vno su viage, y, al punto de la partida, huuo cortesses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro. Llorò Transila; no tuuo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuuieron los de Ladislao; gimio Ricla, enterneciose Constança, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos. Andaua Rutilio de vnos en otros, ya vestido con los habitos -323- de ermitaño de Renato, despidiendose destos y de aquellos, mezclando solloços y lagrimas todo a vn -fol. 119v- tiempo. Finalmente, combidandoles el sossegado tiempo, y vn viento que podia seruir a diferentes viages, se enuarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas. Y aqui dio fin a este segundo libro el autor desta peregrina historia.

-324-

-325-351- 125

-352-

Enmiendas

Página 4, línea 31, dice: mostrò; léase: mostro. -6-5 y 7: prouò: prouo. -12-28: contò; conto. -19-18: resulto; resultó. -23-16: ceremonia; ceremonias. -24-19: sera; será. -31-16: acomodola; acomodóla. -33-5 y 6: respondi: «Porque yo soy aquel Antonio, beso; respondi -porque yo soy aquel Antonio-: «Beso. -46-21: offendia; ofendia. -60-4: entiendan.; entiendan? -66-13: sera; será. -104-31: sera; será. -210-10: hallarémos; hallaremos. -254-8: renouaron su; renouaron [en] su. -295-14: pensamiento; pe[n]samiento.

En las páginas 64-18, 225-9, 284-11 y 285-3, los correspondientes lugares de la edición original traen las erratas «cumpiimiento» (por «cumplimiento»), «las las» (por «las»), «annque» (por «aunque») y «tan tan» (por «tan»), que hemos salvado en la nuestra.

Tomo II

-5- -fol. 120r-

Libro tercero de los trabajos de Persiles y Sigismunda. Historia setentrional

Capitvlo primero del libro tercero

Como estan nuestras almas siempre en continuo mouimiento, y no pueden parar ni sossegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es marauilla que nuestros pensamientos se muden: que este se tome, aquel se dexe, vno se prosiga, y otro se oluide; y el que -6- mas cerca anduuiere de su sossiego, esse será el mejor, quando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostro Arnaldo en dexar en vn punto el desseo que tanto tiempo auia mostrado de seruir a Auristela; pero no se puede dezir que le dexò, sino que le entretuuo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones -fol. 120v- humanas, se apoderò de su alma; el qual desseo se le declarò Arnaldo a Periandro vna noche antes de la partida, hablandole a parte en la isla de las Ermitas.

Alli le suplicò -que, quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica- que mirasse por su hermana Auristela, y que la guardasse para reyna de Dinamarca; y que, aunque la ventura no se le mostrasse a el buena en cobrar su reyno, y en tan justa demanda perdiesse la vida, se estimasse Auristela por viuda de vn principe, y, como tal, supiesse escojer esposo, puesto que ya el sabía, y muchas vezes lo auia dicho, que por si sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reyno del mundo, no que del de Dinamarca. Periandro le respondio que le agradecia su buen desseo, y que el tendria cuydado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaua y que tambien le venía. Ninguna destas razones dixo Periandro a Auristela, porque las alabanças que se dan a la persona amada, halas de dezir el amante como propias, y no como se dizen de persona agena. No ha de enamorar el amante -7- con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare a su dama; si no canta bien, no le trayga quien la cante; si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes; y, finalmente, soy de parecer que, las faltas que tuuiere, no las enmiende con agenas sobras. Estos consejos no se dan a Periandro, que de los bienes de la naturaleza se lleuaua la gala, y en los de la fortuna era inferior a pocos.

En esto, yuan las naues, con vn mismo viento, por diferentes caminos, que este es vno de los que parecen misterios en el arte de la nauegacion; yuan rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrauase el mar colchado, porque el viento, tratandole con respeto, no se atreuia a tocarle a mas de la superficie, y la naue suauemente le bessaua los labios, -fol. 121r- y se dexaua resbalar por el con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaua. Desta suerte, y con la misma tranquilidad y sossiego, nauegaron diez y siete dias, sin ser necessario subir, ni baxar, ni llegar a templar las velas, cuya felicidad en los que nauegan, si no tuuiesse por descuentos el temor de borrascas venideras, no auia gusto con que igualalle. Al cabo destos o pocos mas dias, al amanecer de vno, dixo vn grumete, que desde la gauia mayor yua descubriendo la tierra:

-¡Albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco! ¡Tierra, tierra! Aunque mejor diria: ¡cielo, cielo!, porque, sin duda, estamos en el parage de la famosa Lisboa.

-8-

Cuyas nueuas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lagrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constança, porque les parecio que ya auian llegado a la tierra de promission, que tanto desseauan. Echòle los braços Antonio al cuello, diziendole:
-Agora sabras, barbara mia, del modo que has de seruir a Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente, de la que yo te he hecho; agora veràs los ricos templos en que es adorado; veràs juntamente las catolicas ceremonias con que se sirue, y notarás cómo la caridad christiana está en su punto. Aqui, en esta ciudad, veràs cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, enuuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo; aqui el amor y la honestidad se dan las manos y se passean juntos, la cortesia no dexa que se le llegue la arrogancia, y la braueça no consiente que se le acerque la cobardia. Todos sus moradores son agradables, son cortesses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos. La ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el vniuerso; su puerto es capaz, no sólo de naues que se puedan reduzir a numero, -fol. 121v- sino de seluas mouibles de arboles que los de las naues forman; la hermosura de las mugeres admira y enamora; la vizarria de los hombres pasma, como ellos dizen; finalmente, esta es la -9- tierra que da al cielo santo y copiosissimo tributo.
-No digas mas -dixo a esta sazon Periandro-; dexa, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanças no lo han de dezir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nueuo, y assi, creciendo el gusto por puntos, vendra a ser mayor en sus estremos.
Contentissima estaua Auristela de ver que se le acercaua la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta a la inconstancia del mar y a la mouible voluntad de los vientos; y mas quando supo que desde alli a Roma podia yr a pie enjuto, sin enuarcarse otra vez, si no quisiesse. Medio dia sería quando llegaron a Sangian126, donde se registrò el nauio, y donde el castellano del castillo, y los que con el entraron en la naue, se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardia de Periandro, del trage barbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constança. Supieron ser estrangeros, y que yuan peregrinando a Roma. Satisfizo Periandro a los marineros que los auian traydo magnificamente, con el oro que sacò Ricla de la isla barbara, ya vuelto en moneda corríente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar a Lisboa a grangearlo con alguna mercancia. El castellano de Sangian embió al gouernador de Lisboa, que entonces era el arçobispo de Braga, por ausencia del rey, -10- que no estaua en la ciudad, de la nueua venida de los estrangeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constança, que, con el trage de barbara, no solamente no la encubria, pero la realçaua; exageróle assimismo la gallarda disposicion de Periandro, y -fol. 122r- juntamente la discrecion de todos, que no barbaros, sino cortesanos parecian.
Llegò el nauio a la ribera de la ciudad, y en la de Belen se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y deuota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero, y adorar en el al verdadero

Dios libre y desembaraçadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Auia salido a la marina infinita gente, a ver los estrangeros desembarcados en Belen; corrieron alla todos por ver la nouedad, que siempre se lleua tras si los desseos y los ojos. Ya salia de Belen el nueuo esquadron de la nueua hermosura: Ricla, medianamente hermosa, pero estremadamente a lo barbaro vestida; Constança, hermosissima y rodeada de pieles; Antonio el padre, braços y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo yua del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaua de las saetas a las espaldas; Periandro, con casaca de terciopelo verde y calçones de lo mismo, a lo marinero, vn bonete estrecho y puntiagudo en la cabeça, que no le podia cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formauan; Auristela traia toda la gala del setentrion en el vestido, la mas -11- vizarra gallardia en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efeto: todos juntos, y cada vno de por si, causauan espanto y marauilla a quien los miraua; pero sobre todos campeaua la sin par Auristela y el gallardo Periandro.

Llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya y de cortesana gente; lleuaronlos al gouernador, que, despues de admirado de verlos, no se cansaua de preguntarles quienes eran, de donde venian, y adonde yuan, a lo que respondio Periandro, que ya traia estudiada la respuesta que auia de dar a semejantes preguntas, viendo que se la auian de hazer muchas vezes: -fol. 122v- quando queria, o le parecia que conuenia, relataua su historia a lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que, satisfaciendo a los que le preguntauan, en breues razones cifraua, si no toda, a lo menos, gran parte de su historia. Mandólos el visorrey aloxar en vno de los mejores aloxamientos de la ciudad, que acerto a ser la casa de vn magnifico cauallero portugues, donde era tanta la gente que concurria para ver a Auristela, de quien sola auia salido la fama de lo que auia que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudassen los trages de barbaros en los de peregrinos, porque la nouedad de los que traian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo; ademas, que para el viage que ellos lleuauan de Roma, ninguno le venía mas a cuento. Hizose assi, y, de alli a dos dias, se vieron -12- peregrinamente peregrinos. Acaecio, pues, que, al salir vn dia de casa, vn hombre portugues se arrojò a los pies de Periandro, llamandole por su nombre, y, abraçandole por las piernas, le dixo:

-¿Que ventura es esta, señor Periandro, que la des a esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que vno soy de aquellos veynte que cobraron libertad en la abrasada isla barbara, donde tu la tenias perdida; halléme a la muerte de Manuel de Sosa Cuytiño, el cauallero portugues; apartéme de ti y de los tuyos en el hospedaje donde llegò Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del vno y hija del otro; truxome la buena suerte a mi patria; conte aqui a sus parientes la enamorada muerte; creyeronla, y, aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portuguesses; vn hermano suyo, que heredò su hazienda, ha hecho sus obsequias, y, en vna capilla de su linage, le puso en -fol. 123r- vna piedra de marmol blanco, como si debaxo della estuuiera enterrado, vn epitafio que quiero que vengays a ver todos, assi como estays, porque creo

que os ha de agradar, por discreto y por gracioso.
Por las palabras, bien conocio Periandro que aquel hombre dezia verdad; pero, por el rostro, no se acordaua auerle visto en su vida. Con todo esso, se fueron al templo que dezia, y vieron la capilla y la losa, sobre la qual estaua escrito en lengua portuguessa este epitafio, que -13- leyo casi en castellano Antonio el padre, que dezia assi:
Aqui yaze viua la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coytiño, cauallero portugues, que, a no ser portugues, aun fuera viuo; no murio a las manos de ningun castellano, sino a las de amor, que todo lo puede; procura saber su vida, y embidiaràs su muerte, passajero127.
Vio Periandro que auia tenido razon el portugues de alabarle el epitafio, en el escriuir de los quales tiene gran primor la nacion portuguessa.
Preguntò Auristela al portugues que sentimiento auia hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante, el qual la respondio que, dentro de pocos dias que la supo, passò desta a mejor vida, o ya por la estrecheza de la que hazía siempre, o ya por el sentimiento del no pensado sucesso.
Desde alli se fueron en casa de vn famoso pintor, donde ordenò Periandro que, en vn lienço grande, le pintasse todos los mas principales -fol. 123v- casos de su historia128. A vn lado pintò la isla barbara ardiendo en llamas, y alli junto la isla de la prision, y vn poco mas desuiado, la balsa o enmaderamiento donde le hallò Arnaldo quando le lleuò a su nauio; en otra parte estaua la isla neuada, donde el enamorado portugues perdio la vida; luego la naue que los soldados de Arnaldo taladraron; alli junto pintò la diuision del esquife y de la barca; alli se mostraua -14- el dessafio de los amantes de Taurisa y su muerte; aca estauan serrando por la quilla la naue que auia seruido de sepultura a Auristela y a los que con ella venian; aculla estaua la agradable isla donde vio en sueños Periandro los dos esquadrones de virtudes y vicios; y alli junto la naue donde los pezes naufragos pescaron a los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura129; no se oluidò de que pintasse verse empedrados en el mar elado, el assalto y combate del nauio, ni el entregarse a Cratilo; pintò assimismo la temeraria carrera del poderoso cauallo, cuyo espanto, de leon, le hizo cordero: que, los tales, con vn assombro se amansan; pintò como en resguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronandose a si mismo por vencedor en ellas; resolutamente, no quedò paso principal en que no hiziesse lauor en su historia, que alli no pintasse, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo trage en que auian venido; tambien se vio en el mismo lienço arder la isla de Policarpo, a Clodio traspassado con la saeta de Antonio, y a Zenotia colgada de vna entena; pintòse tambien la isla de las Ermitas, y a Rutilio con apariencias de santo. Este lienço se hazía de vna recopilacion que les escusaua de contar su historia por menudo, porque Antonio el moço declaraua las pinturas y los sucessos quando le apretauan a que los dixesse; pero en lo que mas se auentajò el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien -fol. 124r- dezian se -15- auia mostrado a saber pintar vna hermosa figura, puesto que la dexaua agrauiada, pues a la belleza de Auristela, si no era lleuado de pensamiento diuino, no auia pinzel humano que alcançasse.
Diez dias estuuieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su saluacion, al

cabo de los quales, con licencia del visorrey, y con patentes verdaderas y firmes de quienes eran y adonde yuan, se despidieron del cauallero portugues, su huesped, y del hermano del enamorado, Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fue menester hazerla de noche, temerosos que, si de dia la hizieran, la gente que les seguiria la estoruara, puesto que la mudança del trage auia hecho ya que amaynase la admiracion.

-16-

Capitvlo segvndo del tercer libro
Peregrinos; su viage por España; sucedenles nueuos y estraños casos

Pedian los tiernos años de Auristela, y los mas tiernos de Constança, con los entreuerados de Ricla, coches, estruendo y aparato para el largo viage en que se ponian; pero la deuocion de Auristela, que auia prometido de yr a pie hasta Roma desde la parte do llegasse en tierra firme, lleuò tras si las demas deuociones; y todos de vn parecer, assi varones como hembras, votaron el viage a pie, añadiendo, si fuesse necessario, mendigar de puerta en puerta. Con esto cerro la del dar Ricla, y Periandro se escusò de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela -fol. 124v- traia, guardandola, con las inestimables perlas, para mejor ocasion. Solamente compraron vn vagaje que sobrelleuasse las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodaronse de bordones, que seruian de arrimo y defensa y de vaynas de vnos agudos estoques. Con este christiano y humilde aparato, salieron de Lisboa, dexandola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella -17- se hizieron, donde la fama no trataua de otra cosa sino del estremo de discrecion y belleza de los peregrinos estrangeros. Desta manera, acomodandose a sufrir el trabajo de hasta dos o tres leguas de camino cada dia, llegaron a Badajoz, donde ya tenia el corregidor castellano nueuas de Lisboa cómo por alfi auian de passar los nueuos peregrinos, los quales, entrando en la ciudad, acertaron a alojarse en vn meson, do se alojaua vna compañia de famosos recitantes, los quales aquella misma noche auian de dar la muestra para alcançar la licencia de representar en público, en casa del corregidor. Pero, apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constança, quando les sobresaltò lo que solia sobresaltar a todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el marauillarse, como fue el ingenio de vn poeta, que de proposito con los recitantes venia, assi para enmendar y remendar comedias viejas, como para hazerlas de nueuo; exercicio mas ingenioso que honrado, y mas de trabajo que de prouecho. Pero la excelencia de la poesia es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprouecha; es como el sol, que passa por todas las cosas inmundas, sin que se le pegue nada; es auilidad, que tanto vale quanto se estima; es vn rayo que suele salir de donde està encerrado,

no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y, al paso del deleyte, lleua consigo la honestidad -fol. 125r- y -18- el prouecho. Digo, en fin, que este poeta, a quien la necessidad auia hecho trocar los Parnasos con los mesones, y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fue el que mas se admirò de la belleza de Auristela, y al momento la marcò en su imaginacion y la tuuo por mas que buena para ser comedianta, sin reparar si sabía o no la lengua castellana. Contentóle el talle, diole gusto el brio, y, en vn instante, la vistio en su imaginacion en hábito corto de varon; desnudóla luego, y vistiola de ninfa, y casi al mismo punto la enuistio de la magestad de reyna, sin dexar trage de risa o de grauedad de que no la vistiesse, y en todas se le representò graue, alegre, discreta, aguda, y sobremanera honesta; estremos que se acomodan mal en vna farsanta hermosa. ¡Valame Dios, y con quanta facilidad discurre el ingenio de vn poeta y se arroja a romper por mil impossibles! ¡Sobre quan flacos cimientos leuanta grandes quimeras! Todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera que las esperanças le sobran quando la ventura le falta, como lo mostro este nuestro moderno poeta quando vio descoger acaso el lienço donde venian pintados los trabajos de Periandro. Alli se vio el en el mayor que en su vida se auia visto, por venirle a la imaginacion vn grandissimo desseo de componer de todos ellos vna comedia; pero no acertaua en que nombre le pondria: si le llamaria comedia, o tragedia, o tragicomedia; porque, si sabía el principio, ignoraua -19- el medio y el fin, pues aun todavia yuan corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines auian de poner nombre a lo que dellos se representasse. Pero, lo que mas le fatigaua, era pensar cómo podria encajar vn lacayo consejero y gracioso en el mar, y entre tantas islas, fuego y nieues; y, con todo esto, no se desesperò de hazer la comedia y de encajar el tal lacayo, a pesar de todas las reglas de la poesia y a despecho del arte comico. Y, -fol. 125v- en tanto que en esto yua y venía, tuuo lugar de hablar a Auristela y de proponerle su desseo, y de aconsejarla quan bien la estaria si se hiziesse recitanta. Dixole que, a dos salidas al teatro, le llouerian minas de oro a cuestas, porque los principes de aquella edad eran como echos de alquimia, que, llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que, por la mayor parte, rendian su voluntad a las ninfas de los teatros, a las diosas enteras y a las semideas, a las reynas de estudio y a las fregonas de apariencia130; dixole que si alguna fiesta real acertasse a hazerse en su tiempo, que se diesse por cubierta de faldellines de oro, porque todas o las mas libreas de los caualleros auian de venir a su casa, rendidas, a bessarle los pies; representóle el gusto de los viages y el lleuarse tras si dos o tres disfraçados caualleros, que la seruirian tan de criados como de amantes; y sobre todo encarecia y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que le darian en encargarle las primeras figuras; en fin, le dixo que, si en alguna -20- cosa se verificaua la verdad de vn antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y prouecho cabian en vn saco. Auristela le respondio que no auia entendido palabra de quantas le auia dicho, porque bien se veia que ignoraua la lengua castellana, y que, puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan

agradables, a lo menos, mas conuenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse a los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.
Aquella noche fueron a dar la muestra en casa del corregidor, el qual, como huuiesse sabido que la hermosa junta peregrina estaua en la ciudad, los embió a buscar, y a combidar viniessen a su casa a ver la comedia, y a recebir en ella muestras del desseo que tenia de seruirles, por las que de su valor le auian escrito de Lisboa. Acetólo -fol. 126r- Periandro, con parecer de Auristela y de Antonio el padre, a quien obedecian como a su mayor. Iuntas estauan muchas damas de la ciudad con la corregidora quando entraron Auristela, Ricla y Constança, con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que a sentir tales efetos les forçaua la sin par vizarria de los nueuos peregrinos, los quales, acrecentando con su humildad y buen parecer la beneuolencia de los que los recibieron, dieron lugar a que les diessen casi el mas -21- honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fabula de Cefalo y de Pocris, quando ella, zelosa mas de lo que deuia, y el, con menos discurso que fuera necessario, disparò el dardo que a ella le quitó la vida, y a el, el gusto para siempre. El verso tocò los estremos de bondad possibles, como compuesto, segun se dixo, por Iuan de Herrera de Gamboa, a quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocò assimismo las mas altas rayas de la poetica esfera131.
Acabada la comedia, desmenuçaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas vn todo a quien dieron por nombre Perfeccion sin tacha, y los varones dixeron lo mismo de la gallardia de Periandro, y de recudida se alabò tambien la belleza de Constança y la vizarria de su hermano Antonio.
Tres dias estuuieron en la ciudad, donde en ellos mostro el corregidor ser cauallero liberal, y tener la corregidora condicion de reyna, segun fueron las dadiuas y presentes que hizo a Auristela y a los demas peregrinos, los quales, mostrandose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucessos, de dondequiera que estuuiessen. Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron a Nuestra Señora de Guadalupe, y, auiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, -fol. 126v- les tomò la noche en vn monte, poblado de infinitas enzinas y de otros rusticos arboles. Tenia suspenso el cielo el curso y sazon del tiempo en la balança igual de los dos equinocios: ni el calor fatigaua, ni el -22- frio ofendia, y, a necessidad, tambien se podia passar la noche en el campo como en el aldea; y a esta causa, y por estar lexos vn pueblo, quiso Auristela que se quedassen en vnas132 majadas de pastores boyeros que a los ojos se les ofrecieron. Hizose lo que Auristela quiso, y, apenas auian entrado por el bosque docientos pasos, quando se cerrò la noche con tanta escuridad, que los detuuo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les siruiesse de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y vn ruydo que sintieron, les detuuo el paso, y hizo que Antonio el moço se apercibiesse de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegò en esto vn hombre a cauallo, cuyo rostro no vieron, el qual les dixo:
-¿Soys desta tierra, buena gente?
-No, por cierto -respondio Periandro-, sino de bien lexos della;

peregrinos estrangeros somos, que vamos a Roma, y primero a Guadalupe.
-¿Si que tambien -dixo el de a cauallo- ay en las estrangeras tierras caridad y cortesia, tambien ay almas compasiuas dondequiera?
-¿Pues no? -respondio Antonio-. Mirad, señor, quienquiera que seays, si aueys menester algo de nosotros, y vereys cómo sale verdadera vuestra imaginacion.
-Tomad -dixo, pues, el cauallero-, tomad, señores, esta cadena de oro, que deue de valer docientos escudos, y tomad assimismo esta prenda, que no deue de tener precio, a lo menos -23- yo no se le hallo, y darle heys en la ciudad de Trugillo a vno de dos caualleros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llamase el vno don Francisco Piçarro, y el otro don Iuan de Orellana; ambos moços, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo estremo.
-fol. 127r-
Y, en esto, puso en las manos de Ricla, que, como muger compassiua, se adelantò a tomarlo, vna criatura que ya començaua a llorar, enuuelta ni se supo por entonces si en ricos o en pobres paños.
-Y direys a qualquiera dellos que la guarden, que presto sabran quien es, y las desdichas que a ser dichoso le auran lleuado, si llega a su presencia. Y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los quales, si aqui llegaren y preguntaren si me aueys visto, direys que no, pues os importa poco el dezir esto; o, si ya os pareciere mejor, dezid que por aqui passaron tres o quatro hombres de a cauallo que yuan diziendo: «¡A Portugal, a Portugal!» Y a Dios quedad, que no puedo detenerme, que, puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra.
Y, arrimando las que traia al cauallo, se apartò como vn rayo dellos; pero, casi al mismo punto, voluio el cauallero y dixo:
-No està bautizado.
Y tornò a seguir su camino.
Veys aqui a nuestros peregrinos, a Ricla con la criatura en los braços, a Periandro con la cadena al cuello, a Antonio el moço sin dexar de -24- tener flechado el arco, y al padre en postura de desembaynar el estoque, que de bordon le seruia, y a Auristela confusa y atonita del estraño sucesso, y a todos juntos admirados del estraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces que aconsejò Auristela que, como mejor pudiessen, llegassen a la majada de los boyeros, donde podria ser hallassen remedios para sustentar aquella recien nacida criatura, que, por su pequeñez y la deuilidad de su llanto, mostraua ser de pocas horas nacida. Hizose assi, y apenas llegaron a la majada de los pastores, a costa de muchos tropieços y caydas, quando, antes que los peregrinos les preguntassen si eran seruidos de darles alojamiento aquella noche, llegò a la majada vna muger llorando, triste, pero no reciamente, porque -fol. 127v- mostraua en sus gemidos que se esforçaua a no dexar salir la voz del pecho. Venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica y principal persona; la lumbre y luz de las hogueras, a pesar de la diligencia que ella hazía para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabía mas de edades, la juzgò por de diez y seys a diez y siete años. Preguntaronle los pastores si la seguia alguien, o si tenia otra necessidad, que pidiesse presto remedio, a lo que respondio la dolorosa muchacha:

-Lo primero, señores, que aueys de hazer, es ponerme debaxo de la tierra; quiero dezir, que me encubrays de modo que no me halle quien -25- me buscare. Lo segundo, que me deys algun sustento, porque desmayos me van acauando la vida.
-Nuestra diligencia -dixo vn pastor viejo- mostrarà que tenemos caridad.
Y, aguijando con presteza a vn hueco de vn arbol que en vna valiente enzina se hazía, puso en el algunas pieles blandas de ouejas y cabras que entre el ganado muerto se criauan; hizo vn modo de lecho, vastante por entonces a suplir aquella necessidad precisa; tomò luego a la muger en los braços, y encerrola en el hueco, adonde le dio lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino, si ella quisiera beuerlo; colgo luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse. Ricla, viendo hecho esto, auiendo conjeturado que aquella, sin duda, deuia de ser la madre de la criatura que ella tenia, se llegò al pastor caritatiuo, diziendole:
-No pongays, buen señor, término a vuestra caridad, y vsalda con esta criatura que tengo en los braços, antes que perezca de hambre.
Y, en breues razones, le conto cómo se le auian dado. Respondiola el pastor a la intencion, y no a sus razones, llamando -fol. 128r- a vno de los demas pastores, a quien mandò que, tomando aquella criatura, la lleuasse al aprisco de las cabras, y hiziesse de modo como de alguna dellas tomasse el pecho. Apenas huuo hecho esto, y tan apenas que casi se oian los vltimos acentos del llanto de la criatura, quando llegaron a la majada vn tropel de hombres a cauallo, -26- preguntando por la muger desmayada y por el cauallero de la criatura; pero como no les dieron nueuas, ni noticia de lo que pedian, passaron con estraña priessa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche passaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y con mas alegria de los ganaderos, por verse tambien acompañados.

-27-

Capitvlo tercero del tercer libro
La donzella encerrada en el arbol, [da razon] de quien era

Preñada estaua la enzina -digamoslo assi-; preñadas estauan las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del arbol preguntaron; pero al compassiuo pastor, que era mayoral del ato, ninguna cosa le pudo turbar para que dexasse de acudir a proueer lo que fuesse necessario al recebimiento de sus huespedes: la criatura tomò los pechos de la cabra; la encerrada, el rustico sustento; y los peregrinos, el nueuo y agradable hospedage. Quisieron todos saber luego que causas auian traido alli a la lastimada y, al parecer, tugitiua, y a la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela que no le preguntassen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos -fol. 128v- no suelen dar licencia a la lengua aun a que cuente venturas alegres, quanto mas desdichas tristes; y, puesto que el anciano pastor visitaua a menudo el

arbol, no preguntaua nada al deposito que tenia, sino solamente por su salud; y fuele respondido que, aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, le sobraria como ella se viesse -28- libre de los que la buscauan, que era su padre y hermanos. Cubriola y encubriola el pastor, y dexóla, y voluiose a los peregrinos, que aquella noche la passaron con mas claridad de las hogueras y fuegos de los pastores que con aquella que ella les concedia, y, antes que el cansancio les obligasse a entregar los sentidos al sueño, quedò concertado que el pastor que auia lleuado la criatura a procurar que las cabras fuessen sus amas, la lleuasse y entregasse a vna hermana del anciano ganadero, que, casi dos leguas de alli, en vna pequeña aldea, viuia. Dieronle que lleuasse la cadena, con orden de darla a criar en la misma aldea, diziendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo assi, con que se asseguraron y apercibieron a desmentir las espias, si acaso voluiessen, o viniessen otras de nueuo, a buscar los perdidos; a lo menos, los que perdidos parecian. En tratar desto, y en satisfazer lahambre, y en vn breue rato que se apoderò de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se passò el de la noche, y se vino a mas andar el dia, alegre para todos, sino para la temerosa que, encerrada en el arbol, apenas ossaua ver del sol la claridad hermosa. Con todo esso, auiendo puesto primero, cerca y lexos del rebaño, de trecho en trecho, centinelas que auisassen si alguna gente venia, la sacaron del arbol para que le diesse el ayre, y para saber della lo que desseauan; y, con la luz del dia, vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda a qual darian, della y -29- de Constança, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa; porque dondequiera -fol. 129r- se lleuò el primero Auristela, a quien no quiso dar ygual la naturaleza. Muchas preguntas le hizieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados a que su sucesso les contasse, y ella, de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia a su flaqueza, con aliento debilitado, assi començo a dezir:

-Puesto, señores, que, en lo que deziros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hazer perder el credito de honrada, todauia quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz; mi patria, vna villa no lexos de este lugar; mis padres son nobles mucho mas que ricos; y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Iunto a la villa que me dio el cielo por patria, viuia vn hidalgo riquissimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hazian ser cauallero en la opinion de las gentes. Este tiene vn hijo que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hazienda, que es infinita. Viuia ansimismo en la misma aldea vn cauallero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos, en vna tan honrada mediania, que ni los humillaua ni los ensoberuecia. Con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando a las espaldas los ruegos con que me -30- pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, a quien los cielos guardauan para esta desuentura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dio por esposo al rico, y yo me le entreguè por suya a hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo, por mayor desgracia mia. Vimonos muchas vezes solos y juntos, que, para semejantes casos, nunca la ocasion vuelue las

espaldas; antes, en la mitad de las impossibilidades, ofrece su guedeja.
-fol. 129v- Destas juntas y destos hurtos amorosos, se acortò mi vestido133 y crecio mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conuersacion de los desposados amantes. En este tiempo, sin hazerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el moço noble, con tanto desseo de efetuarlo, que anoche le traxeron a casa, acompañado de dos cercanos parientes suyos, con proposito de que luego, luego nos diessemos las manos. Sobresaltéme quando vi entrar a Luys Antonio -que este es el nombre del mancebo noble-, y mas me admirè quando mi padre me dixo que me entrasse en mi aposento y me adereçasse algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto auia de dar la mano de esposa a Luys Antonio. Dos dias auia que auia entrado en los terminos que la naturaleza pide en los partos, y, con el sobresalto y no esperada nueua, quedè como muerta, y diziendo entraua a adereçarme a mi aposento, me arrojé en los braços de vna mi donzella, depositaria de mis secretos, a quien dixe, hechos fuentes mis ojos: «¡Ay, -31- Leonora mia, y cómo creo que es llegado el fin de mis dias! Luys Antonio está en essa antesala, esperando que yo salga a darle la mano de esposa. Mira si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion en que pueda verse vna muger desdichada. Passame, hermana mia, si tienes con que, este pecho; salga primero mi alma destas carnes, que no la desuerguença de mi atreuimiento. ¡Ay, amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida!» Y, diziendo esto, y dando vn gran suspiro, arrojé vna criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendio a mi donzella, y a mi me cego el discurso de manera que, sin saber que hazer, estuue esperando a que mi padre o mis hermanos entrassen, y, en lugar de sacarme a desposar, me sacassen a la sepultura.
Aqui llegaua Feliciana de su cuento, quando vieron que las centinelas que auian puesto para assegurarse, hazian señal -fol. 130r- de que venia gente, y, con diligencia no vista, el pastor anciano queria voluer a depositar a Feliciana en el arbol, seguro asylo de su desgracia; pero, auiendo vuelto las centinelas a dezir que se assegurassen, porque vn tropel de gente que auian visto, cruzaua por otro camino, todos se asseguraron, y Feliciana de la Voz voluio a su cuento, diziendo:
-Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche: el desposado, en la sala, esperandome, y el adúltero, si assi se puede dezir, en vn jardin de mi casa, atendiendome para -32- hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaua, y de la venida de Luys Antonio; yo, sin sentido, por el no esperado sucesso; mi donzella, turbada, con la criatura en los braços; mi padre y hermanos, dandome priessa que saliesse a los desdichados desposorios. Aprieto fue este que pudiera derribar a mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse a toda buena razon y buen discurso. No se que os diga mas, sino que senti, estando sin sentido, que entrò mi padre diziendo: «Acaba, muchacha; sal como quiera que estuuieres, que tu hermosura suplira tu desnudez y te seruira de riquissimas galas.» Diole, a lo que creo, en esto a los oidos el llanto de la criatura, que mi donzella, a lo que imagino, deuia de yr a poner en cobro, o a darsela a Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo; alborotòse mi padre, y, con vna vela en la mano, me mirò el rostro, y coligio por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; voluiole a herir en los oidos el eco del llanto de la criatura, y, echando mano a la espada,

fue siguiendo adonde la voz le lleuaua. El resplandor del cuchillo me dio en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma; y, como sea natural cosa el dessear conseruar la vida cada vno, del temor de perderla salio en mi el ánimo de remediarla, y, apenas huuo mi padre vuelto las espaldas, quando yo, assi como estaua, baxé por vn caracol a vnos aposentos -fol. 130v- baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no se que -33- camino; y, finalmente, aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuuiera alas en los pies, caminè mas de lo que prometia mi flaqueza. Mil vezes estuue para arrojarme en el camino de algun ribazo, que me acabara con acabarme la vida, y otras tantas estuue por sentarme o tenderme en el suelo, y dexarme hallar de quien me buscasse; pero, alentandome la luz de vuestras cauañas, procuré llegar a ellas a buscar descanso a mi cansancio, y, si no remedio, algun aliuio a mi desdicha. Y assi lleguè como me vistes, y assi me hallo como me veo, merced a vuestra caridad y cortesia. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al cielo, y le remito en la tierra a vuestros buenos consejos.

Aqui dio fin a su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en vn mismo grado. Periandro conto luego el hallazgo de la criatura, la dadiua de la cadena, con todo aquello que le auia sucedido con el cauallero que se la dio.

-¡Ay! -dixo Feliciana-. ¿Si es por ventura essa prenda mia? ¿Y si es Rosanio el que la traxo? Y si yo la viesse, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quiça por los paños en que viene embuelta sacaria a luz la verdad de las tinieblas de mi confusion; porque mi donzella, no apercebida, ¿en que la podia enuoluer, sino en paños que estuuiessen en el aposento, que fuessen de mi conocidos? Y quando esto no sea, quiça la sangre hara su oficio, y, por ocultos -34- sentimientos le dara a entender lo que me toca.

A lo que respondio el pastor:

-La criatura està ya en mi aldea, en poder de vna hermana y de vna sobrina mia; yo hare que ellas mismas nos la traygan oy aqui, donde podras, hermosa Feliciana, hazer las esperiencias que desseas. En tanto, sossiega, señora, el espiritu, que mis pastores y este arbol seruiran de nubes que se opongan a los ojos que te buscaren.

-35- -fol. 131r-

Capitvlo qvarto del tercero libro

-Pareceme, hermano mio -dixo Auristela a Periandro-, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdicion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias e infortunios, assi se encuentran sobre los leuantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oydo hablar algunas vezes, de la qual se dize que quita y da los bienes quando, como y a quien quiere, sin duda alguna, deue de ser ciega y antojadiça, pues, a nuestro parecer, leuanta los que auian de estar por el suelo, y derriba los que estan sobre los montes de la luna. No se, hermano, lo que me voy diziendo; pero se que quiero dezir que no es mucho que nos admire ver a esta señora, que dize

que se llama Feliciana de la Voz, que a penas la tiene para contar sus desgracias. Contemplola yo pocas horas ha, en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagazidad remedio a sus arrojados desseos; y agora puedo dezir que la veo escondida en lo hueco de vn arbol, temiendo los mosquitos del ayre, y aun las lombrizes de la tierra. Bien es verdad que la suya no es caida de principes134; pero es -36- vn caso que puede seruir de exemplo a las recogidas donzellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueue a suplicarte, ¡o hermano!, mires por mi honra, que, desde el punto que sali del poder de mi padre y del de tu madre, la depositè en tus manos; y aunque la esperiencia, con certidumbre grandissima, tiene acreditada tu bondad, ansi en la soledad de los desiertos como en la compañia de las ciudades, todauia temo que la mudança de las horas no mude los -fol. 131v- que de suyo son faciles pensamientos. A ti te va; mi honra es la tuya; vn solo desseo nos gouierna y vna misma esperança nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto es largo; pero no ay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad; ya los cielos, a quien doy mil gracias por ello, nos ha traido a España sin la compañia peligrosa de Arnaldo; ya podemos tender los pasos, seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque, segun la fama que, sobre todas las regiones del mundo, de pacifica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage.

-¡O hermana -respondio Periandro-, y cómo por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion! Bien veo que temes como muger, y que te animas como discreta. Yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos rezelos, buscar nueuas esperanças que me acreditassen contigo: que, puesto que las hechas pueden [conuertir]135 el temor en esperança, y la esperança en -37- firme seguridad, y desde luego en possession alegre, quisiera que nueuas ocasiones me acreditaran. En el rancho destos pastores no nos queda que hazer, ni en el caso de Feliciana podemos seruir mas que de compadecernos de ella; procuremos lleuar esta criatura a Truxillo, como nos lo encargò el que con ella nos dio la cadena, al parecer, por paga.

En esto estauan los dos, quando llegò el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que auia embiado por ella al136 aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo auia pedido. Lleuaronsela, miròla y remiròla, quitòle las fajas; pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que auia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le mouia los pensamientos a reconocer el niño, que era varon el rezien nacido.

-No -dezia Feliciana-, no son estas las mantillas que mi donzella tenia diputadas para enuoluer lo que de mi naciesse, ni esta cadena -fol. 132r- -que se la enseñaron- la vi yo jamas en poder de Rosanio. De otra deue ser esta prenda, que no mia; que, a serlo, no fuera yo tan venturosa, teniendola vna vez perdida, tornar a cobrarla137. Aunque yo oi dezir muchas vezes a Rosanio que tenia amigos en Truxillo; pero de ningun[o] me acuerdo el nombre.

-Con todo esso -dixo el pastor-, (que) pues el que dio la criatura mandò que la lleuassen a Truxillo, sospecho que el que la dio a estos peregrinos fue Rosanio; y assi, soy de parecer, si -38- es que en ello os hago algun seruicio, que mi hermana, con la criatura y con otros dos destos mis

pastores, se ponga en camino de Truxillo, a ver si la reciben alguno de essos dos caualleros a quien va dirigida.
A lo que Feliciana respondio con sollozos y con arrojarse a los pies del pastor, abraçandolos estrechamente; señales que la dieron de que aprouaua su parecer. Todos los peregrinos le aprouaron assimismo, y, con darle la cadena, lo facilitaron todo. Sobre vna de las bestias del ato se acomodò la hermana del pastor, que estaua rezien parida, como se ha dicho, con orden que se passasse por su aldea y dexasse en cobro su criatura, y con la otra se partiesse a Truxillo, que los peregrinos, que yuan a Guadalupe, con mas espacio la seguirian. Todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necessidad del caso no admitia tardança alguna. Feliciana callaua, y con silencio se mostraua agradecida a los que tan de veras sus cosas tomauan a su cargo. Añadiose a todo esto que Feliciana, auiendo sabido cómo los peregrinos yuan a Roma, aficionada a la hermosura y discrecion de Auristela, a la cortesia de Periandro, a la amorosa conuersacion de Constança y de Ricla, su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo mirò, notò y ponderò en aquel poco espacio que los auia comunicado, y lo principal por voluer las espaldas a la tierra donde quedaua enterrada -fol. 132v- su honra, pidio que consigo la lleuassen como peregrina a -39- Roma: que, pues auia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia en que con ellos la lleuassen. A penas descubrio su pensamiento, quando Auristela acudio a satisfazer su desseo, compasiua y desseosa de sacar a Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian. Sólo dificultò el ponerla en camino estando tan rezien parida, y assi se lo dixo; pero el anciano pastor dixo que no auia mas diferencia del parto de vna muger que del de vna res, y que, assi como la res, sin otro regalo alguno, despues de su parto, se quedaua a las inclemencias del cielo, ansi la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir a sus exercicios; sino que el vso auia introduzido entre las mugeres los regalos y todas aquellas preuenciones que suelen hazer con las rezien paridas.
-Yo seguro -dixo mas- que, quando Eua pario el primer hijo, que no se echò en el lecho, ni se guardò del ayre, ni vsò de los melindres que agora se vsan en los partos. Esforçaos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aqui le aprueuo casi por santo, pues es tan christiano.
A lo que añadio Auristela:
-No quedarà por falta de hábito de peregrina, que mi cuydado me hizo hazer dos quando hize este, el qual dare yo a la señora Feliciana de la Voz, con condicion que me diga que misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido.
-40-
-No me le ha dado -respondio Feliciana- mi linage, sino el ser comun opinion de todos quantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo; tanto, que por excelencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz; y a no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dan lugar a que mis lagrimas se enjuguen, yo cantarè, si no canciones alegres, a lo menos, endechas tristes, -fol. 133r- que cantandolas encanten, y llorandolas alegren.
Por esto que Feliciana dixo, nacio en todos vn desseo de oirla cantar

luego luego; pero no osaron rogarselo, porque, como ella auia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojò Feliciana de los vestidos no necessarios que traia, y se cubrio con los que le dio Auristela de peregrina; quitòse vn collar de perlas y dos sortijas: que, si los adornos son parte para acreditar calidades, estas pieças pudieran acreditarla de rica y noble; tomólas Ricla, como tesorera general de la hazienda de todos, y quedò Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constança, aunque este parecer se diuidio en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar a Constança, que el primero no huuo hermosura en aquella edad que a la de Auristela se le quitasse. A penas se vio Feliciana el nueuo hábito, quando le nacieron alientos nueuos y desseos de ponerse en camino. Conocio esto Auristela, y, con consentimiento de todos, despidiendose del pastor caritatiuo y de los -41- demas de la majada, se encaminaron a Caceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagage donde yua el repuesto, o ya el margen de algun arroyuelo o fuente do se sentauan, o la verdura de algun prado que a dulce reposo las combidaua; y assi andauan a vna con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza, en caminar poco; la diligencia, en caminar siempre. Pero como por la mayor parte nunca los buenos desseos llegan a fin dichoso sin estoruos que los impidan, quiso el cielo que el de este hermoso esquadron, que, aunque diuidido en todos, era sólo vno en la intencion, fuesse impedido con el estoruo que agora oireis. Dauales assiento la verde yerua de vn deleytoso pradezillo; refrescauales los rostros el -fol. 133v- agua clara y dulce de vn pequeño arroyuelo que por entre las yeruas corria; seruianles de muralla y de reparo muchas çarças y cambroneras que casi por todas partes los rodeaua, sitio agradable y necessario para su descanso, quando, de improuiso, rompiendo por las intricadas matas, vieron salir al verde sitio vn mancebo vestido de camino, con vna espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho. Cayó de ojos, y, al caer, dixo:

-¡Dios sea conmigo!

Y, el fin desta palabra, y el arrancarsele el alma, fue todo a vn tiempo; y, aunque todos, con el estraño espectaculo, se leuantaron alborotados, -42- el que primero llegò a socorrerle fue Periandro, y, por hallarle ya muerto, se atreuio a sacar la espada. Los dos Antonios saltaron las çarças, por ver si verian quien huuiesse sido el cruel y aleuoso homicida, que, por ser la herida por las espaldas, se mostraua que traydoras manos la auian hecho. No vieron a nadie; voluieronse a los demas, y, la poca edad del muerto, y su gallardo talle y parecer, les acrecento la lástima. Miraronle todo, y hallaronle, debaxo de vna ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon puesta vna cadena de quatro bueltas de menudos eslabones de oro, de la qual pendia vn deuoto crucifixo, assimismo de oro; alla entre el jubon y la camisa le hallaron, dentro de vna caxa de euano ricamente labrada, vn hermosissimo retrato de muger pintado en la lisa tabla, alrededor del qual, de menudissima y clara letra, vieron que traia escritos estos versos:

Yela, enciende, mira y habla:
¡milagros de hermosura,

que tenga vuestra figura
tanta fuerça en vna tabla!

Por estos versos, conjeturò Periandro, que los leyo -fol. 134r- primero, que de causa amorosa deuia de auer nacido su muerte. Miraronle las faldriqueras, y escudriñaronle todos; pero no hallaron cosa que les diesse indicio de quien era; y, estando haziendo este escrutinio, parecieron, como si fueran llouidos, quatro hombres, con ballestas armadas, por cuyas insignias conocio luego -43- Antonio el padre que eran quadrilleros de la Santa Hermandad, vno de los quales dixo a vozes:
-¡Teneos, ladrones, homicidas y salteadores! No le acabeis de despojar, que a tiempo soys venidos en que os lleuaremos adonde pagueys vuestro pecado.
-¡Esso no, vellacos! -respondio Antonio el moço-. Aqui no ay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son.
-Bien se os parece, por cierto -replicò el quadrillero-. El hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirue de testigos vuestra maldad. Ladrones soys, salteadores soys, homicidas soys; y como tales ladrones, salteadores y homicidas, presto pagareis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud christiana con que procurays encubrir vuestras maldades, vistiendoos de peregrinos.
A esto le dio respuesta Antonio el moço con poner vna flecha en su arco, y passarle con ella vn braço, puesto que quisiera passarle de parte a parte el pecho. Los demas quadrilleros, o escarmentados del golpe, o por hazer la prision mas al seguro, voluieron las espaldas, y, entre huyendo y esperando, a grandes vozes apellidaron:
-¡Aqui de la Santa Hermandad! ¡Fauor a la Santa Hermandad!
Y mostrose ser santa la Hermandad que apellidauan, porque en vn instante, como por milagro, -44- se juntaron mas de veinte quadrilleros, los quales, encarando sus ballestas y sus saetas a los que no se defendian, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela ni las demas peregrinas, y con el cuerpo del muerto las lleuaron a Caceres, cuyo corregidor era vn -fol. 134v- cauallero del hábito de Santiago, el qual, viendo el muerto y el quadrillero herido, y la informacion de los demas quadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado a Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos a question de tormento, puesto que Periandro se defendía con la verdad, mostrandole en su fauor los papeles que para seguridad de su viage y licencia de su camino auia tomado en Lisboa; mostrole assimismo el lienço de la pintura de su sucesso, que la relatò y declarò muy bien Antonio el moço, cuyas prueuas hizieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian.
Ricla, la tesorera, que sabía muy poco o nada de la condicion de escriuanos y procuradores, ofrecio a vno, de secreto, que andaua alli en público, dando muestras de ayudarles, no se que cantidad de dineros porque tomasse a cargo su negocio. Lo echò a perder del todo, porque, en oliendo los satrapas de la pluma que tenian lana los peregrinos, quisieron

trasquilarlos, como es vso y costumbre, hasta los huessos, y, sin duda alguna, fuera assi, si las fuerças de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran a las de la malicia. Fue el caso, pues, que vn huesped o mesonero del lugar -45- auiendo visto el cuerpo muerto que auian traido, y recoriocidole muy bien, se fue al corregidor y le dixo:
-Señor, este hombre que han traído muerto los quadrilleros, ayer de mañana partio de mi casa, en compañia de otro, al parecer, cauallero. Poco antes que se partiesse, se encerro conmigo en mi aposento, y, con recato, me dixo: «Señor huesped, por lo que deueis a ser christiano, os ruego que, si yo no vueluo por aquí dentro de seys dias, abrays este papel que os doy, delante de la justicia.» Y diziendo esto, me dio este que entrego a vuessa merced, donde imagino que deue de venir alguna cosa que toque a este tan estraño sucesso.
-fol. 135r-
Tomò el papel el corregidor, y, abriendole, vio que en el estauan escritas estas mismas razones:
«Yo, don Diego de Parraces, sali de la corte de su Magestad tal dia -y venia puesto el día- en compañia de don Sebastian de Soranço, mi pariente, que me pidio que le acompañasse en cierto viage donde le yua la honra y la vida. Yo, por no querer hazer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mi tenía, fiandome en mi inocencia, di lugar a su malicia, y acompañéle. Creo que me lleua a matar; si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepase que me mataron a traicion, y que mori sin culpa.»
Y firmaua: «Don Diego de Parraces.»
Este papel, a toda diligencia, despachò el corregidor a Madrid, donde con la justicia se hizieron -46- las diligencias possibles buscando al matador, el qual llegò a su casa la misma noche que le buscauan, y, entreoyendo el caso, sin apearse de la caualgadura, voluio las riendas y nunca mas parecio. Quedòse el delito sin castigo, el muerto se quedò por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla se deseslabonò para gastos de justicia; el retrato se quedò para gustos de los ojos del corregidor, satisfizose la herida del quadrillero, voluio Antonio el moço a relatar el lienço, y, dexando admirado al pueblo, y auiendo estado en el, todo este tiempo de las aueriguaciones, Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la buelta de Guadalupe, cuyo camino entretuuieron tratando del caso estraño, y desseando que sucediesse ocasion donde se cumpliesse el desseo que tenian de oir cantar a Feliciana, la qual si cantara, pues no ay dolor que no se mitigue con el tiempo, o se acabe con acabar la vida; pero, por guardar ella a su desgracia el decoro que a si misma deuia, sus cantos eran lloros, y su voz, gemidos. Estos -fol. 135v- se aplacaron vn tanto con auer topado en el camino la hermana del compasiuo pastor, que voluia de Trugillo, donde dixo que dexaua el niño en poder de don Francisco Piçarro y de don Iuan de Orellana, los quales auian conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que auenturasse a fiarse de ellos.
-47-
-«Sea, en fin, lo que fuere -díxo la labradora, dixeron ellos-, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de

nosotros.» Ansi que, señores, el niño queda en Trugillo en poder de los que he dicho; si algo me queda que hazer por seruiros, aqui estoy con la cadena, que aun no me he desecho de ella, pues la que me pone a la voluntad el ser yo christiana, me enlaza y me obliga a mas que la de oro. A lo que respondio Feliciana que la gozasse muchos años, sin que se le ofreciesse necessidad de deshazella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, o se empeñan, para no quitarse, o se venden, para nunca voluerlas a comprar. La labradora se despidio aquí, [l]e dieron mil encomiendas para su hermano y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco a poco a las santissimas tierras de Guadalupe.

-48-

Capitvlo qvinto del tercero libro

A penas huuieron puesto los pies los deuotos peregrinos en vna de las dos entradas que guian al valle, que forman y cierran las altissimas sierras de Guadalupe, quando, con cada paso que dauan, nacian en sus coraçones nueuas ocasiones de admirarse; pero alli -fol. 136r- llegò la admiracion a su punto quando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santissima imagen de la emperadora de los cielos; la santissima imagen, otra vez, que es libertad de los cautiuos, lima de sus hierros y aliuio de sus passiones; la santissima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huerfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo, y, donde pensaron hallar por sus paredes, pendientes por adorno, las purpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dexaron los coxos, ojos de cera que dexaron los ciegos, braços que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de auer caydo en el suelo de las miserias, ya viuos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced a la larga misericordia de la madre de las misericordias, -49- que en aquel pequeño lugar haze campear a su benditissimo hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias.

De tal manera hizo aprehension estos milagrosos adornos en los coraçones de los deuotos peregrinos, que voluieron los ojos a todas las partes del templo, y les parecia ver venir por el ayre volando los cautiuos, embueltos en sus cadenas, a colgarlas de las santas murallas, y a los enfermos arrastrar las muletas, y a los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan138.

Esta nouedad, no vista hasta entonces de Periandro ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constança ni de Antonio, los tenia como assombrados, y no se hartauan de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginauan; y assi, con deuotas y christianas muestras, hincados de rodillas, se pusieron a adorar a Dios sacramentado, y a suplicar a su santissima madre que, en credito y honra de aquella imagen, -fol. 136v- fuesse seruida de mirar por ellos. Pero lo que mas es de ponderar, fue que, puesta de hinojos, y las manos puestas (y) junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, llouiendo tiernas lagrimas, con sossegado semblante, sin mouer los

labios ni hazer otra demostracion ni mouimiento que diesse señal de ser viua criatura, solto la voz a los vientos, y leuantò el coraçon al cielo, y cantò vnos versos que ella sabía de memoria, los quales dio despues por escrito, con que suspendio -50- los sentidos de quantos la escuchauan, y acreditò las alabanças que ella misma de su voz auia dicho, y satisfizo de todo en todo los desseos que sus peregrinos tenian de escucharla. Quatro estancias auia cantado, quando entraron por la puerta del templo vnos forasteros, a quien la deuocion y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todauia cantaua, puso tambien en admiracion; y, vno, de ellos, que de anciana edad parecia, voluiendose a otro que estaua a su lado, (y) dixole:

-O aquella voz es de algun angel de los confirmados en gracia, o es de mi hija Feliciana de la Voz.

-¿Quien lo duda? -respondio el otro-. Ella es, y la que no será, si no yerra el golpe este mi braço.

Y, diziendo esto, echò mano a vna daga, y, con descompassados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fue hazia donde Feliciana estaua. El139 venerable anciano se arrojò tras el y le abraçò por las espaldas, diziendole:

-No es este, ¡o hijo!, teatro de miserias ni lugar de castigos. Da tiempo al tiempo, que, pues no se nos puede huyr esta traidora, no te precipites, y, pensando castigar el ageno delito, te eches sobre ti la pena de la culpa propia.

Estas razones y alboroto sellò la boca de Feliciana y alborotò a los peregrinos y a todos quantos en el templo estauan, los quales no fueron parte para que su padre y hermano140 de Feliciana no la sacassen del templo a la calle, -51- donde, en vn instante, se juntò casi toda la gente del pueblo con la -fol. 137r- justicia, que se la quitò a los que parecian mas verdugos que hermano y padre. Estando en esta confusion, el padre dando vozes por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiendola hasta saber el caso, por vna parte de la plaça entraron hasta seys de a cauallo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el vno don Francisco Piçarro, y el otro don Iuan de Orellana, los quales, llegandose al tumulto de la gente, y con ellos otro cauallero que con vn velo de tafetan negro traia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas vozes. Fueles respondido que no se sabía otra cosa sino que la justicia queria defender aquella peregrina, a quien querian matar dos hombres, que dezian ser su hermano y su padre. Esto estauan oyendo don Francisco Piçarro y don Iuan de Orellana, quando el cauallero emboçado, arrojandose del cauallo abaxo, sobre quien venia, poniendo mano a su espada, y descubriendose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y, a grandes vozes, dixo:

-En mi, en mi deueys, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana, vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse vna donzella contra la voluntad de sus padres. Feliciana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veys, no de tan poca calidad que no merezca que me deys por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza -52- os podre presentar por testigos; riqueza[s] tengo que la sustentan, y no será bien que, lo que he ganado por ventura, me lo quite Luys Antonio por vuestro gusto; y si os parece que os he hecho ofensa de

auer llegado a este punto, de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerças poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados a Luys Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os deuia, de lo qual otra vez os pido perdon.
Mientras Rosanio esto dezia, -fol. 137v- Feliciana estaua pegada con el, teniendole assido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste y toda hermosa juntamente; pero antes que su padre y hermano respondiessen palabra, don Francisco Piçarro se abraçò con su padre, y don Iuan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos.
Don Francisco dixo al padre:
-¿Donde està vuestra discrecion, señor don Pedro Tenorio? ¿Cómo, y es possible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agrauios, antes que la pena, traen las disculpas consigo? ¿Que tiene Rosanio que no merezca a Feliciana? O ¿que le quedarà a Feliciana de aqui adelante, si pierde a Rosanio?
Casi estas mismas o semejantes razones dezia don Iuan de Orellana a su hermano, añadiendo mas, porque le dixo:
-Señor don Sancho, nunca la colera prometio -53- buen fin de sus impetus: ella es passion del ánimo, y el ánimo apassionado pocas vezes acierta en lo que emprende. Vuestra hermana supo escoger buen marido; tomar vengança de que no se guardaron las deuidas ceremonias y respetos, no será bien hecho, porque os pondreis a peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sossiego. Mirad, señor don Sancho, que tengo vna prenda vuestra en mi casa: vn sobrino os tengo, que no le podreis negar si no os negais a vos mismo: tanto es lo que os parece.
La respuesta que dio el padre a don Francisco, fue llegarse a su hijo don Sancho y quitalle la daga de las manos, y luego fue a abraçar a Rosanio, el qual, dexandose derribar a los pies del que ya conocio ser su suegro, se los besò mil vezes. Arrodillóse tambien ante su padre Feliciana, derramò lagrimas, embiò suspiros, vinieron desmayos; la alegria discurrio por todos los circunstantes; ganò fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos, de discretos y bien hablados; lleuòlos el corregidor a su casa, regalòlos el prior del santo monasterio abundantissimamente; visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, -fol. 138r- santissimas y ricas; confessaron sus culpas, recibieron los sacramentos, y, en este tiempo, que fue el de tres dias, embiò don Francisco por el niño que le auia lleuado la labradora, que erael mismo que Rosanio dio a Periandro la noche que le dio la cadena, el qual era tan lindo, que -54- el abuelo, puesta en oluido toda injuria, dixo viendole:
-¡Que mil bienes aya la madre que te pario y el padre que te engendrò!
Y, tomandole en sus braços, tiernamente le bañò el rostro con lagrimas, y se las enjugò con besos, y las limpiò con sus canas. Pidio Auristela a Feliciana le diesse el traslado de los versos que auia cantado delante de la santissima imagen, la qual respondio que solamente auia cantado quatro estancias, y que todas eran doze, dignas de ponerse en la memoria; y assi las escriuio, que eran estas:

Antes que de la mente eterna fuera

saliessen espiritus alados,
y antes que la veloz o tarda esfera
tuuiesse141 mouimientos señalados,
y antes que aquella escuridad primera 5
los cabellos del sol viesse dorados,
fabricò para si Dios vna casa
de santissima, y limpia, y pura massa.

Los altos y fortissimos cimientos,
sobre humildad profunda se fundaron; 10
y, mientras mas a la humildad atentos,
mas la fábrica regia leuantaron.
Passò la tierra, passò el mar; los vientos,
atras, como mas baxos, se quedaron;
el fuego passa, y, con ygual fortuna, 15
debaxo de sus pies tiene la luna.

De fee son los pilares, de esperança,
-fol. 138v-
los muros desta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcança
duracion, como Dios, siempre infinita; 20
-55-
su recreo se aumenta en su templança;
su prudencia, los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcaçar soberano 25
profundos poços, perenales fuentes,
huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendicion y gloria de las gentes;
estan a la siniestra y diestra mano
cipresses altos, palmas eminentes, 30
altos cedros, clarissimos espejos
que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el platano y la rosa
de Hierico se halla en sus jardines,
con aquella color, y aun mas hermosa, 35
de los mas abrassados cherubines.
Del pecado la sombra tenebrosa,
ni llega, ni se acerca a sus confines.
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
este edificio que oy se muestra al suelo. 40

De Salomon el templo se nos muestra
oy con la perfecion a Dios possible,
donde no se oyo golpe que la diestra
mano diesse a la obra conuenible;
oy, haziendo de si gloriosa muestra, 45
salio la luz del sol inacessible;
oy nueuo resplandor ha dado al dia
la clarissima estrella de Maria.

-fol. 139r-

Antes que el sol, la estrella oy da su lumbre;
prodigiosa señal, pero tan buena, 50
que, sin guardar de agueros la costumbre,
dexa el alma de gozo y bienes llena.
Oy la humildad se vio puesta en la cumbre;
oy començo a romperse la cadena
del hierro antiguo, y sale al mundo aquella 55
prudentissima Ester, que el sol mas bella.

-56-

Niña de Dios, por nuestro bien nacida:
tierna, pero tan fuerte, que la frente,
en soberuia maldad endurezida,
quebrantasteis de la infernal serpiente: 60
brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
pues vos fuistes el medio conueniente
que reduxo a pacífica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz oy se han juntado 65
en vos, virgen santissima, y con gusto
el dulce beso de la paz se han dado,
harra y señal del venidero agosto.
Del claro amanecer del sol sagrado
soys la primera aurora; soys del iusto 70
gloria; del pecador, firme esperança;
de la borrasca antigua, la bonança.

Soys la paloma que, ab eterno, fuistes
llamada desde el cielo; soys la esposa
que al sacro Verbo limpia carne distes, 75
por quien de Adan la culpa fue dichosa;
soys el braço de Dios que detuuistes
de Abrahan la cuchilla rigurosa,
y para el sacrificio verdadero

-fol. 139v-
nos distes el mansissimo cordero. 80

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazon, por quien el alma espera
cambiar en ropa roçagante el luto
que la gran culpa le vistio primera.
De aquel inmenso y general tributo 85
la paga conueniente y verdadera
en vos se ha de fraguar; creed, señora,
que soys vniuersal remediadora.

Ya en las empireas sacrosantas salas
el paraninfo aligero se apresta, 90
o casi mueue las doradas alas,
para venir con la embaxada honesta:
-57-
que el olor de virtud que de ti exalas,
virgen bendita, sirue de requesta
y apremio a que se vea en ti muy presto 95
del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que començo a cantar Feliciana, y los que dio por escrito despues, que fueron de Auristela mas estimados que entendidos. En resolucion, las pazes de los desauenidos se hizieron; Feliciana, esposo, padre y hermano, se voluieron a su lugar, dexando orden a don Francisco Piçarro y don Iuan de Orellana les embiassen el niño; pero no quiso Feliciana passar el disgusto que da el esperar, y assi, se le lleuò consigo, con cuyo sucesso quedaron todos alegres.

-58- -fol. 140r-

Capitvlo sexto del tercero libro

Qvatro dias se estuuieron los peregrinos en Guadalupe, en los quales començaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo començaron, porque de acabarlas de ver es impossible. Desde alli se fueron a Trugillo, adonde assimismo fueron agasajados de los dos nobles caualleros don Francisco Piçarro y don Iuan de Orellana, y alli de nueuo refirieron el sucesso de Feliciana, y ponderaron, al par de su voz, su discrecion y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los cortesses ofrecimientos que Feliciana le auia hecho al tiempo de su partida. La yda de Trugillo fue de alli a dos dias la vuelta de Talauera, donde hallaron que se preparaua para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Christo naciesse142, reduzida por los christianos a tan buen punto y término, que, si entonces se

celebraua en honra de la diosa Venus por la gentilidad, aora se celebra en honra y alabança de la Virgen de las virgines. Quisieran esperar a verla; pero, por no dar mas espacio a su espacio, passaron adelante, y se quedaron sin satisfazer su desseo.
Seys leguas se aurian alongado de Talauera, -59- quando delante de si vieron que caminaua vna peregrina, tan peregrina, que yua sola, y escusòles el darla vozes a que se detuuiesse, el auerse ella sentado sobre la verde yerua de vn pradezillo, o ya combidada del ameno sitio, o ya obligada del cansancio. Llegaron a ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga a descriuirle: la edad, al parecer, salia de los terminos de la mocedad y tocaua en las margenes de la vejez; el rostro daua en rostro, porque la vista de vn lince no alcançara a verle las narizes, porque no las tenia sino tan chatas y llanas, que con vnas pinças no le pudieran assir vna brizna -fol. 140v- de ellas; los ojos les hazian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era vna esclauina rota que le besaua los calcañares, sobre la qual traia vna muceta, la mitad guarnecida de cuero, que, por roto y despedaçado, no se podia distinguir si de cordouan o si de badana fuesse; ceñiase con vn cordon de esparto, tan abultado y poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas; cubriale la cabeça vn sombrero viejo, sin cordon ni toquilla, y los pies vnos alpargates rotos; y ocupauale la mano vn bordon hecho a manera de cayado, con vna punta de azero al fin; pendiale del lado yzquierdo vna calabaça de mas que mediana estatura, y apesgauale el cuello vn rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla143. En efeto: -60- toda ella era rota, y toda penitente, y, como despues se echò de ver, toda de mala condicion. Saludaronla en llegando, y ella les voluio las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narizes, que fue mas gangosa que suaue. Preguntaronla adónde yua y que peregrinacion era la suya, y, diziendo y haziendo, combidados, como ella, del ameno sitio, se le sentaron a la redonda; dexaron pacer el bagage, que les seruia de recamara, de despensa y botilleria, y, satisfaziendo a la hambre, alegremente la combidaron, y ella, respondiendo a la pregunta que la auian hecho, dixo:
-Mi peregrinacion es la que vsan algunos peregrinos, quiero dezir, que siempre es la que mas cerca les viene a cuento para disculpar su ociosidad; y assi, me parece que será bien deziros que por aora voy a la gran ciudad de Toledo, a visitar a la deuota imagen del Sagrario, y desde alli me yre al Niño de la Guardia, y, dando vna punta, como alcon noruego, me entretendre con la santa Veronica de Iaen, hasta hazer tiempo -fol. 141r- de que llegue el vltimo domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andujar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeça, que es vna de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra144. Tal es, segun he oido dezir, que, ni las passadas fiestas de la gentilidad, a quien imita la de la Monda de Talauera, no le han hecho ni le pueden hazer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera possible, -61- sacarla de la imaginacion, donde la tengo fixa, y pintarosla con palabras, y ponerosla delante de la vista, para que, comprehendiendola, vierades la mucha razon que tengo de alabarosla; pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el

mio. En el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en vna galeria, està retratada esta fiesta con la puntualidad possible: alli està el monte, o, por mejor dezir, peñasco en cuya cima està el monasterio que deposita en si vna santa imagen, llamada de la Cabeça, que tomò el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de vn llano libre y desembaraçado, solo y señero de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta vn quarto de legua, y cuyo circuyto deue de ser de poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su assiento, siempre verde y apazible, por el humor que le comunican las aguas del rio Xandula, que de paso, como en reuerencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lexos el solenne dia que he dicho, le hazen famoso en el mundo, y célebre en España sobre quantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueua, aunque vieja, peregrina, y casi les començo a bullir en el alma la gana de yrse con ella a ver tantas marauillas; -fol. 141v- pero, la que lleuauan de acabar su camino, no dio lugar a que nueuos desseos lo impidiessen.

-62-

-Desde alli -prosiguio la peregrina- no se que viage será el mio, aunque se que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hazen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se vsan.

A lo que dixo Antonio el padre:

-Pareceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion.

-Esso no -respondio ella-: que bien se que es justa, santa y loable, y que siempre la ha auido y la ha de auer en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hazen grangeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres. Y no digo mas, aunque pudiera.

En esto, por el camino real, que junto a ellos estaua, vieron venir vn hombre a cauallo, que, llegando a ygualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hazerles cortesia, auiendo puesto la caualgadura, como despues parecio, la mano en vn hoyo, dio consigo y con su dueño al traues vna gran caida. Acudieron todos luego a socorrer al caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendo Antonio el moço la caualgadura, que era vn poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se vsa, que fue darle a beuer vn golpe de agua; y, hallando que su mal no era tanto como pensauan, le dixeron que bien podia voluer -63- a subir, y a seguir su camino; el qual hombre les dixo:

-Quiça, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo aya caido en este llano, para poder leuantarme de los riscos donde la imaginacion me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy estrangero, y de nacion polaco; muchacho sali de mi tierra, y vine a España, como a centro de los estrangeros y a madre comun de las naciones; serui a españoles, aprendi la lengua castellana de la manera que veis que -fol. 142r- la hablo, y, lleuado del general desseo que todos tienen de ver tierras, vine a Portugal a ver la gran ciudad de Lisboa, y, la misma noche que entrè en ella, me sucedio vn caso que, si le creyeredes, hareis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad

ha de tener siempre su assiento, aunque sea en si misma.
Admirados quedaron Periandro y Auristela, y los demas compañeros, de la ímprouisa y concertada narracion del caido caminante; y, con gusto de escucharle, le dixo Periandro que prosiguiesse en lo que dezir queria, que todos le darian credito, porque todos eran cortesses y en las cosas del mundo esperimentados. Alentado con esto, el caminante prosiguio diziendo:
-Digo que, la primera noche que entrè en Lisboa, yendo por vna de sus principales calles o ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me auia parecido bien vna donde me ania apeado, al passar de vn lugar -64- estrecho y no muy limpio, vn emboçado portugues con quien encontre, me desuio de si con tanta fuerça, que tuue necessidad de arrimarme al suelo. Desperto el agrauio la colera, remiti mi vengança a mi espada, puse mano, pusola el portugues con gallardo brio y desenuoltura, y la ciega noche, y la fortuna, mas ciega a la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encaminó la punta de mi espada a la vista de mi contrario, el qual, dando de espaldas, dio el cuerpo al suelo, y el alma adonde Dios se sabe. Luego me representò el temor lo que auia hecho; pasmème; puse en el huyr mi remedio; quise huyr, pero no sabía adonde; mas el rumor de la gente, que me parecio que acudia, me puso alas en los pies, y, con pasos desconcertados, volui la calle abaxo, buscando donde esconderme o adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque, si la justicia me cogiesse, no me hallasse con manifiestos indicios de mi delito.
»Yendo, pues, assi, ya del temor desmayado, vi vna luz en vna casa principal, y arrojéme a ella, sin saber con que dissinio. Hallé vna sala baxa abierta y muy bien -fol. 142v- adereçada; alarguè el paso, y entrè en otra quadra, tambien bien adereçada; y, lleuado de la luz que en otra quadra parecia, hallè en vn rico lecho echada vna señora que, alborotada, sentandose en el, me preguntò quien era, que buscaua, y adonde yua, y quien me auia dado licencia de entrar hasta alli con tan poco respeto. Yo le respondi: «Señora, -65- a tantas preguntas no os puedo responder sino sólo con deziros que soy vn hombre estrangero, que, a lo que creo, dexò muerto a otro en essa calle, mas por su desgracia y su soberuia, que por mi culpa. Suplicoos, por Dios y por quien soys, que me escapeys del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo.»
«¿Soys castellano?», me preguntò en su lengua portuguessa. «No, señora -le respondi yo-, sino forastero, y bien lexos de esta tierra.» «Pues aunque fuerades mil vezes castellano -replicò ella-, os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo. Subid por cima deste lecho, y entraos debaxo deste tapiz, y entraos en vn hueco que aqui hallareys; y no os mouays, que, si la justicia viniere, me tendra respeto, y creera lo que yo quisiere dezirles.»
»Hize luego lo que me mandò: alcé el tapiz, hallè el hueco, estrechème en el, recogi el aliento, y comence a encomendarme a Dios lo mejor que pude; y estando en esta confusa afliccion, entrò vn criado de casa, diziendo casi a gritos: «Señora, a mi señor don Duarte han muerto; aqui le traen passado de vna estocada de parte a parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador ni la ocasíon de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas; solamente ay vn muchacho que dize que vio entrar vn hombre huyendo en esta casa.» «Esse deue de ser el matador, sin duda

-respondio la señora-, y no podra escaparse. ¡Quántas vezes temia yo, ¡ay, desdichada!, ver que traian -66- a mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias!»
-fol. 143r-
»En esto, en ombros de otros quatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo, delante de los ojos de la afligida madre, la qual, con voz lamentable, començo a dezir: «¡Ay, vengança, y cómo estàs llamando a las puertas del alma! Pero no consiente que responda a tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra. ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietas mucho!»
»Considerad, señores, qual estaria mi coraçon, oyendo las apretadas razones de la madre, a quien la presencia del muerto hijo me parecia a mi que le ponian en las manos mil generos de muertes con que de mi se vengasse, que bien estaua claro que auia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿que podia yo hazer entonces sino callar y esperar en la misma desesperacion? Y mas quando entrò en el aposento la justicia, que, con comedimiento, dixo a la señora: «Guiados por la voz de vn muchacho, que dize que se entrò en esta casa el homicida deste cauallero, nos hemos atreuido a entrar en ella.» Entonces yo abri los oidos, y estuue atento a las respuestas que daria la afligida madre, la qual respondio, llena el alma de generoso ánimo y de piedad christiana: «Si esse tal hombre ha entrado en esta casa, no, a lo menos, en esta estancia; por alla le pueden buscar, aunque plegue a Dios que no le hallen, porque mal se remedia vna muerte con otra, y mas quando las injurias no proceden -67- de malicia.» Voluiose la justicia a buscar la casa, y voluieron en mi los espiritus que me auian desamparado. Mandò la señora quitar delante de si el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajassen y desde luego diessen orden en su sepultura; mandò assimismo que la dexassen sola, porque no estaua para recebir consuelos y pesames de infinitos que venian a darselos, ansi de parientes, como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamò a vna donzella suya, que, a lo que parecio, deuio de ser de la que mas se fiaua, y, auiendola hablado al oido, la despidio, mandandole cerrasse
-fol. 143v- tras si la puerta; ella lo hizo assi, y la señora, sentandose en el lecho, tento el tapiz, y, a lo que pienso, me puso las manos sobre el coraçon, el qual, palpitando a priessa, daua indicios del temor que le cercaua; ella viendo lo qual, me dixo, con baxa y lastimada voz: «Hombre, quienquiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos y, finalmente, la vida que me sustentaua; pero, porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra a mi vengança; y assi, en cumplimiento de la promessa que te hize de librarte quando aqui entraste, has de hazer lo que aora te dire: ponte las manos en el rostro, porque, si yo me descuydo en abrir los ojos, no me obligues a que te conozca, y sal de esse encerramiento, y sigue a vna mi donzella que aora vendra aqui, la qual te pondra en la calle y te dara cien escudos de oro, con que facilites tu remedio. No -68- eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste; sossiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delinquente.»
»En esto voluio la donzella; yo sali detras del paño, cubierto el rostro con la mano, y, en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besè el pie de la cama muchas vezes, y luego segui los de la donzella, que

assimismo, callando, me assio del braço, y, por la puerta falsa de vn jardin, a escuras, me puso en la calle. En viendome en ella, lo primero que hize fue limpiar la espada, y con sossegado paso sali a caso a vna calle principal, de donde reconoci mi posada, y me entrè en ella, como si por mi no huuiera passado ni próspero sucesso ni aduerso. Contome el huesped la desgracia del rezien muerto cauallero, y assi exagerò la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se creia la auria grangeado algun enemigo secreto que a semejante término le huuiesse conduzido.

»Passè aquella noche dando gracias a Dios de las recebidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo christiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que assi supe se llamaua mi bienhechora; -fol. 144r- sali por la mañana al rio, y hallè en el vn barco lleno de gente que se yua a enuarcar en vna gran naue que en Sangian estaua de partida para las islas orientales; voluime a mi posada, vendi a mi huesped la caualgadura, y, cerrando todos mis discursos en el puño, volui al rio y al barco, -69- y otro dia me hallè en el gran nauio fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se desseaua145.

»Quinze años he estado en las Indias, en los quales, siruiendo de soldado con valentissimos portuguesses, me han sucedido cosas de que quiça pudieran hazer vna gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes inuencible nacion portuguessa, dignas de perpetua alabança en los presentes y venideros siglos. Alli grangeè algun oro y algunas perlas, y cosas mas de valor que de bulto, con las quales, y con la ocasion de voluerse mi general a Lisboa, volui a ella, y de alli me puse en camino para voluerme a mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España. Reduzi a dineros mis riquezas, y a polizas los que me parecio ser necessario para mi camino, que fue el que primero intenté venir a Madrid, donde estaua rezien venida la corte del gran Felipe tercero146; pero ya mi suerte, cansada de lleuar la naue de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diesse en vn baxio que la destroçasse toda, y ansi, hizo que, en llegando vna noche a Talauera, vn lugar que no está lexos de aqui, me apeé en vn meson que no me siruio de meson, sino de sepultura, pues en el hallé la de mi honra. ¡O fueras poderosas de amor, de amor, digo, inconsiderado, pressuroso, y lasciuo y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas dissinios -70- buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo, pues, que, estando en este meson, entro en el a caso vn[a] donzella de hasta diez y seys años, a lo menos a mi no me parecio de mas, puesto que despues supe que tenia veynte y dos; venía en -fol. 144v- cuerpo, y en trançado, vestida de paño, pero limpissima, y, al passar junto a mi, me parecio que olia a vn prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dexò atras las aromas de Arabia; llegòse la qual a vn moço del meson, y, hablandole al oido, alçò vna gran risa, y, voluiendo las espaldas, salio del meson y se entrò en vna casa frontera. El moço mesonero corrio tras ella, y no la pudo alcançar, si no fue con vna coz que le dio en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa. Esto vio otra moça del mismo meson, y, llena de colera, dixo al moço: «¡Por Dios, Alonso, que lo hazes mal; que no merece Luysa que la santigues a coces!» «Como essas le dare yo, si viuo -respondio el

Alonso-. Calla, Martina amiga, que, a estas mocitas sobresalientes, no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo.» Y con esto nos dexò solos a mi y a Martina, a la qual le pregunté que que Luysa era aquella, y si era casada, o no. «No es casada -respondio Martina-; pero serálo presto con este moço Alonso que aueis visto; y, en fe de los tratos que andan entre los padres della y los del, de esposa, se atreue Alonso a molella a cozes todas las147 vezes que se le antoja, aunque muy pocas -71- son sin que ella las merezca; porque, si va a dezir la verdad, señor huesped, la tal Luysa es algo atreuidilla, y algun tanto libre y descompuesta. Harto se lo he dicho yo; mas no aprouecha: no dexarà de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues, en verdad, en verdad, que vna de las mejores dotes que puede lleuar vna donzella es la honestidad148, que buen siglo aya la madre que me pario, que fue persona que no me dexò ver la calle ni aun por vn agujero, quanto mas, salir al vmbral de la puerta: sabía bien, como ella dezia, que la muger y la gallina, etc.149.» «Digame, señora Martina -le repliqué yo-: ¿cómo de la estrecheza de esse nouiciado vino a hazer profession en la anchura de vn meson?» «Ay mucho que dezir en esso», dixo Martina; y aun yo tuuiera mas que dezir de estas menudencias, si -fol. 145r- el tiempo lo pidiera, o el dolor que traygo en el alma lo permitiera.

-72-

Capitvlo setimo del tercero libro

Con atencion escuchauan los peregrinos el peregrino, quando del polaco ya desseauan saber que dolor traia en el alma, como sabian el que deuia de tener en el cuerpo, a quien dixo Periandro:

-Contad, señor, lo que quisieredes, y con las menudencias que quisieredes, que muchas vezes el contarlas suele acrecentar grauedad al cuento: que no parece mal estar en la mesa de vn banquete, junto a vn faysan bien adereçado, vn plato de vna fresca, verde y sabrosa ensalada. La salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje en qualquiera cosa que se diga. Assi que, señor, seguid vuestra historia; contad de Alonso y de Mar[t]ina; acocead a vuestro gusto a Luysa; casalda, o no la caseys; sease ella libre y desembuelta como vn cernícalo, que el toque no está en sus desembolturas, sino en sus sucessos, segun lo hallo yo en mi astrologia.

-Digo, pues, señores -respondio el polaco-, que, vsando de essa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juyzio. Con todo el que entonces tenia, que no deuia de ser mucho, fuy y vine vna y muchas vezes aquella noche a -73- pensar en el donayre, en la gracia y en la desemboltura de la sin par, a mi parecer, ni se si la llame vezina moça, o conocida de mi huespeda; hize mil dissignios, fabriquè mil torres de viento, casème, tuue hijos, y di dos higas al que diran, y, finalmente, me resolui de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talauera, casado con la diosa Venus, que no menos hermosa me parecio la -fol. 145v- muchacha, aunque acoceada por el moço del mesonero. Passóse aquella noche, tomè el pulso a mi gusto, y halléle tal, que, a no casarme con ella, en poco espacio de tiempo auia de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya auia depositado en los ojos de

mi labradora. Y, atropellando por todo genero de inconuenientes, determinè de hablar a su padre, pidiendosela por muger. Enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, dixele alabanças de mi ingenio y de mi industria, no sólo para conseruarlos, sino para aumentarlos; y con estas razones, y con el alarde que le auia hecho de mis bienes, vino mas blando que vn guante a condecender con mi desseo, y mas quando vio que yo no reparaua en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho deste concierto. Quedò Alonso despechado; Luysa, mi esposa, rostrituerta, como lo dieron a entender los sucessos que de alli a quinze dias acontecieron, con dolor mio y verguença suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros mios, con los quales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas -74- en la voluntad y en los pies, desaparecio de Talauera, dexandome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo a que de su inconstancia y bellaqueria en corrillos hablassen. Hizome el agrauio acudir a la vengança; pero no hallè en quien tomarla sino en mi propio, que con vn lazo estuue mil vezes por ahorcarme; pero la suerte, que quiça para satisfazerme de los agrauios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos ayan parecido presos en la carcel de Madrid, de donde he sido auisado que vaya a ponerles la demanda y a seguir mi justicia; y assi, voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y, con quitarles las vidas, quitar de sobre mis ombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido.
-fol. 146r- ¡Viue Dios, que han de morir! ¡Viue Dios, que me he de vengar! ¡Viue Dios, que ha de saber el mundo que no se dissimular agrauios, y mas los que son tan dañosos que se entran hasta las medulas del alma! A Madrid voy; ya estoy mejor de mi cayda; no ay sino ponerme a cauallo, y guardense de mi hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen a los oydos, ni ruegos de frayles, ni llantos de personas deuotas, ni promessas de bien intencionados coraçones, ni dadiuas de ricos, ni imperios ni mandamientos de grandes, ni toda la caterua que suele proceder a semejantes acciones: que mi honra ha de andar sobre su delito como el azeyte sobre el agua.
Y, diziendo esto, se yua a leuantar muy ligero -75- para voluer a subir y a seguir su viage; viendo lo qual, Periandro, assiendole del braço, le detuuo y le dixo:
-Vos, señor, ciego de vuestra colera, no echays de ver que vays a dilatar y a estender vuestra deshonra. Hasta agora no estays mas deshonrado de entre los que os conocen en Talauera, que deuen de ser bien pocos, y agora vays a serlo de los que os conoceran en Madrid; quereys ser como el labrador que criò la viuora serpiente en el seno todo el inuierno, y, por merced del cielo, quando llegò el verano, donde ella pudiera aprouecharse de su ponçoña, no la hallò, porque se auia ydo150; el qual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso yrla a buscar, y voluerla a anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le està bien hallar, y a lo que comunmente se dize, que, al enemigo que huye, la puente de plata; y el mayor que el hombre tiene, suele dezirse que es la muger propia. Pero esto deue de ser en otras religiones que en la christiana, entre las quales los matrimonios son vna manera de concierto y conueniencia, como lo es el de alquilar vna casa o otra alguna heredad; pero, en la religion catolica, el casamiento -fol. 146v- es

sacramento que sólo se desata con la muerte o con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshazer el nudo con que ligados fueron. ¿Que pensays que os sucedera quando la justicia os -76- entregue a vuestros enemigos, atados y rendidos, encima de vn teatro público, a la vista de infinitas gentes, y a vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos dezís, vuestra honra?151 ¿Que os puede suceder, como digo, sino hazer mas público vuestro agrauio? Porque las venganças castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se estan en pie, y siempre estan viuas en las memorias de las gentes, a lo menos, en tanto que viue el agrauiado. Assi que, señor, volued en vos, y, dando lugar a la misericordia, no corrays tras la justicia. Y no os aconsejo por esto a que perdoneys a vuestra muger, para voluella a vuestra casa, que a esto no ay ley que os obligue; lo que os aconsejo es que la dexeys, que es el mayor castigo que podreys darle. Viuid lexos della, y viuireys; lo que no hareys estando juntos, porque morireys continuo. La ley del repudio fue muy vsada entre los romanos; y puesto que sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso a la paciencia y poner en vn punto estremado a la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas quando la contrastan inconuenientes tantos y tan pesados. Y, finalmente, quiero que considereys que vays a hazer vn pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer -77- por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuuo a estas razones de Periandro el colerico polaco, y, mirandole de hito en hito, respondio:

-Tu, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion -fol. 147r- se adelanta a tus dias, y la madurez de tu ingenio, a tu verde edad; vn angel te ha mouido la lengua, con la qual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo si no es la de voluerme a mi tierra a dar gracias al cielo por la merced que me has hecho. Ayudame a leuantar, que, si la colera me voluio las fuerças, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia.

-Esso haremos todos de muy buena gana -dixo Antonio el padre.

Y, ayudandole a subir en el macho, abraçandoles a todos primero, dixo que queria voluer a Talauera, a cosas que a su hazienda tocauan, y que desde Lisboa volueria por la mar a su patria; dixoles su nombre, que se llamaua Ortel Banedre, que respondia en castellano Martin Banedre; y, ofreciendoseles de nueuo a su seruicio, voluio las riendas hazia Talauera, dexando a todos admirados de sus sucessos y del buen donayre con que los auia contado. Aquella noche la passaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y, de alli a dos dias, en compañia de la antigua peregrina, llegaron a la Sagra de Toledo, y a vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus liquidos cristales.

-78-

Capitvlo octavo del tercero libro

No es la fama del rio Tajo152 tal, que la cierren limites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo: que a todos se estiende, y a todos se manifiesta, y en todos haze nacer vn desseo de conocerle; y como es vso de los setentríonales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, eralo assimismo Periandro, como vno de los mas principales de aquella nacion; y assi por esto, como por auer -fol. 147v- mostradole a la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado como se deue poeta Garcilaso de la Vega, y auerlas el visto, leydo, mirado y admirado, assi como vio al claro rio, dixo:
-No diremos: «Aqui dio fin a su cantar Salicio»153, sino: «Aqui dio principio a su cantar Salicio; aqui sobrepujò en sus eglogas a si mismo; aqui resono su çampoña, a cuyo son se detuuieron las aguas deste rio, no se mouieron las hojas de los arboles, y, parandose los vientos, dieron lugar a que la admiracion de su canto fuesse de lengua en lengua y de gente en gentes por todas las de la tierra.» ¡O venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas, ¡que digo yo doradas!, antes de puro oro nacidas! Recoged -79- a este pobre peregrino, que, como desde lexos os adora, os piensa reuerenciar desde cerca.
Y, poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo:
-¡O peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para voluer a resucitar su muerta gloria y a ser claro espejo y depósito de catolicas ceremonias! ¡Salue, pues, o ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a verte!
Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el padre, si tambien como el lo supiera; porque las lecciones de los libros muchas vezes hazen mas cierta esperiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que, el que vee con atencion, repara vna y muchas vezes en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede a la leccion la vista. Casi en este mismo instante resono en sus oydos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se estendian, y vieron venir hazia -fol. 148r- donde ellos estauan esquadrones no armados de infanteria, sino montones de donzellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas a lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y assiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtò de los pechos y se acogio -80- a los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro; venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeça con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeò aquel dia, y en ellas, antes la palmilla de Cuenca que el damasco de Milan y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se auentajaua a las mas ricas de la corte, porque, si en ellas se mostraua la honesta mediania, se descubria assimismo la estremada limpieça: todas eran flores, todas rosas, todas donayre, y todas juntas componian vn honesto mouimiento, aunque de diferentes vayles formado, el qual mouimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos. Alrededor de cada esquadron andauan por de fuera, de blanquissimo lienço vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabeças, muchos çagales, o ya sus parientes, o ya sus conocidos, o ya vezinos de sus mismos lugares: vno tocaua el tamboril y la flauta; otro, el salterio; este, las sonajas; y

aquel, los albogues; y de todos estos sones redundaua vno solo, que alegraua con la concordancia, que es el fin de la musica. Y, al passar vno destos esquadrones o junta de vayladoras donzellas por delante de los peregrinos, vno, que, a lo que despues parecio, era el alcalde del pueblo, assio a vna de aquellas donzellas del braço, y, mirandola muy bien de arriba abaxo, con voz alterada y de mal talante, la dixo:
-¡A, Toçuelo, Toçuelo, y que de poca verguença os acompaña! ¿Vayles son estos -fol. 148v- para ser -81- profanados? ¿Fiestas son estas para no lleuarlas sobre las niñas de los ojos? No se yo cómo consienten los cielos semejantes maldades. Si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Coueña, ¡por Dios que nos han de oyr los sordos!
Apenas acabò de dezir esta palabra el alcalde, quando llegò otro alcalde y le dixo:
-Pedro Coueño, si os oyessen los sordos, sería hazer milagros. Contentaos con que nosotros nos oygamos a nosotros, y sepamos en que os ha ofendido mi hijo Toçuelo; que, si el ha dilinquido contra vos, justicia soy yo que le podre y sabre castigar.
A lo que respondio Coueño:
-El delinquimiento ya se vee, pues, siendo varon, va vestido de hembra; y no de hembra como quiera, sino de donzella de Su Magestad, en sus fiestas; porque veays, alcalde Toçuelo, si es mocosa la culpa. Temome que mi hija Coueña anda por aqui, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiziesse de las suyas, y, sin nuestra sabiduria, los juntasse sin las bendiciones de la yglesia: que ya sabeys que estos casorios echos a hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer a los de la audiencia clerical, que es muy carera.
A esto respondio por Toçuelo vna donzella labradora, de muchas que se pararon a oyr la plática:
-Si va a dezir la verdad, señores alcaldes, -82- tan marida es Mari Coueña de Toçuelo, y el marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre. Ella está en cinta, y no està para dançar ni vaylar. Casenlos, y vayase el diablo para malo, y, a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.
-¡Par Dios, hija! -respondio Toçuelo-. Vos dezis muy bien: entrambos son iguales; no es mas christiano viejo el vno que el otro; las riquezas se pueden medir con vna misma vara.
-Agora bien -replicò Coueño-: llamen aqui a mi hija, que ella lo deslindarà todo, que no es nada muda.
Vino Coueña, -fol. 149r- que no estaua lexos, y, lo primero que dixo, fue:
-Ni yo he sido la primera, ni sere la postrera que aya tropeçado y caydo en estos barrancos. Toçuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdonenos Dios a entrambos, quando nuestros padres no quisieren.
-Esso si, hija -dixo su padre-. ¡La verguença por los cerros de Vbeda, antes que en la cara! Pero, pues esto està ya hecho, bien serà que el alcalde Toçuelo se sirua de que este caso passe adelante, pues vosotros no le aueys querido dexar atras.
-¡Par diez -dixo la donzella primera-, que el señor alcalde Coueño ha hablado como vn viejo! Dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en vno, como lo manda la santa yglesia

nuestra madre, y vamos con nuestro vayle al olmo, -83- que no se ha de estoruar nuestra fiesta por niñerias.
Vino Toçuelo con el parecer de la moça, dieronse las manos los donzeles, acabóse el pleyto, y passò el vayle adelante: que si con esta verdad se acabaran todos los pleytos, secas y peladas estuuieran las solicitas plumas de los escriuanos. Quedaron Periandro, Auxistela y los demas peregrinos contentissimos de auer visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras donzellas, que parecia, todas a vna mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrassen en Toledo, porque assi se lo pidio Antonio el padre, a quien aguijaua el desseo que tenia de ver a su patria y a sus padres, que no estauan lexos, diziendo que, para ver las grandezas de aquella ciudad, conuenia mas tiempo que el que su priessa les ofrecia. Por esta misma razon tampoco quisieron passar por Madrid, donde a la sazon estaua la corte, temiendo algun estoruo que su camino les impidiesse. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diziendoles que andauan en la corte ciertos pequeños, -fol. 149v- que tenian fama de ser hijos de grandes, que, aunque paxaros noueles, se abatian al señuelo de qualquiera muger hermosa, de qualquiera calidad que fuesse: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura.
A lo que añadio Antonio el padre:
-Dessa manera, será menester que vsemos -84- de la industria que vsan las grullas quando, mudando regiones, passan por el monte Limauo154, en el qual las estan aguardando vnas aues de rapiña para que les siruan de pasto; pero ellas, preuiniendo este peligro, passan de noche, y lleuan vna piedra cada vna en la boca, para que les impida el canto y escusen de ser sentidas; quanto mas, que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera deste famoso rio, y, dexando la ciudad a mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos a Ocaña, y desde alli al Quintanar de la Orden, que es mi patria.
Viendo la peregrina el dissignio del viage que auia hecho Antonio, dixo que ella queria seguir el suyo, que le venia mas a cuento. La hermosa Ricla le dio dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidio de todos, cortés y agradecida. Nuestros peregrinos passaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primauera, en vn mismo punto les puso la admiracion y la alegría; vieron (de) yguales y estendidas calles, a quien seruian de espaldas y arrimos los verdes y infinitos arboles, tan verdes, que las hazian parecer de finissimas esmeraldas; vieron la junta, los bessos y abraços que se dauan los dos famosos rios Henares y Tajo; contemplaron sus sierras de agua; admiraron el concierto de sus jardines y de la diuersidad de sus flores; vieron sus estanques, con mas pezes que arenas, y sus esquisitos frutales, que, por aliuiar el peso a los arboles, tendian las ramas -85- por el suelo; finalmente, Periandro tuuo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcia. Desde alli fueron a la villa de Ocaña, donde supo -fol. 150r- Antonio que sus padres viuian, y se informò de otras cosas que le alegraron, como luego se dira.

-86-

Capitvlo nono del tercer libro

Con los ayres de su patria, se regozijaron los espiritus de Antonio, y con el visitar a Nuestra Señora de Esperança, a todos se les alegrò el alma. Ricla y sus dos hijos se alboroçaron con el pensamiento de que auian de ver presto, ella a sus suegros, y ellos a sus abuelos, de quien ya se auia informado Antonio que viuian, a pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les auia causado; supo assimismo cómo su contrario auia heredado el estado de su padre, y que auia muerto en amistad de su padre de Antonio, a causa que, con infinitas prueuas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se auia aueriguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia passaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerça a las palabras, y, las que se dizen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agrauian; y assi, el que quiere tomar vengança dellas, no se ha de entender que satisfaze su afrenta, sino que castiga su agrauio, como se mostrará en este exemplo: prosupongamos que yo digo vna verdad manifiesta; respondeme vn desalumbrado que miento y mentire todas las vezes que lo dixere, y, poniendo mano -87- a la espada, sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necessidad de voluer por la verdad que dixe, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necessidad de castigar el poco respeto que se me tuuo; de modo que, el desmentido desta suerte, puede -fol. 150v- entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie hasta que se satisfaga, porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que ay entre agrauio y afrenta155. En efeto: digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que, pues ellos auian sido amigos, se auria bien mirado su causa. Con estas buenas nueuas, con mas sossiego y mas contento, se puso otro dia en camino con sus camaradas, a quien conto todo aquello que de su negocio sabía, y que vn hermano del que penso ser su enemigo, le auia heredado, y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto. Fue parecer de Antonio que ninguno saliesse de su orden, porque pensaua darse a conocer a su padre, no de improuiso, sino por algun rodeo que le aumentasse el contento de hazerle conocido, aduirtiendo que tal vez mata vna subita alegria, como suele matar vn improuiso pesar. De alli a tres dias llegaron, al crepusculo de la noche, a su lugar, y a la casa de su padre, el qual, con su madre, segun despues parecio, estaua sentado a la puerta de la calle, tomando, como dizen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del -88- verano. Llegaron todos juntos, y, el primero que habló, fue Antonio a su mismo padre:

-¿Ay, por ventura, señor, en este lugar, hospital de peregrinos?

-Segun es christiana la gente que le habita -respondio su padre-, todas las casas del son hospital de peregrinos; y quando otra no huuiera, esta mia, segun su capacidad, siruiera por todas; prendas tengo yo por essos mundos adelante, que no se si andaran agora buscando quien las acoja.

-¿Por ventura, señor -replicò Antonio-, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en el no viuen vn apellido de vnos hidalgos que se llaman Villaseñores? Digolo, porque he conocido yo vn tal Villaseñor bien lexos desta tierra, que, si el -fol. 151r- estuuiera en esta, no

nos faltara posada a mi ni a mis camaradas.
-¿Y cómo se llamaua, hijo -dixo su madre-, esse Villaseñor que dezis?
-Llamauase Antonio -replicò Antonio-; y su padre, segun me acuerdo, me dixo se llamaua Diego de Villaseñor.
-¡Ay, señor -dixo la madre, leuantandose de donde estaua-, que esse Antonio es mi hijo, que, por cierta desgracia, ha al pie de diez y seys años que falta desta tierra! Comprado le tengo a lagrimas, pesado a suspiros, y grangeado con oraciones. ¡Plegue a Dios que mis ojos le vean antes que descubra la noche de la eterna sombra! Dezidme -dixo-: ¿ha mucho que le vistes? ¿Ha mucho que le dexastes? ¿Tiene salud? -89- ¿Piensa voluer a su patria? ¿Acuerdase de sus padres, a quien podra venir a ver, pues no ay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hizieron desterrar de su tierra?
Todas estas razones escuchaua el anciano padre de Antonio, y, llamando a grandes vozes a sus criados, les mandò encender luzes, y que metiessen dentro de casa a aquellos honrados peregrinos; y, llegandose a su no conocido hijo, le abraçò estrechamente, diziendole:
-Por vos solo, señor, sin que otras nueuas os hiziessen el aposento, os le diera yo en mi casa, lleuado de la costumbre que tengo de agasajar en ella a todos quantos peregrinos por aqui passan; pero agora, con las regozijadas nueuas que me aueys dado, ensancharè la voluntad, y sobrepujarán los seruicios que os hiziere a mis mismas fuerças.
En esto, ya los siruientes auian encendido luzes, y, guiando los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de vn gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas donzellas, hermanas de Antonio, que auian nacido despues de su ausencia, las quales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardia de Constança, su sobrina, con el buen parecer de Ricla, su cuñada, no se hartauan de bessarlas y de bendezirlas; y quando esperauan -fol. 151v- que sus padres entrassen dentro de casa con el nueuo huesped, vieron entrar con ellos vn confuso monton de gente que traian en ombros, sobre vna silla sentado, -90- vn hombre como muerto, que luego supieron ser el conde que auia heredado al enemigo que solia ser de su tio156. El alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuydado de recebir los nueuos huespedes, las turbò de manera, que no sabian a quien acudir, ni a quien preguntar la causa de aquel alboroto.
Los padres de Antonio acudieron al conde, herido de vna bala por las espaldas, (que) en vna rebuelta que157 dos compañias de soldados, que estauan en el pueblo aloxadas, auian tenido con los del lugar158, y le auian passado por las espaldas el pecho; el qual, viendose herido, mandò a sus criados que le truxessen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fue a tiempo que començaua a hospedar a su hijo, a su nuera y a sus dos nietos, y a Periandro y a Auristela, la qual, assiendo de las manos a las hermanas de Antonio, les pidio que la quitassen de aquella confusion y la lleuassen a algun aposento donde nadie la viesse.
Hizieronlo ellas assi, siempre admirandose de nueuo de la sin par belleza de Auristela. Constança, a quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de vna misma edad y casi de vna ygual hermosura. Lo mismo le acontecio al mancebo Antonio, el qual, oluidado de los respetos de la buena criança y de la obligacion del hospedage, se atreuio, honesto y regozijado, a abraçar a

vna de sus tias, viendo lo qual vn criado de casa, le dixo:
-¡Por vida del señor peregrino, que tenga -91- quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas; si no, a fee que se las haga tener quedas, ha despecho de su desuergonçado atreuimiento!
-¡Por Dios, hermano -respondio Antonio-; que es muy poco lo que he hecho -fol. 152r- para lo que pienso hazer, si el cielo fauorece mis desseos, que no son otros que seguir a estas señoras y a todos los desta casa!
Ya en esto auian acomodado al conde herido en vn rico lecho, y llamado a dos cirujanos que le tomassen la sangre y mirassen la herida, los quales declararon ser mortal, sin que por via humana tuuiesse remedio alguno. Estaua todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en esquadron formado se auian salido al campo, y esperauan si fuessen acometidos del pueblo, dandoles la batalla. Valia poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia christiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el qual, por la mayor parte, se alborota de liuianas ocasiones, y crece bien assi como van creciendo las olas del mar de blando viento mouidas, hasta que, tomando el regañon el blando soplo del zefiro, le mezcla con su huracan y las leuanta al cielo; el qual, dandose priessa a entrar el dia, la prudencia de los capitanes hizo marchar a sus soldados a otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus limites, a pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por terminos y pausas espaciosas, -92- con sobresaltos agudos, poco a poco vino Antonio ha descubrirse a sus padres, haziendole presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacò lagrimas de los ojos de los viejos, y la belleza de Auristela y gallardia de Periandro les sacò el pasmo al rostro y la admiracion a todos los sentidos.
Este plazer, tan grande como improuiso; esta llegada de sus hijos, tan no esperada, se la aguò, turbò y casi deshizo la desgracia del conde, que por momentos yua empeorando. Con todo esso, le hizo presente de sus hijos, y de nueuo le hizo ofrecimiento de su casa y de quanto en ella auia que para su salud fuesse conueniente; porque, aunque quisiera mouerse y lleuarle a la de su estado, no fuera -fol. 152v- possible: tales eran las pocas esperanças que se tenian de su salud. No se quitauan de la cabecera del conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constança, que, con la compassion christiana y solicitud possible, eran sus enfermeras, puesto que yuan contra el parecer de los cirujanos, que ordenauan le dexassen solo, o, a lo menos, no acompañado de mugeres. Pero la disposicion del cielo, que, con causas a nosotros secretas, ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenò y quiso que el conde llegasse al vltimo de su vida, y, vn dia antes que della se despidiesse, cierto ya de que no podia viuir, llamò a Diego de Villaseñor, y, quedandose con el solo, le dixo desta manera:
-Yo sali de mi casa con intencion de yr a -93- Roma este año, en el qual el Sumo Pontifice ha abierto las arcas del tesoro de la Yglesia, y comunicadonos, como en año santo, las infinitas gracias que en el suelen ganarse. Yua a la ligera, mas como peregrino pobre, que como cauallero rico; entré en este pueblo; hallè trauada vna pendencia, como ya, señor, aueys visto, entre los soldados que en el estauan aloxados y entre los vezinos del(la); mezcléme en ella, y, por reparar las agenas vidas, he

venido a perder la mia, porque esta herida, que a traycion, si assi se puede dezir, me dieron, me la va quitando por momentos. No se quien me la dio, porque las pendencias del vulgo traen consigo a la misma confusion. No me pesa de mi muerte, si no es por las que ha de costar, si por justicia o por vengança quisiere castigarse. Con todo esto, por hazer lo que en mi es, y todo aquello que de mi parte puedo, como cauallero y christiano, digo que perdono a mi matador y a todos aquellos que con el tuuieron culpa; y es mi voluntad assimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me aueys hecho, y la muestra que he de dar deste agradecimiento, no serà assi como quiera, -fol. 153r- sino con el mas alto estremo que pueda imaginarse. En essos dos baules que ahí estan, donde lleuaua recogida mi recamara, creo que van hasta veynte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar; y, si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierra las entrañas de Potosi, hiziera della lo mismo que desta hazer -94- quiero. Tomalda, señor, en vida, o hazed que la tome la señora doña Constança, vuestra nieta, que yo se lo doy en arras y para su dote; y mas, que le pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradissima, juntamente con quedar donzella honrada. Llamadla aqui, y traed quien me despose con ella; que su valor, su christiandad, su hermosura, merecian hazerla señora del vniuerso. No os admire, señor, lo que oys; creed lo que os digo, que no será nouedad disparatada casarse vn titulo con vna donzella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hazer a vna muger famosa. Esto quiere el cielo, a esto me inclina mi voluntad; por lo que deueys al ser discreto, que no lo estorue la vuestra. Yd luego, y, sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, assi de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no aya calumnia que la deshaga.

Pasmóse a estas razones Villaseñor, y creyo, sin duda alguna, que el conde auia perdido el juyzio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dizen grandes sentencias, o se hazen grandes disparates; y assi, lo que le respondio fue:

-Señor, yo espero en Dios que tendreys salud, y entonces, con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreys ver las riquezas que days y la muger que escogeys; -95- mi nieta no es vuestra ygual, o, a lo menos, no està en potencia propinqua, sino -fol. 153v- muy remota, de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso que quiera comprar esta honra que quereys hazerme con lo que dira el vulgo, casi siempre mal intencionado, del qual ya me parece que dize que os tuue en mi casa, que os trastornè el sentido, y que, por vias de la solicitud codiciosa, os hize hazer esto.

-Diga lo que quisiere -dixo el conde-; que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare.

-Alto, pues -dixo Villaseñor-; no quiero ser tan ygnorante que no quiera abrir a la buena suerte, que está llamando a las puertas de mi casa.

Y con esto se salio del aposento, y comunicò lo que el conde le auia dicho con su muger, con sus nietos, y con Periandro y Auristela, los quales fueron de parecer que, sin perder punto, assiessen a la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y truxessen quien lleuasse al cabo aquel

negocio. Hizose assi, y en menos de dos horas ya estaua Costança desposada con el conde, y los dineros y joyas en su possession, con todas las circunstancias y reualidaciones que fueron possible hazerse. No huuo musicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del conde se yua acabando por momentos. Finalmente, otro dia despues del desposorio, recebidos todos los sacramentos, murio el conde en los braços de su esposa, la condessa Costança, -96- la qual, cubriendose la cabeça con vn velo negro, hincada de rodillas, y leuantando los ojos al cielo, començo a dezir:

-Yo hago voto...

Pero, apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo:

-¿Que voto quereys hazer, señora?

-De ser monja -respondio la condessa.

-Sedlo, y no le hagays -replicó Auristela-; que las obras de seguir a Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueuen acidentes, y este de la muerte de vuestro esposo, quiça os hara prometer lo que despues, o no podreys, o no querreys cumplir. Dexad en -fol. 154r- las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que assi vuestra discrecion como la de vuestros padres y hermanos, os sabra aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuuiere. Y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que, quien os hizo condessa tan sin pensarlo, os sabra y querra dar otro titulo que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindiose a este parecer la condessa, y, dando traças al entierro del conde, llegò vn su hermano menor, a quien ya auian ydo las nueuas a Salamanca, donde estudiaua. Llorò la muerte de su hermano; pero enjugaronle presto las lagrimas el gusto159 de la herencia del estado. Supo el hecho; abraçò a su cuñada; no contradixo a ninguna cosa; depositò a su hermano, para lleuarle despues a su lugar; partiose a la -97- corte, para pedir justicia contra los matadores; anduuo el pleyto; degollaron a los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Costança con las arras y el titulo de condessa; apercibiose Periandro para seguir su viage, a quien no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Ricla, su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron a Antonio el hijo ni a la nueua condessa, que no fue possible dexar la compañia de Auristela ni de Periandro.

A todo esto, nunca auia mostrado a su abuelo el lienço donde venia pintada su historia. Enseñósele vn dia Antonio, y dixo que faltaua alli de pintar los pasos por donde Auristela auia venido a la isla barbara, quando se vieron ella y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y el en el de hembra: metamorfosis bien estraño; a lo que Auristela dixo que en pocas razones lo diria. Que fue que, quando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca, a ella, Cloelia y a las dos pescadoras, vinieron a vna isla despoblada a repartir la presa entre ellos, y, «no pudiendose hazer -fol. 154v- el repartimiento con ygualdad, vno de los mas principales se contentò con que por su parte le diessen mi persona, y aun añadio dadiuas para ygualar la demasia. Entrè en su poder sola, sin tener quien en mi desuentura me acompañasse: que de las miserias suele ser aliuio la compañia. Este me vistio en habitos de varon, temeroso que en los de muger no me solicitasse el viento; muchos dias anduue con el

peregrinando por diuersas partes, -98- y siruiendole en todo aquello que a mi honestidad no ofendia; finalmente, vn dia llegamos a la isla barbara, donde de improuiso fuymos presos de los barbaros, y el quedò muerto en la refriega de mi prision, y yo fuy trayda a la cueua de los prisioneros, donde hallé a mi amada Cloelia, que por otros no menos desuenturados pasos alli auia sido trayda, la qual me conto la condicion de los barbaros, la vana supersticion que guardauan, y el assunto ridiculo y falso de su profecia; dixome assimismo que tenia barruntos de que mi hermano Periandro auia estado en aquella sima, a quien no auia podido hablar, por la priessa que los barbaros se dauan a sacarle para ponerle en el sacrificio»; y que auia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaua en habitos de hombre; y que assi, rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estoruauan, salio con su intento, y se entregò de toda su voluntad para ser sacrificada de los barbaros, persuadiendose ser bien de vna vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla a peligro de perderla por momentos; y que no tenia mas que dezir, pues sabian lo que desde aquel punto le auia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor que todo esto se añadiera al lienço; pero todos fueron de parecer que, no solamente [no] se añadiesse, sino que aun lo pintado se borrasse, porque tan -fol. 155r- grandes y tan no vistas cosas, no eran para andar en lienços deuiles, sino en laminas de bronce escritas, y en -99- las memorias de las gentes grauadas. Con todo esso, quiso Villaseñor quedarse con el lienço, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin ygual hermosura y gallardia de Auristela y Periandro. Algunos dias se passaron poniendo en orden su partida para Roma, desseosos de ver cumplidos los votos de su promessa; quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueua condessa, que, como queda dicho, la aficion que a Auristela tenia, la lleuara, no solamente a Roma, sino al otro mundo, si para alla se pudiera hazer viage en compañía. Llegóse el dia de la partida, donde huuo tiernas lagrimas, y apretados abraços, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que, en ver partir a sus hijos, se le partia el alma; echóles su bendicion su abuelo a todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerrogatiua de mejorar los sucessos; lleuaron consigo a vno de los criados de casa, para que los siruiesse en el camino, y, puestos en el, dexaron soledades en su casa y padres, y en compañia, entre alegre y triste, siguieron su viage.

-100-

Capitvlo decimo del tercero libro

Las peregrinaciones largas, siempre traen consigo diuersos acontecimientos; y como la diuersidad se compone de cosas diferentes, es forçoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniendonos en duda dónde serà bien anudarle; porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian passar sin serlo y -fol. 155v- sin quedar menoscabada la historia: acciones ay que, por grandes, deuen de callarse, y otras que, por baxas, no deuen dezirse, puesto que es excelencia de la historia que,

qualquiera cosa que en ella se escriuia, puede passar al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fabula, a quien conuiene guissar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verissimilitud, que, ha despecho y pesar de la mentira, que haze dissonancia en el entendimiento, forme vna verdadera armonia.
Aprouechandome, pues, desta verdad, digo que el hermoso esquadron de los peregrinos, prosiguiendo su viage, llegò a vn lugar, no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaça del, por quien -101- forçosamente auian de passar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando a dos mancebos que, en trage de recien rescatados de cautiuos, estauan declarando las figuras de vn pintado lienço que tenian tendido en el suelo; parecia que se auian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto a si, insignias y relatoras de su pesada160 desuentura; y vno dellos, que deuia de ser de hasta ventiquatro años, con voz clara y en todo estremo esperta lengua, crugiendo de quando en quando vn corbacho161 o, por mejor dezir, açote que en la mano tenia, le sacudia de manera que penetraua los oydos y ponia los estallidos en el cielo, bien assi como haze el cochero, que, castigando o amenazando sus cauallos, haze resonar su latigo por los ayres.
Entre los que la larga plática escuchauan, estauan los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el vno como el otro. Por donde començo su arenga el libre cautiuo, fue diziendo:
-Esta, señores, que aqui veys pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterraneo, puerto vniuersal de cosarios, y amparo y refugio -fol. 156r- de ladrones, que, deste pequeñuelo puerto que aqui va pintado, salen con sus vageles a inquietar el mundo, pues se atreuen a passar el plus vltra de las colunas de Hercules, y a acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar Oceano, pensauan estar seguras, -102- a lo menos de los baxeles turquescos. Este baxel que aqui veys reduzido a pequeño, porque lo pide assi la pintura, es vna galeota de ventidos bancos, cuyo dueño y capitan es el turco que en la crugia va en pie, con vn braço en la mano, que cortò a aquel christiano que alli veys, para que le sirua de rebenque y açote a los demas christianos que van amarrados a sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro galeras que aqui veys, que le van entrando y dando caça. Aquel cautiuo primero del primer banco, cuyo rostro le disfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del braço muerto, soy yo, que seruia de espalder en esta galeota; y el otro que està junto a mi, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado162. Escuchad, señores, y estad atentos; quiça la aprehension deste lastimero cuento os lleuará a los oydos las amenazadoras y vituperosas vozes que ha dado este perro de Dragut163, que assi se llamaua el arraez de la galeota, cossario tan famoso como cruel, y tan cruel como Falaris o Busiris, tiranos de Sicilia; a lo menos, a mi me suena agora el rospeni, el manahora y el denimaniyoc, que, con corage endiablado, va diziendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas a la deshonra y vituperio de los cautiuos christianos: llamanlos de iudios, hombres de poco valor, de fee negra y de pensamientos viles, y, para mayor horror y espanto, con los braçs muertos açotan los cuerpos viuos.

-103-
Parece ser que vno de los dos alcaldes auia estado cautiuo en Argel mucho tiempo, el qual, con baxa voz, dixo a su compañero:
-fol. 156v-
-Este cautiuo, hasta agora, parece que va diziendo verdad, y que en lo general no es cautiuo falso; pero yo le examinarè en lo particular, y veremos cómo da la cuerda; porque quiero que sepays que yo yua dentro desta galeota, y no me acuerdo de auerle conocido por espalder della, si no fue a vn Alonso Moclin, natural de Velez-Malaga.
Y, voluiendose al cautiuo, le dixo:
-Dezidme, amigo, cúyas eran las galeras que os dauan caça, y si conseguistes por ellas la libertad desseada.
-Las galeras -respondio el cautiuo- eran de don Sancho de Leyua164; la libertad no la conseguimos, porque no nos alcançaron; tuuimosla despues, porque nos alçamos con vna galeota que desde Sargel yua a Argel cargada de trigo; venimos a Oran con ella, y desde alli a Malaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de seguir a Su Magestad, que Dios guarde, en el exercicio de la guerra.
-Dezidme, amigos -replicò el alcalde-: ¿cautiuastes juntos? ¿Lleuaron os a Argel del primer boleo, o a otra parte de Berberia?
-No cautiuamos juntos -respondio el otro cautiuo-, porque yo cautiué junto a Alicante, en vn nauio de lanas que passaua a Genoua; mi compañero, en los Percheles de Malaga, -104- adonde era pescador. Conocimonos en Tetuan, dentro de vna mazmorra; hemos sido amigos, y corrido vna misma fortuna mucho tiempo; y, para diez o doze quartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienço, mucho nos aprieta el señor alcalde.
-No mucho, señor galan -replicò el alcalde-, que aun no estan dadas todas las vueltas de la mancuerda; escucheme, y digame: ¿quántas puertas tiene Argel, y quántas fuentes, y quántos poços de agua dulce?
-¡La pregunta es boba! -respondio el primer cautiuo-; tantas puertas tiene, como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las se, y tantos poços, que no los he visto, y los trabajos que -fol. 157r- yo en el he passado, me han quitado la memoria de mi mismo; y si el señor alcalde quiere yr contra la caridad christiana, recogeremos los quartos y alçaremos la tienda, y a Dios aho, que tan buen pan hazen aqui como en Francia.
Entonces el alcalde llamò a vn hombre de los que estauan en el corro, que al parecer seruia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo quando se ofrecia, y dixole:
-Gil Berrueco, yd a la plaza, y traedme aqui luego los primeros dos asnos que toparedes: que, por vida del rey nuestro señor, que han de passear las calles en ellos estos dos señores cautiuos, que con tanta libertad quieren vsurpar la limosna de los verdaderos pobres, contandonos mentiras y embelecos, estando sanos como vna mançana, y con mas fuerças para tomar -105- vna azada en la mano, que no vn corbacho para dar estallidos en seco. Yo he estado en Argel cinco años esclauo, y se que no me days señas del en ninguna cosa de quantas aueys dicho.
-¡Cuerpo del mundo! -respondio el cautiuo-. ¿Es possible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que, por vna niñeria que no importa tres ardites, quiera quitar

la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar a Su Magestad dos valientes soldados, que yuamos a essas Italias y a essos Flandes a romper, a destroçar, a herir y a matar los enemigos de la santa fe catolica que toparamos? Porque, si va a dezir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde que nosotros no somos cautiuos, sino estudiantes de Salamanca, y, en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo y de saber a que sabía la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar y poner en obra este desseo, acertaron a passar por alli vnos cautiuos, que tambien lo deuian de ser falsos como -fol. 157v- nosotros agora; les compramos este lienço, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel, que nos parecio ser vastantes y necessarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alajas a menosprecio, y, cargados con esta mercaderia, hemos llegado hasta aqui; pensamos passar adelante, si es que el señor alcalde no manda otra cosa.
-106-
-Lo que pienso hazer es -replicò el alcalde- daros cada cien açotes, y, en lugar de la pica que vays a arrast[r]ar en Flandes, poneros vn remo en las manos que le cimbreys en el agua en las galeras, con quien quiça hareys mas seruicio a Su Magestad que con la pica.
-¿Querrase -replicò el moço hablador- mostrar agora el señor alcalde ser vn legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue a los oydos de los señores del Consejo, donde, acreditandole con ellos, le tengan por seuero y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su seueridad y su justicia? Pues sepa el señor alcalde que summum ius, summa iniuria.
-Mirad cómo hablays, hermano -replicò el segundo alcalde-, que aqui no ay justicia con luxuria: que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y seran limpios y castos como el pelo de la massa; y hablad menos, que os será sano.
Voluio en esto el pregonero, y dixo:
-Señor alcalde, yo no he topado en la plaça asnos ningunos, sino a los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella passeandose.
-Por asnos os embié yo, majadero, que no por regidores; pero volued y traeldos aca, por si o por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser, sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos: que, gracias sean dadas al cielo, hartos ay en este lugar.
-No le tendra vuessa merced, señor alcalde, -107- en el cielo -replicò el moço- si passa adelante con essa reguridad. -fol. 158r- Por quien Dios es, que vuessa merced considere que no hemos robado tanto, que podemos dar a censo ni fundar ningun mayorazgo; apenas grangeamos el misero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros. Mis padres no nos enseñaron oficio alguno, y assi, nos es forçoso que remitamos a la industria lo que auiamos de remitir a las manos, si tuuieramos oficio. Castiguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la republica, los ociosos y valdios en ella, que no siruen de otra cosa que de acrecentar el numero de los perdidos, y dexen a los miseros que van su camino derecho a

seguir a Su Magestad con la fuerça de sus braços y con la agudeza de sus ingenios, porque no ay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salio de estudiante para soldado, que no lo fuesse por estremo, porque quando se auienen y se juntan las fuerças con el ingenio, y el ingenio con las fuerças, hazen vn compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la republica se engrandeze.

Admirado estaua Periandro y todos los mas de los circunstantes, assi de las razones del moço, como de la velocidad con que hablaua, el qual, prosiguiendo, dixo:

-Espulguenos el señor alcalde, mirenos y -108- remirenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seys reales, no sólo nos mande dar ciento, sino seys cuentos de açotes. Veamos, pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interes, merece ser castigada con afrentas, y martirizada con galeras; y assi, otra vez digo que el señor alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apassionadamente a hazer lo que, despues de hecho, quiça le causará pesadumbre. Los -fol. 158v- juezes discretos castigan, pero no toman vengança de los delitos; los prudentes y los piadosos, mezclan la equi(e)dad con la justicia, y, entre el rigor y la clemencia, dan luz de su buen entendimiento.

-Por Dios -dixo el segundo alcalde-, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que, no solamente no tengo de consentir que los açoten, sino que los tengo de lleuar a mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleuen derecho, sin andar surcando la tierra de vna en otras partes, porque, si assi lo hiziessen, mas parecerian viciosos que necessitados.

Ya el primer alcalde, manso y piadoso, blando y compassiuo, dixo:

-No quiero que vayan a vuestra casa, sino a la mia, donde les quiero dar vna licion de las cosas de Argel, tal, que de aqui adelante ninguno les coga en mal latin en quanto a su fingida historia.

Los cautiuos se lo agradecieron, los circunstantes -109- alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Voluiose el primer alcalde a Periandro, y dixo:

-¿Vosotros, señores peregrinos, traeys algun lienço que enseñarnos, traeys otra historia que hazernos creer por verdadera, aunque la aya compuesto la misma mentira?

No respondio nada Periandro, porque vio que Antonio sacaua del seno las patentes, licencias y despachos que lleuauan para seguir su viage; el qual los puso en manos del alcalde, diziendole:

-Por estos papeles podra ver vuessa merced quien somos y adonde vamos, los quales no era menester presentallos, porque, ni pedimos limosna, ni tenemos necessidad de pedilla; y assi, como a caminantes libres, nos podian dexar passar libremente.

Tomò el alcalde los papeles, y, porque no sabía leer, se los dio a su compañero, que tampoco lo sabía, y assi, pararon en manos del escriuano, -fol. 159r- que, passando los ojos por ellos breuemente, se los voluio a Antonio, diziendo:

-Aqui, señores alcaldes, tanto valor ay en la bondad destos peregrinos, como ay grandeza en su hermosura. Si aqui quisieren hazer noche, mi casa

les seruira de meson, y mi voluntad, de alcaçar donde se recojan.
Voluiole las gracias Periandro; quedaronse alli aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escriuano con amor, con abundancia y con limpieça.

-110-

Capitvlo onze del tercer libro

Llegóse el dia, y con el los agradecimientos del hospedage, y, puestos en camino, al salir del lugar, toparon con los cautiuos falsos, que dixeron que yuan industriados del alcalde, de modo que de alli adelante no los podian coger en mentira, a cerca de las cosas de Argel, que «tal vez -dixo el vno, digo, el que hablaua mas que el otro- tal vez -dixo- se hurta con autoridad y aprouacion de la justicia; quiero dezir, que alguna vez los malos ministros della se hazen a vna con los delinquentes, para que todos coman». Llegaron todos juntos donde vn camino se diuidia en dos; los cautiuos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia; (los quales), otro dia, al salir de la aurora, que por los balcones del oriente se assomaua, barriendo el cielo de las estrellas y adereçando el camino por donde el sol auia de hazer su acostumbrada carrera, Bartolome, que assi creo se llamaua el guiador del vagaje, viendo salir el sol tan alegre y regozijado, bordando las nubes de los cielos con diuersas colores, de manera que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre y mas hermosa -fol. 159v- a la vista, (y), con rustica discrecion, dixo:

-111-

-Verdad deuio de dezir el predicador que predicaua los dias passados en nuestro pueblo, quando dixo que los cielos y la tierra anunciauan y declarauan las grandezas del Señor. Par diez, que, si yo no conociera a Dios por lo que me han ensenado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera a rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza destos cielos, que me dizen que son muchos, o, a lo menos, que llegan a onze, y por la grandeza deste sol que nos alumbra, que, con no parecer mayor que vna rodela, es muchas vezes mayor que toda la tierra, y mas, que, con ser tan grande, afirman que es tan ligero, que camina en ventiquatro horas mas de trecientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada desto; pero dizenlo tantos hombres de bien, que, aunque hago fuerça al entendimiento, lo creo. Pero de lo que mas me admiro, es que debaxo de nosotros ay otras gentes, a quien llaman antipodas, sobre cuyas cabeças, los que andamos aca arriba, traemos puestos los pies, cosa que me parece impossible: que, para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuuieran ellos las cabeças de bronce.

Riose Periandro de la rustica astrologia del moço, y dixole:

-Buscar querria razones acomodadas, ¡o Bartolome!, para darte a entender el error en que estàs y la verdadera postura del mundo, para lo qual era menester tomar muy de atras sus principios; pero, acomodandome con tu ingenio, -112- abrè de coartar el mio y dezirte sola vna cosa, y es que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es centro del cielo; llamo centro, vn punto indiuissible a quien todas las lineas de su circunferencia van a parar; tampoco me parece que has de entender esto; y

assi, dexando estos terminos, quiero que te contentes con saber que toda -fol. 160r- la tierra tiene por alto el cielo, y en qualquier parte della donde los hombres esten, han de estar cubiertos con el cielo; assi que, como a nosotros el cielo que ves nos cubre, assimismo cubre a los antipodas que dizen, sin estoruo alguno, y como naturalmente lo ordenò la Naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra165.

No se descontentò el moço de oyr las razones de Periandro, que tambien dieron gusto a Auristela, a la condessa y a su hermano. Con estas y otras cosas, yua enseñando y entreteniendo el camino Periandro, quando a sus espaldas llegò vn carro, acompañado de seys arcabuzeros a pie, y, vno que venia a cauallo, con vna escopeta pendiente del arçon delantero, llegandose a Periandro, dixo:

-Si, por ventura, señores peregrinos, lleuays en este repuesto alguna conserua de regalo, que yo creo que si deueys de lleuar, porque vuestra gallarda presencia mas de caualleros ricos que de pobres peregrinos os señala; si la lleuays, dadmela para socorrer con ella a vn desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado a galeras por dos años, con otros doze -113- soldados que, por auerse hallado en la muerte de vn conde los dias passados, van condenados al remo, y sus capitanes, por mas culpados, creo que estan sentenciados ha degollar en la corte.

No pudo tener a esta razon las lagrimas la hermosa Costança, porque en ella se le representò la muerte de su breue esposo; pero, pudiendo mas su christiandad que el desseo de su vengança, acudio al bagaje y sacò vna caxa de conserua, y, acudiendo al carro, preguntò:

-¿Quien es aqui el desmayado?

A lo que respondio vno de los soldados:

-Alli va echado en aquel rincon, vntado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte quando el se muera, que será bien presto, segun està pertinaz en no querer -fol. 160v- comer bocado.

A estas razones, alçò el rostro el vntado moço, y, alçandose de la frente vn roto sombrero que toda se la cubria, se mostro feo y suzio a los ojos de Constança, y, alargando la mano para tomar la caxa, la tomò, diziendo:

-¡Dios os lo pague, señora!

Voluio a encaxar el sombrero, y voluio a su melancolía y a arrinconarse en el rincon donde esperaua la muerte. Otras algunas razones passaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos. De alli a algunos dias, llegò nuestro hermoso esquadron a vn lugar de moriscos, que estaua puesto como vna legua de la marina, en -114- el reyno de Valencia. Hallaron en el, no meson en que aluergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los combidauan; viendo lo qual, Antonio dixo:

-Yo no se quien dize mal desta gente, que todos me parecen vnos santos.

-Con palmas -dixo Periandro- recibieron al Señor en Ierusalen los mismos que de alli a pocos dias le pusieron en vna cruz. Agora bien: a Dios y a la ventura, como dezirse suele, acetemos el combite que nos haze este buen viejo, que con su casa nos combida.

Y era assi verdad, que vn anciano morisco, casi por fuerça, assiendolos por las esclauinas, los metio en casa, y dio muestras de agasajarlos, no

morisca, sino christianamente. Salio a seruirlos vna hija suya, vestida en trage morisco, y en el tan hermosa, que las mas gallardas christianas tuuieran a ventura el parecerla: que en las gracias que naturaleza reparte, tambien suele fauorecer a las barbaras de Citia, como a las ciudadanas de Toledo. Esta, pues, hermosa y mora, en lengua aljamiada, assiendo a Costança y a Auristela de las manos, se encerro con ellas en vna sala baxa, y, estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente mirò a todas partes, temerosa de -fol. 161r- ser escuchada, y, despues que huuo assegurado el miedo que mostraua, las dixo:

-¡Ay, señoras, y cómo aueis venido como mansas y simples ouejas al matadero! ¿Veys este viejo, que con verguença digo que es mi -115- padre, veysle tan agasajador vuestro? Pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de lleuar en peso, si assi se puede dezir, diez y seys vaxeles de cossarios berberiscos, a toda la gente de este lugar, con todas sus haziendas, sin dexar en el cosa que les mueua a voluer a buscarla. Piensan estos desuenturados que en Berberia està el gusto de sus cuerpos y la saluacion de sus almas, sin aduertir que, de muchos pueblos que alla se han passado casi enteros, ninguno ay que de otras nueuas sino de arrepentimiento, el qual les viene juntamente con las quexas de su daño. Los moros de Berberia pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los moriscos de esta, y dan en los lazos de su desuentura. Si quereys estoruar la vuestra y conseruar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa, y acogedos a la iglesia, que en ella hallareys quien os ampare, que es el cura, que sólo el y el escriuano son en este lugar christianos viejos. Hallareis tambien alli al xadraque Xarife, que es vn tio mio, moro sólo en el nombre, y en las obras christiano. Contaldes lo que passa, y dezid que os lo dixo Rafala, que con esto sereys creydos y amparados; y no lo echeys en burla, si no quereys que las veras os desengañen a vuestra costa: que no ay mayor engaño que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto dezia, se assento en las almas de Auristela -fol. 161v- y de -116- Constança, de manera que fue creyda, y no le respondieron otra cosa que fuesse mas que agradecimientos. Llamaron luego a Periandro y a Antonio, y, contandoles lo que passaua, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa con todo lo que tenian. Bartolome, que quisiera mas descansar que mudar de posada, pesòle de la mudança; pero, en efeto, obedecio a sus señores. Llegaron a la iglesia, donde fueron bien recebidos del cura y del xadraque, a quien contaron lo que Rafala les auia dicho. El cura dixo:

-Muchos dias ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de essos vaxeles de Berberia; y aunque es costumbre suya hazer estas entradas, la tardança de esta me tenia ya algo descuydado. Entrad, hijos, que buena torre tenemos, y buenas y ferradas puertas la iglesia, que, si no es muy de proposito, no pueden ser derribadas ni abrassadas.

-¡Ay -dixo a esta sazon el xadraque-, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, quándo llegarà el tiempo que tiene profetizado vn abuelo mio, famoso en el astrologia, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religion christiana, que ella sola es el rincon del mundo donde està recogida y venerada la verdadera verdad de Christo! Morisco soy, señores,

y oxala que negarlo pudiera; pero no por esto dexo de ser christiano: que las diuinas gracias las da Dios -117- a quien el es seruido, el qual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeys, de hazer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llouer sobre los justos y los injustos. Digo, pues, que este mi abuelo dexò dicho que, cerca de estos tiempos, reynaria en -fol. 162r- España vn rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos de ella, bien assi como el que arroja de su seno la serpiente que le està royendo las entrañas, o bien assi como quien aparta la neguilla del trigo, o escarda o arranca la mala yerua de los sembrados. Ven ya, ¡o venturoso moço y rey prudente!, y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien la que en efeto està en ella bautizada; que, aunque estos sean temores de consideracion, el efeto de tan grande obra los hara vanos, mostrando la esperiencia, dentro de poco tiempo, que, con los nueuos christianos viejos que esta tierra se poblare, se voluera a fertilizar y a poner en mucho mejor punto que agora tiene. Tendran sus señores, si no tantos y tan humildes vassallos, seran los que tuuieren catolicos, con cuyo amparo estaran estos caminos seguros, y la paz podra lleuar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleuen.

Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalezieronlas con los bancos de los assientos, subieronse a la torre, alçaron vna escalera leuadiça, -118- lleuòse el cura consigo el santissimo Sacramento en su relicario, proueyeronse de piedras, armaron dos escopetas, dexò el bagage mondo y desnudo a la puerta de la iglesia Bartolome el moço, y encerrose con sus amos; y todos, con ojo alerta y manos listas, y con animos determinados, estuuieron esperando el assalto, de quien auisados estauan por la hija del morisco. Passò la media noche, que la midio por las estrellas el cura; tendia los ojos por todo el mar que desde alli se parecia, y no auia nube que con -fol. 162v- la luz de la luna se pareciesse, que no pensasse sino que fuessen los vaxeles turquescos; y, aguijando a las campanas, començo a repicallas tan a priessa y tan rezio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbauan, a cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas; pero no aprouechò su diligencia para que los vaxeles no llegassen a la ribera y echassen la gente en tierra. La del lugar, que los esperaua, cargados con sus mas ricas166 y mejores alhajas, adonde fueron recebidos de los turcos con grande, grande grita y algaçara, al son de muchas dulçaynas y diuersos instrumentos, que, puesto que eran belicos, eran regozijados, pegaron fuego al lugar, y assimismo a las puertas de la iglesia, no para esperar a entrarla, sino por hazer el mal que pudiessen; dexaron a Bartolome a pie, porque le dejarretaron el bagage; derribaron vna cruz de piedra que estaua a la salida del pueblo, llamando a grandes vozes el nombre de -119- Mahoma; se entregaron a los turcos, ladrones pacificos y deshonestos publicos. Desde la lengua del agua, como dizen, començaron a sentir la pobreza que les amenazaua su mudança, y la deshonra en que ponian a sus mugeres y a sus hijos. Muchas vezes, y quiça algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas; muchas piedras arrojò Bartolome, y todas a la parte donde auia dexado el bagage, y muchas flechas el xadraque; pero

muchas mas lagrimas echaron Auristela y Constança, pidiendo a Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librasse, y ansimismo que no ofendiesse el fuego a su templo, el qual no ardio, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicò. Poco faltaua para llegar el dia, -fol. 163r- quando los vaxeles, cargados con la pressa, se hizieron al mar, alçando regozijados lilies, y tocando infinitos atabales y dulçaynas, y en esto vieron venir dos personas corriendo hazia la iglesia, la vna de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que, llegando cerca, conocio el xadraque que la vna era su sobrina Rafala, que, con vna cruz de caña en las manos, venia diziendo a vozes:

-¡Christiana, christiana y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios!

La otra conocieron ser el escriuano, que acaso aquella noche estaua fuera del lugar, y, al son del arma de las campanas, venía a ver el sucesso, que llorò, no por la pérdida de sus hijos y -120- de su muger, que alli no los tenia, sino por la de su casa, que hallò robada y abrassada. Dexaron entrar el dia, y que los vaxeles se alargassen, y que los atajadores tuuiessen lugar de assegurar la costa, y entonces baxaron de la torre, y abrieron la iglesia, donde entrò Rafala, bañado con alegres lagrimas el rostro, y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion a las imagenes, y luego se abraçò con su tio, besando primero las manos al cura. El escriuano, ni adorò, ni besò las manos a nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hazienda. Passò el sobresalto, voluieron los espiritus de los retraidos a su lugar, y el xadraque, cobrando aliento nueuo, voluiendo a pensar en la profecia de su abuelo, casi como lleno de celestial espiritu, dixo:

-¡Ea, mancebo generoso; ea, rey inuencible; atropella, rompe, desbarata todo genero de inconuenientes, y dexanos a España tersa, limpia y desembaraçada desta mi mala casta, que tanto la assombra y menoscaba! ¡Ea, consejero tan prudente como illustre, nueuo Atlante del peso de esta monarquia; ayuda y facilita con tus consejos a esta necessaria transmigracion; llenense estos mares de tus galeras, cargadas del inutil peso de la -fol. 163v- generacion agarena; vayan arrojadas a las contrarias riberas las çarças, las malezas y las otras yeruas que estoruan el crecimiento de la fertilidad y abundancia christiana! Que si los pocos hebreos que passaron a Egipto -121- multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seyscientas mil familias, ¿que se podra temer de estos, que son mas y viuen mas holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quintan las guerras; todos se casan, todos, o los mas, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicacion y aumento ha de ser innumerable. ¡Ea, pues, vueluo a dezir; vayan, vayan, señor, y dexa la taça de tu reyno resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo!167.

Dos dias estuuieron en aquel lugar los peregrinos, voluiendo a enterarse en lo que les faltaua, y Bartolome se acomodó de bagaje, los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento y alabaron los buenos pensamientos del xadraque, y, abraçando a Rafala, se despidieron de todos y siguieron su camino.

Capitvlo doze del tercero libro

En el qual se fueron entreteniendo en contar el passado peligro, el buen ánimo del xadraque, la valentia del cura, el zelo de Rafala, de la qual se les oluidò de saber cómo se auia escapado de poder de los turcos que assaltaron la tierra; aunque bien consideraron que, con el alboroto, ella se auria escondido en parte que tuuiesse lugar despues de voluer a cumplir su desseo, que era de viuir y morir christiana. Cerca de Valencia llegaron, en la qual no quisieron entrar, por escusar -fol. 164r- las ocasiones del detenerse; pero no faltò quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y, finalmente, todo aquello que la haze hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su estremada limpieça y graciosa lengua, con quien sola la portuguessa puede competir en ser dulce y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuesse a costa de su cansancio, por llegar a Barcelona, adonde tenian noticia auian de tocar vnas galeras en quien pensauan enuarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genoua. Y, al -123- salir de Villa-Real, hermosa y amenissima villa, de traues, dentre vna espessura de arboles, les salio al encuentro vna zagala o pastora valenciana, vestida a lo del campo, limpia como el sol, y hermosa como el y como la luna, la qual, en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hazerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo:

-Señores, ¿pedirlos he, o darlos he?

A lo que respondio Periandro:

-Hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu credito; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estiniará y querra bien, y si no le tiene, ¿para que quieres que te quiera?

-Bien has dicho -respondio la villana.

Y diziendo a Dios, voluio las espaldas y se entrò en la espessura de los arboles, dexandolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fue el ver desde lexos las santissimas montañas de Monserrate, que adoraron con deuocion christiana, sin querer subir a ellas, por no detenerse. Llegaron a Barcelona a tiempo quando -fol. 164v- llegauan a su playa quatro galeras españolas que, disparando y haziendo salua a la ciudad con gruessa artilleria, arrojaron quatro esquifes al agua, el vno de ellos adornado con ricas alcatitas de Leuante y -124- cogines de carmesi, en el qual venia, como despues parecio, vna hermosa mucrer de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos donzellas hermosas y honestamente adereçadas. Salio infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansi a ver las galeras, como a la gente que de ellas desenuarcaua, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegò tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano a la dama que de ellos desenuarcaua, la qual poniendo los ojos en todos,

especialmente en Constança, despues de auer desenuarcado, dixo:
-Llegaos aca, hermosa peregrina, que os quiero lleuar conmigo a la ciudad, donde pienso pagaros vna deuda que os deuo, de quien vos creo que teneis poca noticia; vengan assimismo vuestras camaradas, porque no ha de auer cosa que obligue a dexar tan buena compañia.
-La vuestra, a lo que se vee -respondio Constança-, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la acetasse. Vamos donde quisieredes, que mis camaradas me seguiran, que no estan acostumbrados a dexarme.
Assio la señora de la mano a Constança, y, acompañada de muchos caualleros que salieron de la ciudad a recebirla, y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron a la ciudad, en cuyo espacio de camino Constança no quitaua los ojos de ella, sin poder reduzir a la memoria auerla visto en tiempo alguno. Aposentaronla en vna casa principal, a ella y a las que
-125- con ella desenuarcaron, y no fue possible que dexasse yr a los peregrinos a otra parte; con los quales, assi como tuuo comodidad para ello, passò esta plática:
-Sacaros quíero, señores, de la admiracion en que, sin -fol. 165r-
duda, os deue tener el ver que con particular cuydado procuro seruiros, y assi, os digo que a mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en vna ciudad de Aragon, y cuyo hermano es don Bernardo Agustin, quatraluo de estas galeras que estan en la playa. Contarino de Arbolanchez, cauallero del hábito de Alcantara, en ausencia de mi hermano, y a hurto del recato de mis parientes, se enamorò de mi; y yo, lleuada de mi estrella, o, por mejor dezir, de mi facil condicion, viendo que no perdía nada en ello, con titulo de esposa, le hize señor de mi persona y de mis pensamientos; y el mismo dia que le di la mano, recibio el de la de Su Magestad vna carta, en que le mandaua viniesse luego al punto a conduzir vn tercio que baxaua de Lombardia a Genoua, de infanteria española, a la isla de Malta, sobre la qual se pensaua baxaua el turco. Obedecio Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaua, que no quiso coger los frutos del matrimonio con sobresalto, y, sin tener cuenta con mis lagrimas, el recebir la carta y el partirse todo fue vno. Pareciome que el cielo se auia caido sobre mi, y que entre el y la tierra me auian apretado el coraçon y cogido el alma.
Pocos dias passaron quando, añadiendo yo imaginaciones a imaginaciones
-126- y desseos a desseos, vine a poner en efeto vno cuyo cumplimiento, assi como me quitò la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida. Ausentéme de mi casa sin sabiduria de ninguno de ella, y, en habitos de hombre, que fueron los que tomè de vn pagezillo, assente por criado de vn atambor de vna compañia que estaua en vn lugar pienso que ocho leguas del mio. En pocos dias toquè la caxa tambien como mi amo; aprendi a ser chocarrero, como lo son los que vsan tal oficio; juntose otra compañia con la nuestra, y ambas a dos se encaminaron a Cartagena, a enuarcarse en estas quatro -fol. 165v- galeras de mi hermano, en las quales fue mi dissinio passar a Italia a buscar a mi esposo, de cuya noble condicion esperé que no afearia mi atreuimiento ni culparia mi desseo, el qual me tenia tan ciega, que no reparè en el peligro a que me ponia de ser conocida, si me enuarcaua en las galeras de mi hermano. Mas como los pechos enamorados no ay inconueníentes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hize

llana, venciendo miedos y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucessos de las cosas hazen mudar los primeros intentos en ellas, el mio, mas mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oyreis. Los soldados de las compañias de aquellos capitanes que os he dicho, trauaron vna cruel pendencia con la gente de vn pueblo de la Mancha sobre los alojamientos, -127- de la qual salio herido de muerte vn cauallero que dezian ser conde de no se que estado. Vino vn pesquisidor de la corte, prendio los capitanes, descarrearonse los soldados, y, con todo esso, prendio a algunos, y entre ellos a mi, desdichada, que ninguna culpa tenia; condenólos a galeras por dos años, al remo; y a mi tambien, como por añadidura, me tocò la misma suerte. En vano me lamentè de mi desuentura, viendo quan en vano se auian fabricado mis dissinios. Quisiera darme la muerte; pero el temor de yr a otra peor vida, me embotò el cuchillo en la mano, y me quitò la soga del cuello; lo que hize fue enlodarme el rostro, afeandole quanto pude, y encerrème en vn carro, donde nos metieron, con intencion de llorar tanto y de comer tan poco, que las lagrimas y la hambre hiziessen lo que la soga y el hierro no auian hecho. Llegamos a Cartagena, donde aun no auian llegado las galeras; pusieronnos en la casa del rey bien guardados, y alli estuuimos, no esperando, -fol. 166r- sino temiendo nuestra desgracia. No se, señores, si os acordareis de vn carro que topasteis junto a vna venta, en el qual esta hermosa peregrina -señalando a Constança- socorrio con vna caxa de conserua a vn desmayado delinquente.

-Si acuerdo -respondio Constança.

-Pues sabed que yo era -dixo la señora Ambrosia- el que socorristeis. Por entre las esteras del carro os miré a todos, y me admirè de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar, si se mira. En efeto: las -128- galeras llegaron con la presa de vn vergantin de moros que las dos auian tomado en el camino; el mismo dia aherrojaron en ellas a los soldados, desnudandolos del trage que traian, y vistiendoles el de remeros; transformacion triste y dolorosa, pero lleuadera: que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la haze facil. Llegaron a mi para desnudarme; hizo el comitre que me lauassen el rostro, porque yo no tenia aliento para leuantar los braços; miròme el barbero que limpia la chusma, y dixo: «Pocas nauajas gastarè yo con esta barba; no se yo para que nos embian aca a este muchacho de alfeñique, como si fuessen nuestras galeras de melcocha, y sus remeros de alcorça. Y ¿que culpas cometiste tu, rapaz, que mereciessen esta pena? Sin duda alguna, creo que el raudal y corriente de otros agenos delitos te han conduzido a este término.» Y, encaminando su plática al comitre, le dixo: «En verdad, patron, que me parece que sería bien dexar a que siruiesse este muchacho en la popa a nuestro general con vna manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.» Estas pláticas, y la consideracion de mi sucesso, que parece que entonces se estremò en apretarme el alma, me apreto el coraçon de manera que me desmayé y quedé como muerta. Dizen que volui en mi a cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hizieron muchos remedios para que voluiesse; y lo que mas sintiera yo, si tuuiera -fol. 166v- sentido168, fue que deuieron de enterarse que yo no era varon, -129- sino hembra. Volui de mi parasismo, y, lo primero con quien topò la vista, fue con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus

braços me tenian. No se yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrio mis ojos; no se yo cómo la lengua no se me pegò al paladar; sólo se que no supe lo que me dixe, aunque senti que mi hermano dixo: «¿Que trage es este, hermana mia?» Y mi esposo dixo: «¿Que mudança es esta, mitad de mi alma, que, si tu bondad no estuuiera tan de parte de tu honra, yo hiziera luego que trocaras este trage con el de la mortaja?» «¿Vuestra esposa es esta? -dixo mi hermano a mi esposo-. Tan nueuo me parece este sucesso, como me parece el de verla a ella en este trage; verdad es que, si esto es verdad, bastante recompensa sería a la pena que me causa el ver assi a mi hermana.» A este punto, auiendo yo recobrado parte de mis perdidos espiritus, me acuerdo que dixe: «Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina, tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez. El amor y tu ausencia, ¡o hermano!, me le dieron por marido, el qual, sin gozarme, me dexò; yo, atreuida, arrojada, y mal considerada, en este trage que me veis le vine a buscar.»

»Y con esto les conte toda la historia que de mi aueis oido, y mi suerte, que por puntos se yua a mas andar mejorando, hizo que me diessen credito y me tuuiessen lástima. Contaronme cómo a mi esposo le auian cautiuado moros -130- con vna de dos chalupas donde se auia enuarcado para yr a Genoua, y que el cobrar la libertad auia sido el dia antes, al anochecer, sin que le diesse lugar el tiempo de auerse visto con mi hermano, sino al punto que me hallò desmayada: sucesso cuya nouedad le podia quitar el credito, pero todo es assi como lo he dicho. En estas galeras passaua esta señora que viene conmigo -fol. 167r- y con estas sus dos nietas a Italia, donde su hijo, en Sicilia, tiene el patrimonio real a su cargo; vistieronme estos que traygo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano, alegres y contentos, nos han sacado oy a tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos. Si vosotros, señores, vays a Roma, yo hare que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto de ella. La caxa de conserua os la pagaré con lleuaros en la mia hasta adonde mejor os esté; y, quando yo no passara a Italia, en fee de mi ruego os lleuarà mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia; si se os hiziere dura de creer, no me marauillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente se dize que el creer es cortesia, en la vuestra, que deue de ser mucha, deposito mi credito.

Aqui dio fin la hermosa Agustina a su razonamiento, y aqui començo la admiracion de los oyentes a subirse de punto; aqui començaron a desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abraços de Constança y Auristela -131- que a la bella Ambrosia dieron, la qual, por ser assi voluntad de su marido, huuo de voluerse a su tierra, porque, por hermosa que sea, es embaraçosa la compañia de la muger en la guerra. Aquella noche se alterò el mar de modo que fue forçoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de contino mal segura. Los cortesses catalanes, gente, enojada, terrible, y pacifica, suaue; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a si mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo possible a la señora Ambrosia Agustina, a quien dieron las gracias, despues que voluieron, su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas esperiencias como auia

-fol. 167v- hecho de las borrascas del mar, no quiso enuarcarse en las galeras, sino yrse por Francia, pues estaua pacifica. Ambrosia se voluio a Aragon, las galeras siguieron su viage, y los peregrinos el suyo, entrandose por Perpiñan en Francia.

-132-

Capitvlo treze del tercero libro

Por la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, a quien dio que hablar el sucesso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente hallò en el amor que a su esposo tenia, perdon de su atreuimiento. En fin, ella se voluio, como queda dicho, a su patria; las galeras siguieron su viage, y el suyo nuestros peregrinos, los quales, llegando a Perpiñan, pararon en vn meson, a cuya gran puerta estaua puesta vna mesa, y alrededor de ella mucha gente, mirando jugar a dos hombres a los dados, sin que otro alguno jugasse. Parecioles a los peregrinos ser nouedad que mirassen tantos, y jugassen tan pocos. Preguntò Periandro la causa, y fuele respondido que, de los que jugauan, el perdidoso perdia la libertad, y se hazía prenda del rey para vogar el remo seys meses; y el que ganaua, ganaua veynte ducados que los ministros del rey auian dado al perdidoso para que prouasse en el juego su ventura. Vno de los dos que jugaua la prouo, y no le supo bien, porque la perdio, y al momento le pusieron en vna cadena; y, al que la ganò, le quitaron otra que, para seguridad de -133- que no huyria, si perdia, le tenian puesta: ¡miserable juego y miserable suerte, donde no son yguales la pérdida y la ganancia!

Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la qual venía vn hombre -fol. 168r- en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco o seys criaturas de edad de quatro a siete años; venía junto a el vna muger, amargamente llorando, con vn lienço de dineros en la mano, la qual, con lastimada voz, venía diziendo:

-Tomad, señores, vuestros dineros, y voluedme a mi marido, pues no el vicio, sino la necessidad le hizo tomar este dinero; el no se ha jugado, sino vendido, porque quiere, a costa de su trabajo, sustentarme a mi y a sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mi y para ellos!

-Callad, señora -dixo el hombre-, y gastad esse dinero, que yo le desquitarè con la fuerça de mis braços, que todauia se amañarán antes a domeñar vn remo que vn açadon; no quise ponerme en auentura de perderlos, jugandolos, por no perder, juntamente con mi libertad, vuestro sustento.

Casi no dexaua oir el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y muger passaua. Los ministros que le traian, les dixeron que enjugassen las lagrimas, que, si lloraran quantas cabian en el mar, no serian bastantes a darle la libertad que auia perdido. Preualecian en su llanto los muchachos, diziendo a su padre:

-134-

-Señor, no nos dexe, porque nos moriremos todos si se va.

El nueuo y estraño caso enternecio las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constança, y todos se mouieron a rogar a los ministros de aquel cargo fuessen contentos de tomar su dinero,

haziendo cuenta que aquel hombre no auia sido en el mundo, y que les conmouíesse a no dexar viuda a vna muger, ni huerfanos a tantos niños. En fin, tanto supieron dezir y tanto quisieron rogar, que el dinero voluio a poder de sus dueños, y la muger cobrò su marido, y los niños a su padre. La hermosa Constança, rica despues de condessa, mas christiana que barbara, con parecer de su hermano Antonio, dio a los pobres perdidos, con que se cobraron, cincuenta -fol. 168v- escudos de oro, y assi se voluieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y a los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna.

Otro dia písaron la tierra de Francia, y, passando por Lenguadoc, entraron en la Prouença, donde en otro meson hallaron tres damas francessas de tan estremada hermosura, que, a no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar a la palma de la belleza; parecían señoras de grande estado, segun el aparato con que se seruian, las quales, viendo los peregrinos, assi les admirò la gallardia de Periandro y de Antonio, como la sin ygual belleza de Auristela y de Costança. Llegaronlas a si, y hablaronlas con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntaronlas quien -135- eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y, en Francia, ni varon ni muger dexa de aprender la lengua castellana169. En tanto que las señoras esperauan la respuesta de Auristela, a quien se encaminauan sus preguntas, se desuio Periandro a hablar con vn criado que le parecio ser de las illustres francessas; preguntóle quien eran y adonde yuan, y el le respondio diziendo:

-El duque de Nemurs, que es vno de los que llaman de la sangre en este reyno, es vn cauallero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto; es rezien heredado, y ha prosupuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hazienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey; porque dize que los reyes bien pueden dar la muger a quien quisieren de sus vassallos, pero no el gusto de recebilla. Con esta fantasia, locura o discrecion, o como mejor deue llamarse, ha embiado a algunos criados suyos a diuersas partes de Francia a buscar alguna muger que, despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hazienda, porque el se contenta con que la dote sea su calidad y su -fol. 169r- hermosura. Supo la de estas tres señoras, y embiòme a mi, que le siruo, para que las viesse y las hiziesse retratar de vn famoso pintor que embiò conmigo. Todas tres son libres, y todas de poca edad, como aueis visto; la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en estremo, pero pobre; la mediana, -136- que Belarminia se llama, es bizarra y de gran donayre, y rica medianamente; la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, haze gran ventaja a las dos en ser rica. Ellas tambien han sabido el desseo del duque, y querrian, segun a mi se me ha trasluzido, ser cada vna la venturosa de alcançarle por esposo; y, con ocasion de yr a Roma a ganar el jubileo de este año, que es como el centesimo que se vsaua, han salido de su tierra, y quieren passar por Paris y verse con el duque, fiadas en el quiça que trae consigo la buena esperança. Pero despues, señores peregrinos, que aqui entrastes, he determinado de lleuar vn presente a mi amo que borre del pensamiento todas y qualesquier esperanças que estas señoras en el suyo huuieren fabricado; porque le pienso lleuar el retrato de esta vuestra peregrina, vnica y general señora de la humana belleza; y si ella fuesse tan principal como

es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hazer, ni el duque mas que dessear. Dezidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, cómo se llama, y que padres la engendraron.
A lo que, temblando, respondio Periandro:
-Su nombre es Auristela; su viage, a Roma; sus padres, nunca ella los ha dicho; y de que sea libre os asseguro, porque lo se sin duda alguna; pero ay otra cosa en ello: que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendira a ningun principe de la tierra, porque dize que la tiene rendida al que lo es del cielo. Y para -137- enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; assi -fol. 169v- que no os seruira de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si a caso quisiesse atropellar por el inconueniente de la baxeza de mis padres.
-Con todo esso -respondio el otro-, tengo de lleuar su retrato, siquiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nueuo milagro de hermosura.
Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no darsele al pintor para retratar a Auristela. Bartolome voluio luego a adereçar el bagage y a no estar bien con Periandro, por la priessa que daua a la partida. El criado del duque, viendo que Periandro queria partirse luego, se llegò a el y le dixo:
-Bien quisiera, señor, rogaros que os detuuierades vn poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor, con comodidad y de espacio, pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis yr a la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que, de sola vna vez que la ha visto, la tiene tan aprehendida en la imaginacion, que la pintarà a sus solas tan bien como si siempre la estuuiera mirando.
Maldixo Periandro entre si la rara habilidad del pintor; pero no dexò por esto de partirse, despidiendose luego de las tres gallardas francessas, -138- que abraçaron a Auristela y a Constança estrechamente, y les ofrecieron de lleuarlas hasta Roma en su compañia, si dello gustauan. Auristela se lo agradecio con las mas corteses palabras que supo, diziendoles que su voluntad obedecia a la de su hermano Periandro, y que assi, no podian detenerse ella ni Cons[tan]ça, pues Antonio, hermano de Constança, y el suyo, se yuan. Y con esto se partieron, y de alli a seys dias llegaron a vn lugar de la Prouença, donde les sucedio lo que se dira en el siguiente capitulo.

-139- -fol. 170r-

Capitvlo catorze del tercero libro

La historia, la poesia y la pintura simbolizan entre si, y se parecen tanto, que, quando escriues historia, pintas, y quando pintas, compones. No siempre va en vn mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magnificas, ni la poesia conuersa siempre por los cielos. Baxezas admite la historia; la pintura, hieruas y retamas en sus quadros; y la poesia, tal vez se realça cantando cosas humildes. Esta verdad nos la muestra bien Bartolome, bagagero del esquadron peregrino; el tal, tal vez

habla y es escuchado en nuestra historia. Este, reuoluiendo en su imaginacion el cuento del que vendio su libertad por sustentar a sus hijos, vna vez dixo, hablando con Periandro:
-Grande deue de ser, señor, la fuerça que obliga a los padres a sustentar a sus hijos; si no, digalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar a su pobre familia. La libertad, segun yo he oydo dezir, no deue de ser vendida por ningun dinero; y este la vendio por tan poco, que lo lleuaua la muger en la mano. Acuerdome tambien de auer oido dezir a mis mayores que, lleuando a ahorcar a vn hombre anciano, y ayudandole los -140- sacerdotes a bien morir, les dixo: «Vuessas mercedes se sossieguen, y dexenme morir de espacio, que, aunque es terrible este paso en que me veo, muchas vezes me he visto en otros mas terribles.» Preguntaronle quales eran. Respondioles que el amanecer Dios, y el rodealle seis hijos pequeños pidiendole pan, y no teniendolo para darselo; «la qual necessidad me puso la gançua en la mano, y fieltros en los pies, con que facilitè mis hurtos, no viciosos, sino necessitados». Estas razones llegaron a los oidos del señor que le auia -fol. 170v- sentenciado al suplicio, que fueron parte para voluer la justicia en misericordia, y la culpa en gracia.
A lo que respondio Periandro:
-El hazer el padre por su hijo, es hazer por si mismo; porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata y se continua el ser del padre; y assi como es cosa natural y forçosa el hazer cada vno por si mismo, assi lo es el hazer por sus hijos. Lo que no es tan natural ni tan forçoso hazer los hijos por los padres; porque el amor que el padre tiene a su hijo deciende, y el decender es caminar sin trabajo; y el amor del hijo con el padre aciende y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: «Vn padre para cien hijos, antes que cien hijos para vn padre.»
Con estas pláticas y otras entretenian el camino por Francia, la qual es tan poblada, tan llana y apazible, que a cada paso se hallan casas de plazer, adonde los señores de ellas estan -141- casi todo el año, sin que se les de algo por estar en las villas ni en las ciudades. A vna de estas llegaron nuestros viandantes, que estaua vn poco desuiada del camino real. Era la hora de mediodia; herian los rayos del sol derechamente a la tierra; entraua el calor, y la sombra de vna gran torre de la casa les combidò que alli esperassen a passar la siesta, que con calor riguroso amenazaua. El solícito Bartolome desembaraçò el bagage, y, tendiendo vn tapete en el suelo, se sentaron todos a la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuydado de hazer Bartolome su repuesto, satisfazieron la hambre, que ya començaua a fatigarles. Pero, apenas auian alçado las manos para lleuarlo a la boca, quando, alçando Bartolome los ojos, dixo a grandes vozes:
-¡Apartaos, señores, que no se quien baxa bolando del cielo, y no será bien que os coja debaxo!
Alçaron todos la vista, y vieron baxar por el ayre vna figura, que, antes que distinguiessen lo que era, ya estaua -fol. 171r- en el suelo, junto casi a los pies de Periandro, la qual figura era de vna muger hermosissima que, auiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, siruiendole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies y en

el suelo sin daño alguno; cosa possible, sin ser milagro. Dexòla el sucesso atonita y espantada, como lo quedaron los que bolar la auian visto; oyeron en la torre gritos, que los daua otra muger que, abraçada con vn hombre, -142- que parecia que pugnauan por derribarse el vno al otro:
-¡Socorro, socorro! -dezia la muger-. ¡Socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aqui abaxo!
La muger voladora, vuelta algun tanto en si, dixo:
-Si ay alguno que se atreua a subir por aquella puerta -señalandoles vna que al pie de la torre estaua-, librarà de peligro mortal a mis hijos y a otras gentes flacas que alli arriba estan.
Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entrò por la puerta, y a poco rato le vieron en la cumbre de la torre abraçado con el hombre, que mostraua ser loco, del qual, quitandole vn cuchillo de las manos, procuraua defenderse; pero la suerte, que queria concluyr con la tragedia de su vida, ordenò que entrambos a dos viniessen al suelo, cayendo al pie de la torre: el loco, passado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traia; y Periandro, vertiendo por los ojos, narizes y boca cantidad de sangre: que, como no tuuo vestidos anchos que le suste[n]tassen, hizo el golpe su efeto, y dexòle casi sin vida. Auristela, que ansi le vio, creyendo indubitablemente que estaua muerto, se arrojò sobre el, y, sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaua a recoger en si alguna reliquia, si del alma le huuiesse quedado; pero, aunque le huuiera quedado, no pudiera recebilla, porque los traspillados dientes -143- le negaran la entrada. Constança, dando lugar a la passion, no le pudo dar a mouer el paso -fol. 171v- para yr a socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la hallò el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de rayzes, o como si ella fuera estatua de duro marmol formada. Antonio, su hermano, acudio a apartar los semiuiuos, y a diuidir los que ya pensaua ser cadaueres. Sólo Bartolome fue el que mostro con los ojos el graue dolor que en el alma sentia, llorando amargamente.
Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua huuiesse publicado su sentimiento, vieron que hazia ellos venía vn gran tropel de gente, la qual, desde el camino real, auia visto el buelo de los caidos, y venian a ver el sucesso; y era el tropel que venía las hermosas damas francessas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora. Luego como llegaron, conocieron a Auristela y a Periandro, como a aquellos que, por su singular belleza, quedauan impressos en la imaginacion del que vna vez los miraua. Apenas la compassion les auia hecho apear, para socorrer, si fuesse possible, la desuentura que mirauan, quando fueron assaltados de seys o ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este assalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenia a punto, o ya para ofender, o ya para defenderse. Vno de los armados, con descortes mouimiento, assio a Feliz Flora del braço y la puso en el arçon delantero -144- de su silla, y dixo, voluiendose a los demas compañeros:
-Esto es hecho; esta me basta; demos la buelta.
Antonio, que nunca se pagò de descortesias, pospuesto todo temor, puso vna flecha en el arco, tendio quanto pudo el braço yzquierdo, y con la derecha estirò la cuerda hasta que llegò al diestro oido, de modo que las dos

puntas y estremos del arco casi se juntaron, y, tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparò tan derechamente la flecha, que, sin tocar a Feliz Flora sino en vna parte del velo con que se cubria la cabeça, passò al -fol. 172r- salteador el pecho de parte a parte. Acudio a su vengança vno de sus compañeros, y, sin dar lugar a que otra vez Antonio el arco armasse, le dio vna herida en la cabeça, tal, que dio con el en el suelo mas muerto que viuo; visto lo qual de Constança, dexò de ser estatua y corrio a socorrer a su hermano: que el parentesco calienta la sangre que suele elarse en la mayor amistad, y lo vno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor. Ya en esto auian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas, apercebidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora. Los salteadores, que vieron muerto a su capitan, y que, segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empressa, especialmente considerando ser locura auenturar las vidas por quien ya no podia premiarlas, voluieron las espaldas, y dexaron el campo solo.

-145-

Hasta aqui, de esta batalla, pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos belicos han sonado; el sentimiento que por los muertos suelen hazer los viuos, no ha salido a romper los ayres; las lenguas, en amargo silencio tienen depositadas sus quexas; sólo algunos ayes entre roncos gemidos andan embueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constança, cada qual abraçada con su hermano, sin poder aprouecharse de las quexas con que se aliuian los lastimados coraçones. Pero, en fin, el cielo, que tenia determinado de no dexarlas morir tan a priessa y tan sin quexarse, les despegò las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorumpio en razones semejantes:

-No se yo, desdichada, cómo busco aliento en vn muerto, o cómo, ya que le tuuiesse, puedo sentirle, si estoy tan sin el, que, ni se si hablo, ni si respiro. ¡Ay, hermano, y que caida ha sido esta, que assi ha derribado mis esperanças, como que -fol. 172v- la grandeza de vuestro linage no se huuiera opuesto a vuestra desuentura! Mas ¿cómo podia ella ser grande, si vos no lo fuerades? En los montes mas leuantados caen los rayos, y adonde hallan mas resistencia, hazen daño. Monte erades vos; pero monte humilde, que, con las sombras de vuestra industria y de vuestra discrecion, os encubriades a los ojos de las gentes. Ventura yuades a buscar en la mia; pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio a la sepultura. ¡Quan cierta -146- la tendra la reyna, vuestra madre, quando a sus oidos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mi, otra vez sola, y en tierra agena, bien assi como verde yedra a quien ha faltado su verdadero arrimo!

Estas palabras de reyna, de montes y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes que les escuchauan, y aumentóles la admiracion las que tambien dezia Constança, que en sus faldas tenia a su mal herido hermano, apretandole la herida y tomandole la sangre la compasiua Feliz Flora, que, con vn lienço suyo, blandamente se la esprimia, obligada de auerla el herido librado de su deshonra:

-¡Ay, digo -dezia-, amparo mio! ¿De que ha seruido auerme leuantado la fortuna a titulo de señora, si me auia de derribar al de desdichada? Volued, hermano, en vos, si quereis que yo vuelua en mi, o si no, hazed,

¡o piadosos cielos!, que vna misma suerte nos cierre los ojos y vna misma sepultura nos cubra los cuerpos: que el bien que sin pensar me auia venido, no podia traer otro descuento que la presteza de acabarse.
Con esto se quedò desmayada, y Auristela ni mas ni menos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayo de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandò a sus criados, que ya auian venido muchos de la casa, que le lleuassen al lecho del conde Domicio, su señor; mandò tambien lleuar a Domicio, su marido, para -fol. 137r [173r]- dar orden -147- en sepultalle. Bartolome tomò en braços a su señor Antonio; a Constança se las dio Feliz Flora; y a Auristela, Belarminia y Deleasir; y, en esquadron doloroso, y con amargos pasos, se encaminaron a la casi real casa.

-148-

Capitvlo qvinze del tercero libro

Poco aprouechauan las discretas razones que las tres damas francessas dauan a las dos lastimadas Constança y Auristela, porque, en las rezientes desuenturas, no hallan lugar consolatorias persuasiones; el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improuiso admite consolacion alguna, por discreta que sea; la postema duele mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y assi, mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueua al sentimiento a quexas y a suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constança, y cierren entrambas los oidos a toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio, su esposo, que fue, segun ella dixo a las damas francessas, que, antes que Domicio con ella se desposasse, andaua enamorado de vna parienta suya, la qual tuuo casi indubitables esperanças de casarse con el. Saliole en blanco la suerte, para que ella -dixo Claricia- la tuuiesse siempre negra; «porque, dissimulando Lorena -que assi se llamaua la parienta -149- de Domicio- el enojo que auia recebido del casamiento de mi esposo, dio en regalarle con muchos y diuersos presentes, puesto que mas bizarros y de buen parecer que costosos, entre los quales le embiò vna vez, -fol. 137v [173v]- bien assi como embiò la falsa Deyanira la camisa a Hercules, digo que le embiò vnas camisas, ricas por el lienço, y por la labor vistosas. Apenas se puso vna, quando perdio los sentidos y estuuo dos dias como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que vna esclaua de Lorena, que estaua en opinion de maga, la auria hechizado. Boluio a la vida mi esposo; pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna accion hazia que no fuesse de loco; y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado; tanto, que era necessario tenerle en cadenas.» Y que aquel dia, estando ella en aquella torre, se auia soltado el loco de las prisiones, y, viniendo a la torre, la auia echado por las ventanas abaxo, a quien el cielo socorrio con la anchura de sus vestidos, o, por mejor dezir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dixo cómo aquel peregrino auia subido a la torre a librar a vna donzella a quien el

loco queria derribar al suelo, tras la qual tambien despeñara a otros dos pequeños hijos que en la torre estauan; pero el sucesso fue tan contrario, que el conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra: el conde, herido de vna mortal herida; y el peregrino, con vn cuchillo en la mano, que, al parecer, se le auia -150- quitado a Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester seguir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaua la caida. En esto, Periandro estaua sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros a curarle y a concertarle los deslocados huessos; dieronle beuidas apropiadas al caso, hallaronle pulsos y algun tanto de conocimiento de las personas que alrededor de si tenia, especialmente de Auristela, a quien, con voz desmayada, que apenas podia entenderse, dixo:

-Hermana, yo muero en la fe catolica christiana, y en la de quererte bien.

Y no hablò ni pudo hablar mas palabra por entonces. Tomaron la -fol. 174r- sangre a Antonio, y, tentandole los cirujanos la herida, pidieron albricias a su hermana de que era mas grande que mortal, y de que presto tendria salud, con ayuda del cielo. Dioselas Feliz Flora, adelantandose a Constança, que se las yua a dar, y aun se las dio, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos. Vn mes o poco mas estuuieron los enfermos curandose, sin querer dexarlos las señoras francessas: tanta fue la amistad que trauaron y el gusto que sintieron de la discreta conuersacion de Auristela y de Constança, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaua a quitarse de la cabecera de Antonio, amandole con vn tan comedido amor, que no se estendia a mas que a ser beneuolencia, y a ser como agradecimiento del bien que del auia recebido quando su saeta -151- la librò de las manos de Rubertino, que, segun Feliz Flora contaua, era vn cauallero señor de vn castillo que cerca de otro suyo ella tenia, el qual Rubertino, lleuado, no de perfecto, sino de vicioso amor, auia dado en seguirla y perseguirla, y en rogarla le diesse la mano de esposa; pero que ella, por mil esperiencias, y por la fama, que pocas vezes miente, auia conocido ser Rubertino de aspera y cruel condicion, y de mudable y antojadiza voluntad, [y] no auia querido condecender con su demanda, y que imaginaua que, acossado de sus desdenes, auria salido al camino a roballa y a hazer de ella por fuerça lo que la voluntad no aula podido; pero que la flecha de Antonio auia cortado todos sus crueles y mal fabricados dissinios, y esto le mouia a mostrarse agradecida.

Todo esto que Feliz Flora dixo, passò assi, sin faltar punto; y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerças començaron a dar muestras della, voluieron a renouarse sus desseos, a lo menos los de voluer a su camino, y assi lo pusieron por obra, acomodandose de todas las cosas necessarias, sin que, como està -fol. 174v- dicho, quisiessen las señoras francessas dexar a los peregrinos, a quien ya tratauan con admiracion y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les auian hecho concebir en sus animos que deuian de ser grandes señores: que tal vez la magestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efeto: con perplexos pensamientos los mirauan; el pobre -152- acompañamiento suyo les hazía tener en estima de condicion mediana; el brio de sus personas y la belleza de sus rostros, leuantaua su calidad al cielo; y assi, entre el si y el no, andaua dudosa. Ordenaron

las damas francessas que fuessen todos a cauallo, porque la caida de Periandro no consentia que se fiasse de sus pies. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el barbaro, no sabía quitarle de su lado, y, tratando del atreuimiento de Rubertino, a quien dexauan muerto y enterrado, y de la estraña historia del conde Domicio, a quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juyzio, le auian quitado la vida, y del buelo milagroso de su muger, mas para ser admirado que creydo, llegaron a vn rio que se vadeaua con algun trabajo. Periandro fue de parecer que se buscasse la puente; pero todos los demas no vinieron en el, y, bien assi como quando al repressado rebaño de mansas ouejas, puestas en lugar estrecho, haze camino la vna, a quien las demas al momento siguen, Belarminia se arrojò al agua, a quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, lleuando tambien junto a si a su hermana Constança. Ordenò, pues, la suerte, que no fuesse buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desuanecio la cabeça, de modo que, sin poder tenerse, dio consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalançò con no creyda presteza el cortés Antonio, y sobre sus ombros, como a otra nueua Europa, la puso en la seca arena de -153- la contraria -fol. 175r- ribera. Ella, viendo el presto beneficio, le dixo:

-Muy cortés eres, español.

A quien Antonio respondio:

-Si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimaralas en algo; pero, como nacen de ellos, antes me descontentan que alegran.

Passò, en fin, el, como he dicho otras vezes, hermoso esquadron, y llegaron al anochecer a vna caseria que, junto con serlo, era meson, en el qual se alojaron a toda su voluntad; y lo que en el les sucedio, nueuo estilo y nueuo capitulo pide.

-154-

Capitvlo diez y seys del tercero libro

Cosas y casos suceden en el mundo, que, si la imaginacion, antes de suceder, pudiera hazer que assi sucedieran, no acertara a traçarlos; y assi, muchos, por la raridad con que acontecen, passan plaça de apocrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son; y assi, es menester que les ayuden juramentos, o, a lo menos, el buen credito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dizen:

Las cosas de admiracion,
no las digas ni las cuentes:
que no saben todas gentes
cómo son.

La primera persona con quien encontrò Constança, fue con vna moça de gentil parecer, de hasta veynte y dos años, vestida a la española, limpia y asseadamente, la qual, llegandose a Constança, le dixo en lengua castellana:
-¡Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, a lo menos, de mi nacion: España! ¡Bendito sea Dios, digo otra vez, que oyre dezir -155- vuessa merced, y no señoria, -fol. 175v- hasta los moços de cozina!
-Dessa manera -respondio Constança-, ¿vos, señora, española deueis de ser?
-¡Y cómo si lo soy! -respondio, ella-. Y aun de la mejor tierra de Castilla.
-¿De qual? -replicó Constança.
-De Talauera de la Reyna -respondio ella.
Apenas huuo dicho esto, quando a Constança le vinieron barruntos que deuía de ser la esposa de Ortel Banedre el polaco, que por adultera quedaua presa en Madrid, cuyo marido, persuadido de Periand[r]o, la auia dexado presa y ydose a su tierra, y en vn instante fabricò en su imaginacion vn monton de cosas que, puestas170 en efeto, le sucedieron casi como las auia pensado. Tomòla por la mano, y fuesse donde estaua Auristela, y, apartandola a parte con Periandro, les dixo:
-Señores, vosotros estays dudosos de que si la ciencia que yo tengo de adeuinar es falsa o verdadera, la qual ciencia no se acredita con dezir las cosas que estan por venir, porque sólo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es a caso, o por algunas premissas a quien la esperiencia de otras semejantes tiene acreditadas171. Si yo os dixesse cosas passadas, que no huuiessen llegado ni pudiessen llegar a mi noticia, ¿que diriades? ¿Quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talauera de la Reyna, que se casò con vn estrangero polaco, que se llamaua, si mal no me acuerdo, Ortel -156- Banedre, a quien ella ofendio con alguna desenuoltura con vn moço de meson que viuia frontero de su casa, la qual, lleuada de sus ligeros pensamientos, y en los braços de sus pocos años, se salio de casa de sus padres con el referido moço, y fue presa en Madrid con el adultero, donde deue de auer passado muchos trabajos, assi en la prision como en el auer llegado hasta aqui, que quiero que ella nos los172 cuente, porque, aunque yo los adiuine, ella nos los contarà con mas puntualidad y con mas gracia.
-¡Ay, cielos santos! -dixo la moça-. Y ¿quien es esta señora que me ha leido mis pensamientos? ¿Quien es esta adiuina que ansi sabe la173 desuergonçada historia de mi vida? Yo, señora, -fol. 176r- soy essa adultera, soy essa presa, y soy la condenada a destierro de diez años, porque no tuue parte que me siguiesse, y soy la que aqui estoy en poder de vn soldado español que va a Italia, comiendo el pan con dolor, y passando la vida, que por momentos me haze dessear la muerte. Mi amigo el primero murio en la carcel; este, que no se en que número ponga, me socorrio en ella, de donde me sacò, y, como he dicho, me lleua por essos mundos, con gusto suyo y con pesar mio: que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traygo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues soys españoles, pues soys christianos, y pues soys principales, segun lo da a entender vuestra presencia, que me saqueis del poder -157- deste español, que será como sacarme de las garras de los

leones.
Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discrecion sagaz de Constança, y, concediendo con ella, la reforçaron y acreditaron, y aun se mouieron a fauorecer con todas sus fuerças a la perdida moça, la qual dixo que el español soldado no yua siempre con ella, sino vna jornada adelante o atras, por deslumbrar a la justicia.
-Todo esso està muy bien -dixo Periandro-, y aqui daremos traça en vuestro remedio: que, la que ha sabido adiuinar vuestra vida passada, tambien sabra acomodaros en la venidera. Sed vos buena, que, sin el cimiento de la bondad, no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca; no os desuieis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras estrañas.
Llorò la moça, enterneciose Constança, y Auristela mostro los mismos sentimientos, con que obligò a Periandro a que el remedio de la moça buscasse. En esto estauan, quando llegò Bartolome, y dixo:
-Señores, acudid a ver la mas estraña vision que aureis visto en vuestra vida.
Dixo esto tan asustado y tan como espantado, que, pensando yr a ver alguna marauilla estraña, le siguieron, y, en vn apartamiento -fol. 176v- algo desuiado de aquel donde estauan alojados los peregrinos y damas, vieron, por entre vnas esteras, -158- vn aposento todo cubierto de luto, cuya lobrega escuridad no les dexò ver particularmente lo que en el auia; y estandole assi mirando, llegò vn hombre anciano, todo assimismo cubierto de luto, el qual les dixo:
-Señores, de aqui a dos horas, que aura entrado vna de la noche, si gustais de ver a la señora Ruperta sin que ella os vea, yo hare que la veays, cuya vista os dara ocasion de que os admireis, assi de su condicion, como de su hermosura.
-Señor -respondio Periandro-, este nuestro criado que aqui està, nos combidò a que viniessemos a ver vna marauilla, y hasta aora no hemos visto otra que la de este aposento cubierto de luto, que no es marauilla ninguna.
-Si volueis a la hora que digo -respondio el enlutado-, tendreis de que marauillaros; porque aureis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fue, apenas haze vn año, del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio a el le costo la vida, y a ella verse en terminos de perderla cada paso, a causa que Claudino Rubicon, cauallero de los principales de Escocia, a quien las riquezas y el linage hizieron soberuio, y la condicion algo enamorada, quiso bien a mi señora, siendo donzella, de la qual, si no fue aborrecido174, a lo menos, fue desdeñado, como lo mostro el casarse con el conde mi señor. Esta presta resolucion de mi señora la bautizò Rubicon en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta -159- no huuiera tenido padres que se lo mandaran y obligaciones precisas que le obligaran a ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan: que, si puede ser, siempre los años del esposo con el numero de diez han de lleuar ventaja a los de la muger, o con algunos mas, porque la vejez los alcance en vn mismo tiempo. Era Rubicon varon viudo, -fol. 177r- y que tenia hijo de casi veynte y vn años, gentil hombre en estremo, y de mejores condiciones que el padre; tanto, que si el se huuiera opuesto a la catedra de mi señora,

oy viuiera mi señor el conde, y mi señora estuuiera mas alegre. Sucedio, pues, que, yendo mi señora Ruperta a holgarse con su esposo a vna villa suya, a caso y sin pensar, en vn despoblado, encontramos a Rubicon, con muchos criados suyos que le acompañauan. Vio a mi señora, y su vista desperto el agrauio que, a su parecer, se le auia hecho, y fue de suerte que en lugar del amor nacio la ira, y de la ira, el desseo de hazer pesar a mi señora; y como las venganças de los que bien se han querido sobrepujan a las ofensas hechas, Rubicon, despechado, impaciente y atreuido, desembaynando la espada, corrio al conde, mi señor, que estaua inocente deste caso, sin que tuuiesse lugar de preuenirse del daño que no temia, y, embaynandosela en el pecho, dixo: «Tu me pagarás lo que no me deues; y si esta es crueldad, mayor la vsò tu esposa para conmigo, pues no vna vez sola, sino cien mil, me quitan la vida sus desdenes.» A todo esto me hallè yo -160- presente; ohi las palabras, y vi con mis ojos y tentè con las manos la herida; escuchè los llantos de mi señora, que penetraron los cielos; voluimos ha dar sepultura al conde, y, al enterrarle, por orden de mi señora, se le cortó la cabeça, que en pocos dias, con cosas que se le aplicaron, quedò descarnada, y en solamente los huessos; mandóla mi señora poner en vna caxa de plata, sobre la qual puestas sus manos, hizo este juramento. Pero oluidaseme por dezir cómo el cruel Rubicon, o ya por menosprecio, o ya por mas crueldad, o quiça con la turbacion descuydado, se dexò la espada embaynada en el pecho de mi señor, cuya sangre avn hasta agora muestra estar casi reciente en -fol. 177v- ella. Digo, pues, que dixo estas palabras: «Yo, la desdichada Ruperta, a quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien auenturasse en ello vna y mil vezes esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos hechos a quien pueda fauorecerme; y, en tanto que no llegare a efeto este mi justo, si no christiano desseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lobregos, mis manteles tristes, y mi compañia la misma soledad. A la mesa estaran presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeça, que me diga, sin lengua, que vengue su agrauio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece -161- que veo, a la que alterando la mia, no me dexe sossegar hasta vengarme.» Esto dicho, parece que templó sus continuas lagrimas y dio algun vado a sus dolientes suspiros. Hase puesto en camino de Roma para pedir en Italia a sus principes fauor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavia la amenaza, quiça temeroso: que suele ofender vn mosquito mas de lo que puede fauorecer vn aguila. Esto, señores, vereys, como he dicho, de aqui a dos horas, y si no os dexare admirados, o yo no aure sabido contarlo, o vosotros tendreys el coraçon de marmol.
Aqui dio fin a su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver a Ruperta175, desde luego se començaron a admirar del caso.

-162- -fol. 178r-

Capitvlo diez y siete del tercer libro
La ira, segun se dize, es vna reuolucion de la sangre que està cerca del

coraçon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto que agrauia, y tal vez con la memoria; tiene por vltimo fin y paradero suyo la vengança, que, como la tome el agrauiado, sin razon o con ella, sossiega. Esto nos lo dara a entender la hermosa Ruperta, agrauiada y ayrada, y con tanto desseo de vengarse de su contrario, que, aunque sabía que era ya muerto, dilataua su colera por todos sus decendientes, sin querer dexar, si pudiera, viuo ninguno dellos: que la colera de la muger no tiene límite.

Llegóse la hora de que la fueron a ver los peregrinos, sin que ella los viesse, y vieronla hermosa en todo estremo, con blanquissimas tocas, que desde la cabeça casi le llegauan a los pies, sentada delante de vna mesa, sobre la qual tenia la cabeça de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le auian quitado la vida, y vna camissa que ella se imaginaua que aun no estaua enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necessidad que nadie la despertasse, porque nunca dormia; leuantóse en -163- pie, y, puesta la mano derecha sobre la cabeça del marido, començo a hazer y a reualidar el voto y juramento que dixo el enlutado escudero. Llouian lagrimas de sus ojos, vastantes a bañar las reliquias de su passion; arrancaua suspiros del pecho, que condensauan el ayre cerca y lexos; añadia al ordinario juramento razones que le agrauauan, y tal vez parecia que arrojaua por los ojos, no lagrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su passion y el desseo de vengarse. ¿Veysla llorar, veysla suspirar, veysla no estar en si, veysla -fol. 178v- blandir la espada matadora, veysla bessar la camissa ensangrentada, y que rompe las palabras con solloços? Pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereys cosas que os den sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuuiessedes de vida. En mitad de la fuga de su dolor estaua Ruperta, y casi en los vmbrales de su gusto, porque, mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegò a ella vno de sus criados, como si se llegara (a) vna sombra negra, segun venía cargado de luto, y, en mal pronunciadas palabras, le dixo:

-Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear agora con algunos criados; mira si quieres encubrirte, o si quieres que te conozca, o lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo.

-Que no me conozca -respondio Ruperta-; y auissad a todos mis criados que por descuydo no me nombren, ni por cuydado me descubran.

-164-

Y esto diziendo, recogio sus prendas y mandò cerrar el aposento y que ninguno entrasse ha hablalla. Voluieronse los peregrinos al suyo, quedò ella sola y pensatiua, y no se cómo se supo que auia hablado a solas estas o otras semejantes176 razones:

-Aduierte, ¡o Ruperta!, que los piadosos cielos te han traydo a las manos, como simple victima al sacrificio, al alma de tu enemigo: que los hijos, y mas los vnicos, pedaços del alma son de los padres. ¡Ea, Ruperta! Oluidate de que eres muger, y, si no quieres oluidarte desto, mira que eres muger, y agrauiada. La sangre de tu marido te está dando vozes, y en aquella cábeça sin lengua te està diziendo: «¡Vengança, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa!» Si que no espantò la braueza de Olofernes a la humildad de Iudic; verdad es que la causa suya fue muy diferente de la

mia: ella castigò a vn enemigo de Dios, y yo quiero castigar a vn enemigo que no se si lo es mio; a ella le puso el hierro en las manos el amor de su -fol. 179r- patria, y a mi me le pone el de mi esposo. Pero ¿para que hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Que tengo que hazer mas sino cerrar los ojos y embaynar el azero en el pecho deste moço, que tanto será mi vengança mayor, quanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere. Los desseos que se quieren cumplir, no reparan en inconuenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte.

-165-

Esto dicho, dio traça y orden en cómo aquella noche se encerrasse en la estancia de Crorianо, donde le dio facil entrada vn criado suyo, traydor por dadiuas, aunque el no penso sino que hazia vn gran seruicio a su amo lleuandole al lecho vna tan hermosa muger como Ruperta, la qual, puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en marauilloso silencio, estuuo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Crorianо. Lleuò para ser instrumento del cruel sacrificio vn agudo cuchillo, que, por ser arma mañera y no embaraçosa, le parecio ser mas a proposito; lleuò assimismo vna lanterna bien cerrada, en la qual ardia vna vela de cera; recogio los espiritus de manera que apenas ossaua embiar la respiracion al ayre. ¿Que no haze vna muger enojada? ¿Que montes de dificultades no atropella en sus dissignios? ¿Que inormes crueldades no le parecen blandas y pacificas? No mas, porque lo que en este caso se podia dezir es tanto, que será mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegóse, en fin, la hora; acostose Crorianо; durmiose, con el cansancio del camino, y entregóse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oydos estaua escuchando Ruperta si daua alguna señal Crorianо de que durmiesse, y asseguraronla que dormia, -fol. 179v- assi el tiempo que auia passado desde que se acosto hasta entonces, como algunos dilatados alientos que no los -166- dan sino los dormidos; viendo lo qual, sin santiguarse ni inuocar ninguna deidad que la ayudasse, abrio la lanterna, con que quedò claro el aposento, y mirò donde pondria los pies para que, sin tropeçar, la lleuassen al lecho.

La bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable: executa tu ira, satisfaze tu enojo, borra y quita del mundo tu agrauio, que delante tienes en quien puedes hazerlo; pero mira, ¡o hermosa Ruperta!, si quieres, que no mires a esse hermoso Cupido que vas ha descubrir, que se deshara en vn punto toda la maquina de tus pensamientos. Llegò, en fin, y, temblandole la mano, descubrio el rostro de Crorianо, que profundamente dormia, y hallò en el la propiedad del escudo de Medusa, que la conuirtio en marmol; hallò tanta hermosura, que fue vastante ha hazerle caer el cuchillo de la mano, y a que diesse lugar la consideracion del inorme caso que cometer queria; vio que la belleza de Crorianо, como haze el sol a la niebla, ahuyentaua las sombras de la muerte que darle queria, y en vn instante no le escogio para victima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto.

-¡Ay -dixo entre si-, generoso mancebo, y quan mejor eres tu para ser mi esposo que para ser objeto de mi vengança! ¿Que culpa tienes tu de la que cometio tu padre, y que pena se ha de dar a quien no tiene culpa? Gozate,

gozate, jouen illustre, y quedese en mi pecho mi vengança y mi crueldad encerrada, que, quando -167- se sepa, mejor nombre me dara el ser piadosa que vengatiua.
Esto diziendo, ya turbada y arrepentida, se le cayo la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que desperto con el ardor de la vela177. Hallóse a escuras; quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acerto; por donde dio vozes Croriano, tomò su espada y saltò del lecho, y, andando por el aposento, topò -fol. 180r- con Ruperta, que, toda temblando, le dixo:
-No me mates, ¡o Croriano!, puesto que soy vna muger que no ha vna hora que quise y pude matarte, y agora me veo en terminos de rogarte que no me quites la vida.
En esto, entraron sus criados, al rumor, con luzes, y vio Croriano y conocio a la bellissima viuda, como quien vee a la resplandeciente luna de nubes blancas rodeada.
-¿Que es esto, señora Ruperta? -le dixo-. ¿Son los pasos de la vengança los que hasta aqui os han traydo, o quereys que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aqui veo, ¿que otra señal es sino de que aueys venido a ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacion de los agrauios que dexan hechos. Los viuos si que pueden recompensarlos; y assi, yo, que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que el os hizo lo mejor que pudiere y supiere. Pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si soys fantasma que aqui ha venido, -168- o a matarme, o a engañarme, o a mejorar mi suerte.
-Empeorese la mia -respondio Ruperta-, si es que halla modo el cielo cómo empeorarla, si entré este dia passado en este meson con alguna memoria tuya. Veniste tu a el; no te vi quando entraste; ohi tu nombre, el qual desperto mi colera y me mouio a la vengança; concerte con vn criado tuyo que me encerrasse esta noche en este aposento; hizele que callasse, sellandole la boca con algunas dadiuas; entré en el, apercebime deste cuchillo, y acrecente el desseo de quitarte la vida; senti que dormias, sali de donde estaua, y, a la luz de vna lanterna que conmigo traia, te descubri, y vi tu rostro, que me mouio a respeto y a reuerencia, de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el desseo de mi vengança se deshizo, cayoseme la vela de las manos, despertote su fuego, diste vozes, quedè yo confusa, de donde -fol. 180v- ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero mas venganças ni mas memorias de agrauios; viue en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya lo son el perdonarte la culpa que no tienes.
-Señora -respondio Croriano-, mi padre quiso casarse contigo; tu no quisiste; el, despechado, matò a tu esposo; muriose, lleuando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado, como parte tan suya, para hazer bien por su alma; si quieres que te entregue la mia, recibeme por tu esposo, si ya, como he dicho, no eres fantasma -169- que me engañas: que las grandes venturas que vienen de improuiso, siempre traen consigo alguna sospecha.
-Dame essos braços -respondio Ruperta-, y veràs, señor, cómo este mi cuerpo no es fantastico, y que el alma que en el te entrego es senzilla, pura y verdadera.
Testigos fueron destos abraços, y de las manos que por esposos se dieron,

los criados de Crориano, que auian entrado con las luzes. Triunfò aquella noche la blanda paz desta dura guerra; voluiose el campo de la batalla en talamo de desposorio; nacio la paz de la ira; de la muerte, la vida; y del disgusto, el contento. Amanecio el dia, y hallò a los recien desposados cada vno en los braços del otro; leuantaronse los peregrinos con desseo de saber que auria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estauan ya bien informados; salio el rumor del nueuo desposorio, y, haziendo de los cortesanos, entraron a dar los parabienes a los nouios, y, al entrar en el aposento, vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les auia contado, cargado con la caxa donde yua la calabera de su primero esposo, y con la camissa y espada que tantas vezes auia renouado las lagrimas de Ruperta, y dixo que lo lleuaua adonde no renouassen otra vez en las glorias presentes passadas desuenturas; murmurò de la -fol. 181r- facilidad de Ruperta y, en general, de todas las mugeres, y el menor vituperio que dellas dixo, fue llamarlas -170- antojadizas. Leuantaronse los nouios antes que entrassen los peregrinos; regozijaronse los criados, assi de Ruperta como de Crориano, y voluiose aquel meson en alcaçar real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro y Auristela, Constança y Antonio, su hermano, hablaron a los desposados y se dieron parte de sus vidas; a lo menos, la que conuenia que se diesse.

-171-

Capitvlo diez y ocho del tercer libro

En esto estauan, quando entrò por la puerta del meson vn hombre, cuya larga y blanca barba mas de ochenta años le daua de edad; venia vestido ni como peregrino ni como religioso, puesto que lo vno y lo otro parecia; traia la cabeça descubierta, rasa y calua en el medio, y por los lados, luengas y blanquissimas canas le pendian; sustentaua el agouiado cuerpo sobre vn retorcido cayado, que de vaculo le seruia. En efeto: todo el y todas las partes representauan vn venerable anciano, digno de todo respeto, al qual apenas huuo visto la dueña del meson, quando, hincandose ante el de rodillas, le dixo:

-Contarè yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa: que nunca vienes a ella sino para bien mio.

Y voluiendose a los circunstantes, prosiguio diziendo:

-Este monton de nieue, y esta estatua de marmol blanco que se mueue, que aqui veys, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama, no sólo en Francia, sino en todas partes de la tierra se estiende.

-172-

-No me alabeys, buena -fol. 181v- señora -respondio el anciano-, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida haze a los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio. Pero, con todo esto, quiero acreditarme con vos en la opinion que de mi teneys. Mirad oy por vuestra casa, porque, destas bodas y destos regozijos que en ella se preparan, se ha de engendrar vn fuego que casi toda la consuma.

A lo que dixo Crориano, hablando con Ruperta, su esposa:

-Este, sin duda, deue de ser magico o adiuino, pues predize lo por venir.
Entreoyo esta razon el anciano, y respondio:
-No soy mago ni adiuino, sino iudiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña a adiuinar. Creedme, señores, por esta vez siquiera, y dexad esta estancia, y vamos a la mia, que en vna cercana selua que [ay] aqui, os dara, si no tan capaz, mas seguro aloxamiento.
Apenas huuo dicho esto, quando entrò Bartolome, criado de Antonio, y dixo a vozes:
-Señores, las cozinas se abrasan, porque, en la infinita leña que junto a ellas estaua, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar.
Tras esta voz acudieron las de otros criados, y començaron a acreditarlas los estallidos del fuego. La verdad tan manifiesta acreditò las palabras de Soldino; y, assiendo en braços Periandro -173- a Auristela, sin querer yr primero a aueriguar si el fuego se podia atajar o no, dixo a Soldino:
-Señor, guianos a tu estancia, que el peligro desta ya está manifiesto.
Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constança y con Feliz Flora, la dama francessa, a quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moça arrepentida de Talauera se assio del cinto de Bartolome, y el del cabestro de su bagaje, y todos juntos, con los desposados y con la huespeda, que conocia bien las adiuinanças de Soldino, le siguieron, aunque -fol. 182r- con tardo paso los guiaua. La demas gente del meson, que no auian estado presentes a las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dio a entender que trabajauan en vano, ardiendo la casa todo aquel dia; que, ha cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia. Llegaron, en fin, a la selua, donde hallaron vna ermita no muy grande, dentro de la qual vieron vna puerta que parecia serlo de vna cueua escura. Antes de entrar en la ermita, dixo Soldino a todos los que le auian seguido:
-Estos arboles, con su apacible sombra, os seruiran de dorados techos, y la yerua deste amenissimo prado, si no de muy blandas, a lo menos, de muy blancas camas. Yo lleuarè conmigo a mi cueua a estos señores, porque les conuiene, y no porque los mejore en la estancia.
Y luego llamò a Periandro, a Auristela, a -174- Constança, a las tres damas francessas, a Ruperta, a Antonio y a Croriano, y, dexando otra mucha gente fuera, se encerro con estos en la cueua, cerrando tras si la puerta de la ermita y la de la cueua. Viendose, pues, Bartolome y la de Talauera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, o ya de despecho, o ya lleuados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en vno, de dexar Bartolome a sus amos, y la moça a sus arrepentimientos; y assi, aliuiaron el bagaje de dos habitos de peregrinos, y la moça a cauallo, y el galan a pie, dieron cantonada, ella a sus compassiuas señoras, y el a sus honrados dueños, lleuando en la intencion de yr tambien a Roma, como yuan todos. Otra vez se ha dicho que todas las acciones no verissimeles ni prouables se han de contar en las historias, porque si no se les da credito, pierden de su valor; pero al historiador no le conuiene mas de dezir la verdad, parezcalo o no lo parezca. Con esta maxima, pues, el que -fol. 182v- escriuio esta historia, dize que Soldino, con todo aquel esquadron de damas y

caualleros, baxò por las gradas de la escura cueua, y, a menos de ochenta gradas, se descubrio el cielo luziente y claro, y se vieron vnos amenos y tendidos prados que entretenian la vista y alegrauan las almas; y, haziendo Soldino rueda de los que con el auian baxado, les dijo:
-Señores, esto no es encantamento, y esta cueua por donde aqui hemos venido, no sirue sino de atajo para llegar desde alla arriba a este
-175- valle que veys, que vna legua de aqui tiene mas facil, mas llana y mas apacible entrada. Yo leuantè aquella ermita, y con mis braços y con mi continuo trabajo cabè la cueua, y hize mio este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan. Aqui, huyendo de la guerra, hallè la paz; la hambre que en esse mundo de alla arriba, si assi se puede dezir, tenia, hallò aqui a la hartura; aqui, en lugar de los principes y monarcas que mandan el mundo, a quien yo seruia, he hallado a estos arboles mudos, que, aunque altos y pomposos, son humildes; aqui no suena en mis oydos el desden de los emperadores, el enfado de sus ministros; aqui no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirua; aqui soy yo señor de mi mismo, aqui tengo mi alma en mi palma, y aqui por via recta encamino mis pensamientos y mis desseos al cielo; aqui he dado fin al estudio de las matematicas, he contemplado el curso de las estrellas y el mouimiento del sol y de la luna; aqui he hallado causas para alegrarme y causas para entristezerme, que aun estan por venir, que seran tan ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad. Agora, agora, como presente, veo quitar la cabeça a vn valiente pirata178, vn valeroso mancebo de la casa de Austria nacido. ¡O, si le viessedes como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias
-fol. 183r- lunas, pelando sus luengas colas de cauallos, abrasando baxeles, despedaçando cuerpos, y quitando vidas! Pero, ¡ay de -176-
mil, que me haze entristezer otro179 coronado jouen, tendido en la seca arena, de mil moras lanças atrauesado, el vno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se deue alabado, Carlos V, a quien yo serui muchos años, y siruiera hasta que la vida se me acabara, si no lo estoruara el querer mudar la milicia mortal en la diuina. Aqui estoy, donde sin libros, con sola la esperiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ¡o Crориano!, y en saber yo tu nombre sin auerte visto jamas me acreditè contigo, que gozarás de tu Ruperta largos años; y a ti, Periandro, te asseguro buen sucesso de tu peregrinacion: tu hermana Auristela no lo serà presto, y no porque ha de perder la vida con breuedad; a ti, ¡o Constança!, subiras de condessa a duquessa, y tu hermano Antonio, al grado que su valor merece; estas señoras francessas, aunque no consigan los desseos que agora tienen, conseguiran otros que las honren y contenten. El auer pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin aueros visto jamas, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podran mouer, si quereys, a creerme; y mas quando halleys ser verdad que vuestro moço Bartolome, con el bagaje y con la moça castellana, se ha ydo y os ha dexado a pie: no le sigays, porque no le alcançareys; la moça es mas del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinacion, ha despecho y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga a ser cortès y a ser verdadero; con la cortesia -177- os
ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad, a la esperiencia de todo quanto os he dicho. Si os marauillare de ver a vn español en esta

agena tierra, aduertid que ay sitios y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos lo -fol. 183v- es para mi mas que ninguno. Las alquerias, caserias y lugares que ay por estos contornos, las habitan gentes catolicas y santas. Quando conuiene, recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para passar la humana vida. Esta es la que tengo, de la qual pienso salir a la siempre duradera. Y por agora no mas, sino vamonos arriba; daremos sustento a los cuerpos, como aqui abaxo le hemos dado a las almas.

-178-

Capitvlo diez y nveve del tercero libro

Adereçóse la pobre mas que limpia comida, aunque fue muy limpia cosa, no muy nueua para los quatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla barbara y de la de las Ermitas, donde quedò Rutilio, y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los arboles; tambien se les vino a la memoria la profecia falsa de los isleños, y las muchas de Mauricio, con las moriscas del xadraque, y, vltimamente, las del español Soldino. Pareciales que andauan rodeados de adiuinanças, y metidos hasta el alma en la iudiciaria astrologia, que, a no ser acreditada con la esperiencia, con dificultad le dieran credito.

Acabóse la breue comida; salio Soldino, con todos los que con el estauan, al camino para despedirse dellos, y en el echaron menos a la moça castellana y a Bartolome el del bagaje, cuya falta no dio poca pesadumbre a los quatro, porque les faltaua el dinero y la reposteria. Mastro congoxarse Antonio, y quiso adelantarse a buscarle, porque bien se imaginò que la moça le lleuaua, o el lleuaua a la moça, o, por mejor -fol. 184r- dezir, el vno se lleuaua al otro; pero Soldino le dixo que no tuuiesse pena, ni se mouiesse a -179- buscarlos, porque otro dia volueria su criado arrepentido del hurto, y entregaria quanto auia lleuado. Creyeron, y assi no curò Antonio de buscarle; y mas, que Feliz Flora ofrecio a Antonio de prestarle quanto huuiesse menester para su gusto y el de sus compañeros desde alli a Roma, a cuya liberal oferta se mostro Antonio agradecido lo possible, y aun se ofrecio de darle prenda que cupiesse en el puño, y en el valor passasse de cincuenta mil ducados; y esto fue pensando de darle vna de las dos perlas de Auristela, que, con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traia. No se atreuio Feliz Flora a creer la cantidad del valor de la prenda; pero atreuiose a voluer ha hazer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, vieron venir por el camino, y passar por delante dellos, hasta ocho personas a cauallo, entre las quales yua vna muger sentada en vn rico sillon, y sobre vna mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas açotaua el ayre, con vn antifaz, assimismo verde, cubierto el rostro. Passaron por delante dellos, y con baxar las cabeças, sin hablar palabra alguna, los saludaron, y passaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron. Quedauase atras vno de los de la compañia, y, llegandose a ellos, pidio por cortesia vn poco de agua; dieronsela, y preguntaronle que gente era la que yua alli delante, y que dama la de lo verde, a lo que el caminante respondio:

-El que alli delante va, es el señor Alexandro Castrucho, gentilhombre capuano, y vno de los ricos varones, no sólo de Capua, sino de todo el reyno de Napoles; la dama es su sobrina, la señora Ysabela Castrucho, que nacio en España, donde dexa -fol. 184v- enterrado a su padre, por cuya muerte su tio la lleua a casar a Capua, y, a lo que yo creo, no muy contenta.
-Esso será -respondio el escudero enlutado de Ruperta-, no porque va a casarse, sino porque el camino es largo: que yo para mi tengo, que no ay muger que no dessee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido.
-No se essas filosofias -respondio el caminante-; sólo se que va triste, y la causa ella se la sabe; y a Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me lleuan.
Y, picando apriessa, se les fue de la vista, y ellos, despidiendose de Soldino, le abraçaron y le dexaron. Oluidauase de dezir cómo Soldino auia aconsejado a las damas francessas que siguiessen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en Paris, porque assi les conuenia. Este consejo fue para ellas como si se le dixera vn oraculo, y assi, con parecer de los peregrinos, determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y, atrauessando el Piamonte y el estado de Milan, ver a Florencia, y luego a Roma. Tanteado, pues, este camino, con proposito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta alli, caminaron; y otro dia, al romper del alua, vieron venir hazia ellos al tenido por ladron, -181- Bartolome el bagajero, detras de su bagaje, y el vestido como peregrino. Todos gritaron quando le conocieron, y los mas le preguntaron que huyda auia sido la suya, que trage aquel, y que buelta aquella. A lo que el, hincado de rodillas delante de Constança, casi llorando, respondio a todos:
-Mi huyda no se cómo fue; mi trage ya veys que es de peregrino; mi buelta es a restituyr lo que quiça, y aun sin quiça, en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron: aqui, señora Constança, viene el bagaje, con todo aquello que en el estaua, excepto dos vestidos de peregrinos, que el vno es este que yo traygo, y el otro queda haziendo romera a la ramera de Talauera, -fol. 185r- que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me lo enseñò; y es lo peor que le conozco y determino ser soldado debaxo de su bandera, porque no siento fuerças que se opongan a las que haze el gusto con los que poco saben. Echeme vuessa merced su bendicion, y dexeme voluer, que me espera Luysa, y aduierta que vueluo sin blanca, fiado en el donayre de mi moça mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo seran, si Dios me guarda el juyzio, si viuiesse mil siglos.
Muchas razones le dixo Periandro para estoruarle su mal proposito; muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constança y Antonio; pero todo fue, como dizen, dar vozes al viento y predicar en desierto. Limpióse Bartolome sus lagrimas, dexò su bagaje, voluio las espaldas, y -182- partio en vn buelo, dexando a todos admirados de su amor y de su simpleça. Antonio, viendole partir tan de carrera, puso vna flecha en su arco, que jamas la disparò en vano, con intencion de atrauessarle de parte a parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas vezes se le

apartaua del lado, le trauò del arco, diziendole:
-Dexale, Antonio, que harta mala ventura lleua en yr a poder y a sujetarse al yugo de vna muger loca.
-Bien dizes, señora -respondio Antonio-; y pues tu le das la vida, ¿quien ha de ser poderoso a quitarsela?
Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada; entraron en Milan; admiróles la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que alli, no solamente ay oro, sino oros; sus belicas herrerias, que no parece sino que alli ha passado las suyas Bulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos y, finalmente, la agudeza del ingenio de sus moradores; oyeron dezir a vn huesped suyo que lo mas que auia que ver en aquella ciudad era la Academia de los -fol. 185v- Entronados180, que estaua adornada de eminentissimos academicos, cuyos sutiles entendimientos dauan que hazer a la fama a todas horas y por todas las partes del mundo; dixo tambien que aquel dia era de academia, y que se auia de disputar en ella si podia auer amor sin zelos.
-Si puede -dixo Periandro-; y, para prouar -183- esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo.
-Yo -replicò Auristela- no se que es amor, aunque se lo que es querer bien.
A lo que dixo Belarminia:
-No entiendo esse modo de hablar, ni la diferencia que ay entre amor y querer bien.
-Esta -replicò Auristela-: querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueua la voluntad, como se puede querer a vna criada que os sirue o a vna estatua o pintura que bien os parece o que mucho os agrada; y estas no dan zelos, ni los pueden dar; pero aquello que dizen que se llama amor, que es vna vehemente passion del ánimo, como dizen, ya que no de zelos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida, del qual temor a mi me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera.
-Mucho has dicho, señora -respondio Periandro-; porque no ay ningun amante que estè en possession de la cosa amada, que no tema el perderla; no ay ventura tan firme, que tal vez no de bayuenes; no ay clauo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna; y si el desseo que nos lleua a acabar presto nuestro camino no lo estoruara, quiça mostrara yo oy en la Academia que puede auer amor sin zelos, pero no sin temores.
Cessò esta plática; estuuieron quatro dias en Milan, en los quales començaron a ver sus grandezas, porque acabarlas de ver no dieran tiempo quatro años; partieronse de alli, y llegaron a -184- Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre181, que, debaxo de las alas del Imperio y de España, se descuella, y mira essenta a las ciudades de los principes que la dessean; alli, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y -fol. 186r- recebidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hazen estancia de mas de vn dia, no dan lugar a mostrar su condicion, tenida por arrogante. Aqui acontecio a nuestros passageros vna de las mas estrañas auenturas que se han contado en todo el discurso deste libro.

Capitvlo veinte del tercero libro

Las posadas de Luca son capazes para aloxar vna compañia de soldados, en vna de las quales se aloxò nuestro esquadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huesped por cuenta, porque a la mañana, o quando se partiessen, la auia de dar dellos. Al entrar, vio la señora Ruperta que salia vn medico, que tal le parecio en el trage, diziendo a la huespeda de la casa, que tambien le parecio no podia ser otra:

-Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta donzella está loca o endemoniada, y, por no errar, digo que está endemoniada y loca; y, con todo esso, tengo esperança de su salud, si es que su tio no se da priessa a partirse.

-¡Ay, Iesus! -dixo Ruperta-. ¿Y en casa de endemoniados y locos nos apeamos? En verdad, en verdad, que si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro.

A lo que dixo la huespeda:

-Sin escrupulo puede vuessa señoria -que este es el merced de Italia- apearse, porque de cien leguas se podia venir a ver lo que està en esta posada.

Apearonse todos, y Auristela y Constança, -186- que auian oydo las razones de la huespeda, le preguntaron que auia en aquella posada, que tanto encarecia el verla.

-Venganse conmigo -respondio la huespeda-, y veran lo que veran, y diran lo que yo digo.

Guiò, y siguieronla, donde vieron echada en vn lecho dorado a vna hermosissima -fol. 186v- muchacha, de edad, al parecer, de diez y seys o diez y siete años; tenia los braços aspados y atados con vnas vendas a los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querian estoruar el mouerlos a ninguna parte; dos mugeres, que deuian de seruirla de enfermeras, andauan buscandole las piernas, para atarselas tambien, a lo que la enferma dixo:

-Vasta que se me aten los braços; que todo lo demas, las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado.

Y, boluiendose a las peregrinas, con leuantada voz, dixo:

-¡Figuras del cielo, angeles de carne! Sin duda, creo que venis a darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan christiana visita no se puede esperar otra cosa. Por lo que deueys a ser quien soys, que soys mucho, que mandeys que me desaten; que, con quatro o cinco bocados que me de en el braço, quedarè harta y no me hare mas mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel que dexarà que me muerda.

-¡Pobre de ti, sobrina -dixo vn anciano que -187- auia entrado en el aposento-, y qual te tiene esse que dizes que no ha de dexar que te muerdas! Encomiendate a Dios, Ysabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere este tu tio, que bien te quiere. Lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te trahere: que tu mucha hazienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo.

La doliente moça respondio:

-Dexenme sola con estos angeles: quiça mi enemigo el demonio huyra de mi, por no estar con ellos.
Y, señalando con la cabeça que se quedassen con ella Auristela, Constança, Ruperta y Feliz Flora, dixo que los demas se saliessen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tio, del qual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde que, al salir de la cueua del sabio español, auian visto passar por el camino, que el criado -fol. 187r- que se quedò atras les dixo se llamaua Ysabela Castrucha, y que se yua a casar al reyno de Napoles.
Apenas se vio sola la enferma, quando, mirando a todas partes, dixo que mirassen si auia otra persona en el aposento que aumentasse el numero de los que ella dixo que se quedassen. Mirólo Ruperta y escudriñólo todo, y assegurò no auer otra persona que ellos. Con esta seguridad, sentose Ysabela como pudo en el lecho, y, dando muestras de que queria hablar de proposito, rompio la voz con vn tan grande suspiro, que parecio que con el se le arrancaua el alma; -188- el fin del qual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obligò a los circunstantes a dar vozes pidiendo vn poco de agua para bañar el rostro de Ysabela, que a mas andar se yua al otro mundo. Entrò el misero tio, lleuando vna cruz en la vna mano, y en la otra vn hisopo bañado en agua bendita; entraron assimismo con el dos sacerdotes, que, creyendo ser el demonio quien la fatigaua, pocas vezes se apartauan della; entrò assimismo la huespeda con el agua; roziaronle el rostro, y voluio en si, diziendo:
-Escusadas son por agora estas preuenciones; yo saldre presto; pero no ha de ser quando vosotros quisieredes, sino quando a mi me parezca, que será quando viniere a esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista Marulo, cauallero desta ciudad, el qual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuydado destos sucessos.
Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Ysabela endemoniada, porque no podian pensar cómo pudiesse saber ella Iuan Bautista Marulo quien fuesse, y su hijo Andrea; y no faltò quien fuesse luego a dezir al ya nombrado Iuan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada del y de su hijo auia dicho. Tornò a pedir que la dexassen sola con los que antes auia -fol. 187v- escogido; dixeronle los sacerdotes los Euangelios, y hazieron su gusto, lleuandole todos de la señal que auia dicho182 que daria quando el demonio -189- la dexasse libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nueuo la pesquisa de la estancia, y, cerrando la puerta della, dixo a la enferma:
-Solos estamos; mira, señora, lo que quieres.
-Lo que quiero es -respondio Ysabela- que me quiten estas ligaduras, que, aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden.
Hizieronlo assi con mucha diligencia, y, sentandose Ysabela en el lecho, assio de la vna mano a Auristela, y de la otra a Ruperta, y hizo que Constança y Feliz Flora se sentassen junto a ella en el mismo lecho; y assi, apiñadas en vn hermoso monton, con voz baxa y lagrimas en los ojos, dixo:
-Yo, señoras, soy la infelize Ysabela Castrucha, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna, hazienda, y los cielos, algun tanto de hermosura;

nacieron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde naci, y me crie en casa deste mi tio que aqui està, que en la corte del emperador la tenia. ¡Valame Dios, y para que tomo yo tan de atras la corriente de mis desuenturas! Estando, pues, yo en casa deste mi tio, ya huerfana de mis padres, que a el me dexaron encomendada y por tutor mio, llegò a la corte vn moço a quien yo vi en vna yglesia, y le miré tan de proposito -y no os parezca esto, señoras, desemboltura, que no parecera si consideraredes que soy muger-, digo que le mire en la yglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedò su presencia -190- tan impressa en mi alma, que no la podia apartar de mi memoria. Finalmente, no me faltaron medios para entender quien el era, y la calidad de su persona, y que hazía en la corte, o donde yua; y lo que saqué en limpio fue que se llamaua Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista -fol. 188r- Marulo, cauallero desta ciudad, mas noble que rico, y que yua a estudiar a Salamanca. En seys dias que alli estuuo, tuue orden de escriuirle quien yo era, y la mucha hazienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viendome en la yglesia; escriuile assimismo que entendia que este mi tio me queria casar con vn primo mio, porque la hazienda se quedasse en casa, hombre no de mi gusto ni de mi condicion, como es verdad; dixele assimismo que la ocasion en mi le ofrecia sus cabellos, que los tomasse, y que no diesse lugar en no hazello al arrepentimiento, y que no tomasse de mi facilidad ocasion para no estimarme. Respondio, despues de auerme visto no se quantas vezes en la yglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiziera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaua durasse firme algun tiempo en mi amorosa intencion, a lo menos hasta que el dexasse en Salamanca a vn amigo suyo que con el desta ciudad auia partido a seguir el estudio. Respondile que si haria, porque en mi no era el amor importuno ni indiscreto, que presto nace y presto se muere. Dexóme entonces por honrado, pues no quiso faltar a su amigo, y con lagrimas, -191- como enamorado, que yo se las vi verter, passando por mi calle el dia que se partio sin dexarme, y yo me fuy con el sin partirme. Otro dia -¡quien podra creer esto!; ¡que de rodeos tienen las desgracias para alcançar mas presto a los desdichados!-, digo que otro dia concerto mi tio que voluiessemos a Italia, y sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hazian sana, mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaua traças para no partirme.

»En este tiempo le tuue para escriuir a Andrea de lo que me auia sucedido, y que era forçoso el partirme; pero que yo procuraria passar por esta ciudad, -fol. 188v- donde pensaua fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traça a que el le tuuiesse de dexar a Salamanca, y venir a Luca, adonde, a pesar de mi tio y aun de todo el mundo, sería mi esposo; assi que en su diligencia estaua mi ventura, y aun la suya, si queria mostrarse agradecido. Si las cartas llegaron a sus manos, que si deuieron de llegar, porque los portes las hazen ciertas, antes de tres dias ha de estar aqui. Yo, por mi parte, he hecho lo que he podido; vna legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener vna onça de amor en el alma, quando la esperança desde lexos la anda haziendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia; esta mi locura; esta mi enfermedad; mis amorosos pensamientos

son los demonios que me atormentan; passo hambre, porque -192- que espero hartura; pero, con todo esso, la desconfiança me persigue, porque, como dizen en Castilla, a los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano. Hazed, señores, de modo que acrediteys mi mentira y fortalezcays mis discursos, haziendo con mi tio que, puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias; quiça permitira el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea.
No aura para que preguntar si se admiraron o no los oyentes de la historia de Ysabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constança y Feliz Flora, le ofrecieron de fortalezer sus dissignios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues, a buena razon, no podia tardar mucho.

-193-

Capitvlo ventivno del tercero libro
Priessa se daua la hermosa Ysabela Castrucha a reualidar su demonio, y priessa se dauan las quatro, ya -fol. 189r- sus amigas, a fortalezer su enfermedad, afirmando, con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaua en su cuerpo; porque se vea quien es el amor, pues haze parecer endemoniados a los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, voluio el medico a hazer la segunda visita, y acaso truxo con el a Iuan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y, al entrar del aposento de la enferma, dixo:
-Vea vuessa merced, señor Iuan Bautista Marulo, la lástima desta donzella, y si merece que en su cuerpo de angel se ande espaciando el demonio; pero vna esperança nos consuela, y es que nos ha dicho que presto saldra de aqui, y dara por señal de su salida la venida del señor Andrea, vuestro hijo, que por instantes aguarda.
-Assi me lo han dicho -respondio el señor Iuan Bautista-, y holgariame yo que casas mias fuessen paraninfos de tan buenas nueuas.
-Gracias a Dios y a mi diligencia -dixo Ysabela-; que, si no fuera por mi, el se estuuiera -194- agora quedo en Salamanca, haziendo lo que Dios se sabe. Creame el señor Iuan Bautista, que está presente, que tiene vn hijo mas hermoso que santo, y menos estudiante que galan: que mal ayan las galas y las atildaduras de los mancebos, que tanto daño hazen en la republica, y mal ayan juntamente las espuelas que no son de rodaxa, y los azicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se auentajan a las postas.
Con estas fue ensartando otras razones equiuocas, conuiene a saber, de dos sentidos, que de vna manera las entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes: ellas las interpretauan verdaderamente, y los demas, como desconcertados disparates.
¿Donde vistes vos, señora -dixo Marulo-, a mi hijo Andrea? ¿Fue en Madrid, o en Salamanca?
-No fue sino en Illescas -dixo Ysabela-, cogiendo guindas la mañana de San Iuan, al tiempo que alboreaua; mas, si va a dezir verdad, que es milagro -fol. 189v- que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el

alma.
-Aun bien -replicò Marulo- que estè mi hijo cogiendo guindas, y no espulgandose, que es mas propio de los estudiantes.
-Los estudiantes que son caualleros -respondio Ysabela, de pura fantasia-, pocas vezes se espulgan, pero muchas se rascan: que estos animalejos que se vsan en el mundo tan de ordinario, son tan atreuidos, que assi se entran -195- por las calças de los principes, como por las fraçadas de los hospitales.
Todo lo sabes, malino -dixo el medico-; bien parece que eres viejo -y esto encaminando su razon al demonio que pensaua que tenia Ysabela en el cuerpo.
Estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaua, entrò el tio de Ysabela, con muestras de grandissima alegria, diziendo:
-¡Albricias, sobrina mia; albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Iuan Bautista, que está presente! ¡Ea, dulce esperança mia, cumplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viendole! ¡Ea, demonio maldito, vade retro, exi foras, sin que lleues pensamiento de voluer a esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas!
-Venga, venga -replicò Ysabela- esse putatiuo Ganimedes, esse contrahecho Adonis, y deme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela; que yo le he estado aqui aguardando mas firme que roca puesta a las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueuen.
Entrò de camino Andrea Marulo, a quien ya en casa de su padre le auian dicho la enfermedad de la estrangera Ysabela, y de cómo le esperaua para darle por señal de la salida del demonio. El moço, que era discreto y estaua preuenido, por las cartas que Ysabela le embiò a Salamanca, de lo que auia de hazer si la alcançaua -196- en Luca, sin quitarse las espuelas, acudio a la posada de Ysabela, y entrò por su estancia como atontado y loco, diziendo:
-¡Afuera, afuera, afuera; aparta, -fol. 190r- aparta, aparta; que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no vasta de vna esquadra!183.
Con este alboroto y vozes, casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso; tanto, que dixo el medico y aun su mismo padre:
-Tan demonio es este, como el que tiene Ysabela.
Y su tio dixo:
-Esperauamos a este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal.
-Sossiegate, hijo, sossiegate -dixo su padre-; que parece que estas loco.
-¿No lo ha de estar -dixo Ysabela-, si me vee a mi? ¿No soy yo, por ventura, el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde assestan sus desseos?
-Si, por cierto -dixo Andrea-; si que vos soys señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme, de la esclauitud en que me veo, a la libertad de verme debaxo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alçadme de la humildad de ser Andrea Marulo a la alteza de ser esposo de Ysabela Castrucho; vayan de aqui fuera los demonios que quisieren estoruar tan sabroso -197- nudo, y no procuren los hombres

apartar lo que Dios junta.
-Tu dizes bien, señor Andrea -replicò Ysabela-; y, sin que aqui interuengan traças, maquinas ni embelecos, dame essa mano de esposo, y recibeme por tuya.
Tendio la mano Andrea, y en aquel instante alçò la voz Auristela, y dixo:
-Bien se la puede dar, que para en vno son.
Pasmado y atonito, tendio tambien la mano su tio de Ysabela, y trauò de la de Andrea, y dixo:
-¿Que es esto, señores? ¿Vsase en este pueblo que se case vn diablo con otro?
-Que no -dixo el medico-; que esto deue de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es possible que este caso que va sucediendo pueda ser preuenido por entendimiento humano.
-Con todo esso -dixo el tio de Ysabela-, -fol. 190v- quiero saber de la boca de entrambos que lugar le daremos a este casamiento: el de la verdad, o el de la burla.
-El de la verdad -respondio Ysabela-; porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada. Yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que el me quiere y me escoje por su esposa.
-No loco ni endemoniado, sino con mi juizio entero, tal qual Dios ha sido seruido de darme.
Y, diziendo esto, tomò la mano de Ysabela, y ella le dio la suya, y, con dos sies, quedaron indubitablemente casados.
-198-
-¿Que es esto? -dixo Castrucho-. ¿Otra vez? ¡Aqui de Dios! ¿Cómo, y es possible que assi se deshonren184 las canas deste viejo?
-No las puede deshonrar -dixo el padre de Andrea- ninguna cosa mia. Yo soy noble, y, si no demasiadamente rico, no tan pobre que aya menester a nadie. No entro ni salgo en este negocio; sin mi sabiduria se han casado los muchachos: que, en los pechos enamorados, la discrecion se adelanta a los años, y si las mas vezes los moços en sus acciones disparan, muchas aciertan; y quando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas a las mas consideradas. Pero mirese, con todo esso, si lo que aqui ha passado puede passar adelante, porque si se puede deshazer, las riquezas de Ysabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo.
Dos sacerdotes que se hallaron presentes, dixeron que era válido el matrimonio, presupuesto que, si con parecer de locos le auian començado, con parecer de verdaderamente cuerdos le auian confirmado.
-Y de nueuo le confirmamos -dixo Andrea.
Y lo mismo dixo Ysabela. Oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas del coraçon, y la cabeça sobre el pecho, y, dando vn profundo suspiro, buelto los ojos en blanco, dio muestras de auerle sobreuenido vn mortal parasismo. Lleuaronle sus criados al lecho, leuantóse del suyo Ysabela, lleuóla Andrea a casa de su padre, como a su esposa, y, de alli a dos dias, entraron -199- por la puerta de vna yglesia vn niño, hermano -fol. 191r- de Andrea Marulo, a bautizar; Ysabela y Andrea a casarse, y a enterrar el cuerpo de su tio, porque se vean quan estraños son los sucessos desta vida: vnos a vn mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran. Con todo esso, se puso luto Ysabela, porque esta que llaman muerte, mezcla los talamos con las sepulturas, y las galas con los

lutos. Quatro dias mas estuuieron en Luca nuestros peregrinos y la esquadra de nuestros passageros, que fueron regalados de los desposados y del noble Iuan Bautista Marulo. Y aqui dio fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

Libro qvarto de los trabajos de Persiles y Sigismunda. Historia setentrional

Capitvlo primero del quarto libro

Disputóse entre nuestra peregrina esquadra, no vna, sino muchas vezes, si el casamiento de Ysabela Castrucha, con tantas maquinas fabricado, podia ser valedero, a lo que Periandro muchas vezes dixo que si; quanto mas, que no les tocaua a ellos la aueriguacion de aquel caso. Pero lo que a el le auia descontentado, era la -202- junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ygnorancia del medico, que no atinò con la traça de Ysabela ni con el peligro de su tio. Vnas vezes tratauan en esto, y otras en referir los peligros que por ellos auian passado. Andauan Croriano y Ruperta, su esposa, atentissimos -fol. 192r- inquiriendo quien fuessen Periandro y Auristela, Antonio y Constança, lo que no hazian por saber quien fuessen las tres damas francessas, que, desde el punto que las vieron, fueron dellos conocidas. Con esto, a mas que medianas jornadas llegaron a Aquapendente, lugar cercano a Roma, a la entrada de la qual villa, adelantandose vn poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchasse ni oyesse, Periandro hablò a Auristela desta manera:

-Bien sabes, ¡o señora!, que las causas que nos mouieron a salir de nuestra patria y a dexar nuestro regalo, fueron tan justas como necessarias. Ya los ayres de Roma nos dan en el rostro; ya las esperanças que nos sustentan nos bullen en las almas; ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce possession esperada. Mira, señora, que será bien que des vna buelta a tus pensamientos, y, escudriñando tu voluntad, mires si estàs en la entereza primera, o si lo estarás despues de auer cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendrò entre promessas mentirosas ni entre dobladas traças. De mi te se dezir, ¡o hermosa Sigismunda!, que, este Periandro que aqui ves, -203- es el Persiles que en la casa del rey, mi padre, viste; aquel, digo, que te dio palabra de ser tu esposo en los alcaçares de su padre, y te la cumplirà en los desiertos de Libia, si alli la contraria fortuna nos lleuasse.

Yuale mirando Auristela atentissimamente, marauillada de que Periandro dudasse de su fe, y assi le dixo:

-Sola vna voluntad, ¡o Persiles!, he tenido en toda mi vida, y essa aura dos años que te la entreguè, no forçada, sino de mi libre aluedrio; la qual tan entera y firme está agora, como el primer dia que te hize señor della; la qual, si es possible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos passado. De que tu estes firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que, en cumpliendo mi voto, hare que se bueluan en possession tus -fol. 192v- esperanças. Pero dime: ¿que

haremos despues que vna misma coyunda nos ate y vn mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lexos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como estè contigo, sino digolo porque qualquiera necessidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aqui, o poco menos de hasta aqui, padecia mi alma en si sola; pero de aqui adelante padecere en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que vna.

-204-

-Mira, señora -respondio Periandro-: como no es possible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dizen que cada vno es el artifice della, desde el principio hasta el cabo, assi, yo no puedo responderte agora lo que haremos despues que la buena suerte nos ajunte. Rompase agora el inconueniente de nuestra diuission, que, despues de juntos, campos ay en la tierra que nos sustenten, y choças que nos recojan, y afos185 que nos encubran: que ha gozarse dos almas que son vna, como tu has dicho, no ay contentos con que ygualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltarà medio para que mi madre, la reyna, sepa donde estamos, ni a ella le faltará industria para socorrernos; y en tanto, essa cruz de diamantes que tienes, y essas dos perlas inestimables, començarán a darnos ayudas. Sino que temo que, al deshazernos dellas, se ha de deshazer nuestra maquina; porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debaxo de vna esclauina?

Y, por venir dandoles alcance la demas compañia, cessò su plática, que fue la primera que auian hablado en cosas de su gusto; porque la mucha honestidad de Auristela, jamas dio ocasion a Periandro a que en secreto la hablasse, y, con este artificio y seguridad notable, passaron la plaça de hermanos -fol. 193r- entre todos quantos hasta alli los auian conocido; solamente en el desalmado y ya muerto Clodio passò la malicia tan adelante, que llegò a sospechar la verdad.

-205-

Aquella noche llegaron vna jornada antes de Roma, y en vn meson, adonde siempre les solia acontecer marauillas, les acontecio esta, si es que assi puede llamarse. Estando todos sentados a vna mesa, la qual la solicitud del huesped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proueyda, de vn aposento del meson salio vn gallardo peregrino, con vnas escriuanias sobre el braço yzquierdo y vn cartapacio en la mano, y, auiendo hecho a todos la deuida cortesia, en lengua castellana dixo:

-Este trage de peregrino que visto, el qual trae consigo la obligacion de que pida limosna el que lo trae, me obliga a que os la pida, y tan auentajada y tan nueua, que, sin darme joya alguna ni prendas que lo valgan, me aueis de hazer rico. Yo, señores, soy vn hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad, Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al exercicio de la guerra, y algunos otros, y los mas maduros, en el de las letras; en los de la guerra he alcançado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impresso, de los ignorantes no(n) condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos; y como la necessidad, segun se dize, es maestra de auiuar los ingenios, este mio, que tiene vn no se que de fantastico e inuentiuo, ha dado en vna

imaginacion algo peregrina y nueua, y es que a costa agena quiero sacar vn libro a luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, -206- ageno, y el prouecho, mio. El libro se ha de llamar Flor de aforismos peregrinos, conuiene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: quando, en el camino o en otra parte, topo alguna persona cuya esperiencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me -fol. 193v- escriua en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo ajuntados mas de trecientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo autor, que lo firmò de su nombre despues de auerlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimarè sobre todo el oro del mundo.

-Dadnos, señor español -respondio Periandro-, alguna muestra de lo que pedis, por quien nos guiemos; que, en lo demas, sereys seruido como nuestros ingenios lo alcançaren.

-Esta mañana -respondio el español- llegaron aqui, y passaron de largo, vn peregrino y vna peregrina españoles, a los quales, por ser españoles, declaré mi desseo, y ella me dixo que pusiesse de mi mano -porque no sabía escriuir -esta razon:

Mas quiero ser mala con esperança de ser buena, que buena con proposito de ser mala.

»Y dixome que firmasse: La peregrina de Talauera. Tampoco sabía escriuir el peregrino, y me dixo que escriuiesse:

-207-

No ay carga mas pesada que la muger liuiana.

»Y firmé por el: Bartolome el Manchego. Deste modo son los aforismos que pido; y los que espero desta gallarda compañia seran tales, que realcen a los demas, y les siruan de adorno y de esmalte.

-El caso està entendido -respondio Croriano-; y por mi -tomando la pluma al peregrino y el cartapacio-, quiero començar a salir desta obligacion, y escriuo:

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huyda.

Y firmò: Croriano. Luego tomò la pluma Periandro, y escriuio:

Dichoso es el soldado que, quando està peleando, sabe que le està mirando su principe.

-fol. 194r-

Y firmò. Sucediole el barbaro Antonio, y escriuio:

La honra que se alcança por la guerra, como se graua en laminas de bronze y con puntas de azero, es mas firme que las demas honras.

Y firmóse: Antonio el barbaro. Y como alli no -208- auia mas hombres, rogo el peregrino que tambien aquellas damas escriuiessen, y fue la primera que escriuio Ruperta, y dixo:

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura; y la que no, no es mas de vn buen parecer.

Y firmò. Segundòla Auristela, y, tomando la pluma, dixo:

La mejor dote que puede lleuar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, o la fortuna la deshaze.

Y firmò. A quien siguio Constança, escriuiendo:

No por el suyo, sino par el parecer ageno, ha de escoger la muger el

marido.
Y firmò. Feliz Flora escriuio tambien, y dixo:
A mucho obligan las leyes de la obediencia forçosa; pero a mucho mas las fuerças del gusto.
Y firmò. Y siguiendo Belarminia, dixo:
La muger ha de ser como el armiño, dexandose antes prender que enlodarse.
-209-
Y firmò. La vltima que escriuio fue la hermosa Deleasir, y dixo:
Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena o la mala suerte; pero mas sobre los casamientos.
Esto fue lo que escriuieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedò agradecido y contento, y preguntandole Periandro si sabía algun aforismo de memoria de los que tenia alli escritos, le dixesse, a lo que respondio que sólo vno diria, que le -fol. 194v- auia dado gran gusto por la firma del que lo auia escrito, que dezia:
No dessees, y serás el mas rico hombre del mundo.
Y la firma dezia: «Diego de Ratos, corcouado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto a Valladolid»186.
-¡Por Dios -dixo Antonio-, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breue y compendioso que puede imaginarse! Porque está claro que lo que se dessea es lo que falta, y el que no dessea, no tiene falta de nada, y assi, será el mas rico del mundo.
Algunos otros aforismos dixo el español, que hizieron sabrosa la conuersacion y la cena. Sentose el peregrino con ellos, y, en el discurso de la cena, dixo:
-210-
-No dare el priuilegio de este mi libro a ningun librero en Madrid, si me da por el dos mil ducados; que alli no ay ninguno que no quiera los priuilegios de balde, o, a lo menos, por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro. Verdad es que tal vez suelen comprar vn priuilegio, y imprimir vn libro con quien piensan enriquezer, y pierden en el el trabajo y la hazienda; pero el de estos aforismos, escrito se lleua en la frente la bondad y la ganancia.

-211-

Capitvlo segvndo del quarto libro
Bien podia intitular el libro del peregrino español: Historia peregrina sacada de diuersos autores, y dixera verdad, segun auian sido y yuan siendo los que la componian; y no les dio poco que reyr la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dio que pensar el dicho de Bartolome el manchego, que -fol. 195r- dixo que no auia carga mas pesada que la muger liuiana: señal que le deuia de pesar ya la que lleuaua en la moça de Talauera.
En esto fueron hablando otro dia que dexaron al español, moderno y nueuo autor de nueuos y esquisitos libros, y aquel mismo dia vieron a Roma, alegrandoles las almas, de cuya alegria redundaua salud en los cuerpos. Alboroçaronse los coraçones de Periandro y de Auristela, viendose tan cerca del fin de su desseo; los de Croriano y Ruperta, y los de las tres

damas francessas, ansimismo, por el buen sucesso que prometia el fin próspero de su viage, entrando a la parte de este gusto los de Constança y Antonio. Heriales el sol por zenit, a cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor y vehemencia; y, auiendoles combidado vna cercana -212- selua que a su mano derecha se descubria, determinaron de passar en ella el rigor de la siesta que les amenazaua, y aun quiça la noche, pues les quedaua lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma.
Hizieronlo assi, y, mientras mas entrauan por la selua adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hieruas salian, los arroyos que por ella cruzauan, les yuan confirmando en su mismo proposito. Tanto auian entrado en ella, quanto, voluiendo los ojos, vieron que estauan ya encubiertos a los que por el real camino passauan; y haziendoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion qual escogerian, segun eran todos buenos y apazibles, alçò a caso los ojos Auristela, y vio pendiente de la rama de vn verde sauze vn retrato, del grandor de vna quartilla de papel, pintado en vna tabla no mas, del rostro de vna hermosissima muger; y, reparando vn poco en el, conocio claramente ser su rostro el del retrato, y, admirada y suspensa, se le enseñò a Periandro. A este mismo instante dixo Croriano que todas -fol. 195v- aquellas hieruas manauan sangre, y mostro los pies, en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgo Periandro, y la sangre que mostraua Croriano, los tuuo confusos a todos y en desseo de buscar assi el dueño del retrato como el de la sangre. No podia pensar Auristela quien, donde o quando pudiesse auer sido sacado su rostro, ni se acordaua Periandro que el criado del duque de Nemurs le auia dicho que, el pintor que sacaua los de las -213- tres francessas damas, sacaria tambien el de Auristela, con no mas de auerla visto; que, si de esto el se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcançaua. El rastro que siguieron de la sangre, lleuò a Croriano y a Antonio, que le seguian, hasta ponerlos entre vnos espesos arboles que alli cerca estauan, donde vieron, al pie de vno, vn gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el coraçon, y todo lleno de sangre; vista que le[s] turbò en gran manera, y mas quando, llegandose a el Croriano, le alçò el rostro, que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y, limpiandosele con vn lienço, conocio, sin duda alguna, ser el herido el duque de Nemurs; que no bastò el diferente trage en que le hallaua para dexar de conocerle: tanta era la amistad que con el tenia. El duque herido, o, a lo menos, el que parecia ser el duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras, dixo: -Bien huuieras hecho, ¡o quienquiera que seas, enemigo mortal de mi descanso!, si huuieras alçado vn poco mas la mano, y dadome en mitad del coraçon; que alli si que hallaras el retrato mas viuo y mas verdadero que el que me hiziste quitar del pecho y colgar en el arbol, porque no me siruiesse de reliquias y de escudo en nuestra batalla.
Hallóse Constança en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiua, acudio a mirarle la herida y a tomarle la -214- sangre, antes que a tener cuenta con -fol. 196r- las lastimosas palabras que dezia. Casi otro tanto le sucedio a Periandro y a Auristela, porque la misma sangre les hizo passar adelante a buscar el origen de

donde procedia, y hallaron entre vnos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenia; y assi, sin tener necessidad de limpiarsele ni de hazer diligencias para conocerle, conocieron ser el principe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaua. La primera señal que dio de vida, fue prouarse a leuantar, diziendo:

-No le lleuaràs, traidor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma; tu le has robado, y, sin auerte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaua Auristela con la no pensada vista de Arnaldo; y, aunque las obligaciones que le tenia la impelian a que a el se llegasse, no osaua, por la presencia de Periandro, el qual, tan obligado como cortés, assio de las manos del principe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quiça el principe querria que se callasse, le dixo:

-Volued en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte. Abrid los ojos, digo, y vereis a vuestro amigo Periandro y a vuestra obligada Auristela, tan desseosos de seruiros como siempre. -215- Contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucessos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria y fuerças alcançaren. Dezidnos si estais herido, y quien os hirio, y en que parte, para que luego se procure vuestro remedio.

Abrio en esto los ojos Arnaldo, y, conociendo a los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojò a los pies de Auristela, puesto que abraçado tambien a los de Periandro, que hasta en aquel punto guardò el decoro a la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos, dixo:

-No es pos[si]ble que no seas tu, señora, la verdadera Auristela, y no -fol. 196v- imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia ni ánimo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa. Auristela eres, sin duda, y yo, tambien sin ella, soy aquel Arnaldo que siempre ha desseado seruirte; en tu busca vengo, porque, si no es parando en ti, que eres mi centro, no tendra sossiego el alma mia.

En el tiempo que esto passaua, ya auian dicho a Croriano y a los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daua tambien señales de estar mal herido; oyendo lo qual Constança, auiendo tomado ya la sangre al duque, acudio a ver lo que auia menester el segundo herido; y, quando conocio ser Arnaldo, quedó atonita y confusa, y supliendo su discrecion, su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dixo le descubriesse sus heridas, a lo que Arnaldo respondio con señalarle -216- con la mano derecha el braço yzquierdo, señal de que alli tenia la herida. Desnudóle luego Constança, y hallòsele por la parte superior atrauessado de parte a parte; tomòle luego la sangre, que aun corria, y dixo a Periandro cómo el otro herido que alli estaua era el duque de Nemurs, y que conuenia lleuarlos al pueblo mas cercano, donde fuessen curados, porque el mayor peligro que tenian era la falta de la sangre. Al oyr Arnaldo el nombre del duque, se estremecio todo, y dio lugar a que los frios zelos se entrassen hasta el alma por las calientes venas, casi vazias de sangre, y assi dixo, sin mirar lo que dezia:

-Alguna diferencia ay de vn duque a vn rey; pero en el estado del vno ni

del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo, cabe el merecer a Auristela.
Y añadio y dixo:
-No me lleuen adonde lleuaren al duque, que la presencia de los agrauiadores no ayuda nada a las enfermedades de los agrauiados.
Dos criados traia consigo Arnaldo, y otros dos el duque, los quales, por orden de sus señores, los auian dexado alli solos, y ellos se auian -fol. 197r- adelantado a vn lugar alli cercano para tenerles adereçado alojamiento cada vno de por si, porque aun no se conocian.
-Miren tambien -dixo Arnaldo- si, en vn arbol de estos que estan aqui a la redonda, està pendiente vn retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mi y el duque hemos -217- passado. Quitese, deseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio.
Casi esto mismo estaua diziendo el duque a Ruperta y a Crориano, y a los demas que con el estauan; pero a todos satisfizo Periandro, diziendo que el le tenia en su poder como en depósito, y que le volueria en mejor coyuntura a cuyo fuesse.
-¿Es possible -dixo Arnaldo- que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? ¿No sabe ya el cielo que, desde el punto que vi el original, le trasladé en mi alma? Pero tengale mi hermano Periandro, que en su poder no tendran entrada los zelos, las iras y las soberuias de sus pretensores; y lleuenme de aqui, que me desmayo.
Luego acomodaron en que pudiessen yr los dos heridos, cuya vertida sangre, mas que la profundidad de las heridas, les yua poco a poco quitando la vida; y assi, los lleuaron al lugar donde sus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no auia conocido el duque ser el principe Arnaldo su contrario.

-218-

Capitvlo tercero del quarto libro
Inuidiosas y corridas estauan las tres damas francessas de ver que en la opinion del duque estaua estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que embiò a retratarlas, como se ha dicho, les dixo que consigo los traia, entre -fol. 197v- otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraua: razones y desengaño que las lastimò las almas: que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras ygualen a las suyas, ni aun que se les compare; porque la verdad, que comunmente se dize, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene a ser odiosissima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita inuidia, que assi puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras.
Dixo ansimismo que viniendo el duque, su señor, desde Paris buscando a la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se auia sentado al pie de vn arbol con el retrato en las manos; assi hablaua con el muerto, como con el original viuo, y que, estando assi, auia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, -219- que pudo bien oyr lo que el duque con el retrato hablaua, «sin que yo y otro compañero mio lo

pudiessemos estoruar, porque estauamos algo desuiados. En fin, corrimos a aduertir al duque que le escuchauan; voluio el duque la cabeça, y vio al peregrino, el qual, sin hablar palabra, lo primero que hizo fue arremeter al retrato y quitarsele de las manos al duque, que, como le cogio de sobresalto, no tuuo lugar de defenderle como el quisiera; y lo que le dixo fue, a lo menos lo que yo pude entender: «Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la que en ellas tienes. Dexa essa tabla, donde està pintada la hermosura del cielo, ansi porque no la mereces, como por ser ella mía.» «Esso no -respondio el otro peregrino; y si desta verdad no puedo darte testigos, remitire su falta a los filos de mi estoque, que en este bordon traygo oculto. Yo si que soy el verdadero possessor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que aora estamos la comprè con -fol. 198r- mis tesoros y la adorè con mi alma, y he seruido a su original con mi solicitud y con mis trabajos.» El duque, entonces, voluiendose a los otros, nos mandò con imperiosas razones los dexassemos solos, y que viniessemos a este lugar, donde le esperassemos, sin tener osadia de voluer solamente el rostro a mirarles. Lo mismo mandò el otro peregrino a los dos que con el llegaron, que, segun parece, tambien son sus criados. Con todo esto, hurtè algun tanto la obediencia a su mandamiento, y la curiosidad -220- me hizo voluer los ojos, y vi que el otro peregrino colgaua el retrato de vn arbol, no porque puntualmente lo viesse, sino porque lo conjeturè, viendo que luego, desenuaynando del bordon que tenia vn estoque, o, a lo menos, vna arma que lo parecia, acometio a mi señor, el qual le salio a recebir con otro estoque que yo se que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos voluer a despartir la contienda; pero yo fuy de contrario parecer, diziendoles que, pues era ygual, y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexassemos y siguiessemos nuestro camino, pues en obedecerles no errauamos, y en el voluer, quiça si. Aora sea lo que fuere, pues no se si el buen consejo o la cobardia nos empereçò los pies y nos atò las manos, o si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cego los ojos, que no acertauamos a ver el camino que auia desde alli al lugar de la pendencia, sino el que auia al de este adonde aora estamos. Llegamos aqui, hizimos el alojamiento con príssa, y, con mas animoso discurso, voluiamos a ver lo que auia hecho la suerte de nuestros dueños; hallamoslos qual aueis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin prouecho auia sido la nuestra.»

Esto dixo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera como si fueran amantes verdaderas del duque, y, al mismo instante, se deshizo en la imaginacion de cada vna la quimera y maquina, -fol. 198v- si alguna auia hecho -221- o leuantado, de casarse con el duque: que ninguna cosa quita o borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor, tiene la misma fuerça que tiene la hambre en la vida humana: a la hambre y al sueño se rinde la valentia, y al desden, los mas gustosos desseos. Verdad es que esto suele ser en los principios; que, despues que el amor ha tomado larga y entera possession del alma, los desdenes y desengaños le siruen de espuelas para que con mas ligereza corra a poner en efeto sus pensamientos.

Curaronse los heridos, y, dentro de ocho dias, estuuieron para ponerse en camino y llegar a Roma, de donde auian venido cirujanos a verlos. En este tiempo, supo el duque cómo su contrario era principe heredero del reyno de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa. Esta verdad calificò en el sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Pareciole que, la que era estimada para reyna, lo podia ser para duquessa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones, se mezclauan los zelos, de manera que le amargauan el gusto y le turbauan el sossiego. En fin se llegò el dia de su partida, y el duque y Arnaldo, cada vno por su parte, entrò en Roma sin darse a conocer a nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañia, llegando a la vista della, desde vn alto montezillo la descubrieron, y, hincados de rodillas, -222- como a cosa sacra, la adoraron, quando de entre ellos salio vna voz de vn peregrino que no conocieron, que, con lagrimas en los ojos, començo a dezir desta manera:

-¡O grande, o poderosa, o sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino,
-fol. 199r-
deuoto, humilde y nueuo peregrino,
a quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que a tu fama se adelanta, 5
al ingenio suspende, aunque diuino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de martires mezclada, 10
es la reliquia vniuersal del suelo.

No ay parte en ti que no sirua de exemplo
de santidad, assi como traçada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

Qvando acabò de dezir este soneto, el peregrino se voluio a los circunstantes, diziendo:
-Aura pocos años que llegò a esta santa ciudad vn poeta español, enemigo mortal de si mismo y deshonra de su nacion, el qual hizo y compuso vn soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus illustres habitadores187; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le

cogieran. Yo, no como poeta, sino como christiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que aueis oydo.
Rogole Periandro que le repitiesse; hizolo -223- assi, alabaronsele mucho, baxaron del recuesto, passaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo188, besando primero vna y muchas vezes los vmbrales y margenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la qual llegaron dos iudios a vno de los criados de Crориano, y le preguntaron si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida y preparada donde alojarse; si no, que ellos se la darian tal, que pudiessen en -fol. 199v- ella alojarse principes. «Porque aueys de saber, señor -dixeron-, que nosotros somos iudios; yo me llamo Zabulon, y mi compañero, Abiud; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necessario, segun y como es la calidad del que quiere habitarlas, y alli llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas.»
A lo que el criado respondio:
-Otro compañero mio desde ayer està en Roma, con intencion que tenga preparado el alojamiento conforme a la calidad de mi amo y de todos aquellos que aqui vienen.
-Que me maten -dixo Abiud-, si no es este el frances que ayer se contentò con la casa de nuestro compañero Manasses, que la tiene adereçada como casa real.
-Vamos, pues, adelante -dixo el criado de Crориano-, que mi compañero deue de estar por aqui esperando a ser nuestra guia; y quando la casa que tuuiere no fuere tal, (o) nos encomendaremos a la que nos diere el señor Zabulon.
Con esto passaron adelante, y, a la entrada de -224- la ciudad, vieron los iudios a Manasses, su compañero, y con el al criado de Crориano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los iudios auian pintado era la rica de Manasses, y assi, alegres y contentos, guiaron a nuestros peregrinos, que estaua junto al arco de Portugal189. Apenas entraron las francessas damas en la ciudad, quando se lleuaron tras si los ojos de casi todo el pueblo, que, por ser dia de estacion, estaua llena aquella calle de Nuestra Señora del Populo de infinita gente; pero la admiracion, que començo a entrar poco a poco en los que a las damas francessas mirauan, se acabò de entrar mucho a mucho en los coraçones de los que vieron a la sin par Auristela y a la gallarda Constança, que a su lado yua, bien assi como van por yguales pararelos dos luzientes estrellas por el cielo. Tales yuan, que dixo vn romano que, a lo que se cree, deuia de ser poeta:
-Yo apostaré que la diosa Venus, como en los tiempos passados, vuelue a esta ciudad a ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios, -fol. 200r- que haze mal el señor gouernador de no mandar que se cubra el rostro desta mouible imagen. ¿Quiere, por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan, y que los necios idolatren?
Con estas alabanças, tan hiperboles como no necessarias, passa adelante el gallardo esquadron; llegò al alojamiento de Manasses, bastante para alojar a vn poderoso principe y a vn mediano exército.

-225-

Capitvlo qvarto del quarto libro

Estendiose aquel mismo dia la llegada de las damas francessas por toda la ciudad, con el gallardo esquadron de los peregrinos; especialmente se diuulgò la desygual hermosura de Auristela, encareciendola, si no como ella era, a lo menos, quanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios. Al momento se coronò la casa de los nuestros de mucha gente, que los lleuaua la curiosidad y el desseo de ver tanta belleza junta, segun se auia publicado. Llegò esto a tanto estremo, que desde la calle pedian a vozes se assomassen a las ventanas las damas y las peregrinas, que, reposando, no querian dexar verse. Especialmente clamauan por Auristela; pero no fue possible que se dexasse ver ninguna dellas. Entre la demas gente que llegò a la puerta, llegaron Arnaldo y el duque, con sus habitos de peregrinos, y, apenas se huuo visto el vno al otro, quando a entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos. Conociolos Periandro desde la ventana, dixoselo a Crориano, y los dos juntos baxaron a la calle, para estoruar en quanto pudiessen la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se passò con Arnaldo, y Crориano -226- con el duque, -fol. 200v- y, lo que Arnaldo dixo a Periandro, fue:

-Vno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo, consintiendo que este cauallero frances, que dizen ser el duque de Nemurs, estè como en possession del retrato de Auristela, que, puesto que està en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio. Mira, amigo Periandro: esta enfermedad que los amantes llaman zelos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran a la parte con ella la inuidia y el menosprecio, y quando vna vez se apodera del alma enamorada, no ay consideracion que la sossiegue ni remedio que la valga; y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efetos que haze son tan grandes, que, por lo menos, quitan el seso, y por lo mas menos, la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que viuir con zelos; y, el que fuere amante verdadero, no ha de tener atreuimiento para pedir zelos a la cosa amada; y puesto que llegue a tanta perfecion que no los pida, no puede dexarlos de pedir a si mismo, digo, a su misma ventura, de la qual es impossible viuir seguro, porque las cosas de mucho precio y valor, tienen en continuo temor al que las possee o al que las ama de perderlas, y esta es vna passion que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconsejote, ¡o amigo Periandro!, si es que puede dar consejo quien no le tiene para si, que consideres que -227- soy rey, y que quiero bien, y que por mil esperiencias estas satisfecho y enterado de que cumplire con las obras quanto con palabras he prometido de recebir a la sin par Auristela, tu hermana, sin otra dote que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero aueriguar la nobleza de su linage, pues està claro que no auia de negar naturaleza los bienes de la fortuna a quien tantos dio de si misma. Nunca en humildes -fol. 201r- sugetos, o pocas vezes, haze su assiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas vezes es indicio de la belleza del alma; y, para reduzirme a vn término, sólo te digo lo que otras vezes te he dicho: que adoro Auristela, ora sea de linage del cielo, ora de los infimos de la tierra; y pues ya està en Roma, adonde ella ha librado mis esperanças, se tu, ¡o hermano mio!, parte para que me las cumpla, que desde aqui parto mi

corona y mi reyno contigo, y no permitas que yo muera escarnido deste duque ni menospreciado de la que adoro.
A todas estas razones, ofrecimientos y promessas, respondio Periandro diziendo:
-Si mi hermana tuuiera culpa en las causas que este duque ha dado a tu enojo, si no la castigara, a lo menos, la riñera: que para ella fuera vn gran castigo; pero como se que no la tiene, no tengo que responderte. En esto de auer librado tus esperanças en su venida a esta ciudad, como no se a do llegan las que te ha dado, no se que responderte. De los ofrecimientos que me hazes y me has hecho, estoy tan -228- agradecido, como me obliga el ser tu el que los hazes, y yo a quien se hazen; porque, con humildad se ha dicho, ¡o valeroso Arnaldo!, quiça esta pobre muceta de peregrino sirue de nube, que, por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol. Y por aora sossiegate, que ayer llegamos a Roma, y no es possible que en tan breue espacio se ayan fabricado discursos, dado traças y leuantado quimeras que reduzgan nuestras acciones a los felices fines que desseamos. Huye en quanto te fuere possible de encontrarte con el duque, porque vn amante desdeñado y flaco de esperanças, suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere.
Arnaldo le prometio que assi lo haria, y le ofrecio prendas y dineros para sustentar la autoridad y -fol. 201v- el gasto, ansi el suyo como el de las damas francessas. Diferente fue la plática que tuuo Croriano con el duque, pues toda se resoluio en que auia de cobrar el retrato de Auristela, o auia de confessar Arnaldo no tener parte en el; pidio tambien a Croriano fuesse intercessor con Auristela le recibiesse por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hazía ventaja ninguna de las mas illustres de Europa; en fin, el se mostro algo arrogante y algo zeloso, como quien tan enamorado estaua. Croriano se lo ofrecio ansimismo, y quedò darle la respuesta que dixesse Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecia de recebirle por esposo.

-229-

Capitvlo qvinto del quarto libro
Desta manera los dos contrarios zelosos y amantes, cuyas esperanças tenian fundadas en el ayre, se despidieron, el vno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas de reprimir sus impetus y dissimular sus agrauios, a lo menos hasta tanto que Auristela se declarasse, de la qual cada vno esperaua que auia de ser en su fauor, pues al ofrecimiento de vn reyno y al de vn estado tan rico como el del duque, bien se podia pensar que auia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoria de los estados; especialmente suele ser este desseo mas viuo en las mugeres. De todo esto estaua bien descuydada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se estendian a mas que de enterarse en las verdades que a la saluacion de su alma conuenian: -fol. 202r- que, por auer nacido en partes tan remotas, y en tierras adonde la verdadera fe catolica no està en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necessidad de acrissolarla en su verdadera oficina. Al apartarse

Periandro de Arnaldo, llegò a el vn hombre español, y le dixo:
-230-
-Segun traygo las señas, si es que vuessa merced es español, para vuessa merced viene esta carta.
Pusole vna en las manos, cerrada, cuyo sobre escrito dezia: «Al illustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el barbaro.»
Preguntòle Periandro que quien le auia dado aquella carta. Respondiole el portador que vn español que estaua preso en la carcel que llaman Torre de Nona190, y, por lo menos, condenado a ahorcar por homicida, el y otra su amiga, muger hermosa, llamada la Talauerana. Conocio Periandro los nombres, y casí adiuinò sus culpas, y respondio:
-Esta carta no es para mi, sino para este peregrino que hazia aca viene.
Y fue, porque en aquel instante llegò Antonio, a quien Periandro dio la carta, y, apartandose los dos a vna parte, la abrio, y vio que assi dezia:
«Quien en mal anda, en mal para; de dos pies, aunque el vno estè sano, si el otro està cojo, tal vez coxea: que las malas compañias no pueden enseñar buenas costumbres. La que yo trauè con la Talauerana, que no deuiera, me tíene a mi y a ella sentenciados de remate para la horca. El hombre que la sacò de España, la hallò aqui, en Roma, en mi compañia; recibio pesadumbre dello; assentole la mano en mi presencia, y yo, que no soy amigo de burlas ni de recebir agrauios, sino de quitarlos, volui por la -231- moça, y a puros palos maté a su agrauiador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegò otro peregrino, que por el mismo estilo començo a tomarme la medida de las espaldas; dize la moça que conocio que el que me apaleaua -fol. 202v- era vn su marido, de nacion polaco, con quien se auia casado en Talauera; y, temiendose que, en acabando conmigo, auia de començar por ella, porque le tenia agrauiado, no hizo mas de echar mano a vn cuchillo, de dos que traia consigo siempre en la vayna, y, llegandose a el bonitamente, se le clauò por los riñones, haziendole tales heridas, que no tuuieran necessidad de maestro. En efeto: el amigo a palos, y el marido a puñaladas, en vn instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieronnos al mismo punto, y traxeronnos a esta carcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad; tomaronnos la confession; confessamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento que aqui llaman tortura. Sustanciose el processo, dandose mas prissa a ello de la que quisieramos; ya está concluso, y nosotros sentenciados a destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados a ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talauerana, que no lo puede lleuar en paciencia, la qual besa a vuessa merced las manos, y a mi señora Constança, y del señor Periandro, y a mi señora Auristela, y dize que ella se holgara de estar libre para yr a besarselas a vuessas mercedes a sus casas. Dize tambien -232- que, si la sin par Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar a su cargo nuestra libertad, que le será facil, porque ¿que pedira su grande hermosura que no lo alcance, aunque la pida a la dureza misma? Y añade mas, y es que, si vuessas mercedes no pudieren alcançar el perdon, a lo menos, procuren alcançar el lugar de la muerte, y que, como ha de ser en Roma, sea en España; porque está informada la moça que aqui no lleuan los ahorcados con la autoridad conueniente, porque van a pie, y apenas los vee nadie; y assi, apenas ay quien les reze vna auemaria, especialmente si son

españoles los que ahorcan; y ella -fol. 203r- querria, si fuesse possible, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente que de compassion le cerrasse los ojos. Yo tambien digo lo mísmo, porque soy amigo de acomodarme a la razon, porque estoy tan mohino en esta carcel, que, a trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido que me sacassen a ahorcar mañana. Y aduierto a vuessa merced, señor mio, que los juezes desta tierra no desdizen nada de los de España: todos son cortesses y amigos de dar y recebir cosas justas, y que, quando no ay parte que solicite la justicia, no dexan de llegarse a la misericordia, la qual, si reyna en todos los valerosos pechos de vuessas mercedes, que si deue de reynar, sugeto ay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la carcel, comidos de chinches y de otros animales inmundos, que son -233- muchos por pequeños, y enfa(n)dan como si fuessen grandes. Y, sobre todo, nos tienen ya en cueros y en la quinta essencia de la necessidad solicitadores, procuradores y escriuanos, de quien Dios nuestro señor nos libre por su infinita bondad. Amén.

»Aguardando la respuesta quedamos, con tanto desseo de recebirla buena, como le tienen los zigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres.»

Y firmaua: «El desdichado Bartolome Manchego.»

En estremo dio la carta gusto a los dos que la auian leydo, y en estremo les fatigò su aflicion, y luego, diziendole al que la auia lleuado dixesse al preso que se consolasse y tuuiesse esperança de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dadiuas y promessas pudiessen, le procurarian, y al punto fabricaron las diligencias que auian de hazerse. La primera fue que Crориano hablasse al embaxador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se executasse la pena tan presto, y diesse lugar el tiempo a -fol. 203v- que le tuuiessen los ruegos y las solicitudes; determinò tambien Antonio de escriuir otra carta, en respuesta de la suya, a Bartolome, con que de nueuo se renouasse el gusto que les auia dado la suya; pero, comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constança, fueron las dos de parecer que no se la escriuiesse, porque -234- a los afligidos no se ha de añadir aflicion, y podria ser que tomassen las burlas por veras, y se afligiessen con ellas. Lo que hizieron, dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los ombros y diligencia de Crориano, y en las de Ruperta, su esposa, que se lo rogo ahincadamente, y en seys dias ya estauan en la calle Bartolome y la Talauerana: que, adonde interuiene el fauor y las dadiuas, se allanan los riscos y se deshazen las dificultades.

En este tiempo, le tuuo Auristela de informarse de todo aquello que a ella le parecia que le faltaua por saber de la fe catolica; a lo menos, de aquello que en su patria escuramente se platicaua. Hallò con quien comunicar su desseo por medio de los penitenciarios, con quien hizo su confession entera, verdadera y llana, y quedò enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas conuenientes misterios de nuestra fe. Començaron desde la inuidia y soberuia de Lucifer, y de su caida con la tercera parte de las estrellas, que cayeron con el en los abismos191; caida que dexò vacas y vazias las sillas del cielo, que las

perdieron los angeles malos por su necia culpa. Declararonle el medio que Dios tuuo para llenar estos assientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los angeles malos perdieron. Discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, -235- y, con razones sobre la razon misma, bosquexaron el profundissimo -fol. 204r- misterio de la santissima Trinidad. Contaron cómo conuino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiziesse hombre, para que, como hombre, Dios pagasse por el hombre, y Dios pudiesse pagar como Dios, cuya vnion hipostatica sólo podia ser bastante para dexar a Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se auia de satisfazer, y el hombre, finito por si, no podia, y Dios, en si solo, era incapaz de padecer; pero, juntos los dos, llegò el caudal a ser infinito, y assi lo fue la paga. Mostraronle la muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostro en el pesebre hasta que se puso en la Cruz. Exageraronle la fuerça y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la qual no ay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado. Mostraronle assimismo a Iesu Christo, Dios viuo, sentado a la diestra del Padre, estando tan viuo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santissima presencia no la puede diuidir ni apartar ausencia alguna, porque vno de los mayores atributos de Dios, que todos son yguales, es el estar en todo lugar, por potencia, por essencia y por presencia. Asseguraronle infaliblemente la venida deste Señor a juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y assimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas o, -236- por mejor dezir, las fuerças del infierno. Trataron del poder del sumo Pontifice, visorrey de Dios en la tierra y llauero del cielo. Finalmente, no les quedò por dezir cosa que vieron que conuenia para darse a entender, y para que Auristela y Periandro los entendiessen. Estas liciones ansi alegraron sus almas, que las sacò de si mismas y se las lleuò a que passeassen los cielos, porque sólo en ellos pusieron sus pensamientos.

-237- -fol. 204v-

Capitvlo sexto del quarto libro

Con otros ojos se miraron de alli adelante Auristela y Periandro; a lo menos, con otros ojos miraua Periandro a Auristela, pareciendole que ya ella auia cumplido el voto que la traxo a Roma, y que podia, libre y desembaraçadamente, recebirle por esposo. Pero si medio gentil amaua Auristela la honestidad, despues de cathequizada la adoraua, no porque viesse yua contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediessen antes, o fuerças, o ruegos. Tambien estaua mirando si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrasse lo que auia de hazer despues de casada, porque pensar voluer a su tierra, lo tenia por temeridad y por disparate, a causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quiça, viendo burladas sus esperanças, tomaria en ella y en su hermano Periandro vengança de su agrauio. Estos pensamientos y temores, la traian algo flaca

y algo pensatiua.
Las damas francessas visitaron los templos y anduuieron las estaciones con pompa y magestad, porque Croriano, como se hadicho, era pariente del embaxador de Francia, y no les -238- faltò cosa que para mostrar illustre decoro fuesse necessaria, lleuando siempre consigo Auristela y a Constança, y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma. Y sucedio que, passando vn dia por vna calle que se llama Bancos192, vieron en vna pared bella vn retrato entero de pies a cabeça de vna muger que tenia vna corona en la cabeça, aunque partida por medio la corona, y a los pies vn mundo, sobre el qual estaua puesta, y apenas la huuieran -fol. 105r [205r]- visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al viuo dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntò Auristela, admirada, cúyo era aquel retrato, y si se vendia a caso. Respondiole el dueño -que, segun despues se supo, era vn famoso pintor- que el vendia aquel retrato, pero no sabía de quien fuesse; sólo sabía que otro pintor, su amigo, se le auia hecho copiar en Francia, el qual le auia dicho ser de vna donzella estrangera que en habitos de peregrina passaua a Roma.
-¿Que significa -respondio Auristela- auerla pintado con corona en la cabeça, y los pies sobre aquella esfera, y mas, estando la corona partida?
-Esso, señora -dixo el dueño-, son fantasias de pintores, o caprichos, como los llaman; quiça quieren dezir que esta donzella merece lleuar la corona de hermosura, que ella va hollando en aquel mundo; pero yo quiero dezir que dize que vos, señora, soys su original, y que -239- mereceys corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero.
-¿Que pedis por el retrato? -preguntò Constança.
A lo que respondio el dueño:
-Dos peregrinos estan aqui, que el vno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dize que no le dexará por ningun dinero. Yo no he concluydo la venta, por parecerme que se estan burlando, porque la essorbitancia del ofrecimiento me haze estar en duda.
-Pues no lo esteis -replicò Constança-, que essos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros a toda vuestra satisfacion.
Las damas francessas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedaron atonitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato. Cayo la gente que el retrato miraua en que parecia al de Auristela, y poco a poco començo a salir vna voz, que todos y cada vno de por si afirmaua:
-Este retrato que se vende, es el mismo de esta peregrina que va en este coche; ¿para que -fol. 105v [205v]- queremos ver al traslado, sino al original?
Y assi, començaron a rodear el coche, que los cauallos no podian yr adelante ni voluer atras, por lo qual dixo Periandro:
-Auristela, hermana, cubrase el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos dexa ver por donde caminamos.
Hizolo assi Auristela, y passaron adelante; -240- pero no por esto dexò de seguirlos mucha gente, que esperauan a que se quitasse el velo para verla como desseaua. Apenas se huuo quitado de alli el coche, quando se llegò al dueño del retrato Arnaldo, en sus habitos de peregrino, y dixo:

-Yo soy el que os ofreci los mil escudos por este retrato: si le quereys dar, traedle, y venidos conmigo, que yo os los dare luego de oro en oro.
A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemurs, dixo:
-No repareys, hermano, en precio, sino venios conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os le dare luego de contado.
-Señores -respondio el pintor-, concertaos los dos en qual le ha de lleuar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me aueys de pagar con el desseo que con la obra.
A estas pláticas estaua atenta mucha gente, esperando en que auia de parar aquella compra; porque ver ofrecer millaradas de ducados a dos, al parecer, pobres peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dixo el dueño:
-El que le quisiere, deme señal, y guie, que yo ya le descuelgo para lleuarsele.
Oyendo lo qual, Arnaldo puso la mano en el seno, y sacò vna cadena de oro, con vna joya de diamantes que de ella pendia, y dixo:
-Tomad esta cadena, que, con esta joya, -241- vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato.
-Esta vale diez mil -dixo el duque, dandole vna de diamantes al dueño del retrato-, y traedmele a mi casa.
-¡Santo Dios! -dixo vno de los circunstantes-. ¿Que retrato puede ser este, que hombres -fol. 206r- estos, y que joyas estas? Cosa de encantamento parece aquesta; por esso os auiso, hermano pintor, que deys vn toque a la cadena, y hagays esperiencia de la fineza de las piedras, antes que deys vuestra hazienda, que podria ser que la cadena y las joyas fuessen falsas; porque el encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar.
Enojaronse los principes; pero, por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterasse en la verdad del valor de las joyas. Andaua rebuelta toda la gente de Bancos, vnos admirando el retrato, otros preguntando quien fuessen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos, esperando en quien auia de quedar con el retrato, porque les parecia que estauan de parecer los dos peregrinos de no dexarle por ningun precio; dierale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dexaran vender libremente. Passò en esto por Bancos el gouernador de Roma, oyo el murmurio de la gente, preguntò la causa, vio el retrato, y vio las joyas; y, pareciendole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, -242- las hizo depositar, y lleuar el retrato a su casa, y prender a los peregrinos.
Quedòse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanças, y su hazienda en poder de la justicia, donde jamas entrò alguna que, si saliesse, fuesse con aquel lustre con que auia entrado. Acudio el pintor a buscar a Periandro y a contarle todo el sucesso de la venta, y del temor que tenia no se quedasse el gouernador con el retrato, el qual, de vn pintor que le auia retratado en Portugal de su original, le auia el comprado en Francia, cosa que le parecio a Periandro possible, por auer sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuuo en -fol. 206v- Lisboa. Con todo esso, le ofrecio por el cien escudos, con que quedasse a

su riesgo el cobrar. Contentóse el pintor, y aunque fue tan grande la baxa de ciento a mil, le tuuo por bien vendido y mejor pagado.
Aquella tarde, juntandose con otros españoles peregrinos, fue a andar las siete iglesias, entre los quales peregrinos acerto a encontrarse con el poeta que dixo el soneto al descubrirse Roma; conocieronse, y abraçaronse, y preguntaronse de sus vidas y sucessos. El poeta peregrino le dixo que, el dia antes, le auia sucedido vna cosa digna de contarse por admirable, y fue que, auiendo tenido noticia de que vn monseñor clerigo de la Camara, curioso y rico, tenia vn museo el mas extraordinario que auia en el mundo, porque no tenia figuras de personas que efectiuamente huuiessen sido ni entonces lo fuessen, -243- sino vnas tablas preparadas para pintarse en ellas los personages illustres que estauan por venir, especialmente los que auian de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las quales tablas auia visto dos, que en el principio de ellas estaua escrito en la vna «Torquato Tasso», y mas abaxo vn poco dezia Ierusalen libertada; en la otra estaua escrito «Zarate», y mas abaxo, Cruz y Constantino. «Preguntéle al que me las enseñaua que significauan aquellos nombres. Respondiome que se esperaua que presto se auia de descubrir en la tierra la luz de vn poeta, que se auia de llamar Torquato Tasso, el qual auia de cantar Ierusalen recuperada con el mas heroyco y agradable plectro que hasta entonces ningun poeta huuiesse cantado; y que casi luego le auia de suceder vn español llamado Francisco Lopez Duarte193, cuya voz auia de llenar las quatro partes de la tierra, y cuya armonia auia de suspender los coraçones de las gentes, contando la inuencion de la Cruz de Christo, con las guerras del -fol. 207r- emperador Constantino; poema verdaderamente heroyco y religioso, y digno del nombre de poema.»
A lo que replicó Periandro:
-Duro se me haze de creer que de tan atras se tome el cargo de adereçar las tablas donde se ayan de pintar los que estan por venir, que, en efeto, en esta ciudad, cabeça del mundo, estan otras marauillas de mayor admiracion. ¿Y aura otras tablas adereçadas para mas poetas venideros? -preguntò Periandro.
-244-
-Si -respondio el peregrino-; pero no quise detenerme a leer los titulos, contentandome con los dos primeros; pero assi, a bulto, miré tantos, que me doy a entender que la edad, quando estos vengan, que, segun me dixo el que me guiaua, no puede tardar, ha de ser grandissima la cosecha de todo genero de poetas. Encaminelo Dios como el fuere mas seruido.
-Por lo menos -respondio Periandro-, el año que es abundante de poesia, suele serio de hambre; porque damele poeta, y dartele he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta a hazer milagros; y siguese la consequencia: ay muchos poetas, luego ay muchos pobres; ay muchos pobres, luego caro es el año.
En esto yuan hablando el peregrino y Periandro, quando llegò a ellos Zabulon el iudio, y dixo a Periandro que aquella tarde le queria lleuar a ver a Hipolita la Ferraressa, que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma y aun de toda Italia. Respondiole Periandro que yria de muy buena gana, lo qual no le respondiera si, como le informò de la hermosura, le informara de la calidad de su persona; porque la alteza de la honestidad de Periandro, no se abalançaua ni abatia a cosas baxas, por hermosas que

fuessen: que en esto la naturaleza auia hecho yguales y formado en vna misma turquessa a el y a Auristela, de la qual se recatò para yr a ver a Hipolita, a quien el iudio le lleuò mas por engaño que -fol. 207v- por voluntad: que tal vez la curiosidad haze tropeçar y caer de ojos al mas honesto recato.

-245-

Capitvlo septimo del quarto libro

Con la buena criança, con los ricos ornamentos de la persona, y con los adereços y pompa de la casa, se cubren muchas faltas; porque no es possible que la buena criança ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el adereço de la casa no contente. Todo esto tenia Hipolita, dama cortessana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesia, con la misma buena criança. No era possible que fuesse estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaua, con la riqueza se hazía estimar, y con la cortesia, si assi se puede dezir, se hazía adorar.

Quando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los coraçones de bronze, abre las bolsas de hierro, y rinde las voluntades de marmol; y mas si a estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos conuenientes para las que quieren mostrar a la luz del mundo sus donayres. ¿Ay, por ventura, entendimiento tan agudo en el mundo, que, estando mirando vna de estas hermosas que pinto, dexando a vna parte las de su belleza, se ponga a discurrir las de su humilde trato? La hermosura, en parte ciega, y en parte alumbra: tras la que ciega, corre el gusto; tras la que alumbra, el pensar en -246- la enmienda. Ninguna de estas cosas considerò Periandro al entrar en casa de Hipolita; pero como tal vez sobre descuydados cimientos suele leuantar amor sus maquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricò, no sobre la voluntad -fol. 208r- de Periandro, sino en la de Hipolita: que, con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas, donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya auia visto Hipolita a Periandro en la calle, y ya le auia hecho mouimientos en el alma su bizarria, su gentileza, y, sobre todo, el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dadiuas impossibles y concertados gustos; y estos pensamientos los auia comunicado con Zabulon, y rogadole se lo traxesse a casa, la qual tenia tan adereçada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaua ser talamo de bodas, que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipolita -que con este nombre la llamauan en Roma, como si lo fuera- vn amigo llamado Pirro Calabres, hombre acuchillador, impaciente, facinoroso, cuya hazienda libraua en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas vezes con ellos alcançaua lo que queria, sin rendirse a nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaua su vida, era en la diligencia de sus pies, que lo estimaua en mas que las manos, y de lo que el mas se preciaua, era de traer siempre assombrada a Hipolita en qualquiera condicion que se le mostrasse, ora fuesse amorosa, ora fuesse aspera: -247- que nunca les falta a estas palomas duendas milanos que las persigan ni paxaros que las despedacen: ¡miserable trato de esta mundana y

simple gente! Digo, pues, que este cauallero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se hallò en casa de Hipolita al tiempo que entraron en ella el iudio y Periandro. Apartóle a parte Hipolita, y dixole:
-Vete con Dios, amigo, y lleuate esta cadena de oro de camino que este peregrino me embiò con Zabulon esta mañana.
-Mira lo que hazes, Hipolita -respondio -fol. 208v- Pirro-, que, a lo que se me trasluze, este peregrino es español; y soltar el de su mano, sin auer tocado la tuya, esta cadena, que deue de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan.
-Lleuate tu, ¡o Pirro!, la cadena, y dexame a mi el cargo de sustentarla y de no voluerla, a pesar de todas sus españolerias.
Tomò la cadena, que le dio Hipolita, Pirro, que para el efeto la auia hecho comprar aquella mañana, y, sellandole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa. Luego, Hipolita, libre y desembaraçada de su corma, suelta de sus grillos, se llegò a Periandro, y, sin desenfado y con donayre, lo primero que hizo fue echarle los braços al cuello, diziendole:
-En verdad, que tengo de ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama.
Quando Periandro vio aquella desemboltura, creyo que toda la casa se le auia caido a cuestas; -248- y, poniendole la mano delante el pecho a Hipolita, la detuuo y la apartò de si, y le dixo:
-Estos habitos que visto, señora Hipolita, no permiten ser profanados, o, a lo menos, yo no lo permitire en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no estan obligados a ser valientes quando no les importa; pero mirad vos, señora, en que quereis que muestre mi valor, sin que a los dos perjudique, y sereis obedecida, sin replicaros en nada.
-Pareceme -respondio Hipolita-, señor peregrino, que ansi lo soys en el alma como en el cuerpo; pero, pues, segun dezis que hareys lo que os dixere, como a ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta quadra, que os quiero enseñar vna lonja y vn camarin mio.
A lo que respondio Periandro:
-Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo a vos sola, que a vn exercito de enemigos. Hazed que nos haga otro la guia, y lleuadme do quisieredes.
Llamò Hipolita a dos donzellas -fol. 209r- suyas y a Zabulon el iudio, que a todo se hallò presente, y mandólas que guiassen a la lonja. Abrieron la sala, y, a lo que despues Periandro dixo, estaua la mas bien aderezada que pudiesse tener algun principe rico y curioso en el mundo. Parrasio, Polignoto, Apeles, Ceuxis y Timantes, tenian alli lo perfecto de sus pinzeles, comprado con los tesoros de Hipolyta, acompañados de los del deuoto Rafael de Vrbino, y de los del diuino Micael Angelo: riquezas donde las de vn gran -249- principe deuen y pueden mostrarse. Los edificios reales, los alcaçares soberuios, los templos magnificos y las pinturas valientes, son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los principes, prendas, en efeto, contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como a emulas suyas, que, a su despecho, estan mostrando la magnificencia de los passados siglos. ¡O Hipolyta, sólo buena por esto! Si entre tantos retratos que tienes, tuuieras vno de tu buen trato, y dexaras en el suyo a Periandro, que, assombrado, atonito y confuso, andaua mirando en que auia de parar la abundancia que en la lonja

veía en vna limpissima mesa, que de cabo a cabo la tomaua la musica que de diuersos generos de paxaros en riquissimas jaulas estauan, haziendo vna confusa, pero agradable armonia. En fin, a el le parecio que todo quanto auia oydo dezir de los huertos Esperide(l)os, de los de la maga Falerina, de los pensiles famosos, ni de todos los otros que por fama fuessen conocidos en el mundo, no llegauan al adorno de aquella sala y de aquella lonja. Pero como el andaua con el coraçon sobresaltado, que bien aya su honestidad, que se le aprensaua entre dos tablas, no se le mostrauan las cosas como ellas eran; antes, cansado de ver cosas de tanto deleyte, y enfadado de ver que todas -fol. 209v- ellas se encaminauan contra su gusto, dando de mano a la cortesia, prouo a salirse de la lonja, y se saliera si Hipolyta no se lo estoruara, de manera que le fue forçoso mostrar con -250- las manos asperas palabras algo descortesses. Trauò de la esclauina de Periandro, y, abriendole el jubon, le descubrio la cruz de diamantes, que de tantos peligros hasta alli auia escapado, y assi deslumbrò la vista a Hipolyta, como el entendimiento, la qual, viendo que se le yua, ha despecho de su blanda fuerça, dio en vn pensamiento que, si le supiera reualidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello a Periandro; el qual, dexando la esclauina en poder de la nueua egypcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor ni esclauina, se puso en la calle: que el vencimiento de tales batallas, consiste mas en el huyr que en el esperar. Pusose ella assimismo a la ventana, y a grandes vozes començo a apellidar la gente de la calle, diziendo:

-¡Tenganme a esse ladron, que, entrando en mi casa como humano, me ha robado vna prenda diuina que vale vna ciudad!

Acertaron a estar en la calle dos de la guarda del Pontifice, que dizen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladron, facilitaron su dudosa potestad y prendieron a Periandro; echaronle mano al pecho, y, quitandole la cruz, le santiguaron con poca decencia: paga que da la justicia a los nueuos delinquentes, aunque no se les aberigue el delito. Viendose, pues, Periandro puesto en cruz, sin su cruz, dixo a los tudescos en su misma lengua que el no era ladron, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viessen que su riqueza no la podia hazer de Hipolyta, y que les rogaua -251- le lleuassen ante el gouernador, que el esperaua con breuedad aueriguar la verdad de aquel caso. Ofrecioles dineros, y con esto, y con auelles hablado en su lengua, -fol. 210r- con que se reconcilian los animos que no se conocen, los tudescos no hizieron caso de Hipolyta, y assi, lleuaron a Periandro delante del gouernador, viendo lo qual Hipolyta, se quitò de la ventana, y, casi arañandose el rostro, dixo a sus criadas:

-¡Ay, hermanas, y que necia he andado! A quien pensaua regalar, he lastimado; a quien pensaua seguir, he ofendido; preso va por ladron el que lo ha sido de mi alma; mirad que caricias, mirad que halagos son hazer prender al libre y disfamar al honrado.

Y luego les conto cómo lleuauan preso al peregrino dos de la guarda del Papa. Mandò assimismo que la aderezassen luego el coche, que queria yr en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su coraçon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel: que de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio si, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y

manifiesta sus desseos, y haze mal a quien bien quiere. Cuando ella llegò en casa del gouernador, le hallò con la cruz en las manos, examinando a Periandro [sobre] el caso, el qual, como vio a Hipolyta, dixo al gouernador:
-Esta señora que aqui viene, ha dicho que essa cruz que vuessa merced tiene, yo se la he -252- robado, y yo dire que es verdad, quando ella dixere de que es la cruz, que valor tiene, y quantos diamantes la componen; porque si no es que se lo dizen las angeles o alguno otro espiritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y vna vez sola.
-¿Que dize la señora Hipolyta a esto? -dixo el gouernador.
Y esto cubriendo la cruz, porque no tomasse las señas della. La qual respondio:
-Con dezir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor gouernador quisiere darme por mi amoroso delito.
Y le -fol. 210v- conto punto por punto lo que con Periandro le auia passado, de lo que se admirò el gouernador, antes del atreuimiento que del amor de Hipolyta: que de semejantes sujetos son propios los lasciuos disparates. Afeóle el caso, pidio a Periandro la perdonasse, diole por libre, y voluiole la cruz, sin que en aquella causa se escriuiesse letra alguna, que no fue ventura poca. Quisiera saber el gouernador quien eran los peregrinos que auian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y assimismo quien era el, y quien Auristela. A lo que respondio Periandro:
-El retrato es de Auristela, mi hermana; los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas; esta cruz es mia; y quando me de el tiempo lugar, y la necessidad me fuerce, dire quien soy: -253- que el dezirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana. El retrato que vuessa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio conuenible, sin que en la compra ayan interuenido pujas, que se fundan mas en rancor y en fantasia que en razon.
El gouernador dixo que el se queria quedar con el por el tanto, por añadir con el a Roma cosa que auentajasse a las de los mas excelentes pintores que la hazian famosa.
-Yo se le doy a vuessa merced -respondio Periandro-, por parecerme que, en darle tal dueño, le doy la honra possible.
Agradecioselo el gouernador, y aquel dia dio por libres a Arnaldo y a el duque, y les voluio sus joyas, y el se quedò con el retrato, porque estaua puesto en razon que se auia de quedar con algo.

-254-

Capitvlo octavo del quarto libro
Mas confusa que arrepentida voluio Hipolyta a su casa; pensatiua, ademas, y ademas enamorada: que, -fol. 211r- aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que vsò con ella Periandro, le auiuaron mas los dess[e]os. Pareciale a ella que no auia de ser tan de bronce vn peregrino, que no se ablandasse

con los regalos que pensaua hazerle; pero, hablando consigo, se dixo a si misma:
-Si este peregrino fuera pobre, no truxera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes siruen de claro sobrescrito de su riqueza: de modo que la fuerça desta roca no se ha de tomar por hambre; otros ardides y mañas son menester para rendirla. ¿No sería possible que este moço tuuiesse en otra parte ocupada el alma? ¿No sería possible que esta Auristela no fuesse su hermana? ¿No sería possible que las finezas de los desdenes que vsa conmigo, los quisiesse assentar y poner en cargo a Auristela? ¡Valame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! ¡Alto! ¡Muera Auristela; descubrasse este encantamento; a lo menos, veamos el sentimiento que este montaraz -255- coraçon haze; pongamos siquiera en plática este dissignio; enferme Auristela; quitemos su sol delante de los ojos de Periandro; veamos si, faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor: que podria ser que, dando yo lo que a este le quitare quitandole a Auristela, viniesse a reduzirse a tener mas blandos pensamientos; por lo menos, prouarlo tengo, ateniendome a lo que se dize que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de prouecho!
Con estos pensamientos, algo consolada, llegò a su casa, donde hallò a Zabulon, con quien comunicò todo su dissignio, confiada en que tenia vna muger de la mayor fama de echizera que auia en Roma, pidiendole, auiendo antes precedido dadiuas y promessas, hiziesse con ella, no que mudasse la voluntad de Periandro, pues sabía que esto era impossible, sino que -fol. 211v- enfermasse la salud de Auristela, y, con limitado término, si fuesse menester, le quitasse la vida. Esto dixo Zabulon ser cosa facil al poder y, sabiduria de su muger. Recibio no se quanto por primera paga, y prometio que desde otro dia començaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipolyta satisfizo a Zabulon, sino amenazóle assimismo; y a vn iudio, dadiuas o amenazas le hazen prometer, y aun hazer impossibles.
Periandro conto a Croriano, Ruperta, a Auristela y a las tres damas francessas, a Antonio y a Constança, su prision, los amores de -256- Hipolyta, y la dadiua que auia hecho del retrato de Auristela al gouernador. No le contentò nada a Auristela los amores de la cortessana, porque ya auia oydo dezir que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas de vna, y sea mas pequeña que vn mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de vn amante mayor que el monte Olimpo; y quando la honestidad ata la lengua, de modo que no puede quexarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que a cada passo anda buscando salidas para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ninguno otro remedio tienen los zelos que oyr disculpas; y quando estas no se admiten, no ay que hazer caso de la vida, la qual perdiera Auristela mil vezes, antes que formar vna quexa de la fee de Periandro.
Aquella noche fue la primera vez que Bartolome y la Talauerana fueron a visitar a sus señores, no libres, aunque ya lo estauan de la carcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se auian casado: que la muerte del polaco puso en libertad a Luysa, y a el le truxo

su destino a venir peregrino a Roma. Antes de llegar a su patria, hallò en Roma a quien -fol. 212r- no traia intencion de buscar, acordandosele de los consejos que en España le auia dado Periandro; pero no pudo estoruar su destino, aunque no le fabricò por su voluntad. Aquella noche, assimismo, visitò Arnaldo a todas aquellas -257- señoras, y dio cuenta de algunas cosas que en el voluer a buscarles, despues que apaciguò la guerra de su patria, le auian sucedido. Conto cómo llegò a la isla de las Ermitas, donde no auia hallado a Rutilio, sino a otro ermitaño en su lugar, que le dixo que Rutilio estaua en Roma; dixo assimismo que auia tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella, libres, sanas y contentas, a las desposadas y a los demas que con Periandro, segun ellos dixeron, se auian embarcado; conto cómo supo de oydas que Policarpa era muerta, y Sinforosa no auia querido casarse; dixo cómo se tornaua a poblar la isla barbara, confirmandose sus moradores en la creencia de su falsa profecia; aduirtio cómo Mauricio y Ladislao, su yerno, con su hija Transila, auian dexado su patria, y passadose a viuir mas pacificamente a Inglaterra; dixo tambien cómo auia estado con Leopoldio, rey de los danaos194, despues de acabada la guerra, el qual se auia casado por dar sucession a su reyno, y que auia perdonado a los dos traydores que lleuaua presos quando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostro estar muy agradecido, por el buen término y cortesia que con el tuuieron; y, entre los nombres que le era forçoso nombrar en su discurso, tal vez tocaua con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaua los coraçones y les traia a la memoria assi grandezas como desgracias. Dixo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus -258- retratos; conto assimismo la fama que dexauan en Francia, en todo aquel camino, la hermosura de Constança y de aquellas -fol. 212v- señoras damas francessas; dixo cómo Croriano auia grangeado opinion de generoso y de discreto en auer escogido a la sin par Ruperta por esposa; dixo assimismo cómo en Luca se hablaua mucho en la sagazidad de Ysabela Castrucho, y en los breues amores de Andrea Marulo, a quien con el demonio fingido truxo el cielo a viuir vida de angeles; conto cómo se tenia por milagro la cayda de Periandro, y cómo dexaua en el camino a vn mancebo, peregrino poeta, que no quiso adelantarse con el, por venirse despacio, componiendo vna comedia de los sucessos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por vn lienço que auia visto en Portugal, donde se auian pintado, y que traia intencion firmissima de casarse con Auristela, si ella quisiesse.

Agradeciole Auristela su buen proposito, y aun desde alli le ofrecio darle para vn vestido, si acaso llegasse roto: que vn desseo de vn buen poeta, toda buena paga merece.

Dixo tambien que auia estado en casa de la señora Constança y Antonio, y que sus padres y abuelos estauan buenos, y sólo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, desseando voluiesse la señora Constança a ser esposa del conde, su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, o ya por no dar los veynte mil ducados, o -259- ya por el merecimiento de Constança, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como a sus hermanos los querian.

Desta plática de Arnaldo195 se engendraron en los pechos de los oyentes

nueuas sospechas de que Periandro y Auristela deuian de ser grandes personages, porque, de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podian nacer sino sospechas illustres y grandes. Conto tambien cómo auia encontrado en Francia a Renato, al cauallero frances vencido en la batalla contra derecho, -fol. 213r- y libre y vitorioso por la conciencia de su enemigo. En efeto: pocas cosas quedaron, de las muchas que en el galan progresso desta historia se han contado, en quien el se huuiesse hallado, pues, que alli no las voluiesse a traer a la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro contra la voluntad del duque y contra la suya, puesto que dixo que, por no dar enojo a Periandro, dissimularia su agrauio.
-Ya le huuiera yo deshecho -respondio Periandro-, voluiendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro. La ventura y su diligencia se le dieron al duque; vos se le quitastes por fuerça; y assi, no teneys de que quexaros. Los amantes estan obligados a no juzgar sus causas por la medida de sus desseos, que tal vez no los han de satisfazer, por acomodarse con la razon, que otra cosa les manda. Pero yo hare -260- de manera que, no quedando vos, señor Arnaldo, contento, el duque quede satisfecho, y serà con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo que de otro alguno.
Satisfizole a Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas ni menos a Auristela. Con esto cessò la plática, y, otro dia por la mañana, començaron a obrar en Auristela los echizos, los venenos, los encantos, y las malicias de la Iulia, muger de Zabulon.

-261-

Capitvlo nono del quarto libro
No se atreuio la enfermedad a acometer rostro a rostro a la belleza de Auristela, temerosa no espantasse tanto la hermosura la fealdad suya; y assi, la acometio por las espaldas, dandole en ellas vnos calosfrios, al amanecer, que no la dexaron leuantar aquel dia; luego, -fol. 213v- luego se le quitò la gana de comer, y començo la viueza de sus ojos a amortiguarse, y el desmayo, que con el tiempo suele llegar a los enfermos, sembro en vn punto por todos los sentidos de Constança, haziendo el mismo efeto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males possibles, especialmente lo que temen los poco venturosos. No auia dos horas que estaua enferma, y ya se le parecian cardenas las encarnadas rosas de sus mexillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le parecio que auian mudado color; estrecharonse las manos, y casi mudado el assiento y encaje natural de su rostro. Y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraua en el lecho que yazia, sino en el alma, donde la tenia retratada. Llegauan a sus oydos, a lo menos, llegaron de alli a dos dias, sus palabras, entre debiles acentos formadas, -262- y pronunciadas con turbada lengua. Assustaronse las señoras francessas, y el cuydado de atender a la salud de Auristela fue de tal modo, que tuuieron necessidad de tenerle de si mismas. Llamaronse medicos, escogieronse los mejores, a lo menos, los de mejor fama: que la buena opinion califica la acertada medicina, y assi

suele auer medicos venturosos, como soldados bien afortunados; la buena suerte y la buena dicha, que todo es vno, tambien puede llegar a la puerta del miserable en vn saco de sayal, como en vn escaparate de plata. Pero ni en plata ni en lana, no llegaua ninguna a las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperauan los dos hermanos Antonio y Constança. Esto era al reues en el duque, que, como el amor que tenia en el pecho se auia engendrado de la hermosura de Auristela, assi como la tal hermosura yua faltando en ella, yua en el faltando el amor, el qual muchas rayzes ha de auer echado en el alma, para tener fuerças de llegar hasta el margen de la -fol. 214r- sepultura con la cosa amada. Feyssima es la muerte, y, quien mas a ella se llega, es la dolencia; y amar las cosas feas, parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro.

Auristela, en fin, yua enflaqueziendo por momentos, y quitando las esperanças de su salud a quantos la conocian; sólo Periandro era el solo, sólo el firme, sólo el enamorado, sólo aquel que con intrepido pecho se oponia a la contraria fortuna y a la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaua. Quinze dias esperò -263- el duque de Nemurs a ver si Auristela mejoraua, y en todos ellos no huuo ninguno que a los medicos no consultasse de la salud de Auristela, y ninguno se la asseguró, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo qual el duque, y [que] las damas francessas no hazian del caso alguno, viendo tambien que el angel de luz de Auristela se auia vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas que, si no del todo, en parte le disculpauan, vn dia, llegandose a Auristela en el lecho donde enferma estaua, delante de Periandro, le dixo:

-Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el dess[e]o que tenia de recebirte por mi legitima esposa, antes que la desesperacion me trayga a terminos de perder el alma, como me ha traydo en los de perder la vida, quiero por otro camino prouar mi ventura, porque se cierto que no tengo de tener ninguna buena aunque la procure; y assi, sucediendome el mal que no procuro, vendre a perderme y a morir desdichado, y no desesperado. Mi madre me llama; tieneme preuenida esposa; obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte.

Dieron sus ojos muestra de algunas lagrimas. No pudo responderle Auristela, o no quiso, por no errar en la -fol. 214v- respuesta delante de Periandro; -264- lo mas que hizo, fue poner la mano debaxo de su almohada, y sacar su retrato y voluersele al duque, el qual le bessò las manos por tan gran merced; pero, alargando la suya Periandro, se le tomò, y le dixo:

-Si dello no disgustas, ¡o gran señor!, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir vna palabra que tengo dada, que, sin ser en perjuyzio tuyo, será grandemente en el mio si no lo cumplo.

Voluiosele el duque, con grandes ofrecimientos de poner por el la hazienda, la vida y la honra, y mas, si mas pudiesse, y desde alli se diuidio de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma. Discreto amante, y el primero, quiça, que aya sabido aprouecharse de las

guedexas que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar a Arnaldo para que considerara quan menoscabadas estauan sus esperanças, y quan a pique de acabar con toda la maquina de sus peregrinaciones, pues, como se ha dicho, la muerte casi auia pissado las ropas a Auristela, y estuuo muy determinado de acompañar al conde, si no en su camino, a lo menos, en su proposito, voluiendose a Dinamarca; mas el amor, y su generoso pecho, no dieron lugar a que dexasse a Periandro sin consuelo, y a su hermana Auristela en los postreros limites de la vida, a quien visitò, y de nueuo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar a que el tiempo mejorasse los sucessos, a pesar de todas las sospechas que le sobreuenian.

-265-

Capitvlo diez del quarto libro

Contentissima estaua Hipolyta de ver que las artes de la cruel Iulia tan en daño de la salud de Auristela -fol. 215r- se mostrauan, porque en ocho dias la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian sino por el organo de la voz: cosa que tenia suspensos a los medicos, y admirados a quantos la conocian. Las señoras francessas atendian a su salud con tanto cuydado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegò a tanto el mal de Auristela, que, no conteniendose en los terminos de su juridicion, passò a la de sus vezinos, y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontro fue con el, no porque el veneno y maleficios de la peruersa iudia obrassen en el derechamente, y con particular assistencia, como en Auristela, para quien estauan hechos, sino porque la pena que el sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaua en el el mismo efeto que en Auristela, y assi se yua enflaqueziendo, que començaron todos a dudar de la vida suya, como de la de Auristela. Viendo lo qual Hipolyta, y que ella misma se mataua con los filos de su espada, adiuinando -266- con el dedo de donde procedia el mal de Periandro, procurò darle remedio, dandosele a Auristela, la qual, ya flaca, ya descolorida, parecia que estaua llamando su vida a las aldauas de las puertas de la muerte; y creyendo, sin duda, que por momentos la abririan, quiso abrir y preparar la salida a su alma por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruyda en la verdad catolica; y assi, haziendo las diligencias necessarias, con la mayor deuocion que pudo, dio muestras de sus buenos pensamientos, acreditò la integridad de sus costumbres, dio señales de auer aprendido bien lo que en Roma la auian enseñado, y, resignandose en las manos de Dios, sossego su espiritu y puso en oluido reynos, regalos y grandezas.

Hipolyta, pues, auiendo visto, como está ya dicho, que, muriendose Auristela, -fol. 215v- moria tambien Periandro, acudio a la iudia a pedirle que templasse el rigor de los echizos que consumian a Auristela, o los quitasse del todo: que no queria ella ser inuentora de quitar con vn golpe solo tres vidas, pues, muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida. Hizolo assi la iudia, como si estuuiera en su mano la salud o la enfermedad agena, o como si no

dependieran todos los males que llaman de pena de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios, obligandole, si assi se puede dezir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud -267- agena esta que llaman echizeria, con que lo hazen las echizeras; sin duda ha el permitido, vsando mezclas y venenos que con tiempo limitado quitan la vida a la persona que quiere, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ygnora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efeto; assi que, para guarecer destos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina. Començo, pues, Auristela a dexar de empeorar, que fue señal de su mejoria; començo el sol de su belleza a dar señales y vislumbres de que voluia a amanecer en el cielo de su rostro; voluieron a despuntar las rosas en sus mexillas y la alegria en sus ojos; ajuntaronse las sombras de su melancolia; voluio a enterarse el organo suaue de su voz; afinóse el carmin de sus labios; conuirtio con el marfil la blancura de sus dientes, que voluieron a ser perlas, como antes lo eran; en fin, en poco espacio de tiempo voluio a ser toda hermosa, toda bellissima, toda agradable y toda contenta, y estos mismos efetos redundaron en Periandro y en las damas francessas, y en los demas, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constança, cuya alegria o tristeza -fol. 216r- caminaua al paso de la de Auristela, la qual, dando gracias al cielo por la merced y regalos196 que le yua haziendo, assi en la enfermedad como en la salud, vn dia llamò a Periandro, y, estando solos por cuydado y de industria, desta manera le dixo:

-Hermano mio, pues ha querido el cielo que -268- con este nombre tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto o al descuydo para que de otra suerte te llamasse que tan honesta y tan agradable no fuesse, querria que esta felicidad passasse adelante, y que solos los terminos de la vida la pusiessen término: que tanto es vna ventura buena, quanto es duradera, y tanto es duradera, quanto es honesta. Nuestras almas, como tu bien sabes, y como aqui me han enseñado, siempre estan en continuo mouimiento, y no pueden parar sino en Dios, como en su centro. En esta vida los dess[e]os son infinitos, y vnos se encadenan de otros y se eslabonan, y van formando vna cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno. Si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñança que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota criança, aduierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la esperiencia y escrito mayores cosas; principalmente ha puesto que en sólo conocer y ver a Dios està la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad. Yo, a lo menos, assi lo entiendo, y, juntamente con entenderlo assi, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querras lo que yo quisiere. Heredera soy de vn reyno, y ya tu sabes la causa porque mi querida madre me embiò en casa de los reyes tus padres, -269- por assegurarme de la grande guerra de que se -fol. 216v- temia; desta venida se causò el de venirme yo contigo, tan sugeta a tu voluntad, que no he salido della vn punto; tu has sido mi padre, tu mi hermano, tu mi sombra, tu mi amparo, y, finalmente, tu mi angel de guarda, y tu mi enseñador y mi maestro, pues me has traydo a esta ciudad,

donde he llegado a ser christiana, como deuo. Querria agora, si fuesse possible, yrme al cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podra ser si tu no me dexas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa. Dexame, señor, la palabra, que yo procurarè dexar la voluntad, aunque sea por fuerça: que, para alcançar tan gran bien como es el cielo, todo quanto ay en la tierra se ha de dexar, hasta los padres y los esposos. Yo no te quiero dexar por otro; por quien te dexo es por Dios, que te dara a si mismo, cuya recompensa infinitamente excede a que me dexes por el. Vna hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza. Con ella te podras casar, y alcançar el reyno que a mi me toca, y con esto, haziendo felizes mis desseos, no quedaràn defraudados del todo los tuyos. ¿Que inclinas la cabeça, hermano? ¿A que pones los ojos en el suelo? ¿Desagradante estas razones? ¿Parecente descaminados mis desseos? Dimelo, respondeme; por lo menos, sepa yo tu voluntad; quiça templarè la mia, y buscarè alguna salida a tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

-270-

Con grandissimo silencio estuuo escuchando Periandro a Auristela, y en vn breue instante formò en su imaginacion millares de discursos, que todos venieron a parar en el peor que para el pudiera ser, porque imaginò que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida no era sino porque a el se le acabara la suya, pues bien deuia saber que, en dexando ella de ser su esposa, el no tenia para que viuir en el mundo; -fol. 217r- y fue y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que, sin responder palabra a Auristela, se leuantò de donde estaua sentado, y, con ocasion de salir a recebir a Feliz Flora y a la señora Constança, que entrauan en el aposento, se salio del, y dexò a Auristela, no se si diga arrepentida, pero se que quedò pensatiua y confusa.

-271-

Capitvlo onze del quarto libro

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priessa se dan a salir, mas despacio se derraman, porque las primeras, impelidas de las segundas, se detienen, y vnas a otras se niegan el paso, hasta que haze camino la corriente y se desagua. Lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de vn lastimado amante, que, acudiendo tal vez todas juntas a la lengua, las vnas a las otras impiden, y no sabe el discurso con quales se de primero a entender su imaginacion; y assi, muchas vezes, callando, dize mas de lo que querria. Mostrose esto en la poca cortesia que hizo Periandro a los que entraron a ver a Auristela, el qual, lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salio del aposento de Auristela sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna a las muchas que ella le auia dicho. Llegaron a ella Antonio y su hermana, y hallaronla como persona que acabaua de despertar de vn pesado sueño, y que entre si estaua diziendo, con palabras distintas y claras:

-Mal hecho; pero ¿que importa? ¿No es mejor que mi hermano sepa mi intencion? -fol. 217v- ¿No es -272- mejor que yo dexe con tiempo

los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos estan mostrando el felize paradero de nuestra jornada? Yo confiesso que la compañia de Periandro no me ha de estoruar de yr al cielo; pero tambien siento que yre mas presto sin ella; si que mas me deuo yo a mi que no a otro, y al interesse del cielo y de gloria se ha de posponer los del parentesco; quanto mas, que yo no tengo ninguno con Periandro.
-Aduierte -dixo a esta sazon Constança-, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte que, desterrando nuestras sospechas, a ti te dexassen confusa. Si no es tu hermano Periandro, mucha es la conuersacion que con el tienes; y si lo es, no ay para que te escandalizes de su compañia.
Acabò a esta sazon de voluer en si Auristela, y, oyendo lo que Constança le dezia, quiso enmendar su descuydo; pero no acerto, pues, para soldar vna mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viua la sospecha.
-No se, hermana -dixo Auristela-, lo que me he dicho, ni se si Periandro es mi hermano o si no; lo que te sabre dezir es que es mi alma, por lo menos: por el viuo, por el respiro, por el me mueuo y por el me sustento, conteniendome, con todo esto, en los terminos de la razon, sin dar lugar a ningun vario pensamiento ni a no guardar todo honesto decoro, bien assi como le -273- deue guardar vna muger principal a vn tan principal hermano.
-No te entiendo, señora Auristela -la dixo a esta sazon Antonio-, pues de tus razones tanto alcanço ser tu hermano Periandro, como si no lo fuesse. Dinos ya quien es, y quien eres, si es que puedes dezillo; que, agora sea tu hermano, o no lo sea, por lo menos, no podeys negar ser principales, y -fol. 218r- en nosotros, digo, en mi y en mi hermana Constança, no está tan en niñez la esperiencia, que nos admire ningun caso que nos contares: que, puesto que ayer salimos de la isla barbara, los trabajos que has visto que hemos passado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y, por pequeña muestra que se nos de, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaracion; ¿que mucho que Periandro no sea tu hermano, y que mucho que tu seas su ligitima esposa, y que mucho, otra vez, que con honesto y casto decoro os ayais mostrado hasta aqui limpissimos al cielo y honestissimos a los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atreuidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar a sus amadas sino con las potencias de su alma; y siendo esto assi, señora mia, otra vez te suplico nos digas quien eres, y quien es Periandro, el qual, segun le vi salir de aqui, el lleua vn bolcan en los ojos y vna mordaça en la lengua.
-274-
-¡Ay, desdichada -replicò Auristela-, y quan mejor me huuiera sido que me huuiera entregado al silencio eterno, pues, callando, escusara la mordaza que dizes que lleua en su lengua! Indiscretas somos las mugeres, mal sufridas y peor calladas. Mientras callé, en sossiego estuuo mi alma; hablè, y perdile; y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepays vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi

esposo ni mi amante; a lo menos, de aquellos que, corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas. Hijo -fol. 218v- de rey es; hija y heredera de vn reyno soy; por la sangre somos yguales; por el estado, alguna ventaja le hago; por la voluntad, ninguna; y, con todo esto, nuestras intenciones se responden, y nuestros desseos, con honestissimo efeto se estan mirando; sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerça haze que esperemos en ella. Y porque el nudo que lleua a la garganta Periandro me aprieta la mia, no os quiero dezir mas por agora, señores, sino suplicaros me ayudeys a buscalle, que pues el tuuo licencia para yrse sin la mia, no querra voluer sin ser buscado.

-Leuanta, pues -dixo Constança-, y vamos a buscalle, que los laços con que amor liga a los amantes, no los dexa alexar de lo que bien quieren. Ven, que presto le hallaremos, presto le verás, y mas presto llegarás a tu contento. Si -275- quieres tener vn poco los escrupulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa a Periandro: que, ygualandole contigo, pondras silencio a qualquiera murmuracion.

Leuantóse Auristela, y, en compañia de Feliz Flora, Constança y Antonio, salieron a buscar a Periandro; y como ya en la opinion de los tres era reyna, con otros ojos la mirauan, y con otro respeto la seruian.

Periandro, en tanto que era buscado, procuraua alexarse de quien le buscaua; salio de Roma a pie, y solo, si ya no se tiene por compañia la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos solloços: que estos, y las varias imaginaciones, no le dexauan vn punto.

-¡Ay -yua diziendo entre si-, hermosissima Sigismunda, reyna por naturaleza, bellissima por priuilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo, y sobre manera agradable, y quan poco te costaua, ¡o señora!, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamas desmintieran la -fol. 219r- verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera aueriguar, aunque en sus traças se desuelara! Si quieres que te lleuen al cielo sola y señera, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que aduirtieras que no sin escrupulo de pecado puedes ponerte en el camino que desseas. Sin ser mi homicida, dexaras, ¡o señora!, a cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declararas a tiempo que auias -276- de arrancar con las rayzes de mi amor mi alma, la qual, por ser tan tuya, te dexo a toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quedate en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hazer es dexarte.

Llegóse la noche en esto, y, apartandose vn poco del camino, que era el de Napoles, oyo el sonido de vn arroyo que por entre vnos arboles corria, a la margen del qual, arrojandose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dio treguas a sus suspiros.

-277-

Capitvlo doze del quarto libro
Donde se dize quien eran Periandro y Auristela

Parece que el bien y el mal distan tan poco el vno del otro, que son como dos lineas concurrentes, que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en vn punto. Sollozando estaua Periandro, en compañia del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hazianle los arboles compañia, y vn ayre blando y fresco le enjugaua las lagrimas; lleuauale -fol. 219v- la imaginacion Auristela, y la esperança de tener remedio de sus males el viento, quando llegò a sus oydos vna voz estrangera, que, escuchandola con atencion, vio que en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraua o si cantaua, y la curiosidad le lleuò cerca, y, quando lo estuuo, oyo que eran dos personas las que, no cantauan ni murmurauan, sino que en plática corriente estauan razonando; pero lo que mas le admirò, fue que hablassen en lengua de Noruega, estando tan apartados della. Acomodóse detras de vn arbol, de tal forma, que el y el arbol hazian vna misma sombra; recogio el aliento, y la primera razon que llegò a sus oydos fue:

-278-

-No tienes, señor, para que persuadirme de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llenaron mis desgracias, y se que la mitad del año se lleua la noche, y la otra mitad, el dia. El que sea esto assi, yo lo se; el porque sea assi, ignoro197.

A lo que respondio:

-Si llegamos a Roma, con vna esfera te hare tocar con la mano la causa desse marauilloso efeto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia y la noche de ventiquatro horas. Tambien te he dicho cómo en la vltima parte de Noruega, casi debaxo del Polo Artico, está la isla que se tiene por vltima en el mundo, a lo menos, por aquella parte, cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamò Tule en aquellos versos que dizen, en el libro I Georg.:

> ...ac tua nautæ
> numina sola colant: tibi seruiat vltima Thule198.

Que Tule, en griego, es lo mismo que Tile en latin. Esta isla es tan grande, o poco menos, que Inglaterra, -fol. 220r- rica y abundante de todas las cosas necessarias para la vida humana199. Mas adelante, debaxo del mismo norte, como trecientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que aura quatrocientos años que se descubrio a los ojos de las gentes200, tan grande, que tiene nombrede reyno, y no pequeño. De Tile es rey y señor Magsimino, hijo de la reyna Eustoquia, -279- cuyo padre no ha muchos meses que passò desta a mejor vida, el qual dexò dos hijos, que el vno es Magsimino que te he dicho, que es el heredero del reyno, y el otro, vn generoso moço llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo estremo, y querido de su madre sobre todo

encarecimiento; y no se yo con qual poderte encarecer las virtudes deste Persiles, y assi, quedense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe: que, puesto que el amor que le tengo, por auer sido su ayo y criadole desde niño, me pudiera lleuar a dezir mucho, todavia será mejor callar, por no quedar corto.
Esto escuchaua Periandro, y luego cayo en la cuenta que el que le alabaua no podia ser otro que Serafido, vn ayo suyo, y que, assimismo, el que le escuchaua era Rutilio, segun la voz y las palabras que de quando en quando respondia. Si se admirò o no, a la buena consideracion lo dexo; y mas quando Serafido, que era el mismo que auia imaginado Periandro, oyo que dixo:
-Eusebia, reyna de Frislanda, tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamauase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifrò toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, a la qual, no se yo con que dissignio, tomando ocasion de que la querian hazer guerra ciertos enemigos suyos, -fol. 220v- la embiò a Tile, en poder de Eustoquia, para que seguramente, y sin los sobresaltos de la guerra, -280- en su casa se criasse, puesto que yo para mi tengo que no fue esta la ocasion principal de embialla, sino para que el principe Magsimino se enamorasse della y la recibiesse por su esposa: que de las estremadas bellezas se puede esperar que vueluan en cera los coraçones de marmol, y junten en vno los estremos que entre si estan mas apartados. A lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podra aueriguar la esperiencia, porque se que el principe Magsimino muere por Sigismunda, la qual, a la sazon que llegò a Tile, no estaua en la isla Magsimino, a quien su madre la reyna embiò el retrato de la donzella y la embaxada de su madre, y el respondio que la regalassen y la guardassen para su esposa; respuesta que siruio de flecha que atrauesso las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirio la criança que en el hize. Desde que la oyo, no supo oyr cosas de su gusto, perdio los brios de su juuentud, y, finalmente, encerro en el honesto silencio todas las acciones que le hazian memorable y bien querido de todos, y, sobre todo, vino a perder la salud y a entregarse en los braços de la desesperacion de ella. Visitaronle medicos; como no sabian la causa de su mal, no acertauan con su remedio: que, como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi impossible entender la enfermedad que en ellas assiste. La madre, viendo morir a su hijo, sin saber quien le mataua, vna y muy muchas vezes le preguntò le descubriesse su dolencia, -281- pues no era possible sino que el supiesse la causa, pues sentia los efetos. Tanto pudieron estas persuassiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, -fol. 221r- que, vencida la pertinacia o la firmeza de Persiles, le vino a dezir cómo el moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dexarse morir antes que yr contra el decoro que a su hermano se le deuia; cuya declaracion resucitò en la reyna su muerta alegria, y dio esperanças a Persiles de remediarle, si bien se atropellasse el gusto de Magsimino, pues, por conseruar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de vn hermano.
Finalmente, Eustoquia hablò a Sigismunda, encareciendole lo que se perdia en perder la vida Persiles, sujeto donde todas las gracias del mundo tenian su assiento, bien al reues del de Magsimino, a quien la aspereza de

sus costumbres en algun modo le hazian aborrecible. Leuantóle en esto algo mas testimonios de los que deuiera, y subio de punto, con los hiperboles que pudo, las bondades de Persiles.
»Sigismunda, muchacha sola y persuadida, lo que respondio fue que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejasse sino a su misma honestidad; que, como esta se guardasse, dispusiessen a su voluntad della. Abraçóla la reyna, conto su respuesta a Persiles, y entre los dos concertaron que se ausentassen de la isla antes que su hermano viniesse, a quien darian por disculpa, quando no la hallasse, que auia hecho voto de venir a -282- Roma a enterarse en ella de la fe catolica, que en aquellas partes setentrionales andaua algo de quiebra, jurandole primero Persiles que en ninguna manera yria en dicho ni en hecho contra su honestidad. Y assi, colmandoles de joyas y de consejos, los despidio la reyna, la qual despues me conto todo lo que hasta aqui te he contado.
»Dos años, poco mas, tardò en venir el principe Magsimino a su reyno, que anduuo ocupado en -fol. 221v- la guerra que siempre tenia con sus enemigos; preguntò por Sigismunda, y el no hallarla, fue hallar su desassossiego; supo su viage, y al momento se partio en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso pero de los rezelos, que por marauilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinacion, me llamò a parte y me encargò la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandò me adelantasse a buscarle y a darle noticia de que su hermano le buscaua. Partiose el principe Magsimino en dos gruesissimas naues, y, entrando por el estrecho Herculeo, con diferentes tiempos y diuersas borrascas, llegò a la isla de Tinacria, y desde alli a la gran ciudad de Partenope, y agora queda no lexos de aqui, en vn lugar llamado Terrachina, vltimo de los de Napoles y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene a punto de muerte. Yo, desde Lisboa, donde me desembarqué, traygo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no -283- pueden ser otros vna peregrina y vn peregrino de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que, si no son Persiles y Sigismunda, deuen de ser angeles humanados.
-Si, como los nombras -respondio el que escuchaua a Serafido- Persiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueua certissima dellos, porque ha muchos dias que los conozco, en cuya compañia he passado muchos trabajos.
Y luego le començo a contar los de la isla barbara, con otros algunos, en tanto que se venía el dia, y en tanto que Periandro, porque alli no le hallassen, los dexò solos y voluio a buscar a Auristela, para contar la venida de su hermano y -fol. 222r- tomar consejo de lo que deuian de hazer para huyr de su indignacion, teniendo a milagro auer sido informado en tan remoto lugar de aquel caso. Y assi, lleno de nueuos pensamientos, voluio a los ojos de su contrita Auristela, ya las esperanças casi perdidas de alcançar su desseo.

Capitvlo treze del quarto libro

Entretienese el dolor y el sentimiento de las rezien dadas heridas, en la colera y en la sangre caliente, que, despues de fria, fatiga de manera que rinde la paciencia del que las sufre. Lo mismo acontece en las passiones del alma: que, en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dixo su voluntad Auristela a Periandro, cumplio con su desseo, y, satisfecha de auerle declarado, esperaua su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salio de Roma y le sucedio lo que se ha contado. Conocio a Rutilio, el qual conto a su ayo Serafido toda la historia de la isla barbara, con las sospechas que tenia de que Auristela y Periandro fuessen Sigismunda y Persiles; dixole assimismo que, sin duda, los hallarian en Roma, a quien, desde que los conocio, venian encaminados, con la dissimulacion y cubierta de ser hermanos; preguntò muchissimas vezes a Serafido -fol. 222v- la condicion de las gentes de aquellas islas remotas de donde era rey Magsimino, y reyna la sin par Auristela; voluiole a repetir Serafido cómo la isla de Tile o Tule, que agora vulgarmente -285- se llama Islanda, era la vltima de aquellos mares setentrionales, «puesto que vn poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrio Nicolas Temo, veneciano, el año de mil y trecientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es reyna Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco. Ay otra isla, assimismo poderosa, y casi siempre llena de nieue, que se llama Groenlanda, a vna punta de la qual está fundado vn monasterio debaxo del titulo de santo Tomas, en el qual ay religiosos de quatro naciones: españoles, francesses, toscanos y latinos; enseñan sus lenguas a la gente principal de la isla, para que, en saliendo della, sean entendidos por do quiera que fueren. Está, como he dicho, la isla sepultada en nieue, y encima de vna montañuela está vna fuente, cosa marauillosa y digna de que se sepa, la qual derrama y vierte de si tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro del, no solamente le desnieua, pero le calienta, de modo que se recogen en aquella parte increyble infinidad de diuersos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de alli saca sus rentas y prouechos.

Esta fuente engendra assimismo vnas piedras conglutinosas, de las quales se haze vn betun pegajoso, con el qual se fabrican las casas como si fuessen de duro marmol201. Otras cosas -fol. 223r- te pudiera dezir -dixo Serafido a Rutilio- destas islas, que ponen -286- en duda su credito, pero, en efeto, son verdaderas.»

Todo esto, que no oyo Periandro, lo conto despues Rutilio, que, ayudado de la noticia que dellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian. Llegò en esto el dia, y hallóse Periandro junto a la yglesia y templo, magnifico y casi el mayor de la Europa, de san Pablo, y vio venir hazia si alguna gente, en monton, a cauallo y a pie, y llegando cerca, conocio que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constança y Antonio, su hermano, y assimismo Hipolyta, que, auiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar a que otra lleuasse las albricias de su hallazgo, y assi, siguio los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dio la muger de Zabulon el iudio, bien como aquella que

tenia amistad con quien no la tiene con nadie. Llegò en fin Periandro al hermoso esquadron, saludò a Auristela, notóle el semblante del rostro, y hallò mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos; conto luego publicamente lo que aquella noche le auia passado con Serafido, su ayo, y con Rutilio; dixo cómo su hermano, el principe Magsimino, quedaua en Terrachina enfermo de la mutacion, y con proposito de venirse a curar a Roma, y con autoridad disfraçada y nombre trocado, a buscarlos; pidio consejo a Auristela y a los demas de lo que haria, porque, de la condicion de su hermano el principe, no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela -287- con las no esperadas nueuas; desparecieronse en vn punto, assi las esperanças de guardar su integridad y buen proposito, como de alcançar por mas llano camino la compañia de su querido Periandro.

Todos los demas circunstantes -fol. 223v- discurrieron en su imaginacion que consejo darian a Periandro, y la primera que salio con el suyo, aunque no se le pidieron, fue la rica y enamorada Hipolyta, que le ofrecio de lleuarle a Napoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil y mas ducados, que su hazienda valia. Oyo este ofrecimiento Pirro el Calabres, que alli estaua, que fue lo mismo que oyr la sentencia irremissible de su muerte: que en los rufianes no engendra zelos el desden, sino el interes; y como este se perdia con los cuydados de Hipolyta, por momentos yua tomando la desesperacion possession de su alma, en la qual yua atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardia, aunque era tan grande, como se ha dicho, a el le parecia mucho mayor, porque es propia condicion del zeloso parecerle magnificas y grandes las acciones de sus ribales.

Agradecio Periandro a Hipolyta, pero no admitio, su generoso ofrecimiento. Los demas no tuuieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Serafido, y entrambos a dos, apenas huuieron visto a Periandro, quando corrieron a echarse a sus pies, porque la mudança del hábito no le pudo mudar la de su gentileza. Teniale abraçado Rutilio -288- por la cintura, y Serafido por el cuello; lloraua Rutilio de plazer, y Serafido de alegria.

Todos los circunstantes estauan atentos mirando el estraño y gozoso recibimiento. Sólo en el coraçon de Pirro andaua la melancolia atenazeandole con tenazas, mas ardiendo que si fueran de fuego; y llegò a tanto estremo el dolor que sintio de ver engrandecido y honrado a Periandro, que, sin mirar lo que hazía, o quiça mirandolo muy bien, metio mano a su espada, y por entre los braços de Serafido se la metio a Periandro -fol. 224r- por el ombro derecho, con tal furia y fuerça, que le salio la punta por el yzquierdo, atrauessandole, poco menos que al soslayo, de parte a parte. La primera que vio el golpe, fue Hipolyta, y la primera que gritò fue su voz, diziendo:

-¡Ay, traydor, enemigo mortal mio, y cómo has quitado la vida a quien no merecia perderla para siempre!

Abrio los braços Serafido, soltole Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayo Periandro en los de Auristela, la qual, faltandole la voz a la garganta, el aliento a los suspiros, y las lagrimas a los ojos, se le cayo la cabeça sobre el pecho, y los braços a vna y a otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia que en el efeto, suspendio los animos

de los circunstantes, y les robò la color de los rostros, dibuxandoles la muerte en ellos, que ya, por la falta de la sangre, a mas andar se entraua por la vida de Periandro, cuya falta amenazaua a todos el -289- vltimo fin de sus dias; a lo menos, Auristela la tenia entre los dientes, y la queria escupir de los labios. Serafido y Antonio arremetieron a Pirro, y, a despecho de su fiereza y fuerças, le assieron, y, con gente que se llegò, le embiaron a la prision, y el gouernador, de alli a quatro dias, le mandò lleuar a la horca por incorregible y asassino, cuya muerte dio la vida a Hipolyta, que viuio desde alli adelante.

-290-

Capitvlo catorze del quarto libro

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos vn minimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida -fol. 224v- de auer declarado su pensamiento a Periandro, voluio a buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaua el voluer a la parte que quisiesse la voluntad de Periandro, porque se imaginaua ser ella el clauo de la rueda de su fortuna y la esfera del mouimiento de sus desseos; y no estaua engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela. Pero ¡mirad los engaños de la variable fortuna!: Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se vee otra de lo que antes era: pensaua reyr, y está llorando; pensaua viuir, y ya se muere; creia gozar de la vista de Periandro, y ofrecesele a los ojos la del principe Magsimino, su hermano, que, con muchos coches y grande acompañamiento, entraua en Roma por aquel camino de Terrachina, y, lleuandole la vista el esquadron de gente que rodeaua al herido Periandro, llegò su coche a verlo, y salio a recebirle Serafido, diziendole:

-¡O principe Magsimino, y que malas albricias -291- espero de las nueuas que pienso darte! Este herido que ves en los braços desta hermosa donzella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia a tiempo tan aspero, y en sazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de lleuarlos a la sepultura.

-No yran solos -respondio Magsimino-, que yo les hare compañia, segun vengo.

Y, sacando la cabeça fuera del coche, conocio a su hermano, aunque tinto y lleno de la sangre de la herida; conocio assimismo a Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto, que le turbò sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda antes de su desgracia; pero hermosissima estaua despues de auer caido en ella: que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. -fol. 225r- Dexóse caer del coche sobre los braços de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reyna de Frislanda, y en su imaginacion tambien reyna de Thile: que estas mudanças tan estrañas caen debaxo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino vn firme disponer del cielo. Auiase partido Magsimino con intencion de llegar a Roma a curarse con mejores medicos que los de Terrachina, los quales le

pronosticaron que, antes que en Roma entrasse, le auia de saltear la muerte, en esto mas verdaderos y esperimentados que en saber curarle; verdad es que, el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar. En efeto: frontero -292- del templo de san Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salio al encuentro al gallardo Persiles y le derribò en tierra, y enterro a Magsimino, el qual, viendose a punto de muerte, con la mano derecha assio la yzquierda de su hermano y se la llegò a los ojos, y con su yzquierda le assio de la derecha y se la juntò con la de Sigismunda, y, con voz turbada y aliento mortal y cansado, dixo:
-De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos mios, creo que entre vosotros está por saber esto. Aprieta, ¡o hermano!, estos parpados, y cierrame estos ojos en perpetuo sueño, y con essotra mano aprieta la de Sigismunda y sellala con el si que quiero que le des de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que estàs derramando y los amigos que te rodean. El reyno de tus padres te queda; el de Sigismunda heredas; procura tener salud, y gozeslos años infinitos.
Estas palabras, tan tiernas, tan alegres, y tan tristes, auiuaron los espiritus de Persiles, y, obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretandole la muerte, la mano le cerro los ojos, y con la lengua, entre triste y alegre, pronunciò el si, y le dio de ser su esposo202 a Sigismunda. Hizo el sentimiento de la improuisa -fol. 225v- y dolorosa muerte en los presentes, y començaron a ocupar los suspiros el ayre, y a regar las lagrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Magsimino y lleuaronle a san Pablo, y el medio viuo de Persiles, en el coche del muerto, le voluieron -293- a curar a Roma, donde no hallaron a Belarminia ni a Deleasir, que se auian ya ydo a Francia con el duque. Mucho sintio Arnaldo el nueuo y estraño casamiento de Sigismunda; muchissimo le pesó de que se huuiessen mal logrado tantos años de seruicio, de buenas obras hechas, en orden a gozar pacifico de su sin ygual belleza; y, lo que mas le taraçaua el alma, eran las no creydas razones del maldiziente Clodio, de quien el, a su despecho, hazía tan manifiesta prueua. Confuso, atonito y espantado, estuuo por yrse, sin hablar palabra a Persiles y Sigismunda; mas, considerando ser reyes, y la disculpa que tenian, y que sola esta ventura estaua guardada para el, determinò yr a verles, y ansi lo hizo. Fue muy bien recebido, y, para que del todo no pudiesse estar quexoso, le ofrecieron a la infanta Eusebia para su esposa, hermana de Sigismunda, a quien el acetò de buena gana; y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia a su padre: que, en los casamientos graues, y en todos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Assistio a la cura de la herida de su cuñado en esperança, y, dexandole sano, se fue a ver a su padre, y preuenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinò de casarse con Antonio el barbaro, por no atreuerse a viuir entre los parientes del que auia muerto Antonio. Croriano y Ruperta, acabada su romeria, se voluieron a Francia, lleuando bien que contar del sucesso de la fingida Auristela. -294- Bartolome el Manchego y la castellana Luysa, se fueron a Napoles, donde se dize que acabaron mal, porque no viuieron bien. Persiles -fol. 226r- depositò a su hermano en san Pablo, recogio a todos sus criados, voluio a visitar los templos de Roma, acariciò a Constança, a quien Sigismunda dio la cruz de diamantes, y la

acompañò hasta dexarla casada con el conde su cuñado; y, auiendo besado los pies al Pontifice, sossegò su espiritu y cumplio su voto, y viuio en compañia de su esposo Persiles hasta que bisnietos le alargaron los dias, pues los vio en su larga y feliz posteridad.

FIN DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario